

John Banville

La guitarra azul

Traducción
Nuria Barrios



Lectulandia

El gran John Banville, Príncipe de Asturias de las Letras, en su continua búsqueda de la perfección, se desafía a sí mismo y a los lectores: su novela más esperada. «Cuando se trata de la primera vez, el robo y el amor tienen mucho en común».

Esta es la historia de un hombre que se enamoró de una mujer con forma de chelo. Lo suficiente como para robarla.

Abandonado por su musa, Oliver Orme ha dejado de pintar. Quizá ya no sea un pintor, pero siempre será un ladrón. No roba por dinero, sino por el placer casi erótico de quitarle algo a otro. Posesiones como la irresistible Polly, la mujer de su gran amigo Marcus. Cuando este robo sale a la luz, con consecuencias irreparables para Marcus, Polly, Orme y su mujer Gloria, el culpable se refugia temporalmente en el hogar de su infancia. Un viaje que le obligará a enfrentarse a sí mismo en busca de la redención.

Mordaz, ingeniosa, emotiva y demoledora, La guitarra azul disecciona la naturaleza de los celos y las relaciones humanas.

Lectulandia

John Banville

La guitarra azul

ePub r1.0

Titivillus 24.04.16

Título original: *The Blue Guitar*
John Banville, 2015
Traducción: Nuria Barrios Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Las cosas como son
cambian en la guitarra azul.

WALLACE STEVENS

I

Llamadme Autólico. Bueno, no, mejor no. Aunque, al igual que ese triste payaso, sea un recolector de bagatelas. Que es una manera elegante de decir que robo. Siempre lo he hecho, hasta donde alcanza mi memoria. Puedo asegurar con justicia que fui un niño prodigio en el bello arte del hurto. Es mi vergonzoso secreto, uno más de mis vergonzosos secretos, de los que no me siento, sin embargo, tan avergonzado como debería. No robo por lucro. Los objetos, las cosas de las que me apropio —ese es un bonito verbo, formal y remilgado— son por lo general de escaso valor. A menudo sus dueños ni siquiera los echan en falta. Eso me molesta, me suscita dudas. No pretendo decir que desearía ser descubierto, pero sí que la pérdida fuera notoria; es importante que sea así. Importante para mí, quiero decir, y para la magnitud y legitimidad de... ¿cómo decirlo? De la proeza. El esfuerzo. El acto. Os pregunto: ¿qué sentido tiene robar si nadie percibe que algo ha sido robado?

En otro tiempo pintaba. Esa era mi otra pasión, mi otra inclinación. En otro tiempo fui artista.

¡Ja! La palabra que he escrito primero no ha sido *artista*, sino *carterista*. Un lapsus. Un desliz. Acertado en cualquier caso. Fui artista y ahora soy ladrón. Ja.

Debería detenerme antes de que sea demasiado tarde. Pero ya es demasiado tarde.

Orme. Ese es mi nombre. A algunos de vosotros, amantes del arte, enemigos del arte, tal vez os suene de tiempos pasados. Oliver Orme. Oliver Otway Orme, para ser precisos. OOO. Un disparate. Podrían colgarlo sobre la puerta de una casa de empeños^[1]. Otway, por cierto, en honor a la calle anodina donde mis padres iniciaron su vida como pareja cuando eran jóvenes y donde muy probablemente me concibieron. Orme es un buen nombre para un pintor, ¿no es cierto? Un nombre de artista. Quedaba bien en la esquina inferior derecha del lienzo, discretamente diminuto pero sin que fuese posible no advertirlo: la *O*, el ojo de un búho; la *r*, con un aire *art nouveau* y más similar a la *tau* griega; la *m*, unos hombros contoneándose con alegre regocijo; la *e* como... Buf, no sé como qué. O sí, sí lo sé: como el asa de un orinal. Ahí me tenéis. Orme, el magistral pintor que ya no pinta nada.

Lo que quiero contar es

Hoy hay tormenta, los elementos andan enfurecidos. Violentas ráfagas de aire

golpean la casa, hacen estremecer sus antiguas vigas. ¿Por qué razón ese tiempo me recuerda siempre mi infancia? ¿Por qué me hace sentir como si hubiese regresado al pasado, el pelo rapado, los pantalones cortos, un calcetín caído? Se supone que la infancia es una época dorada, pero la mía parece haber sido un largo otoño con el temporal zarandeando las grandes hayas que se levantan en la parte trasera de esta vieja casa del guarda, igual que sucede ahora mismo, los grajos sobrevolando las hayas en azarosos círculos, como fragmentos carbonizados de una hoguera, y el último y cálido destello del ocaso en el horizonte. Es más, estoy harto del pasado, de desear estar allí y no aquí. Cuando me encontraba allí, no veía el momento de escapar de mis grilletes. Estoy cerca de los cincuenta y me siento como si tuviera cien, cargado de años.

Lo que quiero contar es lo siguiente: he tomado una decisión, estoy resuelto a capear el temporal. El interior. No me encuentro bien, está claro. Me siento como un despertador al que un durmiente enfurecido, alguien enfurecido porque le han sacado de su sueño, hubiese propinado tal golpe que todos los resortes y ruedecillas se hubieran soltado. Estoy totalmente desvencijado. Debería ir a Marcus Pettit para que me reparara. Ja, ja, ja.

Ya se habrán dado cuenta de mi ausencia al otro lado del estuario. Se estarán preguntando dónde he ido a parar —eso mismo me pregunto yo—, sin imaginar lo cerca que me encuentro. Polly se hallará en un estado deplorable, sin nadie con quien poder hablar y en quien confiar, sin nadie a quien acudir en busca de consuelo excepto Marcus, cuyo consuelo es dudoso que pida, dada la situación. Ya la echo de menos. ¿Por qué me fui? Porque no podía quedarme. La imagino en su diminuto salón sobre el taller de Marcus, acurrucada frente a la chimenea en la turbia luz de esta tarde de finales de septiembre, las rodillas brillantes por las llamas y las espinillas moteadas de figuras romboidales. Estará mordisqueándose inquieta la comisura de la boca con esos pequeños y afilados dientes que siempre me recuerdan trocitos de brillante azúcar en el pudín de Navidad. Ella es, fue, mi adorado pudín. Y me planteo una vez más: ¿por qué me marché? Menuda pregunta. Sé por qué me fui, sé muy bien por qué y debería abandonar esta farsa de que no lo sé.

Marcus estará en el taller, en su banco. También me lo imagino a él: con su chaleco de cuero, concentrado y respirando apenas, la lente de joyero encajada en la cuenca del ojo, manejando sus diminutos instrumentos, que en mi fantasía se convierten en un escalpelo y un fórceps de acero, diseccionando un Patek Philippe. Aunque es más joven que yo —tengo la impresión de que todo el mundo es más joven que yo—, su pelo ha empezado a clarear y a encanecer y, veis, ahora le cae en livianos mechones a ambos lados del estrecho y virtuoso rostro inclinado, agitándose con cada espiración suya, agitándose leve, muy levemente. Hay algo en él que recuerda al Durero del andrógino autorretrato de tres cuartos con los tirabuzones leonados, la boca como un capullo de rosa y esa desconcertante mirada seductora. En el futuro, tal vez recuerde a uno de los Cristos dolientes de Grünewald.

—El trabajo, Olly —me dijo con tristeza—, el trabajo es lo único que me distrae de

mi agonía.

Esa es la palabra que utilizó: agonía. Me sonó extraño incluso en aquellas terribles circunstancias, más una pose que una palabra. Pero el dolor atrae la elocuencia... Miradme a mí, escuchadme a mí.

La niña también está allí, en alguna parte, la Pequeña Pip, como la llaman siempre, nunca Pip a secas, siempre la Pequeña Pip. Es verdad que es bastante diminuta, pero ¿y si se convierte en una amazona cuando crezca? La Pequeña Pip, la Dulce Giganta. No debería burlarme, lo sé, es el cosquilleo de los celos, los celos y una triste amargura. Gloria y yo tuvimos un bebé, aunque por muy poco tiempo.

¡Gloria! Hasta este momento se me había ido su nombre de la cabeza. También ella estará preguntándose dónde diablos me encuentro. Dónde diablos.

Maldita sea, por qué todo tiene que ser tan difícil.

Voy a recordar la noche en que me enamoré finalmente de Polly; finalmente y por primera vez, quiero decir. Lo que sea para evitar pensar, aunque pensar en el amor es lo que debería evitar, teniendo en cuenta el embrollo en que el amor me ha metido. Sucedió en la cena anual de la Asociación de Relojeros, Cerrajeros y Orfebres. Gloria y yo habíamos ido como invitados de Marcus. Gloria muy a su pesar, debo aclarar, porque ella es tan reacia como yo al aburrimiento y a lo tedioso en general. Estábamos sentados con Marcus y Polly en su mesa, junto a otras personas a las que no prestamos ninguna atención. En el menú, bistec, carne asada de cerdo y patatas, por supuesto, cocidas, en puré, asadas y fritas; sin olvidar los consabidos beicon y repollo. Tal vez fuese el leve hedor a carne chamuscada lo que me perturbó; eso y el humo de las velas en las mesas y los estruendosos borborismos del trío que tocaba. A mi espalda, en el gran vestíbulo, había un clamor de voces, un fragor retumbante y poderoso del que escapaba de vez en cuando la aguda risa achispada de alguna mujer. Yo había estado bebiendo, pero no creo que estuviese borracho. En cualquier caso, mientras charlaba con Polly y la miraba — más bien la devoraba con los ojos—, experimenté una repentina iluminación, esa súbita epifanía que acontece tan a menudo en cierto instante del proceso de embriaguez. No fue que de pronto ella me pareciese hermosa, no exactamente; Polly irradiaba algo que yo no había percibido antes, algo que era suyo y de nadie más: su rotunda esencia, el verdadero ser de su ser. Sé que esto suena fantasioso y es probable que lo que creí ver fuese tan solo un efecto de los vapores del mal vino, pero estoy intentando capturar la esencia del momento, aislar la chispa que iba a prender tamaño incendio de éxtasis y dolor, de malicia, daño y, sí, angustia marcusiana.

Además, ¿quién tiene autoridad para decir que lo que vemos cuando estamos borrachos no es la realidad y que el mundo sobrio no es sino una borrosa fantasmagoría?

Polly no es una gran belleza. Espero no pecar de poco caballeroso al decir esto; es preferible ser honesto desde el principio, pues mi intención es continuar así en la medida en que sea capaz de ser honesto. Por supuesto que la encontraba, que la encuentro,

adorable. Es voluminosa, con una potente retaguardia —imaginad la curvada y agradable parte inferior de un chelo de niño—, un limpio rostro en forma de corazón y el cabello castaño y algo rebelde. Sus ojos son verdaderamente hermosos. De un gris pálido, parecen casi transparentes y bajo cierta luz cobran un brillo de madreperla. Tiene un leve estrabismo que encuentra un eco encantador en la ligera superposición de sus dos perlados dientes delanteros. Su porte es plácido, pero su mirada puede ser sorprendentemente incisiva y a veces su tono resulta punzante, bastante punzante. Aun así, en general mantiene una actitud precavida hacia un mundo en el que no llega a sentirse cómoda. Tiene una conciencia permanente de su falta de refinamiento —al fin y al cabo es una chica de campo, aunque su familia sea gente acomodada venida a menos— en comparación, por ejemplo, con mi desenvuelta Gloria, y se siente poco segura en cuestiones de etiqueta y de modales. Aquella noche en los Relojeros, como se conoce coloquialmente el evento, resultaba conmovedor ver cómo, cada vez que traían un nuevo plato, se apresuraba a mirar alrededor para comprobar qué pieza de la cubertería elegíamos los demás antes de atreverse a coger el cuchillo o el tenedor o la cuchara. Tal vez el amor nace ahí, no en un repentino arrebatado de pasión, sino en el reconocimiento y la sencilla aceptación de, de..., de algo que no sé qué es.

Los Relojeros es una celebración tediosa y yo me sentía un imbécil por haber ido. Había dado la espalda a la alegre multitud y, acodado en la mesa, me inclinaba hacia delante con tanto entusiasmo que mi rostro ardoroso y palpitante casi se encontraba en el pecho de Polly, o lo habría estado si ella no se hubiese girado en la silla; por eso ahora me contemplaba de lado sobre su encantador y mullido hombro derecho. ¿De qué le hablaba yo con semejante pasión y vehemencia? No lo recuerdo, tampoco importa; lo que importaba era el tono, no el contenido. Era consciente de cómo nos observaba Gloria, con expresión divertida y escéptica. A menudo pienso que Gloria se casó conmigo para tener siempre ocasión de reír. No quiero parecer resentido, en absoluto. Su risa no es cruel, ni siquiera hiriente. Ella me encuentra divertido no por lo que digo o hago, sino por lo que soy: su hombrecito rechoncho, pelirrojo y, aunque ella no lo sepa, de manos ligeras.

Polly llevaba casada tres o cuatro años en aquel momento, el momento de la noche de los Relojeros en que me enamoré de ella, y distaba de ser una muchachita ingenua vulnerable a mis lisonjas y requiebros. No obstante, era obvio que mis palabras le estaban causando cierto efecto. Mientras me escuchaba había adoptado la leve expresión curiosa y asombrada, que acentuaba su mirada estrábica, de una mujer casada que siente un tímido placer al darse cuenta, con incredulidad, de que un hombre al que conoce desde hace años y que no es su marido le está declarando, aunque sea mediante circunloquios y de la manera más altisonante posible, que se ha enamorado de repente de ella.

Marcus se encontraba entre los bailarines, gritando y dando brincos. A pesar de su incurable y retraído temperamento melancólico, ama las fiestas y se incorpora a ellas con el primer estallido de un corcho o el primer toque de corneta. Aquella noche había invitado al menos tres veces a Gloria a levantarse y unirse a sus cabriolas y, para mi gran

sorpresa, ella había aceptado en cada ocasión. Durante los primeros tiempos con Polly intenté, como el zorro taimado que soy, que me hablara de Marcus, que me contara lo que él decía y hacía en su vida privada, pero ella es una persona leal y al momento me advirtió con impresionante firmeza que las peculiaridades de su esposo, en caso de que tuviera alguna y no era ella quien afirmaba tal cosa, eran un tema prohibido.

Para empezar, ¿cómo nos conocimos los cuatro? Debieron de ser Gloria y Polly quienes entablaron amistad o, mejor dicho, quienes comenzaron a tratarse, aunque tengo la impresión de conocer a Marcus de toda la vida, o al menos de la suya, ya que soy mayor que él. Me vienen a la memoria un primer pícnic en un parque ornamental de no sé dónde —pan, queso, vino y lluvia— y Polly, liviana, con un vestido de verano blanco y las piernas desnudas. Es inevitable que recuerde la escena bajo la luz de *Le Déjeuner sur l'herbe* del viejo Manet —el primero, el más pequeño—, con la rubia Gloria en cueros y Polly, al fondo de la escena, lavándose los pies. Aquel día Polly, con su tez clara y las mejillas sonrosadas, casi parecía una niña y no la mujer casada que era. Marcus llevaba un sombrero de paja agujereado, y a Gloria le bastaba ser ella misma, una belleza luminosa irradiando su esplendor. Por Dios que mi mujer estaba verdaderamente espectacular aquel día. Como siempre, en realidad. A los treinta y cinco años se encuentra en el apogeo de su madurez. Pienso en ella en términos de metales: oro, desde luego, por su cabello, y plata por su piel, pero hay algo en ella asimismo de la opulencia del latón y del bronce; posee una maravillosa tersura, un majestuoso fulgor. De hecho, es más un Tiepolo que un Manet: una de las Cleopatras del maestro veneciano, por ejemplo, o su Beatriz de Borgoña. En comparación con mi luminosa Gloria, Polly sería como mucho una de esas pequeñas velas votivas de la iglesia por las que la gente pagaba un penique y luego dejaba encendidas frente a la estatua de su santo favorito. ¿Por qué entonces yo...? Ah, ese es el quid de la cuestión, uno de los quids, a los que he reducido todo.

Los Relojeros acabó de la misteriosa forma abrupta en que terminan tales acontecimientos. Casi todas las personas de nuestra mesa ya se habían puesto en pie y hacían aturcidos esfuerzos para prepararse y marchar cuando Polly pareció saltar de su asiento pensando en la Pequeña Pip, imagino —al parecer, el padre de Polly y su aielada madre estaban cuidando a la niña—, pero se detuvo un instante e hizo un curioso, pequeño y tembloroso balanceo con una inesperada sonrisa, las cejas arqueadas, las manos separadas de los costados y las palmas giradas hacia arriba, como un crío intentando hacer una reverencia. Tal vez solo fuera el efecto de su trasero separándose del asiento —hacía un intenso calor húmedo en la sala—, pero a mí me pareció que había sido alzada súbita y suavemente por la acción de un objeto invisible y flotante, me pareció que durante un segundo se había elevado a las alturas, literalmente. Aunque era poco probable que tuviese relación con la ferviente soflama a que la había sometido en ausencia de su esposo, me sentí conmovido, casi al borde de las lágrimas, al pensar que de alguna manera me había sido dado compartir con ella esa breve y secreta elevación. Polly cogió su cartera de terciopelo con aquella vaga y asombrada sonrisa flotando aún en su rostro —¿se había sonrojado levemente?— e hizo la pantomima de buscar a Marcus, que

estaba recogiendo los abrigos. Entonces también yo me puse en pie, con el corazón batiendo y mis pobres rodillas temblando como flanes.

¡Enamorado! ¡De nuevo!

Cuando salimos, la noche parecía inusitadamente inmensa bajo un firmamento colmado de rutilantes estrellas. Tras el estruendo de la sala, el silencio resonaba inquietante en el aire glacial. Marcus no consiguió arrancar el coche porque, como era un tacaño, había llenado el depósito con una gasolina de peor calidad y la sal había atascado los tubos. Mientras suspiraba y maldecía en voz baja bajo el capó, Polly y yo permanecemos de pie en la acera, uno junto al otro, pero sin rozarnos. Gloria se había alejado unos pasos para fumar un cigarrillo furtivo. Envuelta estrechamente en su abrigo, con la barbilla hundida en el cuello de piel, Polly me miró. No movió la cabeza, sino que giró los ojos cómicamente hacia un lado con las comisuras de la boca hacia abajo, como un desventurado payaso. No dijimos nada. Pensé en sujetarla y atraerla hacia mí aprovechando que Gloria no nos miraba y darle un rápido beso, aunque fuese en la mejilla o incluso en la frente, como haría un viejo amigo en un momento semejante, pero no me atreví. Lo que deseaba era besar su boca, lamer sus párpados, introducir la punta de la lengua en las secretas volutas rosadas de su oreja. Me encontraba en un estado de excitado asombro, por mí, por Polly, por quienes éramos, por aquellos en quienes nos habíamos convertido. Era como si un dios hubiese descendido del cielo estrellado, nos hubiera tomado en su mano y hubiese dibujado con nosotros en aquel instante una pequeña constelación.

Siempre he pensado que uno de los aspectos más deplorables de la muerte, aparte del terror, el sufrimiento y las heces, es el hecho de que cuando yo no esté, nadie contemplará el mundo desde mi perspectiva. No me malinterpretéis, no me hago falsas ilusiones sobre mi importancia en el intrincado esquema de las cosas. Vendrán otros con otras visiones del mundo, incontables billones, una mezcolanza de mundos, cada visión inseparable de cada individuo, pero la que yo habré creado, por el mero hecho de mi breve paso por él, se perderá para siempre. Ese pensamiento me angustia, más incluso que la idea de la desaparición de mi ser. Imaginadme esa noche bajo aquel puñado de brillantes desperdigados sobre su manto de felpa morada, asaeteado por el amor desde no se sabe dónde y mirando embobado a mi alrededor con la boca abierta, observando cómo la luz de las estrellas proyectaba diagonalmente las nítidas sombras de las casas, cómo el techo del coche de Marcus relucía como si lo cubriera una fina capa de aceite, cómo la piel de zorro del cuello del abrigo de Polly se erizaba en encendidas púas, cómo la gravilla helada hacía centellear la calzada en la oscuridad y cómo los contornos de lo que nos rodeaba resplandecían con luz trémula... Todo eso, el mundo corriente y moliente, transformado en algo singular por el mero hecho de que yo lo contemplo: Polly sonriendo, Marcus enojado, Gloria con su pitillo, el grupo de personas a mi espalda que salían de los Relojeros en una bocanada de hilaridad borracha, con sus respiraciones dibujando globos de ectoplasma en el aire... Todos veían lo que yo veía, pero no igual que yo, con mis ojos, desde mi particular perspectiva, a mi manera, que es tan endeble e

insignificante como la de los demás, pero que es, no obstante, la mía. Mía y, por tanto, única.

Marcus puso fin a lo que hubiera estado haciendo al motor del coche, se enderezó y cerró el capó con un golpe tal que la noche pareció encogerse asustada. Gruñendo acerca de los carburadores, se limpió las manos en sus largos y estrechos costados, se colocó al volante, giró con enojo la llave de contacto y, entre resoplidos y jadeos, el coche volvió a la vida. Marcus permaneció sentado con la puerta abierta y un pie sobre la acera, acelerando el motor y escuchando los lamentos revolucionados de la pobre bestia. Me gusta Marcus, de verdad. Es un buen tipo. Creo que tiene una idea de sí mismo muy similar a la que Gloria tiene de mí: un tipo decente en general, aunque un infeliz en el fondo, propenso a que se aprovechen de él y más o menos risible. Mientras estaba allí sentado, atento a los ruidos que hacía el motor, movía la cabeza con ademán compungido y una sonrisa envarada, como si aquella avería fuese una más en la lista de pequeñas y tristes calamidades que le llevaban persiguiendo toda la vida y que él parecía incapaz de evitar. Ay, Marcus, viejo amigo, lamento todo lo sucedido, de verdad. Es extraño cuán difícil resulta decir lo siento y sonar convincente. Debería haber una manera única y especial de formular las disculpas. Quizá haga algo al respecto, un manual de consejos útiles o tal vez un libro de estilo: *Alfabeto de disculpas. Un muestrario de perdones*.

Gloria y yo nos acomodamos en el asiento trasero; yo detrás de Polly, que se sentó junto a Marcus. Percibía el olor del cigarrillo en el aliento de Gloria. Polly se reía y se quejaba del frío; no obstante, desde donde yo me encontraba, con su redonda y brillante cabeza oscura enterrada en el cuello de piel, podría haber sido una pequeña y rolliza esquimal envuelta en pieles de foca. Mientras nos deslizábamos por las calles silenciosas sin contratiempos, me fijé en las casas amenazadoras y las tiendas cerradas que dejábamos atrás, intentando no prestar atención a la irritante, lenta y cautelosa manera de conducir de Marcus. Semillas & Ferretería Pierce, Farmacia Cotter, Emporio de las Tartas Prendergast, la casucha donde vivió la legendaria comadrona Granny Colfer, con sus pavés de cristal que parecían bizquear —¡un engendro!—, encajada entre el edificio metodista y las salas de reuniones de la Antigua Orden de los Guardabosques con sus innumerables ventanas. Sombrerería Miller, Mercería Hanley. La tienda de grabados de mi padre, casualmente, con mi estudio encima, también casualmente. La carnicería. La panadería. La cerería. ¿Por qué regresé y me instalé aquí? Cuando era joven, como he comentado antes, no veía el momento de irme. Gloria dice que el gran mundo me intimidaba y que por eso me retiré a este pequeño mundo. Tal vez tenga razón, aunque no del todo. Me siento como un arqueólogo de mi propio pasado, separando capa tras capa de esquisto y brillante pizarra sin alcanzar nunca el lecho de roca. Sin contar asimismo el hecho, el hecho secreto, de que me veía iniciando una nueva vida en mi antigua ciudad, que dominaría desde mi caserón color crema arriba en Fairmount —que se llamaba Hangman's Hill, la Colina del Ahorcado, hasta que el Ayuntamiento tomó la sabia decisión de cambiar el nombre—, y ese mundo al que supuestamente yo temía

acudiría a mi puerta a rendirme pleitesía. Sería como Picasso en Vence o Matisse en el castillo de Vauvenargues, aunque terminé más bien como el pobre Pierre Bonnard en Le Cannet, sometido a su mujer como un calzonazos. En lugar de sentirse honrados por mi presencia, yo era motivo de burla para los habitantes de la ciudad con mi sombrero, mi bastón, mis extravagantes fulares, mi porte altivo y mi joven, rubia e inmerecida esposa. No me importó, tan feliz estaba de encontrarme en los escenarios de mi niñez, preservados por arte de magia, como si los hubiesen sumergido en un contenedor de cristal líquido y conservado especialmente para mí con la tranquila y paciente convicción de que mi regreso era inevitable.

Main Street estaba vacía. El Humber avanzaba con trabajo y entre quejidos en la estela de los haces gemelos de sus faros. Una pareja nunca parece tan casada como cuando la contemplas hablando en voz baja desde el asiento trasero de un coche. Polly y Marcus podrían haber estado en su dormitorio, tan plácida e íntima sonaba su conversación a mis oídos. Tras ellos, yo permanecía en silenciosa alerta. La primera punzada de celos. Más que una punzada. ¿De qué estarían hablando? De nada. ¿Acaso no es siempre así cuando hay gente alrededor que que puede escucharnos?

Lo siguiente que noté fue que algo tanteaba mi rodilla, y a punto estuve de lanzar un alarido de terror —no parecía descabellado que hubiese ratas en el viejo coche de Marcus—, pero al bajar la vista descubrí el tenue resplandor de una mano y me di cuenta de que era Polly quien me tocaba. Sin delatarse lo más mínimo, había conseguido introducir el brazo en el hueco entre la puerta y su asiento a la altura que quedaba fuera de la vista de Marcus, y estaba acariciando mi rodilla de una forma que no dejaba lugar a falsas interpretaciones. A pesar de lo que había sucedido entre nosotros en la mesa, me sorprendió, por no decir que me conmocionó. La verdad es que cada vez que me insinuaba a una mujer, algo poco habitual incluso en mi juventud, nunca esperaba que me tomase en serio, ni siquiera que me prestase atención, a pesar de algunos éxitos que yo tendía a atribuir al azar, al resultado de un malentendido o a la falta de luces de la mujer y a mi buena suerte. No soy un tipo que resulte atractivo a primera vista; para empezar, fui el cachorro más pequeño de la camada. Soy de corta estatura y achaparrado, gordo, por decirlo con franqueza, con una gran cabeza y unos pies diminutos. Mi cabello tiene un color entre el óxido mojado y el latón deslustrado, y cuando el tiempo está lluvioso o me encuentro en el mar, se encoge en rizos tan apretados y densos como las flores de la coliflor y se resiste tenazmente al peinado más fiero. Mi piel... ¡Ay, mi piel! Una membrana blanquecina, flácida y húmeda, como si me hubiesen dejado en la oscuridad durante largo tiempo para hacerme empalidecer. De mis pecas no diré nada. Mis brazos y mis piernas son rechonchos, masivos en la parte superior, se van estrechando hasta los tobillos y hasta las muñecas igual que bolos, solo que más cortos y compactos. Me gusta imaginar que, a medida que envejezca y mi contorno vaya aumentando, los tobillos y las muñecas serán absorbidos de forma gradual hasta desaparecer y también mi cabeza y mi grueso cuello se nivelarán hasta que llegue a ser perfectamente esférico, un gran y pálido pedo de lobo que primero empujará con

suavidad Gloria y más adelante, cuando ella ya no sea capaz, una mujer severa, vestida de blanco, con una cofia almidonada y suelas de goma. Que alguien, en especial una mujer joven y sensata como Polly Pettit, me tomara en serio o concediera el más mínimo crédito a lo que le había dicho todavía me llena de asombro. Pero allí estaba yo, con Polly acariciándome la rodilla mientras, ajeno a lo que sucedía e inclinado sobre el volante con la nariz rozando casi el parabrisas, su marido nos conducía sin prisa a casa en aquel coche que parecía una vieja calabaza a través de la noche resplandeciente y súbitamente transfigurada.

Gloria, mi observadora esposa, tampoco advirtió nada. ¿O sí? Nunca se sabe con Gloria. Eso es lo que me gusta de ella, imagino.

Pero no nos desviemos del tema: eso fue lo que sucedió entonces. Y quiero que se sepa y quede constancia de que técnicamente fue Polly quien dio el primer paso, con el fatídico tanteo de mi rodilla, ya que mis ardientes halagos de horas antes en la mesa solo fueron palabras y yo no había pasado a la acción... Aquella noche no le puse un dedo encima, su señoría, lo juro. Cuando alargué el brazo y busqué a tientas su mano para cogerla, ella la retiró de inmediato y, sin darse la vuelta, hizo un movimiento infinitesimal de cabeza que yo tomé como una advertencia e incluso un reproche. Me sentí tan perturbado, no tanto por la caricia de Polly como por su rechazo, que le pedí a Marcus que detuviera el coche para bajar, explicando que quería hacer el resto del camino hasta casa paseando para aclararme la cabeza con el aire de la noche. Gloria me lanzó una breve mirada de sorpresa —nunca he sido un gran amante de las actividades al aire libre, excepto en mi imaginación de pintor—, pero no hizo ningún comentario. Marcus detuvo el coche en el puente sobre el riachuelo. Cuando salí, puse una mano en el techo del coche y me incliné hacia el interior del vehículo para desear buenas noches a la pareja. Marcus refunfuñó —aún estaba molesto porque el coche no hubiese arrancado antes— y Polly solo dijo algo rápido que no entendí y ni siquiera entonces giró la cabeza o me miró. Se alejaron en el coche, con el tubo de escape dejando un hedor salado y áspero en el aire, y comencé a caminar despacio tras ellos sobre el pequeño puente curvado, el riachuelo arremolinándose bajo mis pies y los pensamientos girando en un torbellino dentro de mí, mientras observaba las luces traseras carmesíes, que disminuían en la oscuridad como los ojos de un tigre retirándose sigilosamente. ¡Ah, ser devorado!

En cuanto al tema del robo, ¿por dónde empezar? Confieso que me avergüenza ese vicio infantil —llamémoslo vicio— y francamente no sé qué me lleva a revelarlo, a revelároslo a vosotros, mis inexistentes confesores. La cuestión moral es delicada. Igual que el arte disuelve los materiales al absorberlos en su totalidad dentro de la obra, tal como asevera Collingwood —un cuadro incorpora la pintura y el lienzo, mientras que una mesa siempre será la madera de que está hecha—, también el acto de robar, ese arte, transforma el objeto robado. Con el paso del tiempo, la mayoría de los objetos que poseemos pierden su pátina, se vuelven apagados y anónimos; pero, una vez robados,

vuelven de un brinco a la vida, recuperan el esplendor de su singularidad. En ese sentido, ¿no hace el ladrón un favor a los objetos al actualizarlos? ¿No realza el mundo al devolver el brillo a su plata deslustrada? Espero haber conseguido exponer con suficiente fuerza y persuasión los preliminares de mi caso.

Lo primero que robé, el primer objeto que recuerdo haber robado, fue un tubo de óleo. Sí, lo sé, parece demasiado obvio teniendo en cuenta que me convertiría en artista, pero eso es lo que hay. El lugar del delito fue la tienda de juguetes de Geppetto, en un estrecho callejón que sale de Saint Swithin Street. Sí, no digáis nada, voy inventando los nombres a medida que avanzo. Debía de ser Navidad, en torno a las cuatro, ya había anochecido y la llovizna, fina como una gasa, hacía brillar los oscuros adoquines azulados del callejón. Yo estaba con mi madre. ¿Debería hablaros de ella? Sí, debo hacerle justicia. En aquellos días remotos —yo tendría nueve o diez años—, ella se comportaba más como una solícita hermana mayor que como una madre, mucho más solícita desde luego que mi verdadera hermana. Madre siempre mostraba un comportamiento distraído e incluso ligeramente aturdido y no parecía hecha para los problemas cotidianos, un aspecto que la gente encontraba o bien exasperante o bien encantador o ambas cosas al mismo tiempo. Era guapa de una manera etérea, me parece, aunque prestaba muy poca atención a su aspecto, a no ser que aquella aparente negligencia fuera una pose cuidadosamente estudiada, pero no creo que fuese el caso. Su cabello revuelto llamaba en especial la atención. Era de color castaño rojizo, abundante, pero muy fino, como una clase singular de hierba ornamental seca, y en casi todos mis recuerdos ella se pasa la mano por el cabello, los dedos separados como un peine, en un cómico gesto de triste desesperación. Tenía algo de gitana, para bochorno y fastidio de todos sus hijos, salvo yo. A mis ojos, ella y todo lo que hacía eran lo más cercano a la perfección de que es capaz el ser humano. Vestía blusas de campesina y faldas de vuelo estampadas con flores y en los meses cálidos iba descalza por la casa e incluso por la calle algunas veces... Debía de resultar escandalosa para nuestra pequeña y conservadora ciudad. Tenía unos ojos muy hermosos, de un llamativo violeta pálido que yo he heredado, aunque en mí están completamente desperdiciados. De pequeño siempre éramos muy felices cuando estábamos juntos y no me habría importado, y sospecho que a ella tampoco, que solo hubiésemos existido los dos y que hubiesen desaparecido del cuadro mi padre y mis hermanos mayores. No sé por qué fui su favorito, pero lo era. Supongo que de crío aún no era feo, y además las madres siempre miman al más pequeño, ¿no es cierto? La sorprendía contemplándome con pasión, la mirada expectante, como si en cualquier momento yo fuese a realizar algo sorprendente, ejecutar algún truco maravilloso, hacer el pino sin esfuerzo sobre una sola mano, por ejemplo, entonar un aria de ópera o conseguir que de mis muñecas y tobillos surgieran pequeñas alas de oro y elevarme revoloteando.

Yo ya había anunciado de la manera más precoz y grandilocuente posible que mi intención era convertirme en pintor —¡qué criatura insufrible debí de ser!— y, por supuesto y a pesar del bisbiseo preocupado de mi padre, a ella le pareció una espléndida decisión. Sobra decir que, para mi madre, las ceras y los lápices de colores normales no

eran adecuados; no, su niño debía tener lo mejor y, sin pensarlo más, nos dirigimos a Geppetto, el único sitio de la ciudad que nosotros supiéramos que vendía óleos, lienzos y pinceles auténticos. La tienda era de techos altos, pero muy estrecha, al igual que numerosas casas y locales de la ciudad; tan estrecha era que los clientes tendían de manera automática a entrar de lado y arrastrando los pies y traspasaban la alta puerta con la cabeza girada hacia el interior y la barriga metida. A la derecha había una escalera de caracol de hierro forjado, que yo fantaseaba que conducía a un púlpito, y estantes de juguetes cubrían las paredes de suelo a techo. El material de dibujo estaba al fondo, en una sección a la que se accedía por tres empinados escalones. Allí tenía Geppetto su escritorio, alto y estrecho asimismo, similar a un púlpito, de hecho; desde aquel promontorio podía vigilar toda la tienda, oteando por encima de sus gafas con aquella benévola y radiante sonrisa en la que centelleaba, como un incisivo al aire, la incansable y penetrante alerta del vendedor ambulante. Su verdadero nombre era Johnson o Jameson o Jimson, no me acuerdo bien, pero yo le llamaba Geppetto porque, con sus blancas e hirsutas patillas y las gafas sin montura encajadas en la punta de la nariz, era la viva imagen del viejo carpintero tal como aparecía dibujado en el gran álbum de Pinocho que me habían regalado en Navidad.

Por cierto, podría decir muchas cosas sobre aquel niño de madera y su deseo de ser humano. Sí, muchas cosas. Pero no lo haré.

Los distintos colores, aún puedo verlos, estaban colocados de forma ordenada y atractiva en un expositor de madera tallada semejante a un descomunal soporte para pipas. Un grueso y suntuoso tubo de blanco zinc llamó mi atención de inmediato. El tubo, por una feliz coincidencia, parecía hecho de zinc mientras que la etiqueta blanca tenía la textura seca y mate del gesso, una tonalidad fundamental para mí desde entonces, como bien conocéis si conocéis mi obra, y espero que no sea el caso. De manera instintiva disimulé mi interés, y desde luego nunca habría sido tan temerario como para coger el tubo y mirarlo de cerca o siquiera para tocarlo. Hay una peculiar mirada de reojo al objeto de su deseo que es lo máximo que el ladrón se permite en la primera etapa del robo, no solo por razones de estrategia y seguridad, sino también porque posponer la gratificación aumenta el placer, como bien sabe cualquier hedonista. Mi madre hablaba con Geppetto con el aire ausente que le era propio: la mirada perdida en algún punto más allá de la oreja izquierda del vendedor, mientras jugueteaba distraída con un lápiz que había cogido de la mesa y que hacía rodar entre sus dedos delgados y atractivos, aunque levemente masculinos. ¿De qué hablaría esa extraña pareja? A pesar de mi tierna edad y de los años del viejo, yo notaba que él se hallaba fascinado por aquella criatura de pelo alborotado y mirada cristalina. He de decir que mi madre se comportaba siempre de manera seductora con los hombres, aunque soy incapaz de afirmar si lo hacía intencionadamente o no. Creo que eran su aire distraído, el aspecto soñador con su elemento de magia y su elemento desconcertante, lo que los deslumbraba y desarmaba. Ahí vi mi oportunidad. Cuando creí que mi madre había conducido al viejo vendedor a ese estado de embelesado atontamiento, lancé la zarpa y, ¡zas!, el tubo de óleo pasó a mi

bolsillo.

Es fácil imaginar cómo me sentía, con un nudo de terror en la garganta y el corazón desbocado. Jubilosamente triunfante también, por supuesto, aunque muy dentro de mí y de una manera siniestra. Era presa de tal secreta excitación que creí que iban a saltarme los ojos de las cuencas y que mis mejillas se hincharían hasta explotar. El robo y el amor tienen mucho en común cuando se trata de la primera vez, creedme. Qué excitante y estremecedor resultaba aquel tubo de pintura y cuán pesado era, como si estuviese hecho de un material de otro mundo que hubiera llegado hasta mí desde un distante planeta donde la fuerza de la gravedad fuese mil veces mayor que en la Tierra. No me habría extrañado si hubiese agujereado el bolsillo trasero de mi pantalón, abierto un socavón en el suelo y caído en picado hasta emerger en Australia ante el asombro de los aborígenes y el espanto de los canguros.

Lo que más me impresionó de lo que acababa de hacer fue la velocidad. No me refiero a la rapidez de la acción, aunque hubiese algo sobrenatural, algo mágico en el modo aparentemente instantáneo en que el tubo de pintura pasó de su sitio en el expositor de madera a mi bolsillo. Pienso en las partículas de Godley, de las que tanto oímos hablar estos días: en un instante se encuentran en un lugar y al instante siguiente en otro, aunque se halle en los confines más alejados del universo, sin que exista indicio alguno de cómo se desplazaron de aquí allí. Así sucede siempre al robar. Es como si un objeto, al ser robado, se desdoblara: la pieza que antes pertenecía a una persona y la pieza que ahora es mía y que no es exactamente idéntica a la anterior. Es una clase de..., ¿cómo llamarlo? Una clase de transustanciación, si se me permite utilizar ese término, pues lo que sentí aquella primera vez fue un sobrecogimiento casi reverencial, y así me ocurre en cada ocasión. Ese es el aspecto sagrado de la acción; el aspecto profano es aún más numinoso si cabe.

¿Me vio Geppetto cuando lo hice? Tengo la terrible sospecha de que, por mucho que estuviese bajo los efectos subyugantes de la mirada celeste de mi madre, por más que ella no lo contemplara en realidad, Geppetto vio cómo mi mano se lanzaba hacia delante y mis dedos atrapaban el atractivo, brillante y compacto tubo de óleo que costaba media libra y lo introducían en mi bolsillo como por arte de magia. Cada vez que volvía a su tienda, y fueron muchas las ocasiones en los años siguientes, me dedicaba lo que me parecía una maliciosa y resabiada sonrisa. «¡Aquí está nuestro pequeño pintor!», exclamaba, lanzando un resoplido risueño a través de los hirsutos pelos grisáceos de sus fosas nasales. «¡Nuestro Leonardo!». Me había sentido tan eufórico aquella primera vez, que me daba igual que supiera lo que había hecho; no obstante, me aseguré de no volver a robarle.

¿Cómo justifiqué que tuviera aquel costoso tubo de pintura que mi madre sabía que no había comprado en Geppetto? Podía ser distraída, pero era muy cuidadosa con los peniques. Explicar la inexplicable y repentina presencia de un objeto desconocido es siempre delicado, como podrá asegurarnos cualquiera que robe por placer. Digo «por placer» cuando en realidad es una cuestión estética, incluso erótica, pero ya volveremos

sobre este asunto más adelante, si tengo valor para ello. La prestidigitación no es algo ajeno —ahora lo ves, ahora no lo ves— y muy pronto yo mostré mis dotes para hacer desaparecer las naderías que sustraía. Por lo general la gente es descuidada, pero el ladrón nunca lo es. Observa y espera, entonces se abalanza. Al contrario que el caco profesional, con su camiseta de rayas y su ridículo y pequeño antifaz, que regresa a casa del trabajo cuando amanece y vacía con orgullo el saco del botín sobre la colcha de su somnolienta esposa para que esta lo elogie, nosotros, los ladrones-artistas, debemos mantener en secreto nuestro arte y sus beneficios.

—¿De dónde has sacado esa pluma estilográfica? —nos preguntarán—. No recuerdo que la compraras.

La pluma estilográfica o el alfiler de la corbata o la caja de rapé o la leontina, lo que sea. Las reglas para responder son: primera, no contestar inmediatamente, sino dejar pasar un instante o dos antes de decir nada; segunda, mostrar cierta incertidumbre sobre el origen del objeto en cuestión; tercera y fundamental, no intentar nunca dar una explicación exhaustiva, ya que nada aviva tanto las llamas de la sospecha como explayarse sobre los detalles sin necesidad. Y entonces...

Voy demasiado rápido; el corazón de un ladrón es un órgano impetuoso y mientras en su fuero interno desea ser absuelto, al mismo tiempo no puede evitar fanfarronear.

Mi padre, como antes he comentado, desaprobaba mi nuevo pasatiempo —me refiero a la pintura—, que es como él lo veía, y continuó desaprobándolo incluso cuando, ya mayor, empecé a ganar con mis garabatos cantidades nada desdeñables para aquellos tiempos. Al principio él pensaba en el gasto, no hay que olvidar que también se ganaba la vida en, o con, la periferia del negocio del arte y era consciente del coste de la pintura, de los lienzos y de los buenos pinceles de cerdas. No obstante, sospecho que sus recelos eran fruto más bien del terror a lo desconocido. Su hijo, ¡un artista! Era lo último que habría esperado y lo inesperado le asustaba. Mi padre. ¿Debo dar asimismo unas pinceladas de él? Sí, es justo. Era un hombre sin pretensiones, larguirucho y delgado hasta resultar demacrado —obviamente, yo debo de ser una regresión—, cargado de hombros y con un rostro estrecho y afilado como la hoja tallada de un hacha prehistórica. Del tipo de Marcus, ahora que lo pienso, aunque con un aspecto menos refinado, menos santo sufriente. Se movía de un modo peculiar, parecido a una mantis, como si sus articulaciones no estuvieran suficientemente trabadas y tuviese que mantener su esqueleto unido bajo la piel con gran cuidado y dificultad. Mi cabello, de un castaño cobrizo, es lo único que en apariencia he heredado de él. También tengo su timidez, su cobardía a pequeña escala. Muy pronto desarrollé un irritado desprecio hacia él, algo que me perturba ahora, cuando por desgracia es demasiado tarde para solucionarlo. Fue bueno con mi madre, conmigo y con mis hermanos, según sus luces. Lo que yo no podía perdonarle era su pésimo gusto. Cada vez que tenía que ir a su tienda, adelantaba el labio inferior de manera automática, como una de esas antiguas pecheras de celuloide. Desde niño, aborrecía todas aquellas copias lacrimógenas de golfillos y gatitos jugando con madejas de lana, de hondonadas con sus claros umbríos y sus animales astados que

reinaban sobre el valle, y odiaba sobre todas las cosas el retrato de una pensativa y bella odalisca, la cabeza y los hombros de tamaño natural y la piel verdosa, con un marco dorado y colgado con ostentación sobre la caja registradora. A nadie se le pasó nunca por la cabeza que él expusiera mis trabajos, por supuesto que no: él no me lo pidió y yo no se lo ofrecí. Imaginad mi sorpresa, también mi consternación, cuando el día después de su muerte, mientras revisaba sus cosas, encontré una carpeta de arpillera, que probablemente él mismo había hecho, donde estaba guardado el retrato que hice de mi pobre madre en su lecho de muerte. Clarión sobre un bonito papel Fabriano de color crema. No estaba mal para ser de un principiante. Que él lo hubiese guardado durante todos aquellos años y además en una carpeta especial fue un duro golpe. A veces tengo la sospecha de que son muchas las cosas que se me escapan en el transcurrir de los días.

Pero aguardad un instante. ¿Fue realmente aquel tubo de pintura lo primero que robé? Hay muchos tipos de robo, desde el caprichoso hasta el planeado, pero para mí solo cuenta uno y se trata del robo que carece absolutamente de utilidad. Los objetos que hurto deben carecer de uso práctico, por lo menos para mí. Como dije al principio, yo no robo para lucrarme —a no ser que ese secreto escalofrío de placer que me proporciona el hurto sea considerado una ganancia— y, sin embargo, necesitaba aquel tubo de pintura tanto como lo deseaba, de la misma manera que deseo y necesito a Polly, y no cabe la menor duda de que le di un buen uso... ¡Uy! Cuando menos lo esperaba se me ha escapado, o se ha colado, esa mención a Polly. Aunque supongo que esa es la verdad: la robé, la sustraje cuando su marido no estaba mirando y me la metí en el bolsillo. Sí, me apropié de Polly; de Polly me apoderé. La utilicé asimismo y de la peor manera: saqué de ella todo lo que podía ofrecer y entonces salí pitando y la abandoné. Imaginad una sacudida, un estremecimiento de vergüenza; imaginad dos gruesos puños con los nudillos blancos golpeando en vano un pecho. Ese es el problema con la culpa, uno de los problemas: no hay escapatoria posible a su mirada; me persigue por la habitación, por el mundo, como la sobredimensionada mirada, escéptica y petulante, de la Gioconda con sus ojos hinchados.

Acabo de bajar del tejado. ¡Vaya! La tormenta de esta mañana ha levantado media docena de tejas de pizarra, que han caído al suelo rompiéndose en pedazos, y ahora la lluvia se cuela por una gotera en uno de los dormitorios de la parte de atrás y a saber qué otro desastre hay organizado en el desván. La casa es de una sola planta, con sótano, así que el tejado no está a excesiva altura, pero tiene una pendiente muy inclinada; aún no sé qué me ha llevado a trepar allí, y más con este tiempo. Avanzaba con torpeza sobre las tejas cuando resbalé y me caí sobre la tripa, y me habría deslizado y estampado contra el suelo de no ser porque logré sujetarme con los dedos a la cumbreira. Qué gran espectáculo si alguien hubiese estado allí: me removía y jadeaba como un escarabajo ensartado, mientras agitaba mis gruesas piernas y mis dedos de los pies buscaban con desesperación un asidero en las tejas resbaladizas. Si me hubiese precipitado al suelo de

cemento del patio trasero, ¿habría rebotado? Al final, conseguí tranquilizarme y permanecí inmóvil durante unos instantes, colgado de mis manos frías y agarrotadas mientras la lluvia me caía encima y una bandada de grajos burlones volaba en círculos sobre mí. Cerré los ojos y, pensando en rezar, solté la cumbrea y me dejé resbalar poco a poco y con gran estrépito pendiente abajo hasta que los dedos de mis pies, encogidos dentro de los magullados zapatos, toparon con el canalón, que detuvo milagrosamente mi caída. Tras otro breve respiro, me enderecé e, inclinado hacia el tejado, avancé con pasos laterales por el borde —es increíble que el canalón no cediera bajo mi peso— con el balanceo y los arqueados andares de un orangután y profiriendo sofocados alaridos, hasta que alcancé la relativa seguridad de la alta chimenea de ladrillos que se levanta en la esquina noroeste del tejado. ¿O es la esquina sureste? Menuda estupidez subir allí. Podría haberme roto el cuello y no me habrían localizado hasta semanas después. ¿Habrían picoteado aquellos grajos los incrédulos y atónitos ojos de mi cadáver?

No sé qué me trajo aquí, y al decir aquí me refiero a esta casa. Es aquí donde crecí, es aquí donde sucedió el pasado. ¿Es otro ejemplo del conejo herido que se arrastra de vuelta a su madriguera? No, no sirve. Fui yo quien hirió a otros, aunque no saliera ileso, es cierto. En cualquier caso, aquí me encuentro y no tiene sentido darle vueltas a por qué decidí venir aquí y no ir a otro lugar. Estoy cansado de darle vueltas a todo, a su frustrante inutilidad.

Cuando era joven no me sentía a gusto en el bosque. Sí, me encantaba pasear por él, sobre todo en el crepúsculo, bajo la alta y umbría fronda de hojas, entre los árboles jóvenes y el abanico de helechos y los grandes zarzales morados, pero siempre tenía miedo, miedo de los animales salvajes y de otras cosas. Sabía que los viejos dioses aún moraban allí, los viejos ogros. Hoy están talando, me llega el sonido muy lejano, desde el corazón del bosque. Hace un tiempo pésimo para trabajo semejante. No debe de quedar mucha madera que merezca la pena. La mayor parte de los terrenos de esta zona siguen aún en manos del clan de los Hyland, pero apenas pervive nada de su antigua riqueza. Percibo su esterilidad, igual que percibo la mía. Es cuestión de tiempo que los leñadores lleguen hasta donde yo me encuentro y acaben hasta con el último de los viejos árboles. Tal vez me talen a mí con ellos. Sería un buen final: ser derribado de una seca sacudida. Mejor, en cualquier caso, que resbalar del tejado y partirse la crisma.

Mi padre sentía un encendido desprecio por los Hyland, a los que se refería despectivamente cuando se encontraba lejos de su alcance como los Hunos, por su origen alpino. Unos cien años atrás, el primero de los Hohengrund, tal era su nombre originario, un Otto o algo similar, abandonó las imponentes alturas de Alpinia, devastada por la guerra, y se estableció aquí. En aquellos prósperos días los Hyland, como para entonces se habían rebautizado por pragmatismo —Hohengrund, Hyland: ¿lo pilláis?—, no tardaron en convertirse en terratenientes y, aún más, en potentados industriales con una flota de barcos carboneros y una nave de almacenamiento de petróleo en el puerto de la ciudad, que suministraba a toda la provincia. Su larga prosperidad llegó a su fin cuando el mundo, nuestro nuevo-viejo mundo, tal como lo definió el Teorema de

Godley, aprendió a capturar energía de los océanos y hasta del propio aire. Pero incluso cuando los tiempos empeoraron, la familia consiguió conservar sus tierras, aparte de uno o dos sacos de oro, y aún hoy en día el nombre de Hyland hace que en esta región algunos de los vecinos más viejos se descubran de manera automática o tiren respetuosamente hacia delante de su flequillo canoso. Desde luego no era el caso de mi padre. Sería un hombre apocado, pero ¡ay!, cuando la emprendía con nuestros supuestos señores —cuyo precipitado declive acababa de empezar cuando él estaba ya al final de sus días— se transformaba en lo que la gente de aquí llama un Tártaro. Había que oírle despotricar contra ellos en la cena y ver cómo estrellaba el puño en la mesa con tal fuerza que hacía saltar y entrechocar los platos, mientras mi madre adoptaba una pose aún más ausente e introducía los dedos en el nido de su cabello con aire distraído. Sin embargo, a pesar de su ferocidad, yo nunca me creí aquellas diatribas. Sospechaba que a mi padre le importaban un comino los Hyland y solo los utilizaba como una excusa para gritar y golpear la mesa y aliviar así un poco la sensación de decepción y de fracaso que le devoró toda su vida igual que un cáncer. Pobre papá. Debí de quererlo a mi manera, aunque no sepa muy bien qué manera era esa.

No aplacaba su irritación que la casa del guarda donde vivíamos —donde nos alojábamos— perteneciese a los Hyland y que tuviésemos que renovar el alquiler cada año. Qué sombrío silencio caía sobre la familia cuando llegaba el momento —la primera semana de enero—, mi padre se enfundaba su mejor traje de brillante sarga azul y emprendía refunfuñando el mortificante camino hacia la ciudad, a las oficinas de F. X. Reck & Son, «abogados, administradores de fincas y notarios», para presentarse igual que un patán o un vasallo de antaño a la ceremoniosa renovación del contrato de alquiler. La mansión a la que esta construcción pertenecía antiguamente como casa del guarda fue adquirida por el primer Otto von Hohengrund hace un siglo. En nuestro tiempo la casa grande era propiedad de uno de los numerosos descendientes de Otto, un tal Urs, que incluso tenía aire de oso y vestía *lederhosen* en los meses de verano, lo juro. A veces yo veía a sus hijos en el bosque, criaturas delicadas y de cabellos muy claros, pero imperiosos asimismo. En una ocasión que jamás olvidaré, uno de ellos, una niña con las trenzas recogidas sobre la cabeza en una diadema y con un perfecto labio Habsburgo, me acusó de *allanamiento* y me golpeó en la cara con una vara de avellano. Es fácil imaginar la cólera de mi padre cuando vio el verdugón en mi mejilla y escuchó lo que había sucedido. Pero hasta los poderosos reciben su justo castigo de vez en cuando, y durante el otoño siguiente esa misma niña fue atacada por un lobo, uno de los dos lobos supuestamente mansos que su padre, movido sin duda por la nostalgia, había importado de los fieros bosques e intrincadas montañas de su tierra ancestral. La fiera se escapó de su jaula y se topó con la cría, que recogía bayas en un claro no muy lejano del lugar donde me había golpeado en el rostro con la vara. Mi padre se mostró tan conmovido como todo el mundo por aquel incidente truculento, pero era obvio, por lo menos para mí, que en su corazón sintió que se había hecho justicia, aunque desproporcionada, obviamente, y se sintió complacido.

Me pregunto qué fue lo primero que pinté. No consigo recordarlo. Supongo que una escena silvestre con hojas y escaleras de madera para pasar los cercados y vacas, todo dibujado sin ninguna perspectiva y bajo el ojo saltón de un sol del color de la yema de huevo. No me estoy burlando. Al principio me bastaba jugar con los pinceles y embadurnar la tela para ser feliz, pero la felicidad en ese terreno no sirve para nada, por supuesto. Pasaba más tiempo en la cueva del tesoro de Geppetto que frente a mi caballete —sí, mi madre me compró un caballete y también una paleta, cuyas curvas elípticas me producían y aún me producen, pues todavía la guardo, una secreta palpitación de amor—. El olor de la pintura y el suave tacto de la marta del pincel significaban para mí lo que las canicas y los arcos y las flechas de madera para mis coetáneos. ¿Era tan solo un juego inocente? Quizá, pero aun así apostarí a que yo pintaba mejor entonces, cuando era niño, que más adelante, cuando tomé conciencia de mi trabajo y empecé a considerarme un artista. Dios santo, el infierno de intentar aprender hasta lo más esencial. Volver a aprenderlo, quiero decir, una vez que terminó la euforia de mis años de libertad. Todo el mundo piensa que ser pintor es fácil si tienes ciertas habilidades, dominas unas cuantas reglas básicas y no eres daltónico. Es cierto que la parte técnica no es tan difícil, es cuestión de práctica, poco más que pillarle el truco, en realidad. La técnica puede adquirirse, la técnica puede aprenderse dedicándole tiempo y esfuerzo, pero qué sucede con todo lo demás, ¿de dónde proviene lo que de verdad cuenta? ¿Acaso los *putti* lo traen del Empíreo y lo esparcen sobre los escasos elegidos como lluvia de oro sobre Dánae? Me cuesta creerlo. La facilidad temprana es cruelmente engañosa. Para mí fue como si hubiese ascendido sin esfuerzo una suave y verde colina en algún lugar de la vieja Alpinia, cogiendo flores de edelweiss y deleitándome con el canto de la alondra, pero al llegar a la cima me hubiera quedado boquiabierto ante la aterradora visión de cordillera tras cordillera de nevados y escarpados picos, a cada cual más elevado, extendiéndose en el brumoso horizonte de un cielo de Caspar David Friedrich, y todos ellos exigiendo ser escalados. Podría decir, en mi favor, que mostré gran inteligencia al reconocer las dificultades a edad tan temprana. Un día me di cuenta del problema, tal cual, y nada volvió a ser lo mismo. ¿Cuál era el problema? Era el siguiente: ahí fuera está el mundo y aquí hay una pintura del mismo, y entre ambos se abre una brecha mortal.

Pero esperad, esperad, me estoy equivocando con la cronología, equivocándome sin remedio. Aquella visión no irrumpió hasta mucho más tarde y cuando sucedió quedé cegado. Así que es bastante probable que, después de todo, aquel pequeño genio no fuese tan perspicaz. Es un pensamiento reconfortante, aunque no sé muy bien por qué.

Algún tiempo después. Me he obligado a salir para dar un paseo. No es algo que haga por costumbre, por la sencilla razón de que no es algo que haga bien. Suena absurdo, lo sé: ¿en qué sentido puede pasearse bien o mal? Pasear es pasear. La cuestión no es pasear, sino salir a dar un paseo, que en mi opinión constituye el pasatiempo humano más fútil y ciertamente el más amorfo. Estoy tan capacitado como cualquiera para disfrutar de los

deleites que la Madre Naturaleza despliega ante nosotros con tanta indulgencia y generosidad; incluso más capacitado, pero solo como un placer secundario en los descansos de lo cotidiano. Viajar con el propósito específico de hallarse en el extranjero disfrutando del buen clima bajo el santo cielo y todo lo demás tiene un tufillo *kitsch*. El problema para mí es que no puedo pasear de manera natural, sin ser consciente de mí mismo. A eso me refiero cuando hablo de hacerlo mal. Miro con envidia a aquellos que me encuentro en el camino. Con cuánto ímpetu avanzan con sus pantalones por debajo de la rodilla y sus chaquetas impermeables, empuñando con audacia esos bastones de andar largos y maravillosamente delgados que más se asemejan a bastones de esquí con cintas de cuero en la empuñadura y, según parece, sin un solo pensamiento en la cabeza, los rostros alzados, sonriendo a la bendita y brillante luz del día. Yo, por mi parte, trato de pasar inadvertido mientras sudo y me seco la frente humedecida y tiro del cuello de la camisa que tan cómodo era dentro de casa, pero que ahora parece querer estrangularme. Es cierto que podría abrirlo de un tirón, aflojarme la corbata y lanzarla lejos, pero de eso se trata. Nunca he sido de los que van sin corbata. Puede que me parezca a Dylan Thomas en su prematura decrepitud, pero no tengo su aspecto desmelenado.

De lo que se trata cuando estoy caminando sin más fin que caminar —lamento seguir dándole vueltas al tema— es de que me siento observado. No por ojos humanos, ni tan siquiera de animales. Para mí la naturaleza es cualquier cosa menos inanimada. Hoy, mientras caminaba —yo no paseo— por la carretera trasera que bordea el bosque, sentí cómo la vida de las cosas se apiñaba en torno a mí, ciñéndome, empujándome; en una palabra, observándome. ¿Por qué hay tanta vida?, me pregunté con inquietud. ¿Por qué hay hierba en todas partes cubriéndolo todo? ¿Por qué hay tantas hojas? Y eso sin considerar lo que sucede bajo tierra: los escarabajos escarbando, los incontables gusanos retorciéndose, el fiero sinfín de raíces enroscadas abriendo caminos más y más profundamente en la tierra, en busca de agua y calor. Me estremeció semejante profusión; me sentí aplastado por su peso y sin más dilación di media vuelta, regresé corriendo a casa y me precipité dentro con una mano temblorosa sobre mi corazón desbocado.

Y, sin embargo, cuando pintaba, sobre todo pintaba la naturaleza, y me sentía dichoso al hacerlo. Es una paradoja. Pero, si nos paramos a pensarlo, ¿acaso hay otra cosa para pintar? No hace falta decir que por naturaleza entiendo el mundo visible en su totalidad, los interiores tanto como los exteriores. Pero eso no es la naturaleza estrictamente hablando, ¿no? ¿Qué, entonces? Es la totalidad en lo que pienso, el *maremágnum*, el todo en su conjunto: ratones y cordilleras y, encajados entre ambos, nosotros, la medida de todas las cosas, Dios nos perdone, como dicen por aquí.

No hay nada para comer en casa. ¿Qué voy a hacer? Supongo que podría ir al bosque y buscar hierbas comestibles o escarbar para encontrar esas nueces que comen los cerdos, comoquiera que se llamen. ¿No dicen que el otoño es la estación de fecundas sazones? Nunca se me ha dado muy bien cuidarme. De eso se ocupaban las mujeres: ellas me cuidaban. Y ahora en qué me he convertido, en un Orfeo mudo y sin lira que perdería

sin duda la cabeza si fuese tan loco como para aventurarse a regresar con las ménades. ¡Oh, dios difunto! ¡O deus mortuorum! A ti imploro.

Mis pensamientos vuelven una vez más al tubo de blanco zinc que mangué de la juguetería de Geppetto. No consigo apartarlo de mi cabeza. He llegado definitivamente a la conclusión de que no fue mi primer robo auténtico. Lo admito, aquel tubo de pintura fue el primer objeto que recuerdo haber robado, pero lo sustraje por codicia infantil, y el acto no tuvo nada de artístico y careció de un verdadero componente erótico. Esas cualidades esenciales solo aparecen con la figurita vestida de verde de Miss Vandeleur. Ah, sí, aún conservo después de tantos años aquella diminuta dama de porcelana. Soy un sentimental. No, no se trata de eso, ¿qué estoy diciendo? El sentimentalismo no tiene nada que ver. No es por nostálgico afecto que he conservado los objetos que guardo; sería como sugerir al alto sacerdote del templo que las reliquias sagradas que protege y cuida con celo son meros recuerdos de los hombres y mujeres mortales, sus dueños originales, que estaban destinados a ser elevados a la santidad. ¡Esperad! Ahí está de nuevo la nota hierática, el llamamiento a lo sagrado, cuando en realidad el verdadero fin del robo es mundano: trascendente y, al mismo tiempo, prosaico. Permitidme que lo diga con claridad. Mi propósito en el arte del robo, como lo era en el arte de la pintura, es la absorción del mundo en mi mismidad. Los objetos hurtados no solo se convierten en míos, sino que se convierten en mí y de esa manera adquieren una nueva vida, la vida que les doy. ¿Demasiado ambicioso, decís? ¿Demasiado presuntuoso? Mofaos tanto como queráis, no me importa: yo sé lo que sé.

Miss Vandeleur —la Miss Vandeleur de la que hablo, aunque dudo que haya muchas con ese nombre— tenía una pensión en un pueblo junto al mar. Guardaba una relación de parentesco con mi familia, aunque nunca llegué a averiguar cuál exactamente. Sospecho que el parentesco era hipotético. En la familia de mi padre había una tía, una señora mayor y refinada que vestía en apagadas tonalidades de malva y gris y calzaba —¿es posible?— botines de botones que estaban delicadamente cuarteados y cubiertos por una telaraña de enceradas arrugas. Solía darme una moneda de seis peniques, que sacaba aún caliente de su monedero, pero nunca recordaba mi nombre, y yo ahora le devuelvo la cortesía porque he olvidado el suyo. Miss Vandeleur debió de ser la acompañante de aquella solterona durante mucho tiempo —sobre qué tipo de compañía le brindaba no voy a especular— y cuando murió la anciana mantuvo la relación con nosotros, como una suplente de hecho de la mujer que había fallecido, una suerte de tía honoraria. En cualquier caso, en las semanas flojas de final de la temporada, cuando le quedaban habitaciones libres, Miss V. nos invitaba a pasar unos días a un precio muy reducido, la única forma en que podíamos permitirnos semejante lujo.

Miss Vandeleur era una mujer grande y pálida, con una abundante mata de cabello rubio de bote, que llevaba suelto y flotante. Debía de haber sido una belleza en su juventud, y cuando nosotros la conocimos aún parecía una versión devastada de Flora, la

mujer que lanza las flores, a la izquierda del personaje central, en la muy admirada aunque ligeramente empalagosa *Primavera*, de Sandro Botticelli. Yo creo que ella era consciente de ese parecido —en alguna ocasión alguien, tal vez un pretendiente, se lo debió de señalar—, dada aquella sorprendente mata de cabello cuidadosamente teñido de rubio maíz y los luminosos vestidos de talle alto que llevaba. Era de temperamento volátil. Su humor habitual era de solemne benevolencia, pero ante la más mínima provocación podía estallar con una rabia venenosa que le contraía los ojos en dos ranuras. Había ocurrido una tragedia hacía ya mucho tiempo —unos gemelos ahogaron a un compañero de juegos, según creo recordar—, en la que Miss Vandeleur se vio de alguna manera implicada —de forma absolutamente injusta, insistía ella— y cualquier alusión fortuita o incluso la evocación no premeditada de aquella injusticia eran la razón subyacente de numerosos estallidos. Su casa, desalentadoramente fea, que quién sabe por qué se llamaba Líbano, era espaciosa y laberíntica, con tantos anexos y ampliaciones que más que haber sido construida parecía resultado de la acumulación. Sus habitaciones privadas estaban al fondo, en lo que era poco más que un cobertizo de listones y fieltro alquitranado con goteras y unido de forma precaria a la cocina. En el centro de dicha madriguera se encontraba lo que ella llamaba su estudio, un pequeño cuarto cuadrado y oscuro atestado con sus tesoros. Allá donde mirases había *objets*, de cristal y dorados, de mayólica y filigrana, apiñados en aparadores y mesas bajas, sobre el suelo, en las paredes, colgados del techo. Era su espacio privado, donde satisfacía sus misteriosos y solitarios placeres, y se nos hizo entender, a los niños sobre todo, que cualquier violación de aquel santuario acarrearía un temible castigo inmediato. No es necesario que diga cuánto deseaba colarme allí dentro.

Me intriga qué está pasando con el tiempo, me refiero al clima en general. No presto mucha atención a las afirmaciones apocalípticas sobre los efectos catastróficos que las recientes y espectaculares tormentas de fuego en el sol han tenido sobre la oscilación, o comoquiera que se llame, del eje de rotación de la Tierra; no obstante, algo parece haber cambiado en las décadas transcurridas desde que era niño. Soy consciente del brillo engañoso que poseen los recuerdos de la infancia. Pero recuerdo tardes de soleada quietud que ya no existen, cuando el cielo, de un profundo turquesa, contenía una oscuridad palpitante en su cénit y la luz sobre la tierra talada parecía ebria de su propia densidad e intensidad. En un día semejante reuní el valor necesario para penetrar en el atiborrado santuario de Miss Vandeleur, para allanar su madriguera.

Me invade una súbita oleada de ternura hacia aquel niño que era yo, con sus pantalones cortos caqui y sus sandalias de tiras entrecruzadas, que dejaban los dedos al aire, de pie y con el corazón en la boca, en el umbral de la gran aventura que su vida prometía ser. Una acumulación de impulsos salvajes, de miedos no expresados; el niño apenas sabía entonces quién o qué era él. Con cuánto silencio cerró la puerta tras de sí, con cuánto sigilo pisó el entarimado prohibido. En el sosiego del verano las paredes de madera crujían en torno a él y, sobre su cabeza, el tejado con su capa de alquitrán llena de burbujas borboteaba suavemente por el calor. Todo parecía estar vivo, todo parecía

observarle con gran atención. Olía a madera descolorida, a creosota y a polvo, y en aquel olor había un tufillo evocador a un pasado ya perdido.

Como he dicho antes, Miss Vandeleur era una coleccionista entusiasta, pero sentía una especial debilidad por las estatuillas de porcelana: pastorcillas de mejillas sonrosadas y bailarinas haciendo piruetas, Cherubinos de casaca azul y peluca empolvada y demás figuritas semejantes. Dos de ellas me llamaron de inmediato la atención; destacaban porque eran el doble de altas que las otras y su diseño era más moderno. Representaban a dos bellezas de los años veinte, delgadas como garzas, con el cabello recogido en apretadas ondas, ataviadas, si bien escasamente, con largos vestidos de lánguida caída, uno de color verde clorofila y el otro de un adorable y profundo tono lapislázuli, cuyos amplios escotes no tenían gran cosa que ocultar, pues sus dueñas, planas como una tabla, rozaban la androginia, como era la moda. Con sus altivas sonrisas y sus largos guantes por encima del codo, me parecieron el colmo de la elegancia y de una indolente sofisticación.

Deseé robar ambas, prueba de mi juventud e inexperiencia en el arte de las manos ligeras, un arte del que me convertiría en entusiasta adepto con el tiempo. A pesar de ser un simple novicio, supe de manera imprecisa pero firme que debía resistir mi codicia. La razón para apoderarme de solo una de aquellas lánguidas damas era sencilla y obvia, aunque sin duda perversa. Si las dos desaparecían, Miss Vandeleur podría no apercibirse de su pérdida, mientras que si una permanecía regazada, sola y pálida, antes o después echaría en falta la segunda. Así de importante era para mí, incluso en aquel momento inicial, que el robo fuese descubierto. Por eso debo descartar el robo del atractivo y compacto tubo de blanco zinc, pues lo que me preocupaba entonces era que Geppetto supiera que lo había cogido y no la posibilidad, mucho más angustiada, de que no hubiese caído en la cuenta. Ahí se pone de manifiesto el aspecto más sombrío y profundo de mi pasión: como probablemente ya he dicho más de una vez, el dueño original tiene que saber que le han mangado, aunque no quién lo ha hecho, por supuesto.

¿Cuál debía coger? ¿La bella dama de azul o su compañera de verde? Lo único que las diferenciaba era el color de sus vestidos, ya que habían sido hechas con moldes idénticos. Idénticos, excepto que, al ser como imágenes de un espejo, una se inclinaba hacia la izquierda y su gemela hacia la derecha. Tras mucho dudar, con las palmas de las manos húmedas y un reguero de sudor serpenteando columna abajo, me decidí por la que se inclinaba hacia la izquierda. El verde de su vestido poseía el mismo tono que la luminosa rociada de hojas que aparece en los árboles altos en los primeros días de mayo; había una leve pincelada de un rosado melocotón en sus pómulos; y en el barnizado, cuando lo examiné de cerca, se veía una red de finas líneas tan numerosas como las grietas en los botines abotonados de mi tía muerta, aunque mucho, mucho más finas. ¿Qué edad tenía yo ese día? No había llegado aún a la pubertad, seguro. Sin embargo, cuando abracé con mi puño aquella pequeña y delicada figura y la introduje en mi bolsillo, el espasmo de placer que recorrió mis venas e hizo que los folículos del cuero cabelludo se contrajeran y hormigearan fue tan antiguo como Onán. Sí, en aquel instante descubrí la naturaleza de

la sensualidad en toda su ardiente, inflamada, acuciante e irresistible intensidad.

Todavía la guardo, mi *flapper* con su vestido verde. Está dentro de una vieja y fragante caja de puros, escondida en una esquina del ático, bajo los aleros. Podría haber ido a buscarla cuando estaba en el tejado examinando los daños causados por la tormenta. Gracias a Dios que no lo hice: esa figurita habría conseguido que cayera de rodillas, con el rostro enterrado en las manos, sollozando desconsolado en medio de sillas destrozadas y raquetas de tenis sin cuerdas y el perfume aún persistente de las manzanas de otoño que mi padre almacenaba allí y que, año tras año, solían pudrirse mucho antes de que el invierno estuviese avanzado.

La maldita Miss Vandeleur nunca echó en falta la estatuilla, o si lo advirtió no hizo ningún comentario al respecto, algo que no parecía muy propio de ella. Y, sin embargo, con qué destreza llevé a cabo la acción, con cuánta valentía —aunque no fue valentía, sino audacia, un inusitado coraje— me introduje en el santuario prohibido. En fin, en las artes escénicas no hay actuación perfecta y nadie recibe la respuesta que considera que se merece.

Resulta muy apropiado que lo que ahora considero mi primer robo artístico fuera perpetrado en la costa, el escenario de la infancia eterna donde el fango primordial permanece húmedo. Recuerdo con alucinatoria claridad el aletargado calor del día y la textura algodonosa del aire en la sala secreta de Miss Vandeleur. También recuerdo el silencio. No hay silencio similar al que acompaña al robo. Cuando mis dedos se alargan para coger una bagatela codiciada, actuando aparentemente por su propia cuenta y sin ninguna necesidad de mí o de mi mediación, todo enmudece por un instante, como si el mundo retuviese el aliento, asombrado y maravillado del absoluto descaro de mi acción. Y entonces se produce esa oleada silenciosa de júbilo que asciende en mí como un vómito. Es una sensación en la que resuenan la infancia y las transgresiones infantiles. Gran parte del placer que se obtiene al robar proviene de la posibilidad de que te atrapen. No, no, es algo más que eso: más bien es el deseo de que te atrapen. Eso no quiere decir que me apetezca que un tipo fornido vestido de azul me agarre por el cogote y me lleve a rastras hasta el juez para que me sentencien a tres meses. Entonces, ¿qué? No lo sé. ¿Acaso un niño no moja la cama movido en parte por el deseo de que su mamá le dé un buen cachete? Es preferible no ahondar en esas turbias profundidades.

Y hablando de profundidades y de sumergirse en las mismas, me resulta imposible pensar en mi aventura con Polly Pettit sin conjeturar con inagotable y creciente desconcierto. ¿Aventura? ¿Por qué hablo así? Fue muy importante mientras duró; hubo un tiempo en que casi parecía lo único importante. Y sin embargo, siempre fue inverosímil, uno de los motivos de que fuese tan excitante. Caímos en los brazos uno del otro en un estado de atónita sorpresa, y esa mutua perplejidad jamás desapareció del todo. Ella decía que una de las cosas que le habían atraído de mí era el olor a pintura que desprendía. Es extraño, pues para entonces yo ya había dejado de pintar. Decía que era

un agradable olor a tierra que le recordaba cuando era niña y hacía bolas de barro. Nunca supe qué pensar sobre eso, si debía sentirme encantado o levemente ofendido.

Nos veíamos en mi estudio, lo que había sido mi estudio cuando todavía pintaba. No sé muy bien por qué lo mantenía, quizá con la vana esperanza de que las musas regresaran y se posaran de nuevo en su vieja morada. Sé lo que estáis a punto de pensar, antes incluso de que lo penséis, pero no me lie con Polly confiando en que el ardor que generábamos al estar juntos avivaría las brasas de la inspiración hasta encender un fuego jubiloso. ¡No! Para entonces las brasas se habían transformado en cenizas y, es más, ya estaban frías. No, el estudio que ya no servía de estudio era sencillamente un conveniente y discreto lugar de citas; no sé para qué puede servir ahora mismo; ahí está, inutilizado y, sin embargo, no soy capaz de deshacerme de él.

Era una habitación grande y desangelada que estaba sobre lo que había sido la tienda de grabados de mi padre. En ningún momento se me pasó por la cabeza que pisoteaba la sombra de mi padre al establecerme allí. Cuando se jubiló, el local lo alquiló el dueño de una lavandería y, tan pronto dejé de pintar, los olores a pintura, a aceite de linaza y a trementina fueron rápidamente tapados y finalmente sustituidos por los pesados efluvios a espuma de jabón, por el viciado tufo a lana húmeda y caliente y por un acre hedor a lejía, que me irritaba los ojos y me provocaba intensos dolores de cabeza. Tal vez esa pestilencia se me metió en la piel, y Polly la confundió con el olor a pigmentos. Es cierto que ese olor, el olor a ropa sucia mientras es lavada, recuerda, por lo menos me recuerda a mí, a la infancia y sus churretosos pasatiempos.

Ella vino a mi estudio por primera vez un gélido día de finales de año; intentad no perder el hilo, hablo del año pasado, hace ya más de nueve meses, pues estamos en septiembre. El cielo en la ventana abuhardillada que mira al norte parecía dibujado en grafito y la luz que entraba por ella tenía una textura granulada que está asociada en mi memoria al excitante y áspero tacto de la piel de gallina de Polly. Mientras yacíamos en el viejo sofá verde en un lánguido abrazo —qué tiernas y tímidas fueron las primeras horas exploratorias que pasamos juntos—, yo nos imaginaba como un género pictórico: un estudio a lápiz de Daumier, por ejemplo, o incluso un boceto al óleo de Courbet, ilustrador del esplendor y la miseria de *la vie de bohème*. La pequeña mano de Polly estaba helada, como ciertas partes de mí podían atestiguar, encogiéndose instintivamente bajo sus dedos envolventes, igual que un caracol al contacto con una espina. Ella quería saber por qué había dejado de pintar. Detesto esa pregunta porque no sé cuál es la respuesta. Supongo que más o menos conozco los motivos, pero me resulta imposible exponerlos de manera razonable. Podría contar que un día me desperté y el mundo ya no significaba nada para mí, pero ¿cómo sonaría eso? Además, ¿no pintaba yo el mundo tal como lo interpretaba mi mente y no tal como era? Un crítico me definió en una ocasión como el cabecilla de lo que denominó la Escuela Cerebralista —si alguna vez existió tal escuela, debió de tener un solo estudiante—, pero incluso en las épocas de mayor retraimiento siempre he necesitado todo lo que se encontraba en el exterior: el cielo y sus nubes, la tierra y las pequeñas y altaneras figuras yendo de un lado a otro sobre su

corteza. El patrón y el ritmo eran los principios organizadores a los que todo debía someterse, las dos leyes gemelas de hierro que gobernaban el batiburrillo de impresiones del mundo. Y entonces llegó aquella mañana, aquella mañana fatídica —¿hace cuánto tiempo sucedió?— en que abrí los ojos para encontrar que todo había desaparecido, se había desvanecido para mí, todas mis piedras angulares hechas añicos. Pensad en este amargo destino: ser un hombre vidente que no puede ver.

He dicho que robé a Polly, pero ¿realmente la robé? ¿Es así como se expondría en un tribunal, como se presentaría sin más rodeos tal cargo contra mí? Es cierto que siempre se habla del amor clandestino como si se tratase de un robo. Sustraer o captar, en su acepción menos usada —sí, he estado escudriñando el diccionario de nuevo—, son términos que podría aceptar, pero *robar* es una palabra demasiado cruda. El placer... No, el placer, no. La satisfacción que obtuve al apoderarme de la mujer de Marcus en nada se parecía al oscuro gozo que obtengo de mis otros hurtos secretos. No era oscura en absoluto, sino que estaba bañada en una luz balsámica.

Éramos felices juntos, ella y yo, sencillamente felices, por lo menos al principio. Una cierta inocencia, una cierta ingenuidad es inherente al amor secreto, a pesar de las llamas de culpabilidad y de espanto que lamen el trasero desnudo y bamboleante del amante. Había algo infantil en Polly, o así me parecía, algo que había conservado de su niñez, una vulnerabilidad y un entusiasmo inocentes que yo encontraba turbadoramente irresistibles. Cuando estaba con ella, yo también parecía sumergirme en mi propia infancia. Se elogia muy poco el aspecto lúdico del amor: Polly y yo habríamos podido pasar por una pareja de niños que juegan a empujarse y revolcarse. Y qué abierta y generosa era ella, no solo por permitir que reclinara mi frente abrumada en su mullido y pálido pecho, sino de una manera más profunda y más íntima. Amarla era como encontrarse en un espacio en el que ella hubiera estado sola hasta entonces, un espacio en el que nadie antes había sido autorizado a entrar, ni siquiera su esposo —daos cuenta: hablo en pasado irremediabilmente—. Lo hecho, hecho está; lo que ha desaparecido, desaparecido queda. Pero si en este instante ella apareciese ante mí en persona, ¡en persona!, ¿podría confiar en que no estallase de amor mi corazón?

Existían ciertas reticencias entre nosotros. Por ejemplo, durante el tiempo que estuvimos juntos, Polly no mencionó el nombre de Gloria ni una sola vez. Por el contrario, yo hablaba de Marcus a la menor oportunidad, como si la mención frecuente de su nombre tuviese un mágico efecto neutralizador. La culpabilidad que sentía respecto al marido de Polly me oprimía como una nube tormentosa en miniatura que se hubiese formado en exclusiva sobre mí y que iba conmigo adondequiera que fuese. Creo que el daño que infligía a mi amigo incluso me causaba una pena más aguda que la afrenta no menos grave que cometía contra mi mujer y asimismo, supongo, contra su mujer. En cuanto a Polly, ¿cómo se sentía ella al ser infiel? Seguro que la conciencia la atormentaba igual que a mí. Cada vez que yo empezaba a parlotear sobre Marcus, fruncía el ceño con malhumorado gesto recriminatorio, sus cejas se unían en una y sus labios rosados se convertían en una fina y pálida línea. Tenía razón, por supuesto: era de muy mal gusto

hablar de cualquiera de nuestros cónyuges en el mismo instante en que los estábamos traicionando. En cuanto a Gloria, Polly y ella mantenían una excelente relación, igual que antes, y cuando quedábamos los cuatro, lo que hacíamos con la frecuencia de siempre, las atenciones excesivas que Polly le prodigaba deberían haber hecho recelar a mi observadora mujer que algo iba mal.

Pero volvamos al estudio donde nos hallábamos Polly y yo aquel frío día de final de año que con tanto desnudo nos esforzamos en calentar. Yacíamos juntos en el sofá con los abrigos apilados sobre nosotros, mientras el sudor de los recientes afanes se convertía en un frío rocío sobre nuestra piel. Ella me abrazaba y su sedosa cabeza descansaba en el hueco de mi hombro mientras me describía con minucioso detalle lo que, según aseguraba, fue nuestro primer encuentro hacía ya mucho tiempo. Yo había entrado en el taller de Marcus con un reloj para arreglar. No debía de llevar en la ciudad más de una semana o dos, dijo Polly. Ella estaba haciendo la contabilidad al fondo de la tienda cuando levanté la vista y le sonreí. Yo vestía, según recordaba o aseguraba recordar, una camisa blanca con el cuello arrugado y abierto, unos viejos pantalones de pana, unos mocasines y no llevaba calcetines. Le llamó la atención lo bronceados que tenía los empeines e inmediatamente se imaginó el sur resplandeciente, una bahía como un cuenco de amatistas rotas cubiertas con motas de plata fundida, un velero en el horizonte y unas contraventanas de madera azul lavanda abiertas a esa escena. Sí, sí, tenéis razón, he añadido unas cuantas pinceladas de color a su bosquejo, básicamente monocromo y es probable que mucho más exacto. Era verano, me contó, una mañana de junio, y el sol que entraba por la ventana hacía refulgir mi camisa blanca; nunca olvidaré aquel resplandor sobrenatural, me dijo. Comprenderéis que me limito a repetir sus palabras o lo esencial en cualquier caso. Le expliqué a Marcus que el reloj, un Elgin, había pertenecido a mi difunto padre y que deseaba que volviera a funcionar. Marcus asintió con el ceño fruncido, mientras giraba el reloj en un sentido y en otro entre sus largos y delgados dedos con puntas como espátulas y emitía sonidos guturales que nada querían decir. Simulaba no saber quién era yo debido a su timidez —es un hombre muy tímido, igual que yo a mi manera—, lo que era una solemne tontería, dijo Polly, ya que para entonces todo el mundo en la ciudad estaba al tanto de la pareja que se había mudado a la casa grande en Fairmount Hill: el hijo de Oscar Orme, Olly, que se había convertido en un famoso artista, ni más ni menos, y su joven y lánguida esposa con su acento indolente. Veré lo que puedo hacer, dijo Marcus, advirtiéndome que sería difícil conseguir piezas para un reloj como aquel. Mientras él rellenaba el recibo, lancé de nuevo una mirada a Polly sobre la cabeza inclinada del hombre y de nuevo le sonreí e incluso le guiñé un ojo. Todo eso según su relato. Ni que decir tiene que no recuerdo nada de todo aquello. Recuerdo, por supuesto, haber llevado el reloj de mi padre para que lo arreglaran, pero en mi memoria no hay rastro de haber sonreído a Polly y aún menos de haberle guiñado un ojo. Ni siquiera me reconocí en el retrato que pintó de mí, con aquel extravagante desaliño. Desaliñado soy, es mi naturaleza, pero estoy seguro de que nunca he brillado con esa llama pura y absoluta que ella percibió aquel día.

—Me enamoré de ti en el acto —me dijo con un alegre suspiro. Su aliento acariciaba el vello cobrizo de mi pecho desnudo como unos cálidos dedos.

Por cierto, ¿por qué insisto en hablar de ella como si fuese una mujer menuda? Es más alta que yo, si bien eso no la hace alta; es tan ancha de espaldas como yo y probablemente podría derribarme con un solo golpe de uno de sus duros y pequeños — ya estoy otra vez— puños si la irritara lo suficiente, algo que bien podría haber sucedido a menudo.

Anoche tuve un extraño sueño, extraño y fascinante, que se niega a desaparecer, jirones del mismo flotan en los rincones de mi mente como sombras fragmentadas. Yo me encontraba aquí, en la casa, aunque la casa no se encontraba aquí, donde está, sino en algún lugar de la costa, dominando la extensa playa. Había tormenta y desde la ventana del piso inferior vi cómo se formaba un oleaje gigantesco; las olas inmensas, pesadas por la carga de la arena removida, se derrumbaban unas sobre otras, ansiosas por alcanzar la costa y precipitarse con un estallido contra el bajo malecón. Las olas estaban coronadas por terrosa espuma blanca y su curvada y suave parte inferior poseía un maligno brillo cristalino. Parecían jaurías sucesivas de perros de caza enloquecidos que se abalanzaban hacia la tierra con las mandíbulas abiertas y eran violentamente rechazados. De hecho, había un perro, un alsaciano de pelaje negro y castaño oscuro con bozal y la grupa muy inclinada, que el mayor de mis tres hermanos, joven de nuevo, había sacado a pasear. Intenté llamar su atención desde la ventana, preocupado de que estuviese fuera con ese tiempo sin llevar siquiera un abrigo, pero o bien no me vio o fingió no ver mis gestos alarmados. No sé qué puede significar, por qué me persigue desde el alba, cuando desperté con un estremecimiento. No me gusta ese tipo de sueños, tumultuosos, amenazadores, cargados de un significado incomprensible. ¿Qué tengo yo que ver con el mar o con perros, o los perros conmigo? Sin contar con que la próxima Navidad hará diez años que mi hermano Oswald, el pobre Ossie, murió.

Polly era, y sin duda aún es, una gran soñadora o, al menos, una gran narradora de sus sueños.

—¿No es extraño todo lo que sucede dentro de nuestras cabezas cuando estamos dormidos? —solía decir.

Recuerdo otro día de las primeras semanas del nuevo año: yacíamos una vez más indolentes e inmóviles en el sofá desfondado, sobre nosotros el inmenso cielo que enmarcaba la ventana abuhardillada del estudio, cuando me contó un sueño recurrente que tenía con Frederick Hyland. Aunque no me sorprendió, me sentí algo abatido. Parece que todas las mujeres —salvo Gloria, y ni siquiera estoy seguro de ello— que ponen los ojos en él sueñan con Freddie, también conocido como el Príncipe, como le llaman con ironía en la ciudad; nos gusta mofarnos de otros, en especial de los terratenientes que hasta hace muy poco eran nuestros amos y señores. Freddie es el único y, según parece inevitable, último representante masculino de la Casa Hyland. Neurasténico, infinitamente dubitativo, de una insondable melancolía, rara vez hace acto de presencia en la ciudad; prefiere el aislamiento de Hyland Heights, el enfático nombre

que recibe su casa. En realidad, es una pequeña y ordinaria casa de campo, bastante desvencijada, que se levanta en una colina, con un deteriorado blasón tallado en un erosionado escudo de piedra sobre la puerta principal y un patio interior donde en el pasado Otto Hohengrund-cum-Hyland, el papá de la dinastía y artífice de los planos de la casa, solía ejercitar a sus importados lipizzanos en sus elegantes aires naturales. Las dos hermanas solteras de Freddie le llevan la casa. También a ellas se las ve poco. Hay un hombre que trabaja allí, un tal Matty Myler, que a principios de mes acude a la ciudad en el gran Daimler negro de la familia para comprar provisiones y para recoger con discreción dos cajones de cerveza negra y una caja de Cork Dry Gin en la puerta de servicio del hotel Harker. Debe de ser a las hermanas solteras a quienes les gusta el trago, ya que Freddie tiene fama de ser un hombre de hábitos moderados. Tal vez sea esa simpleza lo que las mujeres adoran.

He coincidido a menudo con el bueno de Freddie, pero él nunca parece acordarse de quién soy. Tuvimos un encuentro curioso y muy desconcertante poco tiempo después de que yo hubiese regresado a la ciudad y me hubiera instalado en mi hermosa casa de Fairmount Hill —mucho más hermosa que Hyland Heights, he de decir—. Eran las fiestas anuales y se había levantado una gran carpa en unos terrenos cedidos para la ocasión por el mismo Freddie. Se iba a celebrar una rifa en ayuda de los escuadrones de trabajadores tecnológicos despedidos en los últimos años —qué agradable resulta el mundo ahora sin el incesante castañeteo de aquellos pequeños aparatos de comunicación, ya obsoletos, cuya fabricación, en cantidades inmensas, requería el esfuerzo de tantas abejas obreras—, y en un arrebató cívico doné varios dibujos como primer premio del sorteo. Freddie había aceptado inaugurar el evento. Subió a un improvisado estrado y, con la pose que le es propia, un hombro alzado y la cabeza inclinada en un extraño ángulo, habló o más bien susurró unas cuantas frases apenas audibles a un micrófono que emitía chillidos y punzantes silbidos igual que un murciélago. Cuando acabó, contempló con gesto tenso e inseguro a la multitud y, a continuación, descendió entre los escasos aplausos, claramente sarcásticos. Poco después me lo encontré; yo había ido a los meaderos instalados en la parte trasera de la carpa —había bebido tres vasos de vino avinagrado— y él salía de uno de los habitáculos, cerrándose la bragueta. Vestía un traje de tres piezas en tweed con una cadena de reloj que colgaba a lo ancho del diafragma y calzaba unos zapatos marrones de cordones estilo brogues, cuyas punteras brillaban como castañas recién cogidas. Es un gran admirador de la tradición sartorial de nuestros aristocráticos primos del otro lado del mar y cuando era joven solía llevar un monóculo e incluso durante un tiempo lució un bigote daliniano hasta que su madre, que tenía el porte de un general prusiano y era conocida como la Férrea Mag, le obligó a afeitárselo. Llevaba en el cuello aquel complemento lánguido de seda azul oscuro, un cruce entre pañuelo y corbata, que parecía haber inventado para sí mismo y que, según yo había advertido, los jóvenes más ambiguos de la ciudad habían adoptado discretamente como distintivo de su confederación. Ambos nos detuvimos y nos contemplamos sin saber muy bien qué hacer. Intercambiar unas palabras parecía inevitable. Freddie se aclaró la

garganta mientras acercaba los dedos a la cadena del reloj con vaga inquietud. De lejos aparentaba mucha menos edad de la que de verdad tenía, pero de cerca eran ostensibles la palidez grisácea de su piel y el fino abanico de arrugas que se abría en la esquina de sus ojos. Yo iba a proseguir mi camino cuando me di cuenta de que me observaba con mayor atención mientras el recuerdo iluminaba su ascético rostro, alargado como un féretro.

—Tú eres el pintor, ¿no? —dijo, tuteándome.

Me vi obligado a detenerme. Su voz es fina como un soplo de viento susurrando entre las copas azuladas de los pinos en un bosque nevado, y tiene asimismo un leve tartamudeo que a Polly, por supuesto, le encanta. Dijo que había echado un vistazo a mis dibujos mientras esperaba que prepararan el estrado y el micrófono para su discurso. Cortés, le contesté que me complacía que los hubiera visto, sin poder evitar pensar al mismo tiempo y con una dolorosa punzada en mi pobre padre muerto observándome desde uno de los salones más pequeños del Valhalla.

—Sí, sí —continuó Freddie como si no me hubiera oído—, me han parecido muy interesantes, realmente interesantes —hubo una tensa pausa, como si buscara una formulación más certera, entonces sonrió, casi radiante, extendió el dedo índice y arqueó una ceja—. Muy introspectivos, diría yo. Tienes una visión muy introspectiva de las cosas, ¿no estás de acuerdo? —afirmó con un brillo algo burlón en los ojos.

Sorprendido, mascullé alguna frase en respuesta, pero de nuevo no me escuchó y, con un movimiento de cabeza breve, aunque no descortés, prosiguió su camino, alejándose con gesto satisfecho mientras silbaba quedamente una melodía desafinada.

Yo no estaba sorprendido, estaba conmocionado. Con un puñado de palabras y un leve tono de burla, aquel hombre había dado en el centro de la crisis artística en cuyas redes ya me retorció, y que

Pillado, ¡por Dios! O por Gloria, en cualquier caso, que en mi estado actual de pavorosa culpabilidad viene a ser lo mismo. Ha adivinado adónde he venido a parar en mi huida. Hace un minuto ha sonado el teléfono del vestíbulo, ese anticuado artilugio colgado en la pared cuyo timbre no oía desde hacía años; estaba convencido de que ya no funcionaba. He dado un salto al oír su sonido, la fantasmal llamada del pasado. He salido con premura de la cocina —estaba utilizando la vieja mesa de madera como escritorio— y me he apresurado a separar el auricular de su horquilla. Ha dicho mi nombre y cuando no he contestado, se ha reído.

—Te oigo respirar —ha dicho. Mi corazón, en su propia horquilla, saltaba enloquecido. Estoy seguro de que no habría podido hablar aunque hubiese querido. ¡Me creía a salvo!—. ¡Qué cobarde eres! Irte corriendo a casa en busca de mamá —ha continuado Gloria en tono jovial.

Mi madre, podría haberle contestado con frialdad, lleva muerta casi treinta años y te agradecería que no te burlaras de ella, aunque sea de manera indirecta. Pero no dije nada. En realidad, no tenía nada que decir. Me habían atrapado, cazado, pescado.

—Ha llamado tu jefe. Me ha dicho que no sabía si acaso te habías muerto, pero le he contestado que no lo creía —prosiguió ella.

Se refería a Perry Percival, Perry como diminutivo de Peregrine. Menudo nombre, ¿no es cierto? No es real, por supuesto, me lo he inventado, como tantas otras cosas. Llamarle «mi jefe» es una broma propia de Gloria. Perry es..., ¿cómo explicarlo? Dirige una galería. Hemos ganado mucho dinero el uno con el otro. Él era la última persona a quien me habría gustado ver o de quien me habría gustado saber en aquel momento. Permanecí en silencio, esperando que Gloria siguiera, pero se quedó callada hasta que, al final, muy despacio, puse de nuevo el auricular —cuando era pequeño siempre me recordaba a uno de los cubiletes del juego de las pulgas— en su horquilla junto a la trompetilla de baquelita, la pieza para hablar. Aquella trompetilla proyectada hacia fuera tenía un aspecto absurdo, como unos labios dibujando un círculo de asombro o conmoción. ¿Veis como no hay nada que no me recuerde a algo distinto? Estoy convencido de que esa mutabilidad que percibo en todo es una de las causas de que ya no pueda pintar. La última persona que había utilizado aquel teléfono era mi padre cuando me llamó para contarme que había ido al médico y lo que le había dicho el matasanos. Es probable que algo de él permanezca en el auricular, unas cuantas partículas de Godley que expulsó aquel día en cualquiera de las primeras de sus últimas respiraciones, y que quedaron allí y aún perduran, más tenaces de lo que él fue nunca.

¿Acudiré Gloria a mi guarida para enfrentarse conmigo? ¿Conmigo, que he sufrido tantos y tan dolorosos enfrentamientos en los últimos tiempos? Tal posibilidad me hace temblar —¿qué cobarde soy!—, pero siento asimismo una extraña, leve y excitante efervescencia. Lo repito una vez más: en el fondo lo que uno anhela es ser sorprendido y capturado.

En el sueño de Polly con el Príncipe que, según cuenta, se repite tres o cuatro veces al año, él acude a su casa para tomar el té. Al oír esto, me reí, lo que fue un error, por supuesto, y ella se ofendió y permaneció enfurruñada el resto de la tarde. El té soñado que ella prepara para su ilustre visitante es en realidad un juego, conforme a su relato, con una vajilla de té de mentira, con recortes cuadrados de cartón como sándwiches y con botones que hacen de pasteles. Le pregunté con suavidad en qué momento de la ceremonia su alteza intenta meterle mano y ella se rio, y doblando un dedo, me golpeó con dureza en el esternón con el nudillo y dijo que no era esa clase de sueño. Claro —no se lo dije—, y sospecho que tampoco él es esa clase de hombre, él no es de esa clase en absoluto. En lugar de eso, me disculpé y al final me perdonó a regañadientes. Después de todo, ella y yo también estábamos jugando.

Cuando me contaba sus sueños —y el de Freddie el Príncipe no fue el único que escuché en detalle—, su rostro adquiría una expresión de sonámbula concentración, que intensificaba su leve estrabismo. A pesar de lo que declaré antes, tal vez no me comporto como un caballero al insistir sobre sus imperfecciones, en caso de que sea eso lo que estoy

haciendo. Pero es que de eso se trata: yo la amaba justo por sus imperfecciones. Y la amaba, honestamente. Me refiero a que soy honesto al decir que la amaba; no a que la amaba con honestidad. Qué traicionero es el lenguaje; más escurridizo incluso que la pintura. Polly tenía las piernas cortas y unas pantorrillas que cualquier persona no tan bien predispuesta como yo llamaría gruesas. Luego estaban sus manos regordetas y los dedos romos y la bamboleante y pálida carne gelatinosa bajo sus brazos. Concedédmelo: soy, era, un pintor, noto esas cosas. Pero insisto, eran cosas de ella que adoraba tanto como su torneado trasero y sus adorables pechos separados, como su dulce voz y sus brillantes ojos grises, como sus pequeños y delicados pies de *geisha*.

Os aseguro que para mí fue un golpe cuando Marcus averiguó lo nuestro —averiguó una parte, en cualquier caso—; por extraño que parezca, no me lo esperaba, desde luego no lo esperaba de él. Durante meses sentí pánico de que Gloria se oliese lo que estaba sucediendo, pero a Marcus siempre le consideré demasiado soñador y distraído, demasiado enfrascado en su mundo en miniatura de resortes, volantes y rubíes del tamaño de la cabeza de un alfiler como para darse cuenta de que su mujer se estaba besuqueando con un desconocido que no era, como bien sabía él, en absoluto desconocido o, al menos, no era un extraño.

Fue a mí, por supuesto, a quien acudió Marcus un horrible e inolvidable día lluvioso de otoño, que ahora me parece muy lejano, aunque no lo es en absoluto. Yo estaba entretenido en el estudio, raspando la pintura seca de las paletas, limpiando pinceles que ya estaban limpios, ese tipo de cosas. Era lo más parecido a trabajar que hacía allí, presa de aquel estado estéril y ocioso que me había sobrevenido. Menos mal que Polly no estaba conmigo, pues habría tenido que esconderla bajo el sofá. Marcus subió las escaleras con gran estruendo —el estudio tenía una entrada separada de la lavandería por una calle lateral— y golpeó la puerta con tanta fuerza que pensé que podría tratarse de la policía o del mismísimo ángel exterminador. Desde luego no esperaba que fuese Marcus, pues no es la clase de persona que sube o golpea las puertas con estruendo. Aunque estaba lloviendo, no llevaba abrigo, tan solo el chaleco de cuero que utiliza para trabajar, y estaba empapado; su fino cabello, oscurecido por el agua, se le pegaba al cráneo. Al principio creí que estaba borracho; de hecho, lo primero que hizo tras apartarme de un empujón para entrar en el cuarto fue pedir algo de beber. Como si no le hubiese oído, le pregunté qué le sucedía. Tuve que hacer un esfuerzo para que no me temblara la voz, pues ya sospechaba lo que debía sucederle.

—¿Qué me sucede? —gritó—. ¿Qué me sucede? ¡Ja!

Había gotas de lluvia en los cristales de sus gafas con montura de acero. Se aproximó a grandes zancadas a la ventana y permaneció allí mirando los tejados, con los brazos en jarras y los puños cerrados girados hacia dentro, como si acabara de darle a alguien un par de guantadas. Incluso de espaldas parecía desconsolado. A esas alturas yo estaba seguro de que había averiguado lo mío con Polly —¿qué otra cosa iba a angustiarse de tal manera?— y empecé a pensar a la desesperada qué podría decir en mi defensa tan pronto comenzara a acusarme. Me pregunté si iría a golpearme y la idea me resultó

extrañamente placentera. Podía imaginármelo: él intentaba darme un puñetazo, yo le sujetaba y los dos nos tambaleábamos entre gruñidos y lamentos, como adversarios de lucha libre al viejo estilo, y abrazados el uno al otro perdíamos el equilibrio y caíamos a cámara lenta al suelo, donde nos revolcábamos hacia un lado y hacia otro, mientras Marcus, entre gritos y sollozos, intentaba colocar sus manos alrededor de mi cuello o sacarme los ojos, a pesar de mis jadeantes reclamos de inocencia.

Me aproximé a él y le puse una mano en el hombro, que se hundió al momento como bajo un inmenso peso. Me pareció buena señal que, al sentir mi mano, no se hubiese apartado con furia. Una vez más le pregunté qué le sucedía y él inclinó la cabeza y la movió lentamente de un lado a otro como un toro herido y desorientado. Bajo su olor a ropa húmeda y a cabello mojado, distinguí el rastro de algo más, salvaje y caliente, que reconocí de inmediato: era el olor del mismo dolor, un olor y un estado que no me resultan desconocidos, permitidme que os confiese.

—Venga, dime qué te ocurre —le pedí.

Con una punzada de vergüenza, advertí mi tono tranquilo y amistoso. No me contestó, se separó de mí y empezó a caminar de un lado a otro mientras frotaba un puño contra la palma de la otra mano. Es terrible decir esto, pero encuentro cierta comicidad en el espectáculo de los males del corazón y el sufrimiento ajenos. Tiene que ver con el exceso, con la extravagancia operística, pues las viejas óperas siempre me dan ganas de reír. Y, sin embargo, Marcus era la viva imagen de la desolación, caminando con rigidez de la ventana a la puerta, girando muy tenso sobre los talones y deshaciendo el camino andado, girando de nuevo al llegar a la ventana y repitiendo el trayecto atormentadamente una y otra vez. Por fin se detuvo en mitad del estudio y miró alrededor con desesperación, como si buscara algo.

—Se trata de Polly —dijo con una voz adelgazada por el dolor—. Se ha enamorado de otro.

Calló con gesto desconcertado, como si le asombrara lo que acababa de decir. Yo había estado reteniendo el aliento sin darme cuenta y en ese instante lo dejé escapar con un lento y silencioso suspiro.

De otro. Otro.

Marcus miró alrededor de nuevo con expresión de impotencia y luego fijó en mí su rostro afligido con muda súplica, como un niño enfermo que aguardara de su padre alivio para su dolor. Me humedecí los labios y tragué saliva.

—¿De quién? —le pregunté o, más bien, grazné—. ¿De quién se ha enamorado?

No contestó, tan solo movió la cabeza con el mismo gesto triste y dolorido de unos minutos antes. Rogué para que no volviera a empezar a caminar de un lado a otro. Iba sacar el brandy que guardaba en un aparador, tras las botellas de trementina y las latas de aceite de linaza, pero cambié de idea: ¿quién sabía a qué revelaciones atormentadas, a qué entrecortadas confesiones llegaríamos si empezábamos a beber? Aquella situación requería tener la cabeza despejada.

Encorvándose como si estuviese física y emocionalmente agotado, Marcus cruzó el

estudio hacia el sofá, se quitó las gafas separando el final de las patillas de la parte de atrás de las orejas y se sentó. Me estremecí al pensar cuántas veces Polly y yo habíamos yacido juntos sobre aquellos manchados cojines verdes. Estaba sudando y, sin poder controlarme, me clavaba las uñas en los puños cerrados. Un leve temblor, igual que una corriente eléctrica, me atravesaba. Cuando está nervioso o irritado, Marcus cruza sus largas piernas de una manera peculiar, enganchando cada pie detrás del tobillo contrario, une las palmas de las manos como si fuese a orar y las introduce entre las rodillas sobrepuestas, una pose que siempre me recuerda el símbolo que hay sobre las farmacias: la serpiente enroscada en torno a la vara de Asclepio. Retorcido de aquella guisa, empecé a hablar con voz lenta y monocorde, mientras miraba al frente con expresión ausente. Parecía que hubiese escapado de una catástrofe natural ileso aunque conmocionado, que era el caso si te detenías a pensarlo. Yo, que estaba de pie, me alegré de tener la ventana a mi espalda; desde donde él se encontraba no se veía con claridad mi rostro, que debía de ser todo un espectáculo. Me dijo que desde hacía mucho tiempo, muchos meses —desde las Navidades pasadas, más concretamente—, sospechaba que algo no iba bien con Polly. Había empezado a comportarse de una manera extraña. Como no había nada concreto que él pudiese señalar, se dijo que eran imaginaciones suyas, pero la comezón de la duda no desapareció. Ella se callaba en medio de una frase y permanecía inmóvil, con una misteriosa sonrisa en el rostro y algo olvidado en una mano. Comenzó a mostrarse impaciente con la Pequeña Pip. Me contó que un día Polly tenía prisa por salir y empezó a gritar a la niña, que se negaba a acostarse para dormir la siesta, hasta que al final arrojó a la criatura a sus brazos y le dijo que la cuidara porque no soportaba verla más. En cuanto a su comportamiento con él, Polly pasaba de la irritación apenas disimulada a una atención excesiva, casi empalagosa. También tenía dificultades para conciliar el sueño y se tiraba las noches tumbada a su lado en la oscuridad dando vueltas y suspirando durante horas, hasta que las sábanas terminaban enrolladas en torno a ella y la cama empapada en sudor. Había pensado en hablar con Polly, pero no se atrevía por temor a lo que pudiera contestarle.

A mi espalda, la lluvia susurraba lascivas y furtivas insinuaciones contra los cristales de la ventana.

Pero ¿qué había sucedido?, le pregunté mientras humedecía una y otra vez mis labios, que a esas alturas estaban resecos y agrietados. ¿Qué había sucedido con exactitud para que ahora estuviese seguro de que Polly le engañaba? Él se encogió de hombros con gesto desesperado, se retorció aún más estrechamente y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás con un suave y quejumbroso lamento. Lacios mechones húmedos se le pegaban al rostro. Me dijo que habían tenido una pelea, no recordaba cómo había empezado, ni siquiera cuál había sido el motivo. Polly le chilló y continuó chillando como si hubiera perdido la cabeza y entonces él —vaciló un instante, espantado por el recuerdo—, él le dio una bofetada y la alianza, justamente la alianza, le hizo un corte a ella en la mejilla. Alzó un dedo para mostrarme la delgada banda de oro. Intenté imaginar la escena sin conseguirlo; me estaba hablando de personas que yo no reconocía,

violentos desconocidos llevados por pasiones ingobernables, como los personajes de, sí, de una pieza operística especialmente desmesurada. Era incapaz de imaginar a Polly, mi tímida y dócil Polly, chillando en un estado de furia tal que le había llevado a él a golpearla. Tras la bofetada, ella se llevó la mano al rostro y, sin decir una palabra, le miró durante lo que pareció un tiempo infinito de un modo que le aterrorizó, con los ojos achinados y los labios apretados en una fina y tensa línea, me contó él. Nunca antes había presenciado esa mirada, ese silencio. Entonces sobre sus cabezas estalló un llanto — la pelea había sucedido en el taller de Marcus— y Polly, demudada excepto por la huella enrojecida de la mano de él en la mejilla y por el rastro de sangre donde el anillo la había lastimado, se marchó para ocuparse de la niña.

Me sentí como si un agujero hubiese aparecido frente a mí y yo estuviese cayendo lentamente por él de cabeza; no era una sensación del todo desagradable, más bien de vértigo e indefensión, como cuando vuelas en un sueño. Ya había experimentado antes esa sensación; me sucede en los peores momentos, como un instante de ilusoria salvación.

—¿Qué voy a hacer? —imploró Marcus mirándome con aquellos ojos ardientes por el sufrimiento.

Ah, viejo amigo, pensé, sintiéndome repentinamente agotado, ¿qué vamos a hacer cada uno de nosotros? Me aproximé al aparador y lo abrí. Al diablo la prudencia. Había llegado el momento de descorchar el brandy.

Nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro, y durante más o menos una hora fuimos vaciando la botella, nos la pasábamos y, cogiéndola del gollete, bebíamos a morro. Cuando empezamos estaba al menos medio llena. Permanecí hundido en un silencio sepulcral, mientras Marcus hablaba, repasando los momentos más importantes de la historia —¡la leyenda!— de su vida con Polly. Me habló de la época de su noviazgo, que su padre no aprobó, aunque nunca dijo por qué. Marcus sospechaba que fue por esnobismo. Polly acababa de terminar el instituto y ayudaba en la granja, atendiendo a las gallinas, y en el verano vendía fresas en un puesto improvisado delante de la puerta de la verja. El valor de la tierra había caído y su familia había descendido a un nivel de decorosa pobreza. Marcus había finalizado su aprendizaje y trabajaba para un tío, cuyo negocio de reparación de relojes heredaría llegado el momento. Polly, me dijo con la voz temblando de emoción, era la esposa que siempre había soñado. Cuando comenzó a hablar de su luna de miel, me preparé para lo que se avecinaba, pero mi preocupación era innecesaria: Marcus no es el tipo de hombre que revela confidencias como las que yo temía escuchar, ni siquiera a un amigo como él pensaba que era yo. Era imposible ser más feliz que en aquellos primeros tiempos con Polly, me dijo, y cuando apareció la Pequeña Pip fue tan inmensa su dicha que temió que le estallara el corazón. Se interrumpió, hizo un esfuerzo para sentarse erguido mientras los ojos se le llenaban de lágrimas; un gran sollozo escapó de su boca y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Su aflicción era como debía ser, excesiva y espontánea, y sin embargo no pude evitar remarcar con interés que de la misma manera podría haberse tratado de cierta clase de euforia, pues sus manifestaciones eran idénticas.

—¿Qué voy a hacer, Olly? —exclamó de nuevo, más desesperado que nunca.

Yo aún tenía aquella sensación flotante de caída que, intensificada ahora por el efecto inevitable del brandy, se había convertido en una creciente e inapropiada despreocupación. ¿Cómo podía estar tan seguro de que sus sospechas sobre Polly eran ciertas?, le pregunté una vez más. ¿No era posible que todo fuesen imaginaciones suyas? Cuando la cabeza empieza a dudar no conoce límites y da crédito a las fantasías más extravagantes, le dije. Debería haberme callado, por supuesto, en lugar de seguir tirando del hilo. Era como si deseara que todo saliera a la luz, como si deseara que Marcus se detuviese a pensar, se girara hacia mí y me mirara con los ojos abiertos de asombro y con una creciente furia ante la terrible verdad que comenzaba a vislumbrar. ¡Una parte desesperada dentro de mí deseaba que lo supiera! ¡Qué perverso es temer tu sino mientras que, al mismo tiempo, te esfuerzas en acelerar su desenlace!

En ese momento Marcus se detuvo, se giró hacia mí y, con otro lúgubre sollozo, puso una mano en mi brazo y me preguntó con voz cargada de emoción si era consciente de lo importante que era mi amistad para él, de lo privilegiado que se sentía, del consuelo que le ofrecía. Mascullé que yo también me sentía feliz de tenerle como amigo; muy, muy, muy feliz. Notaba como si dentro de mí todo se secase lentamente. Animado, Marcus se embarcó en una interminable apología de mi persona como amigo de confianza, buen tipo y también, de paso, un pintor fuera de serie, y todo ello mientras me miraba a la cara con vehemente franqueza. Yo deseaba —sí, lo deseaba con fuerza, igual que el invitado a una boda que no sabe cómo escabullirse de una conversación— escapar de aquellos ojos encendidos que me retenían sin remedio. Sí, yo era el mejor amigo que un hombre podría desear, declaró él con mayor fervor si cabe. Mientras hablaba, su rostro parecía hincharse más y más, como si lo estuvieran inflando desde dentro. Por fin, con gran esfuerzo, conseguí separarme de aquella intensa y conmovedora mirada. Su mano seguía en mi brazo y al notar su calor a través de la manga de la chaqueta casi me estremecí. Detuvo su perorata, inclinó hacia atrás la cabeza y apuró la última gota de la botella. Estaba claro que tenía mucho más que contar y que lo haría con creciente pasión y sinceridad si yo no encontraba la manera de evitarlo.

—Me estabas contando —dije, mientras bajaba la vista con discreción y jugueteaba con uno de los botones del sofá—, me estabas contando tu discusión con Polly.

Una manera de evitarlo.

—¿Sí? —replicó—. Ah, sí... —y lanzó un largo suspiro—. La discusión.

Bueno, dijo y se puso de nuevo los anteojos —siempre me ha fascinado la intrincada forma que tiene de colocar las patillas en torno a sus orejas—, después de darle el bofetón a Polly y de que ella hubiese subido a la casa, él se quedó en el taller un rato, maldiciéndose airado y dando patadas a las cosas, antes de seguirla, más furioso que nunca, para hablar con ella. Estaba en el dormitorio, sentada en el borde de la cama con

la cría en los brazos. ¿Hay otra persona?, le preguntó. Ni por un segundo se le había pasado tal posibilidad por la cabeza, solo lo dijo para provocarla; esperaba que se riera de él y le dijera que estaba loco. Para su gran consternación, ella no lo negó, permaneció allí sentada mirándole sin decir una palabra.

—Aquella mirada de nuevo —dijo él, y las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos—. ¡La misma mirada, peor incluso, que me había dirigido en el taller cuando le pegué!

Nunca pensó que fuese capaz de semejante lejanía, de aquella calma y gélida indiferencia. Entonces se corrigió: no, ya había visto aquella mirada en otra ocasión, una mirada similar; fue al principio de su embarazo, cuando el bebé comenzó a dar pataditas y se convirtió en una presencia real. También entonces, dijo él, otra persona había entrado en la vida de ella, un tercero —aquellas fueron sus palabras: un tercero— se introdujo dentro de ella —aquellas fueron asimismo sus palabras—, absorbiendo toda su atención, todo su cuidado; en resumen, todo su amor. Él se había sentido excluido; excluido, pero no rechazado, no como en aquel momento, con ella sentada en la cama, mirándole con semejante expresión, fría y estremecedora, y entonces se dio cuenta de que la había perdido.

—¿Perdido? —dije, forzando una risa reprobadora, mientras una mano de helados dedos se posaba sobre mi corazón—. ¡Venga, hombre!

Él asintió, seguro de su certeza, enroscó una pierna alrededor de la otra con mayor fuerza, hundió las manos entre las rodillas y lanzó de nuevo aquel suave gemido, como un animal herido.

Había dejado de llover y las últimas y gruesas gotas se deslizaban en brillantes arroyuelos que zigzagueaban por el cristal de la ventana. Las nubes se estaban abriendo y, al inclinarme apenas hacia delante para mirar el cielo, sorprendí un claro de un puro azul otoñal, el azul que amaba Poussin, vibrante y delicado, y a pesar de todo mi corazón se aligeró, como siempre sucede cuando el mundo abre de par en par su inocente mirada azul. Creo que la pérdida de mi capacidad de pintar, llamémoslo así, se debió en gran medida a mi creciente, irresistible y finalmente fatal admiración por aquel mundo, me refiero al mundo objetivo y cotidiano de las cosas simples. Nunca habían sido objeto de mi atención, pues mi propósito era captar su esencia, que yo sabía que se encontraba allí, profundamente escondida, pero al alcance de cualquiera con la determinación y lucidez necesarias para llegar hasta ella. Yo era como un hombre que acude a la estación de tren a recoger a su amada y se apresura entre los pasajeros que descienden, esquivándolos mientras mueve la cabeza, pues no desea ver otro rostro que el amado. No me malinterpretéis, no era el espíritu lo que buscaba, las formas ideales, las líneas euclidianas; no, nada de eso. La esencia es sólida, tan sólida como las cosas de las que es esencia. Pero es esencia. Cuando mi crisis empezó a agravarse, no tardé en reconocer y aceptar lo que me parecía la sencilla y evidente verdad, a saber, que no existe tal cosa como la cosa-en-sí, tan solo manifestaciones de las cosas, el remolino generador de causa y efecto. ¿Discrepáis?, espeté con pose desafiante, la mano en la cadera, a una multitud de objetores imaginarios. Intentad aislar la famosa cosa-en-sí, a ver qué lográis. Adelante,

golpead esa piedra, lo único que conseguiréis será lastimaros el pie. Nada me hará cambiar de opinión. ¡No existe la cosa-en-sí, tan solo sus manifestaciones! Aquel era mi lema, mi manifiesto, mi... —disculpádmeme—, mi estética. A qué aprieto me llevó, pues ¿qué podía pintar ya sino las cosas tal como se presentaban ante mí: imperturbables, impenetrables, inevitables? La abstracción no resolvía el problema. Lo intenté y comprobé que se trataba de un mero juego de manos; aún más, un sencillito truco mental. Y así, lo inexpresable se impuso, se abrió camino hasta ocupar toda mi visión y mostrarse con tanta solidez como si fuese real. Me di cuenta de que, al intentar atravesar la superficie para llegar al corazón, a la esencia, había pasado por alto que es en la superficie donde reside la esencia; y de nuevo me encontré de vuelta en el principio. Así que era el mundo, el mundo en su totalidad, lo que debía abordar. Pero el mundo es resistente, vive de espaldas a nosotros en alegre comunión consigo mismo. El mundo no nos permite entrar en él.

No me malinterpretéis, mi objetivo no era reproducir el mundo, ni tan siquiera representarlo. Las obras que pintaba eran concebidas como entes autónomos, entes que coincidieran con los entes del mundo, cuya díscola coseidad tenía que ser controlada de alguna manera. A eso se refería Freddie Hyland, lo supiera o no, cuando me habló de la introspección que había captado en aquellos apresurados dibujos míos. Yo estaba luchando por apoderarme del mundo y transformarlo, hacer algo nuevo con él, algo vívido y vital, desdeñando la esencia. Una boa constrictor, eso era yo, con la gigantesca boca abierta y tragando lenta, muy lentamente, esforzándose en tragar, atragantándose con semejante magnitud. La pintura, como el robo, era un infatigable afán de posesión y yo fracasaba sin cesar. Robar los bienes ajenos, pintarraजार escenas, amar a Polly: al final era todo lo mismo.

Pero ¿existe ese mundo? ¿Lo que aquí he llamado mundo? Tal vez el hombre en la estación de tren corre en busca de alguien que nunca llegará, que siempre será el distante ser amado, una imagen creada por él, una imagen que vive en su interior y que él intenta identificar, lo intenta y fracasa, con la imagen de la persona que, para empezar, nunca subió al tren.

¿Comprendéis mi conflicto? Lo expondré de nuevo de forma sencilla: el mundo exterior, el mundo interior y entre ambos el abismo insalvable, infranqueable. Me rendí. Mi gran culpa, la mayor, es haber perdido la esperanza.

El dolor, el dolor del artista-ladrón, clava su aguijón en mi corazón estéril.

Marcus se había dormido. Aturdido por el alcohol y agotado por la tristeza había dejado caer la cabeza hacia atrás, sobre el sofá, con los ojos cerrados, y roncaba suavemente, la botella vacía de brandy sobre el regazo. Me senté a su lado para reflexionar. Me gusta pensar cuando estoy un poco borracho. Aunque tal vez la palabra no sea *pensar*, tal vez lo que hago no sea exactamente eso. El brandy parecía haber dilatado mi cabeza al tamaño de una habitación, no de aquella habitación, sino de uno de esos vastos salones de recepción que los pintores de corte reproducían en grabados a punta seca: vigas y cristales emplomados y grupos de cortesanos de pie, los caballeros

ataviados con botas hasta el muslo y elegantes sombreros con plumas y las damas con basquiñas y guardainfantes y, en medio de todos ellos, el margrave o el elector palatino o tal vez incluso el propio emperador, ataviado como los demás, sin lujos mayores o más llamativos y aun así, gracias a la pericia del pintor, el centro indudable de aquel imponente e inaudible rumor, de aquel bullicio inmóvil.

Cómo divaga mi mente intentando huir de sí para toparse de nuevo y con gran sobresalto consigo misma, que viene a su encuentro desde la dirección contraria. Un círculo cerrado —¿acaso es posible otro?—, ahí es donde vivo.

Marcus despertaría antes o después; mientras tanto, yo buscaba desesperadamente algo que decirle, algo neutral, plausible, tranquilizador. Uno tiene que decir algo, aunque ese algo no sea nada. Permanecer callado habría sido el mejor recurso, el más seguro, pero en la culpa anida un impulso irresistible de parlotear, sobre todo en los primeros momentos, los más acalorados. Sabía que el juego había acabado. Polly, bendita sea su honestidad, no ocultaría durante mucho tiempo la identidad de su amante, no tendría la firmeza para ello, al final se vendría abajo y soltaría mi nombre. ¿Y yo? Llevaba mintiendo toda la vida, me movía en un mar de pequeños engaños —robar convierte a un hombre en maestro de la hipocresía—, pero ¿podía confiar en mantener la cabeza a flote en aguas tan turbias y revueltas? Si titubeaba, si me permitía la menor vacilación, me descubriría al instante. Marcus podía ser un tipo ensimismado y de natural distraído, pero cuando los celos hundieran realmente sus garras dentro de él, le proporcionarían el ojo preciso y prismático de un ave de presa y entonces vería lo que, al fin y al cabo, saltaba a la vista.

Me puse en pie sin hacer ruido, aunque algo inestable, y me dirigí a la ventana. Soplaban un fuerte viento y el cielo era puro Poussin, tan azul como pueda imaginarse, con majestuosas nubes a la deriva de un blanco hielo, de un gris cárdeno, de un cobre bruñido. Yo lo habría pintado con una ligera aguada de azul cobalto, para las nubes, gruesas veladuras de blanco zinc —¡sí, mi viejo aliado!—, ceniza oscuro y para los brillantes bordes cobrizos, un ocre amarillo intensificado con una pizca de rojo indio, por ejemplo. Uno siempre se puede permitir un cielo, incluso en los estados de más intensa introspección. A una considerable altura pasó un dirigible: su flanco, igual que un acorazado azul, reflejaba el sol, y su inmensa hélice trasera se desdibujaba en un diáfano plateado. Si estuviera pintando el cielo, ¿lo incluiría? Los dirigibles son grotescos, recuerdan a elefantes o más bien al cadáver de un elefante hinchado con gas y, sin embargo, hay en ellos algo encantador. Matisse introdujo un aeroplano, una antigualla para nosotros hoy en día —¿cómo los echo de menos, tan elegantes, tan veloces, tan excitantemente peligrosos!—, en un pequeño óleo, *Ventana abierta al mar*, que pintó cuando él y su nueva y adorada esposa, Olga, dejaron Londres y regresaron a Francia en 1919. ¿Os dais cuenta de los datos que atiborran mi cabeza?

Comencé a revolver entre montones de viejos lienzos, amontonados en una esquina contra la pared. Llevaba mucho tiempo sin tocarlos —no era capaz— y estaban cubiertos de polvo y telarañas. Buscaba la naturaleza muerta en la que trabajaba cuando me acaeció

lo que me gusta llamar mi catástrofe conceptual —¡cuánta desnudez cubren las grandes palabras!—, mi determinación desapareció y ya no pude continuar pintando, intentando pintar. Debí de realizar una docena de versiones, a cual peor a mis desesperados ojos, pero solo encontré tres. Dos de ellas eran meros estudios exploratorios, con más lienzo a la vista que pintura. Saqué la tercera versión del montón y la llevé a la ventana, soplando el polvo que la cubría. Era un rectángulo bastante grande: sobre un metro veinte de ancho y noventa centímetros de alto. Cuando lo coloqué bajo la luz natural y retrocedí unos pasos, comprendí que la visión del dirigible que acababa de pasar zumbando ante mis ojos me había impulsado a buscar el cuadro. En el centro de la composición hay una gran forma arriñonada azul grisácea con un agujero más o menos en el medio y una especie de muñón que sobresale en la parte superior izquierda. El día que lo vio Polly, antes de que, airado, yo lo pusiera definitivamente de cara a la pared, me preguntó si la cosa azul, tal como la llamó, era una ballena —ella imaginó que el agujero sería un ojo y el muñón, la aleta de la cola—, pero enseguida se rio avergonzada y dijo que no, que al mirar con más detenimiento se había dado cuenta de que era un dirigible, por supuesto. ¿Cómo podía imaginar que yo querría pintar algo así? Pero, a continuación, pensé ¿y por qué no? ¿Qué diferencia hay entre un dirigible y una guitarra cuando se trata de elegir un modelo? Cualquier objeto viejo sirve y cuanto más amorfo sea, más libertad para trabajar tiene la imaginación.

¡La imaginación! Imaginad que escucháis una risa sardónica.

A mi espalda, Marcus se removió, murmuró algo y, entre toses, se sentó. Los cristales de sus gafas parecían acuosos discos opacos bajo la luz de la ventana. La botella de brandy cayó al suelo y dio un medio giro ebrio.

—¡Dios! ¿Nos la hemos bebido entera? —dijo con voz pastosa.

Parecía tan desvalido, tan confuso que, de repente, me sentí conmovido y tuve que contenerme para no abrazarle allí sentado, borracho, desolado, con el corazón roto. Después de todo era mi amigo, lo había sido, significara aquello lo que significara. Pero ¿cómo iba a osar yo darle consuelo? Era como estar ante un edificio en llamas, el calor abrasador del fuego en mi rostro, los gritos de las personas atrapadas dentro escapando por las ventanas, sabiendo que la causa del incendio era la cerilla encendida que yo había arrojado con negligencia.

Le propuse que saliéramos a comer algo, pues la pena necesita ser alimentada, según la teoría que acababa de inventarme en ese mismo momento. Él asintió mientras bostezaba.

Al salir, se detuvo ante la raspada y manchada mesa de roble donde yo solía colocar las herramientas de mi oficio: tubos de pigmentos, botes con pinceles y cosas similares. Todavía siguen allí junto a otros trastos, mezclado todo en un batiburrillo, pero ya no son lo que antes eran. La energía que tenían, su potencial, ha desaparecido. Se han vuelto demasiado densos, casi monumentales. De hecho, ahora parecen modelos para una naturaleza muerta, dispuestos así para ser pintados, con toda su simpleza y sin ningún uso real. Marcus, que estaba entretenido mirándolos, cogió algo y lo observó con

atención. Era un ratón de cristal de tamaño real con las orejas puntiagudas y unas diminutas zarpas talladas; un bonito objeto sin ningún valor.

—Qué gracia —dijo—, nosotros teníamos uno igual, hasta le faltaba el mismo trocito al final de la cola.

Esboqué una vaga expresión; menuda casualidad, le comenté. Había olvidado que lo había dejado allí. Él asintió con el ceño fruncido mientras daba vueltas al ratón entre los dedos. Podía quedárselo si quería, dije con presteza y un entusiasmo excesivo. Por supuesto que no, me contestó, nunca se le ocurriría cogerlo si era mío. Volvió a dejarlo en la mesa y nos fuimos.

¿Si era mío? ¿Si?

En momentos de peligro y de funesta probabilidad hay un escalofrío especial que te recorre la columna vertebral. Bien lo sé.

Afuera, violentas ráfagas de viento barrían las calles impulsando veloces andanadas plateadas de lluvia, y enormes hojas de sicomoro con forma de garra, algunas aún verdes, volaban a ras de suelo y al rozarlo sonaban como si lo arañaran. Paradójicamente me sentía lleno de energía y con el corazón más ligero que nunca —¡yo mismo me estaba convirtiendo en un globo aerostático!—, aunque todo lo que me era querido, o me debía ser querido, amenazaba con desaparecer. Ya había advertido en ocasiones anteriores cómo en los momentos de mayor pavor, y quizá por ese motivo —recordad que os habla un ladrón—, soy extremadamente sensible a los matices más delicados del tiempo y de la luz. Mi estación favorita es el otoño, adoro estar fuera en días ventosos de septiembre como aquel, con el viento golpeando los cristales de las ventanas e inmensos y radiantes cúmulos de nubes ascendiendo en el cielo lavado y diáfano. ¡El mundo y sus criaturas! No es extraño que no pueda pintar. A mi lado, el pobre Marcus arrastraba los pies con los andares de un viejo cansado. De su boca escapaba ahora un nuevo murmullo: un leve silbido agudo y jadeante. Parecía el eco de su dolor, el tono exacto, que escapaba de su interior igual que los ahogados resoplidos y sonos de una gaita. ¿Y quién era el causante secreto de todo aquel dolor? Quién iba a ser.

Nos dirigimos a Fisher King, un restaurante especializado en carne, con mesas de metal y sillas de acero inoxidable y con el menú del día escrito con tiza en una pizarra. Cuando yo era niño, era la pescadería de Maggie Mallon. Maggie, la mujer del pescadero, era blanco de las burlas de toda la ciudad por alguna razón que ya nadie recordaba. Los niños cantaban una canción para reírse de ella —«¡Maggie Mallon vende pescado a tres medios peniques el plato!»— y lanzaban piedras a los clientes por la puerta abierta. No es cierto lo que dice Gloria, que regresé a este lugar porque tenía miedo del mundo. El hecho es que no estoy en realidad aquí, o el aquí donde estoy no es aquí en realidad. Tal vez yo sea una criatura de uno de los múltiples universos que existen, según nos aseguran, anidados unos dentro de otros como las capas de una cebolla infinitamente grande, y por un accidente cósmico di un paso en falso y llegué a este mundo donde una

vez estuve y donde me he convertido de nuevo en el que soy. Y ¿qué soy? Un alienígena familiar, extraño y al mismo tiempo extrañamente satisfecho. Debía de haber previsto que mi don, como así lo llamaré, desaparecería. ¿Qué criatura regresa a morir al lugar donde nació? ¿El elefante? Quizá, lo he olvidado. Estoy acabado, soy un saco de dolor, de arrepentimiento, de culpa. Y, sin embargo, a menudo fantaseo con la posibilidad de que en algún lugar de esa infinidad de creaciones imbricadas exista otro yo por completo distinto: un tipo deslumbrante, insolente, despreocupado y diabólicamente apuesto a quien odian todos los hombres y de quien se enamoran todas las mujeres, que vive al día, apañándose las nadie sabe muy bien cómo, y que jamás se dignaría a jugar con cajas de colores y otras fruslerías semejantes. Sí, sí, me imagino a ese Otro Oliver, un hombre de acción, alguien que disfruta apaleando nenazas como su distante *doppelgänger*, sinceramente tuyo, groseramente tuyo, celosamente tuyo; sí, anhelantemente tuyo. No obstante, ¿volvería a marcharme para tratar de ser él o alguien parecido a él en otro lugar? No, este es el sitio perfecto para ser un fracasado.

Marcus estaba inclinado sobre su plato, muy ocupado en comer una generosa ración de pescado frito y puré de patatas; de vez en cuando se detenía para secarse con los nudillos la nariz, que le moqueaba sin parar. La tristeza y la angustia no parecían haberle afectado el apetito. Lo contemplé maravillado sin poder evitarlo, a pesar de la atronadora sensación de horror que retumbaba en mi interior. Me sentía como un niño en un velatorio, que observa con disimulo a la plañidera principal mientras se pregunta cómo es posible sufrir de esa manera y al mismo tiempo seguir sujeto a los apetitos, molestias y obstáculos de cada día. Dejé vagar la vista y me di cuenta de lo sucias y arañadas que estaban las mesas, lo abolladas y oxidadas que estaban las sillas de acero inoxidable, lo machacadas que estaban las losetas de caucho, antes tan pulidas. Todo vuelve a ser lo que antes era, o eso aseguran los sabios que saben de tales cosas. Lo llaman progresión retrógrada; por lo visto está relacionado con las tempestades en la superficie del sol. Antes de lo que imaginamos, en el restaurante volverá a haber bancos de madera, cañas en el suelo, pieles en las paredes y medio buey asándose en un espetón sobre el fuego hecho con leña y excrementos secos de vaca. En otras palabras, el futuro será el pasado mientras el tiempo, girando en torno a su fulcro, inicia un nuevo ciclo del eterno retorno.

El pasado. El pasado. Fue el pasado el que me trajo de nuevo aquí, pues aquí, en esta pequeña ciudad de apenas diez mil almas, un sitio que podrían haber soñado los hermanos Grimm, aquí siempre es pasado. Aquí estoy, sin fuerzas, detenido, confinado; no necesito moverme más hasta que llegue el momento de la gran mudanza final. Sí, me quedaré aquí: seré una parte de este pequeño mundo, este pequeño mundo será una parte de mí. La obviedad de todo el asunto me deja sin aliento a veces. Las circunstancias en que me hallo me espantan y me complacen en igual medida, circunstancias que yo mismo he ideado. Lo llamo vida-en-muerte y muerte-en-vida. ¿Lo había dicho ya?

Marcus finalizó su plato, lo apartó a un lado e, inclinándose hacia delante, con los antebrazos encima de la mesa y sus largos y finos dedos entrecruzados, me preguntó, esta vez con un tono brusco y pragmático que no pude evitar encontrar irritante —¿cómo era

capaz de irritarme con un hombre a quien había traicionado tan gravemente?—, qué debía hacer respecto a Polly y su amiguito secreto. Arqué las cejas y soplé, hinchando las mejillas con gesto de impotencia, para mostrarle mi desaliento ante sus acuciantes súplicas y la poca ayuda que podía brindarle. Durante largo rato me observó pensativo, o así me pareció, mientras empujaba con la lengua algo duro que se le había quedado entre los dientes frontales. Yo era como una estatua en un terremoto, balanceándome en mi pedestal mientras la tierra temblaba y se estremecía. La verdad no tardaría en abrirse camino, no era posible que él no viera lo que tenía frente a los ojos. Se dio cuenta de que yo apenas había probado bocado. Le dije que no tenía hambre. Alargó el brazo, cogió un pedazo de caballa de mi plato y se lo metió en la boca.

—Se ha quedado frío —dijo arrugando la nariz mientras masticaba. Ver comer a otro es un espectáculo bien peculiar. Me sorprende que no obliguen a realizarlo en privado, tras puertas cerradas. Ambos seguíamos un poco borrachos.

Durante las vacaciones en la pensión de Miss Vandeleur, estaba paseando un día por el campo de golf salpicado de arena que se extendía unos dos o tres kilómetros por la parte posterior de las dunas cuando me encontré una bola de golf colocada coquetamente sobre la hierba bien cortada de la zona de la calle, a plena vista y sin dueño aparente. La cogí y la metí en el bolsillo trasero de mi pantalón. Al erguirme vi aparecer a dos golfistas, primero emergieron sus cabezas de una hondonada como si fuesen un par de sirenas surgiendo del verde mar ondulante. Uno de ellos, rubio y de tez congestionada, ataviado con unos pantalones de pana amarillos y un chaleco de lana Fair Isle —¿cómo es posible que lo recuerde con tanta claridad?—, me miró con rostro acusador y me preguntó si había visto su bola. Le dije que no. Fue evidente que no me creyó. Insistió en que debía haberla visto, pues iba en mi dirección, él la había seguido con la vista desde la hondonada donde la había golpeado hasta que desapareció allí, donde el terreno se elevaba. Negué con la cabeza. Su rostro se congestionó aún más. Levantó amenazadoramente su *driver* con la mano derecha enguantada mientras me observaba con ferocidad. Le devolví la mirada con la expresión más cándida posible, aunque en mi interior temblaba de miedo y de excitación culpable. Su compañero, impacientándose, le instó a que dejara el tema y continuara jugando, pero él permaneció inmóvil, escrutándome con furia y moviendo la mandíbula. Como él no arrancaba a andar, tuve que hacerlo yo. Me alejé a paso lento, caminando despacio hacia atrás para que no advirtiera la silueta de la bola en el bolsillo trasero de mi pantalón. Estaba persuadido de que se habría abalanzado sobre mí, me habría puesto boca abajo y me habría zarandeado igual que un perro a una rata. Por suerte el otro, que había estado buscando con aire malhumorado entre la hierba alta que crecía junto a la zona de la calle, le llamó justo en ese instante con voz triunfal —acababa de encontrar la bola perdida de otra persona— y mientras mi acusador se aproximaba a mirar, aproveché para darme la vuelta y salir disparado hacia el santuario que era la ruidosa pensión de Miss Vandeleur. Era así como me sentía sentado frente a Marcus, bañado en sudor por el pánico y una temblorosa agitación, igual que aquel día en el campo de golf, sin atreverme a darle la espalda por si

notaba un bulto acusador y de inmediato caía en la cuenta de que era yo quien, con absoluto descaro, me había metido en el bolsillo a su pálida y regordeta mujercita con piel de gallina.

Por cierto, no considero estrictamente un robo haberme apoderado de aquella pelota de golf. Cuando la vi, pensé que la habían olvidado y estaba allí por un descuido y por tanto cualquiera que lo deseara podía llevársela. El hecho de que no se la devolviera a su dueño cuando apareció fue más un accidente que algo intencionado. Me dio miedo, con su cara colorada y sus ridículos pantalones, tuve miedo de que si le mostraba la bola, me acusara de haberla robado y quizá reaccionara con violencia, quién sabe, me podría haber tirado de las orejas o golpeado con su *driver*. Cierto, es muy fina la línea entre aprovechar la oportunidad para robar algo y dejarse llevar por la ocasión para largarse con algo, pero las líneas, finas o no, resultan innegables.

Marcus se giró hacia un lado para mirar por la ventana y comenzó de nuevo a desgranar sus recuerdos con una voz empalagosamente triste. Carraspeé y, con los ojos bajos, empecé a jugar con los cubiertos de la mesa mientras movía los pies y me retorcí como un mártir forzado a sentarse en un taburete de hierro al rojo vivo. Me habló de sus primeros tiempos de recién casados. Cuando los dos estaban en casa, me dijo, a él le encantaba quedarse atrás y contemplarla mientras ella hacía las labores, cocinaba, limpiaba o lo que fuera. De vez en cuando se aceleraba, me contó, corría de aquí para allá sin un claro propósito, con los pies ligeros, como si estuviese bailando. Mientras hablaba, yo imaginaba a Polly como una de esas doncellas de la antigua Grecia con sandalias y túnicas con cinturón, avanzando con los brazos extendidos en estática bienvenida ante el retorno de un dios de la guerra o de un guerrero de porte divino. Intenté recordar si yo la había visto alguna vez tal como él la describía, brincando alegremente por mi estudio bajo la ventana del techo, que enmarcaba el cielo. No, nunca. Mientras estaba conmigo, no bailaba.

Afuera, una nube de humo azul ceniciento se desplomó desde una alta chimenea y rodó por la calle.

Contemplé el sombrío y desangelado local. En una docena de mesas los clientes, desdibujados y con excesiva ropa de abrigo, se inclinaban sobre sus platos igual que sacos de comida colocados más o menos verticalmente en grupos de dos y de tres. Sobre una pequeña repisa rectangular, en una esquina, había un halcón disecado bajo una campana de vidrio; creo que era un halcón, un ave de presa en cualquier caso, con las alas plegadas y la cabeza altanera girada a un lado, con el pico curvado hacia abajo. Ven, pájaro terrible, recé en silencio, ven, cruel vengador, desciende sobre mí y devora mi hígado. Y, sin embargo, pensé, y sin embargo, qué encarnizado —qué empenachado, emplumado y encarnizado— era el fuego que había robado.

Parpadeando, me erguí con un leve estremecimiento. No me había dado cuenta de que Marcus había dejado de hablar. Permanecía sentado, con el rostro afligido vuelto hacia la ventana y el vivo tumulto callejero. Contemplé nuestros platos como un arúspice buscando presagios en los restos de nuestra comida. No prometían nada bueno, ¿caso

era posible algo distinto?

—No reconozco a Polly —dijo Marcus con un suspiro que más parecía un sollozo. Me miró con aquellos pobres y pálidos ojos, debilitados tras años de trabajo miniaturista y más apagados aún por la bebida—. Ya no sé quién es.

Algunos pecados, quizá no los más importantes, se agravan por las circunstancias. La noche en que murió nuestra hija, la hija que tuve con Gloria, yo estaba en la cama con una mujer que no era la mía. Digo mujer, aunque era poco más que una niña. Se llamaba Anneliese, una belleza, el nombre y la chica, ambos. La conocí... ¿Dónde? No lo recuerdo. Sí, sí lo recuerdo, era una de las pajaritas de Buster Hogan, la conocí a través de él. ¿Cómo es posible que impostores como Hogan siempre atraigan a las chicas? No cabe duda de que era el prototipo del artista: guapo a rabiar, con aquellos joviales y fríos ojos azules, los finos dedos siempre cuidadosamente manchados de pintura, el leve temblor de la mano, la sonrisa endiabladamente seductora. Anneliese solo se acostó conmigo para darle celos. Menuda ilusa. Puede que yo sea un canalla, pero Hogan era el no va más, seguro que aún lo es. Sucedió en la época de Cedar Street. Recuerdo con desagrado aquellos días estúpidos e insensatos. De nada sirve que me diga que era joven, una pobre excusa. Debería haberme volcado en el trabajo en lugar de pasar los días tonteando con las chicas de tipos como Buster Hogan. *Il faut travailler, toujours travailler*. Algunas veces me planteo si no será que carezco de la seriedad elemental. Sí, claro que trabajé, por supuesto. Con extraordinaria dedicación cuando estaba poseído por un entusiasmo febril. Aprendiendo mi oficio, afilando mi arte. ¿Qué me sucedió? ¿Cómo me perdí a mí mismo? Esas preguntas no son tales, no son ni siquiera retóricas, son tan solo un fragmento, un verso, un cántico de la jeremiada en curso. Si yo no me lamento de mí sino, ¿quién lo hará?

Olivia, así se llamaba nuestra hija, por mí, claro está. Un nombre demasiado grande para un bebé, pero ella lo habría hecho suyo con el tiempo. Fue una buena sorpresa cuando nació; yo deseaba un niño, ni siquiera me había planteado la posibilidad de que fuese niña. Además, el parto fue difícil. Gloria consiguió sobrevivir. La niña, no; no realmente. Al principio parecía estar bien, luego no. La pequeña luchó con denuedo. Vivió tres años, siete meses, dos semanas y cuatro días, más o menos. Así fue: se nos dio y poco tiempo después se nos quitó.

Yo no sabía que se estaba muriendo. Sabía que iba a morir, pero no sabía que ocurriría aquella noche. Todo fue muy rápido al final, se fue por sorpresa, dándonos esquinazo. ¿Cómo me encontraron? A través de Buster, me imagino; a él le debió divertir contarles dónde estaba y qué estaba haciendo. Era medianoche y yo estaba en la cama de Anneliese con una de sus piernas increíblemente pesadas, tan pesadas como un tronco, cruzadas sobre mi vientre. El teléfono debió de sonar una docena de veces antes de que ella se despertara y lo cogiera gruñendo. Todavía la veo, sentada en el borde de la cama, iluminada por la lamparita de la mesa, con el auricular en una mano mientras se retiraba un mechón de pelo que se le había quedado pegado en algo viscoso que tenía en la comisura de la boca. Era una chica corpulenta, con un buen michelín de grasa infantil en

la cintura. Sus hombros resplandecían. Permitidme que me demore en ese instante, el último justo antes de la caída. Puedo contar, si lo deseo, cada delicado nudo de la columna inclinada de Anneliese desde el principio hasta el final: uno y dos y tres y...

Los pasillos del hospital parecían no tener fin. Había una luz en el techo cada pocos metros y, mientras avanzaba de círculo en círculo de exigua luz, me sentía como si yo mismo fuese una defectuosa bombilla parpadeante que en cualquier momento fuera a fundirse. El ala de los niños estaba saturada —una epidemia de sarampión en pleno apogeo— y habían instalado a nuestra hija en la zona de los adultos, en una cama de adulto situada en una esquina del cuarto. También allí la luz era escasa y mientras me apresuraba a atravesar la habitación imaginé confusamente que los pacientes que yacían a ambos lados eran cadáveres. Habían colocado una lámpara donde estaba la niña, y Gloria y un hombre de bata blanca se inclinaban sobre la cama; varias figuras imprecisas, imagino que enfermeras y otros médicos, aguardaban en la sombra, de tal manera que la escena parecía más que nada un belén al que solo le faltaban el buey y la mula. La niña había muerto un par de minutos antes de que yo llegara, se había dejado ir, como me dijo Gloria más tarde, con un largo y deshilado suspiro. Lo que significaba que ambos estábamos decididos a creer que no había sufrido. Caí de rodillas al lado de la cama —tampoco estaba completamente sobrio, he de confesar— y acaricié la frente húmeda, los labios apenas entreabiertos, las mejillas en las que empezaba a aflorar la muerte. Jamás había sentido una carne tan serena e indiferente, jamás volvería a sentirla. Gloria permaneció de pie a mi lado, su mano sobre mi cabeza como si me estuviera dando la bendición, aunque más bien supongo que me mantenía recto, pues debía de estar escorándome a ojos vistas. Ninguno lloró, no en aquel momento. Las lágrimas habrían parecido, no sé, digamos que triviales o excesivas, de mal gusto en cierto modo. Me sentía tan extraño como si de nuevo fuese un adolescente, torpe, desmañado y terriblemente confuso. Me puse en pie, y Gloria y yo nos abrazamos, aunque fue más un gesto rutinario, un sujetarnos el uno al otro, que un abrazo, y no nos proporcionó ningún consuelo. Contemplé a la niña en aquella cama grande, solo le asomaba la cabeza, podría haber sido una diminuta viajera congelada y hundida hasta el cuello en una tormenta de nieve. A partir de entonces, nuestras vidas solo serían secuelas.

Gloria me preguntó dónde había estado toda la noche, sin recriminación ni queja, casi ausente. No recuerdo qué mentira le conté. Tal vez le dije la verdad. Poco habría importado si lo hubiese hecho; es probable que ella no me hubiera escuchado, de todos modos.

Lo que desearía saber y no puedo es lo siguiente: ¿sabía nuestra hija que se moría? Esa duda me persigue. Me repito que es imposible que lo supiera; a esa edad un niño no comprende qué significa morir. Sin embargo, algunas veces tenía una mirada distante y preocupada, suavemente desdeñosa hacia todo lo que la rodeaba, esa mirada de las personas que están a punto de emprender un largo y arduo viaje y que mentalmente ya se encuentran en el lejano lugar. A veces también se quedaba ausente y, durante esas intermitencias, permanecía muy quieta, como si intentara escuchar algo, como si

intentara percibir algo muy tenue, inmensamente remoto. De nada servía hablarle cuando se hallaba en ese estado: bien su rostro se aflojaba y quedaba vacío, sin expresión; bien ella se apartaba de nosotros con brusquedad, exasperada de nuestro alboroto, de nuestra falsa alegría, de nuestras leves e inútiles recriminaciones. ¿Estoy yendo muy lejos con mi interpretación? ¿Estoy otorgando a los hechos una trascendencia que no tenían? Ojalá. Desearía que mi hija se hubiese adentrado con alegre inconsciencia en la oscuridad.

Podría habérselo contado a Marcus en aquel horrible local que antes había sido la pescadería de Maggie Mallon; podría haberle hablado de la niña, de la noche en que murió. Podría haberle hablado asimismo de Anneliese. Habría sido una suerte de confesión y la imagen de mí en la cama con otra mujer podría haberle dado el empujón necesario para que viera lo que aún no veía, para que viera el verdadero asunto que debería haberle confesado. Me habría aliviado, creo, que hubiese adivinado lo que le ocultaba; aliviado en el sentido de haberme liberado de una carga incómoda y lacerante. No me habría hecho sentir mejor, no, pero sí menos abrumado. No esperaba una catarsis y aún menos ser exonerado. ¡Una catarsis! ¿Y qué más? En cualquier caso, no le conté nada. Cuando salimos de Fisher King, mi inconsolable amigo farfulló una rápida despedida y se alejó con las manos en los bolsillos y los hombros hundidos, la viva imagen del abatimiento. Le observé un rato antes de marcharme. El tiempo había cambiado de nuevo, se había quedado un día limpio y claro y soplaba un viento caprichoso. El otoño es la estación de la memoria. No sabía adónde ir. No podía ir a casa, ¿cómo iba a mirar a Gloria a la cara tras lo sucedido con Marcus? Una de las cosas que he aprendido sobre el amor ilícito es que nunca resulta tan real, tan serio, tan profundamente valioso como en los momentos de mayor peligro, cuando parece inminente que va a ser descubierto. Si Marcus le contaba a Gloria lo que me había dicho y Gloria sumaba dos y dos —o más bien, uno y uno—, sacaba una conclusión y me preguntaba al respecto, yo me vendría abajo y lo confesaría todo. Yo solo era capaz de mentir a Gloria por omisión.

Noté algo en el bolsillo y lo saqué para mirar qué era. Me había llevado el salero de la mesa del restaurante sin darme cuenta. ¡Sin ni siquiera darme cuenta! En ese estado me encontraba.

Me dirigí al estudio, no tenía otro lugar adonde ir. El viento estremecía los charcos, convirtiéndolos en discos de acero picoteado.

Alguien, Marcus había dicho *alguien*; de momento yo me hallaba a salvo en el anonimato. Me sentía como si hubiese caído a la vía y el tren hubiera pasado por encima de mí y, simplemente por permanecer inmóvil en medio de los raíles, hubiese sido capaz de ponerme de nuevo en pie cuando el último vagón pasaba a toda velocidad y hubiera subido al andén sin más señales de la desgracia que me había acaecido que una mancha en la frente y un persistente zumbido en los oídos.

La primera vez que dejé la ciudad en busca de fortuna, hace ya muchísimos años —imaginad al clásico aventurero, al hombre mis posesiones terrenales dentro de un

pañuelo colgado de un palo—, elegí ciertas cosas para llevar conmigo almacenadas en mi cabeza y poder visitarlas en los años siguientes con las alas de la memoria —las alas de la imaginación, más bien—, lo que hice a menudo para defenderme de la nostalgia, sobre todo cuando Gloria y yo fuimos a vivir al lejano y cegador sur. Uno de esos preciados tesoros era una foto mental de un paraje que siempre había sido para mí un tótem, un talismán. No era ningún rincón especial: un mero recodo de una carretera de asfalto en una de las caras de una colina, que conducía a una pequeña rotonda. En realidad, ni siquiera se trataba de un lugar, solo era parte de un camino entre dos lugares. A nadie se le habría ocurrido detenerse allí para admirar la vista porque no había vista, a no ser que consideres como tal echar una ojeada al río Ox, que es más reguero que río y serpentea a los pies de la colina por un desagüe pluvial al aire libre protegido por una barandilla. Había un muro alto de piedra, una vieja alberca, un árbol inclinado. La carretera, que tenía cierta pendiente, se ensanchaba conforme ascendía. En mi recuerdo, el crepúsculo aún no se ha instalado y una luminosidad grisácea impregna el aire. En esa imagen no hay gente, no hay figuras que se muevan, solo el paraje silencioso, observado, hermético. Parece como si su ser hubiese sido sustraído, como si hubiese sido apartado y su verdadero aspecto diese hacia el otro lado, como si fuese la parte trasera de un decorado teatral. El agua de la alberca ondula entre piedras musgosas y un pájaro oculto entre las ramas del extenuado árbol ensaya una nota o dos y luego calla. Corre la brisa y en su soplo se distingue un vago e inquieto murmullo. Parece que algo va a suceder, pero jamás ocurre nada. ¿Veis? Así es el tejido de la memoria, su verdadera trama. ¿Acaso era eso lo que yo buscaba en Polly: la carretera de la colina, la alberca, la brisa, la vacilante canción del pájaro? ¿Todo se reduce a eso? ¡Madre mía! Polly como la sirena de Mnemósine, esa idea nunca se me había ocurrido hasta ahora.

Permitidme que intente desenmarañarla.

O no, por favor, no me lo permitáis.

En cualquier caso, fue en aquel paraje donde me refugié después de que Marcus se fuera y allí me demoré escuchando el viento en las hojas y el agua cantarina de la alberca. Deseaba que algún dios apareciese y me transformara en laurel, en líquido, en el mismo aire. Estaba inquieto, estaba aterrado. El final de mi mundo se hallaba próximo.

Fui al estudio, mi último refugio a cubierto. No me sirvió de refugio, sin embargo, pues encontré a Polly esperándome al final de la empinada escalera. No tenía llaves — por prudencia, yo no se las había dado a pesar de sus repetidas insinuaciones que, con el tiempo, se fueron convirtiendo en exigencias cada vez más resentidas—, pero la mujer del lavadero le había abierto la puerta de abajo. Estaba sentada de lado en el último escalón, con un hombro apoyado en la puerta y abrazándose las rodillas, dobladas contra el pecho. Cuando subí las escaleras —al patíbulo, he estado a punto de escribir—, se levantó de un salto y me abrazó. Su cuerpo en general irradia calor, pero aquel día prácticamente ardía; temblaba como una hoja y, más que respirar, jadeaba; podría haber sido un potro desbocado que se hubiese arrojado a mis brazos. Despedía asimismo un olor caliente, carnal y húmedo, era casi el mismo olor de afligida tristeza que yo había

percibido antes en Marcus.

—Ay, Oliver —dijo en un sofocado lamento, su boca aplastada contra un lado de mi cuello—, ¿dónde estabas?

Con voz fúnebre y el estómago encogido, le dije que había salido a comer con... — atención—, ¡con Marcus! Ella retrocedió de inmediato y, manteniéndose a distancia, me contempló espantada. Vi la marca de la alianza de Marcus sobre su pómulo, apenas era un rasguño, pero los bordes estaban enrojecidos.

—¡Lo sabe! —gritó—. Sabe lo nuestro... ¿Te habló de eso?

Desvié la mirada y asentí.

—Me habló de *ti* —dije—. De mí no parece saber nada.

A pesar de lo espantoso de la situación, confieso con vergüenza que sentí cómo me bullía la sangre en las venas —¡qué recatados somos!— al notar el sofocante olor que despedía y la presión de sus caderas contra las mías. La primera vez que tuve a una chica en mis brazos y me froté contra ella —da igual su nombre, ahorrémonos los detalles—, lo que me sobresaltó y me excitó sobremanera, por paradójico que pueda sonar, fue que en el vértice de sus piernas no hubiese nada salvo un abultamiento huesudo y más o menos liso. No sé qué esperaba encontrar. Yo no era tan inocente. No obstante, esa ausencia misma se presentaba como una promesa de exploraciones deliciosas e inimaginables hasta entonces, de arrebatos inmateriales. ¡Qué increíbles eran mis sueños y mis deseos! Debe de ser igual para todo el mundo. O tal vez no. Por lo que yo sé, lo que sucede en el interior de otras personas puede no tener ningún parecido con lo que sucede dentro de mí. Es una idea vertiginosa y yo me encontraba solo ante ella.

—¡Por supuesto que no sabe que eres tú! —replicó Polly—. ¿Crees que se lo habría dicho?

Soltó un ofendido resoplido y me miró como si esperase que le diera las gracias. No dije nada, me limité a sacar la llave del bolsillo, pasé a su lado para abrir la puerta y me adelanté para entrar en la habitación. Era como un hombre hecho de piedra, no, mejor de yeso, inexpresivo y rígido, pero presto a desintegrarse.

Tras la penumbra de la escalera, el estudio irradiaba una luminosidad blanca, casi fluorescente, y la ventana resplandecía de tal manera que apenas si podía mirarla. Aún flotaba en el ambiente un leve aroma a brandy, mezclado con el omnipresente y revenido aroma a agua jabonosa que venía del piso de abajo. Hacía frío en la habitación —nunca me había detenido a pensar seriamente en cómo calentar el estudio— y Polly permaneció de pie con los hombros encogidos y los brazos en torno al cuerpo en un estrecho abrazo. No llevaba maquillaje, ni siquiera pintalabios, y sus rasgos parecían desdibujados, casi anónimos. Vestía una trenca tostada y unos zapatos planos que parecían zapatillas de ballet y que sospecho que ella lleva, o llevaba, en consideración a mi baja estatura. Lo digo de nuevo por si no lo hubiera dicho ya: Polly es increíblemente educada y generosa y desde luego no se merecía la pena y el dolor que le ocasionaba, que aún le causo. Hice un comentario sobre sus zapatos, le dije que no debería haber salido de casa con un calzado tan ligero en un día así. Me miró con intensa reprobación, recriminándome, sin

necesidad de decir nada, que yo fuese capaz de hablar de cosas como el tiempo o el calzado en un momento semejante. Tenía toda la razón, desde luego: no sé cómo comportarme en situaciones extremadamente dramáticas, o enmudezco o hablo sin parar. Qué difícil es cuando una persona a quien has conocido de forma íntima se desplaza de manera repentina a un nuevo nivel, hacia arriba o hacia abajo, y del todo diferente. Apenas reconocía a mi preciosa y adorable Polly en aquella pálida, angustiada y ansiosa criatura ataviada con un abrigo informe y unos lastimosos zapatos. Particularmente perturbadora era su mirada, una mezcla de miedo, duda, desafío y de real, auténtica impotencia. ¿Por qué demonios me permitió que la engatusara y me adueñara de su corazón? ¿Qué oportunidad de evasión y de placer creyó que se abría ante ella cuando empecé a manosearla verbalmente aquella lejana noche en los Relojeros, una noche que nos había conducido con sencilla inevitabilidad a este momento, con ambos de pie bajo la fría luz del día sin que ninguno supiera qué hacer consigo mismo ni con el otro?

Hacía apenas un par de horas que Marcus había estado allí conmigo, mi corazón tan abrumado entonces por malos presentimientos como ahora, mi mente tan turbada entonces como ahora. Solo habría faltado que Gloria irrumpiese a continuación en el estudio para que el sainete en el dormitorio estuviera al completo.

De golpe y sin ningún motivo aparente, recordé la última vez que mi padre acudió a la tienda de grabados, cuando ya la había vendido pero el dueño de la lavandería aún no se había instalado. ¿Por qué estaba yo allí aquel día? Papá se hallaba gravemente enfermo, moriría unas semanas más tarde, así que supongo que necesitaba que alguien lo acompañara en aquella visita de despedida. Pero ¿por qué yo, si era el más joven de la familia? ¿Por qué no le acompañó alguno de mis hermanos o mi hermana? Tenía quince años y estaba furioso. Era joven, despiadado y la muerte me aburría —la muerte de los demás, claro; la mía y su eventualidad constituían uno de los asuntos más fascinantes y temibles para pensar y especular—. Ya había perdido a mi madre y me indignaba que en tan breve tiempo tuviese de nuevo que acompañar a mi padre al mismo sombrío descenso final. Quedaba mucho material en la tienda. Papá había intentado darle salida, pero tan pronto se supo en la ciudad que se estaba muriendo, sus pertenencias quedaron infectadas de mala suerte y el día de la Gran Liquidación Final solo se presentaron unos pocos compradores. Ahora, encorvado y cadavérico, andaba entre las cajas de grabados, buscando quién sabe qué, revisando manoseados libros de contabilidad, mirando dentro de la vieja caja registradora vacía, suspirando con enojo cuando no estaba tosiendo. Era una tarde de sábado del verano y nubes de doradas motas de polvo flotaban en el aire y había un olor a podredumbre seca y a papeles viejos. Yo permanecía en la puerta de entrada, que habíamos dejado abierta, mirando la calle soleada con expresión irritada y las manos en los bolsillos.

—¿Qué te pasa? —me increpó mi padre—. Me queda un minuto para acabar, luego puedes largarte.

Me mantuve en silencio sin darme la vuelta hacia él. La gente que pasaba bajaba la

cabeza, evitando mirar la tienda. En cierta manera mi padre ya estaba muerto, pensé, y todo el mundo, incluido yo mismo, aguardaba con impaciencia que él lo advirtiese y desapareciera, ahorrándonos su angustiada visión. De repente escuché un formidable estruendo a mi espalda, tan colosal que instintivamente me encogí. Mi padre había volcado un pesado expositor de madera, que ahora yacía boca abajo a sus pies en medio de una nube de polvo. Un lateral se había astillado y recuerdo cómo contemplé con asombro la cruda y asombrosa blancura de la parte destrozada, allí donde la madera se mostraba al desnudo. Mi padre estaba acucillado y, temblando, se abrazaba las rodillas con los ojos fijos en lo que había provocado, el rostro contraído en una furiosa mueca que dejaba al aire sus colmillos y que me hizo pensar durante un instante que había perdido violenta y rematadamente la cabeza, incapaz de resistir un minuto más la tensa espera de la muerte inminente. Boquiabierto, lo miré asustado y también fascinado. ¿No es terrible cómo hasta la más espantosa calamidad se percibe como un estímulo ante el tedio de la vida? El aburrimiento, el horror que inspira, es el acicate más sutil y poderoso del demonio. Tras un instante, mi padre se quedó sin fuerzas, como si sus huesos se hubiesen fundido, cerró los ojos y se llevó una mano temblorosa a la frente.

—Lo siento —murmuró—. Debo de haberle dado un golpe.

Ambos sabíamos que no era verdad y la situación resultaba embarazosa. Mi padre vestía una camisa blanca y una corbata oscura, el atuendo que siempre llevaba en la tienda, una chaqueta tostada de punto con botones de cuero trenzado y los agrietados zapatos negros que el día después de su muerte, cuando los encontré bajo su cama, accionaron por fin el resorte secreto que permitió que me derrumbara y rompiera a llorar sentado en el suelo, inmerso en mi propio dolor, con un zapato en cada mano mientras unos lagrimones calientes descendían por mis mejillas y caían al suelo, uno a uno, al llegar a la barbilla. ¿Les invade asimismo a otras personas, al evocar a sus padres, la sensación de haber cometido sin advertirlo un daño pequeño, aunque sustancial e irreversible? Recuerdo los zapatos usados de mi padre, aquella chaqueta con los bolsillos dados de sí, su flaco pescuezo bailando dentro del cuello de la camisa, que en sus últimas semanas parecía tres o cuatro tallas más grande, y me siento como si acabara de despertar y hubiese descubierto que mientras dormía había matado una pequeña e indefensa criatura, la última superviviente de su maravillosa especie. ¿No hay perdón? Ninguno. Él, mi padre, me perdonaría si estuviese aquí, pero no está y yo no tengo potestad para absolverme a mí mismo. No hay delito, no hay acusación, mas tampoco hay absolución.

Conduje a Polly al sofá como tantas veces antes, si bien con una intención bien distinta, y nos sentamos, uno al lado del otro, como un par de delincuentes que se acomodan con resignación en el banquillo. Ella no se había quitado el abrigo y, enfundada en aquel bulto informe, parecía aún más infeliz.

—¿Qué voy a hacer? —profirió en un ahogado lamento.

Dije que eso mismo me había preguntado Marcus cuando estuvo allí y que tampoco entonces había sabido qué responder.

—¿Ha estado aquí? —me miró con los ojos muy abiertos.

Le conté cómo había subido las escaleras, se había precipitado dentro del estudio y había pedido un trago; le conté cómo nos habíamos bebido toda la botella de brandy.

—Ya me parecía que estabas borracho —afirmó ella.

Pensativa, permaneció callada un rato. Y entonces empezó a hablarme de su vida con Marcus igual que Marcus me había hablado de su vida con ella poco antes. El relato de Polly —sus primeros tiempos juntos, el bebé, su felicidad, todo ese tipo de cosas— era asombrosamente parecido al de él. Eso me irritó. De hecho, yo me hallaba en un estado general de irritación. La vida, antes tan variopinta, un abigarrado desfile de aventuras y acontecimientos, había quedado reducida de pronto a un episodio que constituía el nexo de aquel pequeño trío: Polly, su marido y yo. Pensé con abatimiento en los días y semanas venideros a medida que nuestro drama desplegara todo su predecible infortunio. Polly confesaría quién era su amante y Marcus vendría a increparme y amenazarme —tal vez no se limitara a amenazarme— y entonces Gloria se enteraría de todo y también tendría que lidiar con ella. Me sentía abatido solo de pensarlo. Polly continuaba relatando su historia, parecía hablar más para ella que para mí, con un evocador tono cantarín. Yo no conseguía mantener la atención, hipnotizado por el azul deslavado del cielo que enmarcaba la ventana y el sedante bogar de las nubes perladas y cobrizas. Nubes, nubes, nubes, nunca dejan de asombrarme. ¿Por qué son tan barrocas, tan ingenua y llamativamente encantadoras?

—Solíamos bañarnos juntos —dijo Polly.

Aquello atrajo mi atención. En mi cabeza irrumpió de inmediato una imagen dolorosamente vívida: los dos sentados en la bañera, cada uno en un extremo y con las piernas jabonosas entrelazadas, salpicándose, Marcus riéndose por lo bajo y Polly chillando de felicidad. Aunque suene extraño, hasta aquel momento nunca había pensado en la intimidad de su vida juntos. Es maravilloso cómo la mente mantiene las cosas selladas con esmero en distintos compartimentos. Por supuesto, sabía que dormían juntos —solo había una cama de matrimonio en su casa, según me había contado la propia Polly—, aunque había logrado no pensar en las ramificaciones de aquel dato sencillo pero contundente. Era tan incapaz de imaginarlos haciendo el amor como me sucedería con mis padres si intentase pensar en ellos abrazados y llevados por la pasión cuando estaban vivos. Pero había dejado de ser así. Sentí que el sudor humedecía mis omóplatos. ¿Existe algo más abrumador que la irrupción de los celos? Te anegan de manera inexorable como humeante lava ardiente.

—Supongo que tendré que dejarle —dijo ella, prosaica, con voz extrañamente suave. Irguió la espalda y echó hacia atrás los hombros, como si se estuviera preparando para llevar a cabo su decisión—. Eso, si él no me deja a mí antes.

No dije nada. Apenas la estaba escuchando. Me había venido a la cabeza, o más bien se había deslizado dentro de ella, un fragmento de mi memoria de los primeros tiempos con Polly. Estábamos en el estudio una tarde, comiendo galletas saladas y compartiendo una botella de vino malo. Ella no acostumbraba a beber, y nunca durante el día, pero una copa o dos tenían siempre un efecto calmante sobre ella y sobre su conciencia... Aún

le sorprendían su atrevimiento y lo que tenía conmigo. Después de la segunda copa, se escabulló recatadamente al reducido cuarto de baño pintado de blanco que estaba en una esquina. Me llevé las manos a las orejas con decisión. ¿Por qué se habla tan poco, se comenta tan poco de las pequeñas situaciones incómodas, de los melindrosos placeres y también de la indulgencia durante la etapa de la seducción, que marcan la vida erótica compartida de los hombres y las mujeres?

Justo fuera del lavabo, en la pared de la derecha, hay un antiguo espejo cuadrado de gran tamaño con un marco dorado rococó de bordes desportillados que yo solía utilizar para analizar la composición de la pintura en la que estuviera trabajando. La imagen reflejada en un espejo ofrece una perspectiva completamente nueva y siempre pone de manifiesto la endeblez de un trazo.

Apenas habían pasado un par de minutos cuando vi que se abría la puerta del lavabo y, con presteza, separé las manos de las orejas.

¡Caramba! Cuánto me desconciertan los espejos. En estos días se oye hablar mucho de la multiplicidad de universos en los que nos movemos sin saberlo, pero ¿alguien se fija en el mundo absolutamente diferente que existe en las profundidades de un espejo? Parece tan plausible esa pura y cristalina versión de este reino chabacano en el que estamos condenados a vivir nuestras vidas unidimensionales, ¿no es cierto? Qué quieto y tranquilo es todo allí, qué vigilante nos observa ese mundo al revés, a nosotros y cada una de nuestras acciones, sin dejar pasar nada por alto, ni el más mínimo gesto, ni la más furtiva mirada.

Mientras Polly salía del lavabo la puerta la ocultaba a mi vista, pero en el espejo de la pared en el que se miró —¿quién de nosotros puede resistir echarse un vistazo en un espejo?— Polly estaba frente a mí y nuestros ojos se encontraron, nuestros ojos reflejados, quiero decir. Tal vez fue por la intervención del espejo, o más bien por su interpolación, dado el leve eco de traición que esa palabra insinúa, pero durante un segundo no nos reconocimos, como si no supiésemos quiénes éramos. En ese instante podríamos haber sido dos extraños; no, más que extraños, peor que extraños: podríamos haber sido criaturas de mundos completamente distintos. Y tal vez, gracias a la maliciosa magia transformadora de los espejos, lo éramos. ¿No dice la nueva ciencia de la simetría especular que ciertas partículas que parecen encontrar reflejos exactos de sí mismas son, de hecho, la interacción de dos realidades separadas; aún es más, que ni siquiera son partículas, sino microscópicos agujeros en el tejido de invisibilidad que interconecta los universos? No, yo tampoco lo comprendo, pero resulta fascinante, ¿no es cierto?

Por supuesto estoy pensando en Marcus la última vez que lo vi en el local de Maggie Mallon, mientras me decía que ya no reconocía a su esposa. Él también había sufrido con ella ese instante de extrañamiento cuando aquella mañana, sentada en el borde de la cama, le miró con furioso e implacable mutismo.

En fin, ese episodio en el que ninguno reconoció al otro nos dejó a Polly y a mí temblorosos. No hablamos sobre ello —¿qué podríamos haber dicho?— y proseguimos como si no hubiese ocurrido. Aunque resultó desasosegante, y de forma muy intensa el

tiempo que duró, no fue algo único: la vida, la vida con sus agujeros microscópicos, está marcada por tales atisbos del misterio insondable de nuestra existencia, juntos y, no obstante, irreconciliablemente solos. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si Polly y yo regresamos del todo de esa otra realidad, cualquiera que fuese, de ese mundo reflejado, cualquiera que fuese, en el que en aquel instante nos habíamos extraviado, por brevemente que fuese. Si bien sucedió al principio de nuestra relación, ¿sería entonces cuando, sin darnos cuenta, empezamos a distanciarnos? Tengo la impresión y la firme certeza de que, en algunos casos, tan pronto se fragua una unión brota la semilla de la separación.

Cuando Polly se marchó, llorosa, angustiada y presa de una tierna preocupación por mí, por ella, por nosotros dos, me apresuré a huir. Ni siquiera hice una maleta, simplemente me fui. Hacía una noche inmisericorde: en los árboles las ramas se azotaban unas a otras y la luna llena destellaba a través de las nubes veloces como un inmenso y parpadeante ojo que me contemplara con reproche. Pero ¿qué me importaban a mí los elementos? Tenía mi abrigo, mis botas, mi fiel bastón de caña. Me llevé la mano al sombrero para sujetarlo y, en un gesto de éxtasis similar al de la desfallecida Santa Teresa de Bernini, alcé el rostro al viento y a la lluvia tal como solía alzarlo a la salobre luz del sur en otro tiempo. Me sentía como el héroe errante de una antigua saga, enloquecido por la pérdida y la añoranza, trastornado por las dudas, con el corazón herido. No sabía qué hacía ni adónde me dirigía. Blancos corceles se encabritaban en las aguas negras del estuario. Tormenta y sombras, en el mundo y dentro de mí. En el antiguo puente metálico de Ferry Point un granjero detuvo su camión y se ofreció a llevarme. Era un genuino paisano de los de antes, con la boca desdentada y hundida, la barba mal rasurada creciendo caóticamente en cada centímetro de la barbilla y de las mejillas y una pipa encajada entre las encías brillantes. Olía a heno, a cerdos, a tabaco rancio, y apostaría sin equivocarme que se sujetaba los pantalones con un cordel en la cintura. El camión avanzaba entre sacudidas y jadeos, como un caballo de tiro en las últimas. El viejo MacDonald conducía igual que un loco, a gran velocidad, dando tirones a la palanca de cambios y girando el volante como si intentara desenroscarlo de su eje. En el camino, me habló con fruición de un suicidio ocurrido allí varios años atrás.

—El chico se ahogó cuando su novia le dejó plantado —soltó una risita sofocada.

Me bajé el ala del sombrero sobre los ojos. Delante de nosotros, los faros amarillos del camión tanteaban la creciente oscuridad. ¡No ser nadie, no ser nada, extraviado en una noche de tempestad!

—Le encontraron bajo el puente, rígidamente abrazado a uno de los pilares de madera sumergidos en el agua —el viejo lanzó un silbido—. ¿No es increíble?

Polly Polly Polly Polly Polly

La casa, cuando llegué, estaba

Creo que ese ruido es del coche de Gloria aparcando fuera. ¡Pobre de mí!

II

El silencio fue lo primero que me llamó la atención. Se instaló en la casa igual que dura escarcha y todo quedó helado y tenso bajo el mismo. Recordé las noches de invierno de mi infancia —sí, aquí estoy de nuevo dándole vueltas al pasado—, cuando los hijos de los vecinos de los alrededores, y también las hijas, unas ásperas marimachos, se reunían en la colina que había frente a mi casa y volcaban cubos llenos de agua en la carretera para hacer una pista de hielo. En aquella época yo creía ver cómo caía la helada a medida que anochecía, una brillante bruma grisácea que descendía tamizada desde la cúpula celeste, de un lustroso y profundo azul oscuro. También me parecía escucharla, un susurrante tintineo metálico que resonaba a mi alrededor en el aire punzante. Y, tan pronto la capa de agua sobre la carretera estaba dura como piedra pulida, con qué negrura brillaba el hielo bajo la luz de las estrellas, tan atractivo como amedrentador, retándome a unirme a los otros y lanzarme hacia delante igual que ellos y dejarme ir colina abajo, apenas rozando el suelo, las rodillas unidas y temblorosas y el aire helado clavándose en los pulmones. Pero yo era tímido y no me atrevía y me quedaba atrás, refugiado en las sombras de la casa, contemplándolos con envidia. Las voces de los patinadores resonaban en la bruñida oscuridad y los árboles se alzaban inmóviles, silenciosos espectadores de aquel salvaje juego, y las estrellas infinitas también parecían observar con un brillo duro y malévolos. Cada vez que un coche se aproximaba, los niños se dispersaban entre alaridos de risa y el conductor bajaba la ventanilla y los increpaba y amenazaba con llamar a la policía.

El silenciado lugar del que estoy hablando, el lugar donde ahora me encuentro, es Fairmount, mi madriguera de noble fachada en Hangman's Hill, a la que yo denomino en secreto y con negro humor: Château Désespoir. Confieso que me resulta extraño encontrarme de nuevo en casa, a pesar del corto tiempo que pasé lejos. ¿Es posible que tan solo estuviese fuera unos días? Está el silencio, como ya he dicho, pero también la calma glacial de mi esposa, aunque lo primero es en gran medida consecuencia de lo segundo. Ella no menciona ni mi precipitada marcha ni mi avergonzado regreso. No parece enojada conmigo por haber salido de estampida, y en cuanto a Polly y todo lo demás no dice ni una palabra. ¿Cuánto sabrá? ¿Habrá hablado con Marcus? ¿Habrá hablado con ella? Me muero por saberlo, pero no me atrevo a preguntar. Estoy en ascuas. Su actitud es ausente, de una ensimismada indiferencia; en esta nueva versión de sí misma me recuerda curiosamente a mi madre con su extraordinaria falta de afectación.

En la casa, durante el día, apenas me mira y cuando lo hace una tenue arruga aparece entre sus cejas; no frunce el ceño, no, es más bien un signo de perplejidad, como si no consiguiera recordar quién soy yo; un eco, de hecho, de Polly y de mí en el espejo de mi estudio aquel día. Yo podría decir que esa conducta distante es un tácito reproche, pero no lo creo. Tal vez haya desistido conmigo; tal vez me haya eliminado de sus preocupaciones. Toda su atención parece volcada en el futuro. Habla de volver al sur, a la Camarga, antiguo hogar de los impíos, belicosos y victoriosos cátaros, donde vivimos más o menos tranquilamente durante un tiempo. Dice que echa en falta las salinas de la zona, el vasto cielo infinito, los paisajes deslumbrados. Hay una casa en alquiler en Aigues-Mortes que está examinando; eso es lo que dice ella, que está examinándola. No sé si debería tomármelo en serio. ¿Significa que está pensando en dejarme o es tan solo una ironía dirigida, al igual que su silencio, a herirme y preocuparme? En Aigues-Mortes nos prometimos una soleada tarde de otoño de hace ya mucho tiempo, sentados en la terraza de un café. Soplaba un aire caliente que parecía haberse comido el color del cielo, de un azul blanquecino, y que sacudía los toldos de la placita, haciéndolos restallar como si fuesen látigos. Tendí la palma abierta sobre la mesa y Gloria me dio su mano fuerte, fresca y huesuda, y de esta forma nos prometimos.

Conocía Fairmount House desde que era niño, aunque en aquella época solo veía el exterior. Vivían allí un próspero médico y su familia; tal vez fuese un dentista, no lo recuerdo. Había sido construida a mediados del siglo XVIII en la colina donde cien años antes mi tocayo Oliver Cromwell dirigió sus tropas en su infame e inútil asalto a la ciudad. Tras la aplastante derrota del Nuevo Ejército Modelo y el cese del asedio, la victoriosa guarnición católica colgó a media docena de capitanes ataviados con sus casacas rojas en una horca improvisada que se levantó en el mismo sitio donde, según cuentan, se alzaba la tienda del Lord Protector, antes de que este pusiera pies en polvorosa de regreso a casa y a su ignominioso final. La casa es de planta cuadrada y sólida, y sus altas ventanas delanteras miran hacia la ciudad con una flemática indiferencia propia del mismísimo Cromwell. Yo creía entonces que la vida dentro de esas paredes estaría a la altura de la formidable fachada y que sus habitantes tendrían de igual modo una pareja y elevada noción de sí mismos. Una fantasía infantil, lo sé, pero que conservé. Compré el lugar tres décadas más tarde como una especie de venganza, aunque no sé muy bien de qué me vengaba, tal vez de todas las veces que había pasado por delante y contemplado con envidia y deseo aquellas ventanas vacías, soñando estar tras ellas con un batín corto de terciopelo y un pañuelo de seda al cuello, mientras saboreaba un borgoña, denso y especiado como la sangre de mis ancestros, en un vaso de cristal tallado, y observaba con ironía a aquel niño de uniforme gris con la cartera a la espalda que avanzaba encorvado y con esfuerzo al pie de la colina igual que un caracol.

Apenas duermo estos días, estas noches. En realidad, caigo en la cama inconsciente, aturdido por litros de alcohol y por puñados de somníferos de gran tamaño. A las tres o las cuatro de la mañana se me abren los párpados como las persianas defectuosas de una ventana y me encuentro espabilado y con una lucidez singular que en nada se asemeja a

la del día. La oscuridad a esa hora es igualmente de una clase especial: más que la mera ausencia de luz es un medio en sí mismo, una especie de materia viscosa, negra e inmóvil que me retiene, animal abatido al que acosan los chacales de la duda, la inquietud, el pavor infernal. Sobre mí no está el techo, sino un dúctil e insondable vacío al que puedo ser proyectado en cualquier momento. Escucho el amortiguado bregar de mi corazón e intento, en vano, no pensar en la muerte, en el fracaso, en la pérdida de todo lo que me es querido, el mundo con sus cosas y sus criaturas. La ventana con la cortina echada se alza junto a la cama como un oscuro e incierto gigante, observándome con una atención fija, maniaca. A veces, confundo mi inmovilidad con una parálisis y, en un estado de histérico pánico, me obligo a levantarme y a merodear por las habitaciones vacías, en el piso de arriba y en el de abajo, sin molestarme en encender las luces. La casa zumba levemente a mi alrededor como si estuviese en el interior de una enorme máquina, un generador en *stand-by*, por ejemplo, o el motor de un tren a vapor que, una vez llevado a una vía muerta para pasar la noche, aún tiembla con el recuerdo del fuego, de la velocidad, del estruendo del día. Me detengo ante una de las ventanas del rellano y, con la frente apoyada en el cristal, contemplo la ciudad dormida mientras pienso en la silueta tan byronesca que debo dibujar, solitaria y aparentemente trágica: no, no volveremos a vagar. Ese soy yo, siempre mirando hacia dentro o hacia fuera; entre el anhelado mundo remoto y yo, un frío panel de cristal.

Sospecho que Gloria odia esta casa, sospecho que siempre la ha odiado. Aceptó volver e instalarse en la ciudad solo para complacerme, para consentirme el capricho de estar de nuevo donde antaño estuve.

—Quieres vivir entre los muertos, ¿no es eso? Ten cuidado, no vayas a ser tú el siguiente —me dijo.

Y eso fue lo que me sucedió, como pintor quiero decir, y lo tengo bien merecido. *Rigor artis.*

Me gustaría entender un poco más a mi mujer; en realidad, me gustaría conocerla mejor. A pesar del tiempo que llevamos juntos, aún me siento como un novio de los de antes en la noche de bodas, esperando con ardorosa impaciencia, y también leve temor, a que su flamante esposa deje caer el vestido y afloje su corsé para mostrarse por fin en toda su pudorosa desnudez. ¿Será nuestra diferencia de edad la causa de esas zonas en sombra? Aunque tal vez ella no sea la mujer enigmática que yo pienso. Tal vez su tranquila apariencia no oculte pasiones furiosas, un corazón atormentado, la sangre alborotada o, en cualquier caso, nada que no sea igual a lo que ocultan los demás. No lo creo. Estoy persuadido de que el dolor por la pérdida de nuestra hija fraguó en torno a ella un caparazón tan impenetrable como la porcelana. Algunas veces, especialmente por la noche, cuando yacemos despiertos el uno al lado del otro —ella también sufre insomnio—, me parece sentir, casi escuchar, un seco y mudo sollozo dentro, muy dentro de ella.

Gloria me culpa de la muerte de nuestra hija. ¿Que cómo lo sé? Porque me lo dijo. No, aguardad: lo que dijo fue que no me lo perdonaba, que es algo completamente distinto. La niña, me apresuro a aclarar, murió de una rara y fatídica afección del hígado

—me dijeron el nombre, pero lo olvidé al momento—, que no tenía cura. Es difícil imaginar que alguien tan pequeño pueda tener un hígado, la verdad. Fue años después cuando Gloria se volvió hacia mí y, como si se le hubiera ocurrido de improviso —¿de improviso?, parecía largamente meditado, más bien—, me dijo:

—No puedo perdonártelo, lo sabes.

No había rencor en su voz, hablaba en un tono suave, coloquial; sin emoción alguna que yo pudiera percibir. Estaba estableciendo un hecho, me estaba informando de una particularidad. Cuando intenté protestar, ella me cortó, en tono amable pero firme.

—Ya sé lo que me vas a decir, pero yo necesito tener a alguien a quien culpar y ese eres tú. ¿No te importa?

Lo pensé, antes de contestar que el hecho de que me importara o no nada tenía que ver con la cuestión. Ella también reflexionó un instante, asintió con un seco movimiento de cabeza y, sin decir una palabra más, seguimos caminando. Qué conversación tan peculiar, pensaréis y tendréis razón; pero a nosotros no nos lo pareció entonces. Os aseguro que el duelo produce extraños efectos; también la culpa, pero ese es otro asunto y está guardado en otro compartimento del sobrecargado y sufriente corazón.

He olvidado casi todo de nuestra hija, nuestra pequeña Olivia; son muy útiles los sumideros que he horadado en el lecho de la memoria. La he momificado; vive dentro de mí como uno de esos cadáveres de santos milagrosamente preservados que exponen bajo los altares de las iglesias italianas, resguardados por un cristal; así reposa ella, diminuta, con una palidez cérea, extrañamente quieta; ella y, sin embargo, otra, inmutable a través de las mudanzas de los años.

Nació cuando vivíamos en la ciudad, en una casa alquilada en Cedar Street, una vivienda diminuta con ventanas minúsculas y un suelo de listones de madera que parecían chillar cuando los pisabas. Me gustaba porque tenía un ático con un tragaluz orientado al norte bajo el cual instalé mi caballete. En aquellos días estaba pintando una tormenta, entre el asombro ante mi talento y el terrible temor de no saber hacia dónde iba y de que me estuviera engañando a mí mismo. Lo peor de la vivienda: que nuestra casera era la madre de Gloria, la Viuda Palmer. El nombre no le va, ya que carece de la figura elegante y lánguida de la palmera. Más bien al contrario, es un pajarraco anquilosado con aspecto de halcón —todavía continúa muy erguida en su jaula—, con el cabello con permanente, una boca pálida y tensa y una de esas narices respingonas —esa palabra es demasiado graciosa para lo que describe— que ofrecen una desagradable visión de los cavernosos orificios nasales hasta cuando miran de frente. Pero estoy siendo demasiado duro. La mujer no tuvo una vida fácil cuando se quedó viuda y aún menos cuando su marido estaba allí para atormentarla. Aquel libertino, Ulick Palmer, de los Palmer de Palmerstown, como le gustaba hacerse llamar sin el menor atisbo de ironía, fue un gandul que la trató con desprecio mientras vivió y que la dejó sin nada cuando murió, salvo unas cuantas propiedades dispersas por la ciudad, como la casa de Cedar Street, por la que yo debía pagar un alquiler escandalosamente alto, detalle que suscitaba un larvado resentimiento por mi parte y una áspera actitud defensiva por parte de Gloria.

Por cierto, no tengo ni la más remota idea de cómo una pareja tan mezquina como Ma y Pa Palmer consiguieron crear una criatura tan magnífica como mi Gloria. Tal vez era huérfana y nunca se lo dijeron, no me extrañaría.

Fue el dolor lo que nos condujo a aquel sur adormecido por el sol. El dolor alienta los desplazamientos, exhorta a la fuga, a la búsqueda incansable de nuevos horizontes. Tras la muerte de la niña, Gloria y yo nos convertimos en un blanco móvil para esquivar, para intentar esquivar, los dardos abrasadores que el dios del dolor lanza con su ardiente arco. La muerte y el amor tienen en común más de lo que parece, al menos en lo concerniente a los sentimientos. Supongo que era inevitable que volviésemos a los escenarios de nuestros primeros devaneos, como si así pudiésemos anular los años, como si pudiéramos hacer retroceder el tiempo para que lo que había sucedido no sucediera. Gloria vivió con mayor dolor nuestra tragedia y eso, asimismo, era inevitable; después de todo, era una parte de ella, carne de su carne, quien había muerto. Mi papel se había limitado a liberar, tres trimestres antes, al diminuto y loco velocista cuya meta era abrirse camino fuera de mí y avanzar como un renacuajo hacia el desdeñoso y, al final, muy receptivo blanco. Otra perforación, otro agujero más entre los agujeros. Cuán limpiamente parece ordenarse todo, esta vida, estas vidas.

Nunca imaginé que la criatura hubiese estado con nosotros suficiente tiempo como para que advirtiéramos con tanta intensidad su presencia, o más bien su ausencia. Era muy pequeña, se marchó muy pronto. Su muerte tuvo un efecto embrutecedor en nuestras vidas, en la de Gloria y en la mía, algo de nosotros murió con ella. No es nada sorprendente, lo sé, no somos los únicos a quienes ha sucedido; continuamente mueren niños y se llevan consigo una parte de sus padres. Teníamos la sensación —y en este caso creo que puedo hablar por Gloria tanto como por mí— de que nos encontrábamos sin llave ante la entrada de nuestra casa y golpeábamos la puerta una y otra vez, pero no oíamos nada dentro, ni siquiera un eco, como si la casa se hubiese llenado de arena, de arcilla, de cenizas hasta el techo. Había impresiones aún más sutiles, como cuando, por ejemplo, percutía con la uña el borde de una copa de vino, el más ligero y potencialmente musical de entre los objetos, o la tapa de aquella pequeña caja de palisandro Luis XIV que había robado del escritorio de un marchante de la rue Bonaparte hacía años, pero no obtenía ningún repique. Todo parecía hueco, hueco y sin peso alguno, como los quebradizos caparazones de avispas muertas que aparecen en los alféizares en el final polvoriento del verano. La aflicción era monótona; un monótono, romo y vacío dolor. Debe de ser por eso que cuando muere un niño en abrasadoras zonas desérticas, donde se expresan los sentimientos con mayor libertad, los padres, los hermanos, las tías, los tíos y los primos cercanos y lejanos se cubren la cabeza con turbantes negros y rasgan el aire con alaridos y agudos gritos guturales, decididos a rendir su terrible y estruendoso tributo al ser desaparecido. Habría preferido lanzar alguno de esos gritos desgarradores antes que los contenidos gimoteos y sorbidos que nosotros pensábamos que eran lo máximo permitido por las reglas del decoro, al menos en público. Entendíamos que el duelo por una vida no vivida debía de tener un límite. Y ahí

estaba la clave, precisamente. Sufríamos por lo que ya no sería y, creedme, esa clase de vacío absorberá incansablemente todas las lágrimas que seas capaz de derramar.

El duelo, como el dolor físico, solo es real cuando lo experimentas. Hasta aquel momento yo apenas conocía su significado. Mi madre acababa de entrar en los cuarenta cuando enfermó y desapareció sin más, como si su muerte fuese una intensificación, la culminación del ensimismamiento general en que había vivido su lamentablemente breve existencia. Mi padre murió asimismo con discreción tras aquel episodio de violenta protesta en su última visita a la tienda, cuando le pegó una patada al expositor. Parecía más preocupado por la angustia e inconvenientes que estaba causando a quienes le rodeaban que por su propio sufrimiento. En su lecho de muerte, en los instantes postreros, me apretó la mano e intentó sonreír animosamente como si no fuera él, sino yo, quien estaba a punto de partir hacia lo desconocido en un viaje sin retorno.

Hace poco, Gloria y yo tuvimos una pelea. Fue extraño, ya que ni siquiera discutimos. Nuestro desacuerdo, llamémoslo así, giraba en torno a un árbol ornamental que ella tiene en un tiesto junto a la ventana de la cocina. No sé de qué árbol se trata. ¿Un mirto? Digamos que es un mirto. No me di cuenta de cuánto le gustaba, con cuánta pasión se aferraba a él hasta que, sin razón aparente, comenzó a marchitarse. Las hojas se volvieron grises y empezaron a caer, mustias. Por más que Gloria regaba la tierra con cuidado y alimentaba las raíces con nutrientes, no se recuperaba. Al final, descubrió cuál era el problema. Una plaga había invadido el árbol: minúsculos y espeluznantes parásitos con forma de araña crecían en el envés de las hojas y estaban chupándole la vida. A mí me fascinaba esa incansable y copiosa horda devoradora, incluso compré una lupa de gran aumento para observar mejor a los pequeños insectos, tan trabajadores, tan aplicados, tan indiferentes a todo lo demás, yo incluido. Especialmente impresionante era la intrincada filigrana que habían tejido en los ángulos de los tallos de las hojas, y en donde estaban suspendidos los más jóvenes, tan pequeños como motas de polvo. Gloria, empero, con los ojos achinados y los labios pálidos de tanto apretarlos, se dispuso a erradicarlos de forma inmediata y sin piedad; tras rociar el árbol con un poderoso insecticida, lo llevó al patio trasero y vertió sobre él jarras de agua jabonosa para eliminar a cualquier posible superviviente. Yo cometí la torpeza de protestar. Le pregunté si no se le había ocurrido que sus prioridades podían estar equivocadas. El árbol estaba vivo, es cierto, pero los ácaros aún más. ¿No deberíamos dejarlos tranquilos mientras el árbol los mantuviera vivos? ¿Acaso la agradable visión que el árbol nos proporcionaba era más importante que la miríada de vidas que Gloria estaba destruyendo para protegerlo y salvarlo? Me contempló en silencio durante un largo instante con el ceño fruncido, luego me arrojó el bote de insecticida —falló— y se marchó airada. La encontré sentada al pie de la escalera, llorando, con la cabeza inclinada y las manos hundidas en el cabello, tal como hacía mi madre. Pensé en disculparme, aunque no sabía muy bien de qué, pero seguí mi camino en silencio y la dejé con sus lágrimas. ¿Qué significaba aquel llanto? No lo sé, aunque debía de tener algún significado... Muchas cosas de la vida real me resultan tan desconcertantes como las apariciones fantasmales de mis sueños. Cuando Gloria se

calmó, intenté hablar con ella, pero me cortó con un gesto ladeado de la mano, se puso en pie y se fue. Tengo la sospecha de que pensaba en nuestra desaparecida Olivia. El árbol se recuperó, pero no ha vuelto a florecer.

Hablando sobre la muerte —parece que no hablo de otra cosa estos días, incluso cuando el tema son supuestamente los vivos—, quiero contar un accidente mortal del que fui testigo cuando era joven, del que fui más que testigo, y que aún me persigue. Ocurrió en París. Yo era estudiante, trabajaba en el atelier de un académico de tercera fila que había aceptado a regañadientes tenerme durante el verano gracias a los buenos oficios de un viejo pintor francófilo al que mi madre, no sé muy bien cómo, conocía y al que había engatusado para que me escribiera una carta de recomendación para Maître Mouton. Estaba alojado en un hotel barato de la rue Molière, en una habitación de servicio en el quinto piso, justo bajo el tejado. Hacía allí un calor sofocante y el techo era tan bajo que no podía estar de pie sin golpearme la cabeza. Los escalones tenían un ancho normal en los pisos inferiores, pero a medida que subías se hacían más estrechos, de tal modo que cuando volvía a casa por la noche y el minuterero que había en el rellano del segundo llegaba a su fin y se apagaba la luz, tenía que subir al último piso a oscuras y a gatas, como si estuviera escalando el interior de una chimenea. No tenía un céntimo, pasaba hambre y era básicamente infeliz; los días transcurrían en ese estado de aletargado aburrimiento mezclado con agitada desesperación que me parece propio de los jóvenes. Una tarde nublada y asfixiante que paseaba por los muelles me detuve en una esquina mientras esperaba que cambiara la luz del semáforo. A mi lado había un joven francés que debía de tener mi edad, vestido con un traje de lino blanco espléndidamente arrugado. Recuerdo cómo resplandecía aquel traje, como si desprendiera una suerte de aura, a pesar o quizá debido al húmedo tiempo plomizo que hacía aquel día. Con envidia, fantaseé que sería el hijo mimado del dueño de una próspera plantación a quien habían enviado a casa para que terminara sus estudios en alguna exclusiva e inaccesible *grande école*. Él tenía la cabeza girada sobre su hombro y charlaba locuaz y alegremente con alguien que estaba a su espalda, una chica, imagino, aunque no la recuerdo. Los coches pasaban con ese traqueteo metálico que tiene el tráfico en las calles anchas, como si no fuesen una serie de vehículos individuales, sino una gigantesca y desvencijada máquina hecha con innumerables y disparejos componentes soldados; un estruendoso, humeante e interminable tráiler. El joven vestido de blanco volvió el rostro hacia delante mientras se reía, perdió el equilibrio —cada vez que siento que trastabillo mientras estoy entrando en el sueño y me despierto, su imagen me asalta de inmediato, con su atuendo insólitamente resplandeciente en el Quai des Grands Augustins, frente al Pont Neuf— y pisó el asfalto en el mismo instante en que un camión verde oliva del ejército se aproximaba pegado al bordillo y a una velocidad que cortaba la respiración —qué expresión tan idónea—. El vehículo era alto y cuadrado, con una lona impermeable ajustada a la parte trasera, que se estremecía con el movimiento. Un gran espejo retrovisor sobresalía de la parte del conductor, sujeto por dos o tres remaches de acero. Fue aquel espejo lo que golpeó en la cara al joven, que ahora se tambaleaba junto a la

acera intentando recuperar el equilibrio. Durante una época me intrigó saber si, en el último instante, tuvo tiempo de verse, atónito e incrédulo, mientras su ser y su reflejo se encontraban en el espejo, aniquilándose, hasta que me di cuenta de que el retrovisor miraba hacia el otro lado, por supuesto, y de que fue la parte metálica posterior la que lo golpeó. ¿Vi realmente un halo perfecto de sangre explotar en torno a su cabeza en el momento del impacto? Lo dudo, es el tipo de recuerdo que gusta a la imaginación, siempre deseosa de detalles morbosos. Además, es un eco sospechoso de aquel otro halo de luz que percibí en torno a su traje. Se derrumbó hacia atrás y cayó en mis brazos, que yo había extendido de forma instintiva. Recuerdo el calor húmedo de sus axilas y el breve y rápido percutir de claqué de sus talones sobre la acera. Aunque era menudo y delgado, no tuve fuerza para sujetarlo —ya era un peso muerto— y cuando se resbaló de entre mis brazos y se precipitó al suelo, su cabeza reventada cayó entre mis pies abiertos y golpeó la acera con un sordo chapoteo. Una de las perneras, la derecha, había sido rasgada limpiamente por encima de la rodilla, no me preguntéis cómo, y la parte inferior permanecía doblada en torno al tobillo como un acordeón. La pierna que quedaba al aire era morena, tersa, sin vello; me fijé en que no llevaba calcetines, con aquel estilo informal francés que yo emulé, si es de fiar la memoria de Polly sobre la primera vez que entré al taller de Marcus. El rostro de aquel desgraciado... Ay, aquel rostro. Lo habréis visto en algunos de mis primeros trabajos, en especial en aquel terrible tríptico de Baco —¡cómo me avergüenza y humilla la mera mención a mi trabajo!—, donde sobre la llanura, inerte como un cadáver, se cierne un disco anodino, deslumbrante y espantoso, del color rojo azulado de la ijada recién desollada de una vaca y del que caen gotas gelatinosas de brillante sangre rosada. Yo mismo me he puesto azul del esfuerzo de explicar en tantas ocasiones a críticos obtusos que aquella masa amorfa, sucia y rojiza no era una distorsión deliberada al estilo de Pontormo, digamos, o del Bosco, el soñador del diablo —eran muchos quienes lo afirmaban—, sino una representación cuidadosa y precisa de una escena real que yo había visto con mis propios ojos y que me sentía impelido a evocar una y otra vez en mi pintura.

Hasta el instante de la muerte del joven recuerdo todo con dolorosa claridad, pero lo que sucedió después ha desaparecido de mi memoria. La gente debió de arremolinarse en torno a él; aparecerían la policía, una ambulancia..., pero lo que ocurrió tras el accidente está sumido para mí en una bendita oscuridad. Recuerdo que el camión del ejército siguió indiferente su camino a toda velocidad. ¿Qué importancia tenía para él una muerte más entre las muchas de las que habría sido testigo? Pero ¿y la chica, si se trataba de una chica, con la que el joven había estado hablando? ¿Se acuclilló a su lado y meció la pobre cabeza reventada en su regazo? ¿Echó hacia atrás su propia cabeza con un alarido de dolor? Con qué celo protector la mente suprime cosas. Ciertas cosas.

Me tocó a mí dar las pertenencias de Olivia —¿una niña de tres años tiene pertenencias?—: sus vestidos y babis y patucos rosas. Debía llevarlas a la iglesia de la esquina para que las repartieran entre los pobres, pero en lugar de eso hice con ellas una gran pelota que até con una cuerda y lancé al río en algún momento atribulado e

impreciso de la noche. La pelota no se hundió, claro, sino que flotó en la corriente en dirección a los muelles y el mar abierto. Durante meses me angustió la idea de que aparecería en algún punto de la ribera, un trapero la recogería y un día yo o, aún peor, Gloria veríamos en la calle a una niña vestida con una ropa desgarradoramente familiar.

Uno de los fenómenos que con más intensidad añoro de la época en que todavía pintaba es la quietud que se generaba a mi alrededor cuando estaba trabajando, y que me permitía escapar aunque fuese temporalmente de mí mismo. No existe nada que proporcione esa paz y esa quietud o, al menos, no para mí. Por ejemplo, difiere por completo en profundidad y trascendencia del cauteloso silencio que acompaña un robo. Cuando estaba ante el caballete, el silencio que caía sobre todo lo que me rodeaba era como el silencio que imagino que se extenderá sobre el mundo cuando yo muera. No, no me engaño a mí mismo pensando que el mundo acallará su clamor en el instante en que yo dé mi pincelada final. Pero, cuando cesen mis angustias, existirá un pequeño rincón especial de tranquilidad. Imaginad un callejón en algún barrio sombrío y húmedo en una tarde grisácea entre dos estaciones: el viento levanta espirales de polvo, remueve papeles rotos, hace rodar un trapo sucio de aquí para allá; entonces, sin ninguna razón aparente, todo se detiene, se impone la calma, se hace el silencio. Es ahí, no entre voces angelicales y bajo una luz celestial, sino en ese no-lugar, en ese no-acontecimiento, donde mejor funciona mi imaginación, donde forja sus más profundas fantasías.

Tendréis ganas de que os hable sobre el tiempo que pasamos en el cálido sur, con el mistral azotando los toldos en la place du Marché y nuestras manos entrelazadas sobre la mesa entre platitos de aceitunas y vasos de grisáceo pastís, sobre los agradables paseos que dimos y los pintorescos bribones que conocimos, sobre el vino de color pajizo que bebíamos en el pequeño local junto a las murallas al que íbamos siempre a cenar, sobre la vieja y divertida casa que alquilamos a la excéntrica señora de los gatos, sobre el torero que se encariñó con Gloria y sobre mi breve pero apasionado *affaire* con la aristócrata inglesa expatriada, la encantadora Lady O.; estaréis deseando que os hable de todo eso. Bueno, por pedir que no quede. Os aseguro que aquello es el paraíso terrenal, pero para nosotros fue un paraíso contaminado donde numerosas serpientes se deslizaban entre las viñas enroscadas. No me malinterpretéis, para dos pobres almas aturcidas y extraviadas en un apesadumbrado luto no era peor que cualquier otro sitio, pero tampoco mucho mejor una vez que desapareció la novedad de la legendaria *douceur de vivre* y las burbujeantes gotas titilando en el borde se disiparon. Olvidad vuestro concepto de lo idílico. Tengo la sensación de haber pasado la mayor parte del tiempo en aparcamientos de supermercados, cociéndome en el asiento del copiloto de nuestro pequeño dos caballos gris, escuchando a alguna afligida cantante sollozar de amor, mientras Gloria, fuera del coche, fumaba un cigarrillo en una esquina en sombra y lloraba en silencio.

Maldita sea, otra nueva digresión; debe de existir algo o algún sitio a donde no quiero llegar, de ahí todos estos rodeos, en apariencia inocentes, por polvorientas carreteras secundarias. Un verano, cuando era niño y nos encontrábamos en la pensión de Miss Vandeleur, llegó un circo a la ciudad. Al menos, se daba a sí mismo ese nombre, aunque

se trataba más bien de una especie de teatro ambulante desmontable. Las actuaciones se realizaban en una tienda rectangular cuyas paredes de lona ondeaban y retumbaban con el viento como si fuesen las velas del palo mayor. El público se sentaba en bancos de madera sin respaldo, situados frente a un escenario improvisado, bajo hileras de bombillas de colores atadas a los palos de la tienda, que se balanceaban y agitaban, creando un excitante efecto refulgente y achispado. No había más de media docena de artistas, entre ellos una niña contorsionista de mirada sensual que en los intermedios se sentaba en una silla colocada en la parte delantera del escenario y cantaba cancioncillas sentimentales, acompañándose de un acordeón a piano, cuyo brillo perlado iluminó muchas de mis fantasías nocturnas. El circo se quedó una semana y yo acudí a la función las siete tardes y también a la del sábado por la mañana, fascinado por el llamativo colorido y los oropeles, aunque el espectáculo era idéntico cada tarde, los números no variaban nunca, salvo cuando alguno se hacía un lío con lo que debía decir o por alguna involuntaria caída del acróbata. Pero la mañana siguiente a la última función cometí el error de acercarme para ver cómo desmantelaban la magia. La carpa se vino abajo con un inmenso y arrugado suspiro, los bancos fueron subidos a la parte trasera del camión como si fuesen esqueletos y la niña contorsionista, que había cambiado las lentejuelas por un jersey de cuello vuelto y unos vaqueros con los bajos doblados, permanecía de pie en la puerta de una de las caravanas con expresión ausente mientras fumaba un cigarrillo y se rascaba el vientre. Bueno, pues así es como nos sentíamos nosotros en el sur al final. El brillo iridiscente se apagó, igual que si todo hubiese sido plegado y llevado a otra parte. Sí, ese soy yo, el eterno niño desilusionado, desencantado.

Mi cronología empieza a tambalearse de nuevo. Vamos a ver. Nos quedamos en el sur... ¿Cuánto tiempo? ¿Tres años? ¿Cuatro? Hubo un primer viaje, cuando nos escapamos juntos de vacaciones y le pedí matrimonio y Gloria aceptó; después regresamos a Irlanda y nos mudamos a Cedar Street. A Cedar Street venía bien entrada la noche Ulick Palmer, mi infame suegro, a llamar a la puerta, borracho y lloroso, para suplicar que le dejáramos quedarse a dormir, y Gloria, en contra de mis susurradas protestas, le permitía entrar y le acostaba en el sofá del salón, donde él apestaba el aire con un horrible hedor a whisky rancio y pedos sulfurosos, y la mitad de las veces vomitaba en la alfombra. Mamá Palmer también nos visitaba con frecuencia, aparecía sin avisar con su abrigo tan negro como un cuervo y su sombrero con velo y se quedaba sentada durante horas en el mismo sofá del salón, la espalda recta, las ventanas de la nariz dilatándose como si en cualquier momento fuese a lanzar llamaradas de fuego y humo como un dragón. Y entonces inesperadamente llegó la niña e inesperadamente se marchó. Después de aquello, presas de la desesperación, no nos quedó más remedio que abandonar todo y huir hacia el sur, el único lugar donde habíamos sido felices, si bien por breve tiempo. Una locura, diréis, un patético autoengaño, y tendréis razón. Pero la desesperación es la desesperación y exige medidas desesperadas. Pensamos que nuestro dolor se calmaría algo; pensamos que ni siquiera la aflicción podría sobrevivir ante el intenso júbilo y la belleza provenzales. Nos equivocamos. No hay nada más cruel que el

sol y el aire templado para un alma que sufre.

De hecho, creo que aquella estancia en el sur fue una de las razones que me llevaron a mi perdición como pintor. La luz y los colores me distrajerón. No existía hueco en mi paleta para esos azules y dorados palpitantes, para aquellos dolientes verdes. Soy hijo del norte, mis colores son el cincelado dorado del otoño, el gris plateado del envés de las hojas durante la primavera lluviosa, el brillo caqui de las frías playas de verano y los ásperos violáceos del mar de invierno, su ácida virescencia. Sin embargo, cuando abandonamos las salinas y el estridente canto de las cigarras y volvimos a casa —todavía la llamábamos casa— y nos instalamos aquí en Fairmount, en la colina de Cromwell, el bacilo de toda la belleza solar que habíamos dejado atrás seguía en mi sangre y no pude sofocar esa fiebre. ¿Es así o estoy buscando explicaciones, excusas, exoneraciones y todas las ex que podáis pensar? Mirad el último cuadro en que estaba trabajando, la obra sin terminar que acabó conmigo definitivamente, mirad la guitarra con forma de zepelín y la mesa con el mantel a cuadros sobre la que descansa; mirad la ventana de láminas abierta a la terraza y el liso azul más allá, mirad el alegre velero. Ese no era el mundo que yo conocía; nada de esas cosas eran mi verdadero tema.

¿Cuál es mi verdadero tema? ¿Hablamos de autenticidad? Desde el inicio, mi único objetivo fue dar forma a la tensión informe que flota en la oscuridad de mi cerebro igual que la imperecedera imagen posterior a un relámpago. ¿Qué importancia podía tener qué fragmentos entre los escombros elegía como tema? La guitarra, la terraza y el mar celeste o la pescadería de Maggie Mallon... ¿Qué importancia tenía? No obstante, la tenía; siempre acababa planteándose el viejo dilema; es decir, la tiranía de los objetos, de la ineludible realidad. Pero ¿qué sabía yo de las cosas reales cuando irrumpían para hacerme frente? Yo no tenía ningún interés en la realidad tal cual es, precisamente. Y de nuevo pregunto si fue eso lo que me bloqueó, que el mundo que elegí pintar no fuese el mío. Es una pregunta sencilla y la respuesta parece obvia. Sin embargo, algo falla: decir que el sur me era ajeno sugiere que hay algún lugar que no lo es y, decidme, ¿dónde puede hallarse ese insólito lugar, pálido Ramón?^[2]

No era el coche de Gloria el que escuché deteniéndose fuera de la casa aquel día — apenas media semana después de mi tempestuosa huida hacia la libertad—, cuando por fin me dieron caza y me sacaron de mi guarida de las orejas. Mi mujer no era la única que había adivinado dónde me escondía. Confieso que me molestó que diesen conmigo tan fácilmente. Pensaba que todos imaginarían que me había largado a algún paraje lejano y exótico, uno de esos sitios adorados por célebres *artistes maudits*, Harar, en la oscura Etiopía, por ejemplo, o a una isla de los mares del Sur con mujeres oscuras de rostros planos y grandes pechos, pero no que me había escabullido hacia el más banal de todos los refugios, la casa donde nací. Cuando oí que el coche giraba para atravesar la verja y el crujido sobre la grava al detenerse fuera, mi primer impulso fue lanzarme a la puerta de entrada, echar el pestillo y esconderme a toda prisa bajo la mesa. Pero no lo

hice. La verdad es que me sentí aliviado. Nunca había deseado desaparecer, en realidad, y mi marcha había sido una travesura más que una huida, por muy desesperado por escapar que pensara que estaba. Había disfrutado de estar en la carretera aquella noche de tempestad y lluvia cerrada, cuando el viejo granjero con una barba que parecía un rastrojo me invitó a subir a su camión y me habló de aquel infortunado amante a quien encontraron ahogado en el río. Yo tenía la sensación de que corría hacia algo, no de que huía de algo, y aquel temporal salvaje encajaba con la tormenta que arreciaba en mi pecho. Pero lo que parecía una bravata era en verdad puro miedo. Habría estado encantado de seguir con Polly en secreto, pero cuando el secreto se descubrió, recogí los faldones de mi frac y hui. Aunque ni siquiera entonces tuve el valor de asumir mis actos y, desde el principio, aguardé con secreta expectativa que me dieran alcance y... ¿qué? ¿Que me recuperaran? ¿O que me rescataran? Sí, que me rescataran de mí mismo.

La llegada de Gloria a mi puerta era, pues, lo que llevaba medio esperando medio deseando desde el primer momento. Aun así, la llegada de cualquier otro, de Marcus, digamos, o de la madre alada, escamosa y lanzallamas de Gloria o incluso de un policía blandiendo una orden de arresto, acusándome de repugnante vileza moral, no me habría sorprendido tanto como la llegada de quien encontré frente a mí cuando abrí con cautela la puerta de entrada. Allí estaba Polly, mi queridísima, amorosa Polly —¡cómo se alborotó mi sangre al verla!— con su niña en brazos. La mandíbula se me descolgó —las mandíbulas se descuelgan de verdad, como he podido comprobar en más ocasiones de las que quisiera— y a la par mi corazón, igual que un yoyó, mi pobre y viejo corazón, tan dolorido y magullado.

Pero ¿por qué me sorprendió tanto? ¿Por qué no podía ser Polly? No lo sé. Ni se me pasó por la cabeza que fuese ella quien me encontrara. ¿Por qué no vino Gloria? ¿No debería haber sido mi mujer quien acudiera a recogerme? Me intriga que no fuese así. Me había llamado, sabía dónde me encontraba. ¿Por qué no cogió el coche y condujo hasta la casa como cualquier esposa, sin duda, habría hecho? No lo hizo. Es raro. ¿Sería que no deseaba que volviera? Es algo que prefiero no pensar.

Cuando se encuentra molesta e inquieta, Polly actúa con gestos inesperados y asombrosamente rápidos. Esos movimientos repentinos y ágiles, sorprendentes en una joven tan corpulenta como ella, deben de ser similares a los repentinos pasos de danza que dibujaba, según me contó Marcus, mientras estaba haciendo la casa en tiempos pasados y más felices, antes de que sobreviniera la catástrofe, cuando los pilares del templo aún estaban en pie. Acababa de abrir la puerta cuando se arrojó a mis brazos con un grito sofocado que podía ser expresión de alegría, de furia o alivio, de recriminación o angustia, o de todo eso a una, y aplastó su boca contra la mía con tanta vehemencia que sentí el apiñamiento de sus dos dientes delanteros a través de la cálida pulpa de sus labios. Atónito, desconcertado, no supe qué decir. Sentía algo así como un feliz mareo, las rodillas temblorosas, mis entrañas palpitantes. No me había dado cuenta de cuánto la había echado de menos; todo lo que sucede en mi interior sin que yo sea consciente es para mí motivo de asombro siempre. ¿No dijo Polly algo similar sobre los sueños y la

mente de quien sueña en una ocasión? Con la boca aún pegada a la mía y farfullando palabras incomprensibles, me empujó hacia el vestíbulo mientras la niña, aprisionada entre ambos, se retorció y daba patadas. Era como si me hubiese atrapado una madre pulpo que llevara sujeto delante de ella a uno de sus hijos. Al final conseguí liberarme de la atadura de aquel abrazo y mantuve a ambas, a la madre y a la hija, separadas de mí; las mantuve, no las empujé. Jadeaba igual que si me hubiese detenido de repente en medio de una desesperada carrera, que en cierta forma era el caso. El corte que el anillo de Marcus había hecho en la mejilla de Polly ya se había cerrado, pero había dejado una diminuta cicatriz roja. Le pregunté cómo me había encontrado, cómo había sabido dónde buscarme. Ella lanzó una breve y aguda risa teñida de histeria, o eso me pareció, y respondió que era obvio que huiría allí después de lo mucho que le había hablado de la casa del guarda y del tiempo, ya lejano, que pasé en ella con mis padres y mis hermanos. Me quedé atónito. No conseguía recordar haberle siquiera mencionado la deprimente vida que llevé allí cuando era niño. ¿Es posible contar cosas y no ser consciente de ello, hablar mientras estás despierto como si estuvieras dormido, en un estado de parlanchina hipnosis? Se rio de nuevo y dijo que le había despertado tanta curiosidad que una tarde de verano se había acercado en el coche para echar una ojeada al escenario de mi niñez, tales fueron sus palabras. La miré con embotada perplejidad.

—¿Estuviste aquí? —le pregunté—. ¿Aquí, en la casa?

—No, dentro no, claro —exclamó, mientras reía excitada—. Paré en la verja y me quedé dentro del coche. Me habría gustado acercarme y mirar por las ventanas, pero no tuve valor. Deseaba ver dónde naciste, dónde creciste.

Pero por qué, pregunté aún confuso, por qué hizo tal cosa, por qué sentía esa curiosidad. Durante un rato, no dijo nada. De pie frente a mí, con su niña sobre la cadera y la cabeza ladeada, me miró con una cariñosa sonrisa de conmiseración. Vestía un jersey de lana gruesa y una falda de lana y llevaba recogido su rebelde cabello con un gran pasador de carey.

—Porque te quiero, idiota —dijo.

Ah, sí, el amor. El ingrediente secreto que siempre olvido y me dejo fuera.

Dentro de la cocina, sentó a la niña sobre la mesa —huelga decir que yo ya había retirado y escondido la gruesa libreta escolar que contiene estas valiosas reflexiones—, miró alrededor y arrugó la nariz.

—Huele a húmedo —dijo—. Y qué frío hace.

Tenía razón —yo llevaba puestos el abrigo y la bufanda—, pero, por absurdo que fuera, me puse a la defensiva de inmediato. Señalé con frialdad que la casa llevaba vacía mucho tiempo y que nadie se había ocupado de ella. Ella asintió con un resoplido y dijo que eso era obvio. La dura luz que entraba por la ventana daba a su rostro un aire lavado y tosco y al verla allí de pie, con su jersey y sus zapatos planos de matrona, tuve la sensación, si bien no había cerca ningún espejo, de que era alguien a quien apenas conocía, alguien con quien yo tenía una relación muy lejana, y al mismo tiempo anhelé tomarla en mis brazos y estrecharla con ternura y frotar sus frías mejillas hasta devolverles

su rosada calidez. Después de todo, a pesar de todo, ella era mi niña amada. ¿Cómo podía haberlo olvidado? No obstante, esta constatación, esta nueva constatación, lejos de alegrarme, me produjo una sensación de vértigo, como si la parte inferior de algo que había dentro de mí se hubiese desprendido. La trampa de la que pensaba haber escapado seguía firmemente cerrada en torno a mis tobillos. ¡Y, sin embargo, me sentía tan contento de que ella estuviera allí! Feliz tristeza, triste felicidad, la historia de mi vida y mis amores.

Mientras contemplaba las estanterías vacías y las alacenas, que tenían aspecto de estar asimismo vacías, Polly me preguntó de qué me alimentaba. Le dije que iba a Kearney's, el pub del cruce, para tomar una sopa al mediodía y unos sándwiches por la noche, que me preparaba a escondidas la hija del dueño, Maisie era su nombre, que parecía haberse encariñado conmigo.

—¿Ah, sí? —dijo Polly, con gesto despectivo.

A punto estuve de romper a reír. Imagínate, estar celosa de esa pobre paleta, Maisie Kearney, de quien jamás se ha conocido pretendiente, cincuentona y solterona sin remedio. No le contesté, la actitud de Polly, recelosa y autoritaria, empezaba a molestarme. ¿No es llamativo cómo bastan un par de minutos para que hasta las circunstancias más disparatadas adopten un patrón rutinario? Aquí estaba yo, sorprendido por mi amante, cruelmente abandonada, en mi antigua casa familiar, donde me había escondido de ella así como de su marido y de mi esposa, y tras la conmoción de su repentina aparición, ya habíamos regresado a las viejas y acostumbradas trivialidades, las peleas, el resentimiento, las mezquinas recriminaciones. Sí, tenía motivos para reírme, pero me encontraba en tal estado de confusión, al mismo tiempo agobiado, consternado y presa del deseo, que no sabía qué decir o qué hacer. Presa del deseo, sí, me habéis escuchado bien. Sufría de deseo por el cuerpo dolorosamente anhelado de mi amante, tan conocido y sin embargo siempre nuevo e inexplorado. Qué canalla y desvergonzada es la libido.

La niña empezó a removerse inquieta, pero nadie le hizo caso. Seguía sentada en el centro de la mesa, con su barriga prominente y haciendo tontos puchereros, como un severo Buda en miniatura. Me pregunté, y no era la primera vez, si le pasaría algo a esa cría, estaba a punto de cumplir dos años y mostraba pocas señales de desarrollo, apenas andaba y aún no hablaba. Pero ¿qué sé yo de niños?

—Debes de sentirte solo aquí —dijo Polly, con enfurruñado tono acusador—. ¿No me has echado de menos?

Sí, me apresuré a contestar, por supuesto que la había echado de menos, claro que sí. Pero, añadí animándome, tenía mi rata para hacerme compañía. Ella inclinó la cabeza, apuntando con la barbilla hacia aquel hoyuelo entre las clavículas donde tanto me gustaba hundir la lengua, y me observó con el ceño fruncido.

—Tu rata —repitió. Su voz era inquietantemente inexpresiva.

Sí, proseguí incapaz de detenerme, era una buena compañera y salía a menudo de su madriguera, bajo la cocina de gas, para ver cómo me iba. Parecía tener una edad

respetable y ser una solitaria, como yo. La imagen que daba era una mezcla, a partes iguales, de curiosidad, audacia y prudencia. Más de una noche le había traído del pub los restos de uno de los sándwiches amorosamente preparados por Maisie, un trozo de corteza de pan untado con mantequilla o un pedacito de cheddar, los colocaba en el suelo, frente a la cocina, e invariablemente, en algún momento ella asomaba la nariz haciendo fintas y avances con el hocico, contrayendo sus brillantes y rosadas fosas nasales mientras sus delicadas y finas garras arañaban el linóleo con un sonido tan suave y tenue que, para escucharlo, yo tenía que permanecer sentado totalmente inmóvil e incluso contener la respiración. Mientras la rata comía, cosa que hacía con la relamida delicadeza de un viejo gourmet afectado de dispepsia ante el enésimo plato de un banquete imperial, de vez en cuando alzaba los ojos hacia mí con expresión reflexiva y, según me parecía, irónica. Supongo que me consideraba un complaciente papanatas algo desconcertante, pero a todas luces inofensivo. Su cola, larga, desnuda y afilada, no era una visión agradable; tampoco lo era el modo que tenía de contraerse y de arquear los cuartos traseros mientras ingería el refrigerio que le había ofrecido, como si estuviese preparándose para vomitar, aunque jamás hizo tal cosa delante de mí. Dejando tales aspectos de lado, me gustaba aquella abuela cautelosa.

Los ojos de Polly brillaban con intensidad.

—¿Es una broma?

—Sí, supongo que sí —murmuré e incliné la cabeza hacia abajo.

—Pues no tiene gracia —dijo con desdén—. Así que una rata significa para ti tanto como yo, ambos importamos lo mismo —intenté protestar, pero ella no estaba de humor para escucharme—. ¿He de suponer que le has puesto un nombre? ¿Y he de suponer que le hablas, que le cuentas historias? ¿Le hablas de ti? ¿De nosotros? Dios, qué patético eres —cogió a la niña de la mesa y la acunó casi con violencia contra su pecho—. Y encima llenan todo de gérmenes, las ratas se meten en todas partes, suben por las patas de las sillas hasta la mesa, sobre todo si les dan de comer, como tú. Hay que estar loco para hacer eso.

Tenía que esforzarme para no sonreír, pues temía que Polly me golpeará si no me controlaba. Por mucho que me irritaran, adoraba esos breves intercambios de chanzas domésticas en los que solíamos enredarnos, o más bien en los que se enredaba ella mientras yo la contemplaba con indulgencia y con un afectuoso orgullo de propietario, como si la hubiese modelado con una tosca aunque valiosa arcilla primordial. Como habréis adivinado por todo lo que ya he dicho sobre el tema *passim*, soy un entusiasta defensor de lo cotidiano. Coged este momento en la cocina, con Polly y conmigo de pie entre las vaporosas sombras de mi infancia. El cielo que enmarcaba la ventana estaba cubierto, pero había en la habitación una luz veleidosa que subrayaba las pulidas curvas y las punzantes esquinas de los objetos y les daba un brillo mate y silencioso: el mango de un cuchillo sobre la mesa, el pitorro de la tetera, el redondeado pomo de latón de la puerta. El aire gélido de la habitación estaba colmado de sucesos no recordados, pero había asimismo un matiz de urgencia, de inmanencia, de sucesos de gran trascendencia

que se avecinaban. Yo había estado aquí de niño, de pie al lado de la misma mesa, ante la misma ventana, bajo la misma luz metálica, soñando con la etapa inimaginable y sin límites que estaba a punto de empezar, que era el futuro, el futuro que para mí ahora era el presente y que pronto pasaría y se convertiría en pasado. ¿Cómo era posible que yo hubiera estado allí entonces y estuviera aquí ahora? Y, sin embargo, era así. Ese es el truco de magia mundano e inexplicable que lleva a cabo el tiempo. Y Polly, mi Polly, se hallaba inmersa en ello.

—Quiero pintarte —le dije, o más bien proferí de repente.

Me miró con recelo.

—¿Pintarme? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que acabo de decir: quiero pintarte —mi corazón percutía de una forma alarmante, percutía realmente igual que un gran bombo.

—¿Ah, sí? ¿Con dos narices y un pie saliéndome de la oreja? —dijo Polly.

Pasé por alto semejante parodia de mi estilo.

—No, quiero pintar tu retrato, un retrato de ti tal como eres.

Ella seguía observándome con sarcasmo.

—Pero tú solo pintas objetos, no pintas personas, y cuando lo haces, consigues que parezcan objetos.

Ignoré asimismo ese comentario, aunque tenía su punto de razón, un punto incisivo, lo supiera ella o no, otra prueba del hecho de que las intuiciones más profundas surgen en los lugares más inesperados. La verdad es que lo que yo deseaba, lo que buscaba con aquella precipitada conversación sobre pintura y retratos era que se quitara la ropa en aquel instante y en aquel sitio, en aquella gélida cocina, o aún mejor, que me dejara hacerlo a mí, que me dejara desvestirla como quien pela un huevo duro para mirar y mirar y *mirarla* desnuda, literalmente, bajo la fría luz del día. No me malinterpretéis. No estaba poseído por la lujuria, al menos no por la lujuria en el sentido habitual del término, que en mi opinión es algo completamente distinto al deseo. Las mujeres siempre me parecen más interesantes, más fascinantes, más deseables, sí, cuanto menos apropiadas o prometedoras son las circunstancias. Para mí es un motivo permanente de fascinación y de asombro que bajo la ropa menos atractiva —aquel jersey informe, la falda sin gracia, los zapatos anodinos— se oculte algo tan complejo, rico y misterioso como el cuerpo de una mujer. Que las mujeres sean como son es uno de los milagros seculares, ¿acaso hay otro tipo de milagros? No me refiero a su mente, a su intelecto, a su sensibilidad y sé que por esto seré vilipendiado, pero no me importa. Hablo del hecho visible, táctil, aprehensible de la carnalidad femenina, tan bien ajustada a su armazón de huesos, de eso estoy hablando. El cuerpo piensa y posee su propia elocuencia, y el cuerpo de la mujer tiene mucho más que decir que el de cualquier otra criatura, infinitamente más, al menos a mi oído o a mi vista. Por esa razón deseaba que Polly se quitara la ropa, por esa razón deseaba mirarla; no, mirarla no, escucharla, embelesado y embelesadamente entregado; escuchar su ser corpóreo, si tal cosa es posible. Mirar y escuchar, escuchar y mirar; esas son las formas más intensas de tocar, de acariciar, de poseer para alguien como

yo.

Os preguntaráis con la sensatez que os caracteriza por qué no le propuse a Polly que entrara en uno de los dormitorios, incluso en el oscuro y con olor a humedad que había al fondo de la casa y que yo compartía con mis hermanos cuando era niño; por qué no le pedí que se desnudara, como ella habría hecho sin duda si tenía algún peso lo que habíamos vivido juntos. Tales preguntas solo demuestran lo poco que me comprendéis a mí y lo que cuento, no en este caso, sino desde el inicio. ¿No lo entendéis? Lo que me interesa no son las cosas tal como son, sino cómo se ofrecen para ser expresadas. La forma de expresarlas es todo. Y... ¡Ay! La forma de expresarlas...

Polly, que había estado contemplándome con semblante de enfurruñada perplejidad, pareció despertar con una leve sacudida, como si estuviera saliendo de un trance.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó con aquella voz trémula y aflautada con la que hablaba desde que había llegado, en un registro tan alto que parecía que en cualquier momento fuese a despeñarse de sí misma—. He venido a preguntarte por qué huiste y me vienes con esa cháchara de pintarme un retrato. Debes de estar loco o debes de pensar que yo lo estoy.

Bajé los ojos al suelo en una muda demostración de arrepentimiento, pero no iba a ser tan fácil calmarla.

—¿Y? —dijo.

Alzó a la niña un poco más sobre su cadera —tenía un modo de exhibir a su hija como si fuese un arma, o un escudo que podía convertirse en arma— y, con fiera mirada, aguardó a que le diera explicaciones. Yo permanecí en silencio. Tenía todo el derecho a estar enfadada conmigo, tenía todo el derecho a estar furiosa, pero aun así yo no sabía qué decirle, igual que no había sabido qué decirle a su sufriente marido el día que subió al estudio dando tumbos por la escalera y dio rienda suelta a sus penas. ¿Cómo podía desenredar el complejo ovillo de razones que me llevaron a huir, si yo mismo me encontraba desesperadamente enredado en ellas?

—Ya no estás enamorado de mí, lo sé —dijo Polly con un temblor aún más intenso en la voz, afligida y acusadora al mismo tiempo—, pero marcharte así, sin una palabra... Nunca hubiera creído que incluso tú pudieses ser tan cruel.

Me miraba con dolorida súplica, pero al ver que yo no decía nada y me limitaba a seguir de pie con la cabeza inclinada, se mordió el labio inferior, lanzó un sollozo ahogado, se sentó en una de las sillas de la cocina y colocó a la niña sobre su regazo con un seco ademán.

Afuera, en el paisaje nublado aunque extrañamente radiante, una suave e indecisa lluvia empezó a caer. Por cierto, he notado que la lluvia jalona mi relato con sospechosa regularidad. Tal vez sea un sustituto del aguacero de lágrimas que en justicia debería estar derramando ante la esencial tristeza de lo que nos estaba sucediendo a todos nosotros: a Polly y a mí, a Polly y a mí y a Marcus, a Polly y a mí y a Marcus y a Gloria y a quién sabe cuántos más. Lanza un guijarro al mar y las ondas se abrirán en todas direcciones, transportando su quebrantado sino.

Llené el abollado hervidor, lo puse en el fuego y coloqué sobre la mesa los utensilios para el té, aliviado de tener algo de qué ocuparme como un ser humano normal, mientras dejaba que pasara el tiempo sin tener que decir nada, o nada que Polly pudiera utilizar contra mí, para ser más preciso. En el fondo, soy un viejo y cauteloso topo. Es más, a menudo pienso que me gustaría ser viejo de verdad y estar en las últimas, un mísero pensionista con pantuflas, calzoncillos largos, mitones, una sucia bufanda enrollada en torno al flaco pescuezo y una gota siempre en la punta de la nariz, maldiciendo sin cesar el frío, gruñendo a todo el mundo y llamando a la policía para quejarme de que los niños lanzan los balones de fútbol a mi jardín. Estoy convencido de que las cosas serían más sencillas entonces... Serían más sencillas porque el propio final sería el único horizonte. Sentada y con la mejilla apoyada en un puño, Polly miraba con severidad ante sí igual que el ángel extrañamente corpulento de *Melancolía*, de Durero. Una lágrima brillante se deslizó sobre sus nudillos, pero simulé no verla. La niña la observaba con los ojos muy abiertos y su rosado y húmedo labio inferior proyectado hacia fuera. Comenté, aunque antes tuve que carraspear ruidosamente para aclararme la garganta, lo tranquila que era la niña, tan obediente, tan buena en general. No era, claro está, más que una maniobra cobarde para eludir a la madre alabando a la hija, pero Polly estaba absorta y no me escuchaba. El agua rompió a hervir. Preparé el té y puse la tetera sobre la mesa, una delicada nube de vapor se escapaba del pitorro dibujando espirales igual que un genio desganado intentando materializarse sin éxito. Me senté. La niña —tengo que contenerme cada vez para no decir el animalito— desplazó hacia mí su mirada curiosa. Me esforcé por sonreír. Alzó una manita gordezuela, introdujo el dedo índice en la fosa nasal derecha y comenzó a hurgar dentro meticulosamente. ¿He dicho ya lo inquietantes que son los niños? Por lo menos, para mí. Mi pequeña, mi desaparecida Olivia, aparece algunas veces en mis sueños, no tal como era, sino como sería ahora, una chica mayor. La veo, veo su ser soñado, con bastante claridad. Se parece a su madre, la misma pálida belleza rubia, aunque ella es más ligera, con una complexión más delicada. Delicada, sí, así solía describirse a las chicas como ella cuando yo era joven. Significaba que no vivirían mucho o que si vivían, serían anémicas y no podrían tener hijos. En mis sueños, va ataviada con un vestido rosa muy recatado con el corpiño de nido de abeja y estampado con flores —¿recordáis ese tipo de vestidos?—, calcetines tobilleros blancos y bailarinas de charol. No hace nada, tan solo permanece de pie, con expresión solemne y levemente inquisitiva, los brazos pegados al cuerpo; una luminosa figura en el centro de un vasto y oscuro espacio. No parece haber nada extraño, ni tan siquiera llamativo en el hecho de que se encuentre allí, mayor de lo que llegó a ser en vida, y solo cuando despierto me pregunto qué significan esas apariciones o si acaso significan algo. Después de todo, ¿por qué habría de tener un significado mi vida soñada si no lo tiene mi vida real?

La Pequeña Pip se sacó el dedo de la nariz y examinó con seriedad lo que había retirado de sus profundidades.

—¿No vas a decir nada? —me preguntó Polly—. ¿Qué sentido tiene estar aquí si no hablamos? —estuve tentado de decirle que era ella quien había venido sin ser invitada y,

si había de ser sincero, no es que me hubiese agradado realmente la visita, pero me mantuve callado. Ella suspiró—. He dejado a Marcus.

—Ah.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Ah?

Intenté llenar su taza, pero apartó la tetera con brusquedad.

—¿Os habéis peleado? —pregunté con voz firme y neutra, aunque no sé muy bien cómo lo conseguí. Me sentía como un soldado atrapado en un socavón, bajo bombardeo enemigo, a cuyos pies acaba de caer un obús todavía caliente, que no ha explotado.

Polly se encogió de hombros con airado desdén y los giró como un acróbata dolorido.

—¿Por qué me rechazaste de repente? —gimió.

La cría dejó de examinarse el dedo y alzó los ojos hacia su madre; noté que tardaba un rato en ajustar la mirada, quizá también ella desarrollaría un ojo estrábico, como su madre. Polly había levantado hacia mí su rostro angustiado: con aquella expresión y la cría en su regazo me recordó a una clásica *pietà*... *Eso es lo que hago yo: transformo todo en una escena y la enmarco*. Le dije que yo no la había rechazado, ¿qué la había llevado a pensar tal cosa?

—Sí, sí lo has hecho —gritó—. Lo noté en tu rostro mucho antes de que huyeras: cómo evitabas mirarme, cómo me ponías excusas mientras ibas de un lado a otro mascullando y suspirando.

Calló y encorvó la espalda. Existe un toque operístico en todo discurso, ya lo he dicho antes: están las arias, los pasajes de coloratura, los recitativos por turno animados, reflexivos o enunciados con furia en medio de una rociada de saliva.

—Desde que te fuiste, me levanto cada mañana y me digo que me llamarás ese día, que oiré tu voz ese día, pero las horas pasan muy lentamente y llega la noche y tú no has llamado. No puedo pensar en nada más que en ti, por qué te habrás ido, dónde estarás. Y durante todo este tiempo he sentido que estaba dando vueltas en la niebla. Ayer, mientras estaba lavando los cacharros, se rompió un vaso en la pila. No lo vi bajo la espuma y no me di cuenta de que me estaba cortando hasta que el agua empezó a ponerse roja.

Levantó la mano para mostrarme el vendaje en el pulgar, una gasa sujeta por un esparadrapo y manchada de sangre de un color oxidado y, en ese instante, vi a Marcus en mi estudio alzando su mano para mostrarme el anular y en él la alianza con la que había golpeado el rostro de Polly. Extendí el brazo, pero ella apartó su mano con brusquedad y la escondió tras la espalda de la niña. Nos quedamos en silencio. La llovizna tamborileaba en los cristales de la ventana. Le dije que lo sentía, intentando que mi voz sonara desvalida y atormentada. Yo me sentía atormentado, me sentía desvalido, pero no parecía capaz de transmitirlo.

—Sí, claro, lo sientes —dijo Polly con tonillo de superioridad y lanzó una risa airada.

La cría empezó a llorar débilmente, como si estuviera tanteando, con un sonido que recordaba una bisagra oxidada que alguien estuviese abriendo con gran esfuerzo

centímetro a centímetro. Polly la apretó de nuevo contra su pecho, la acunó y se calmó al instante. La maternidad. Otro enigma que jamás entenderé.

Estuvimos sentados a la mesa durante largo tiempo. El té, sin beber, se quedó frío, la luz de la tarde se hizo plomiza, la monótona lluvia caía sesgada ahora. No me sentía tan alterado como hubiera debido. Tengo la habilidad de encontrar ligeros remansos de paz y secreta calma hasta en las situaciones más tensas; el hostigado corazón necesita un respiro. Polly, con la cría dormitando en su regazo, hablaba y hablaba, más para sí misma, parecía, que para mí, tan solo requería que la escuchara o tal vez ni siquiera eso, tal vez había olvidado que yo me encontraba allí. Había descubierto, decía, que el dolor era una sensación física, una suerte de enfermedad que la afectaba por entero. Aquello la había sorprendido, continuó; siempre había pensado que ese tipo de sufrimiento solo tenía que ver con las emociones. Yo entendía lo que quería decir, entendía exactamente lo que quería decir. Conocía bien ese estado febril del alma, pero no dije nada, aquel momento de protagonismo le pertenecía. Le dolía la carne de los dedos bajo las uñas, afirmó, como si estuviera expuesta al aire —de nuevo, agitó la mano frente a mí, aunque esta vez no había nada que mostrar—, le ardían los ojos y hasta el pelo parecía dolerle. Le subía y bajaba la temperatura, tan pronto se ahogaba de calor como el frío se le colaba en los huesos. Su piel estaba caliente, inflamada al tacto y ligeramente pegajosa, igual que le sucedía cuando era niña y permanecía demasiado tiempo bajo el sol, en las partes más delicadas de su cuerpo: las corvas o los mullidos pliegues de las axilas.

—¿Lo notas? —me dijo, arremangándose el jersey y aproximando la parte interna de su brazo—. ¿Notas el calor?

Sí, lo notaba.

Marcus, me contó, había empezado a ignorarla o a tratarla con una gélida cortesía que resultaba más dolorosa que cualquier insulto o recriminación que pudiese haberle hecho. Esbozaba una irónica sonrisita de superioridad, apenas un destello, de la que ella no conseguía protegerse y que la enfurecía y le daba deseos de golpearle. Cuando sonreía así, normalmente cuando se apartaba de ella, y eso era lo único que él parecía hacer ahora, ella se daba cuenta de que podía llegar a odiarle, igual que él parecía odiarla a ella, y eso la asustaba, esa violencia que sentía en su interior. Y él, que siempre había sido apacible y retraído, parecía asimismo lleno de furia, henchido de deseos de venganza. Un día después de mi huida, ella se cayó mientras bajaba las escaleras al taller: se saltó el último escalón y perdió el equilibrio y, al darse de bruces contra el suelo, se lastimó el pecho y se golpeó la nariz, que empezó a sangrar. Mientras se ponía en pie, con unos llamativos goterones de sangre que le caían de la nariz a la blusa, alzó los ojos hacia su marido, que estaba sentado en su banco, y sorprendió en sus ojos una mirada de fría satisfacción que la perturbó. ¿Tanta amargura sentía hacia ella que se regocijaba al verla así, de rodillas, herida y sangrando?

—Aquel terrible viento —dijo— siguió soplando sin descanso durante días desde que te fuiste.

La casa, donde ella se encerró, parecía un barco navegando a toda vela en medio de

una despiadada tormenta. Las ventanas crujían, el hogar de la chimenea gemía, las puertas se cerraban con un golpe seco, los agujeros de las cerraduras silbaban. A veces confundía la tormenta exterior con el sonido de su propio dolor encabritándose y desplomándose dentro de ella. Se refugió en la pequeña habitación que había sobre el taller, su habitación, la que siempre había sido de ella de tácito acuerdo. Permanecía sentada durante horas en la mecedora junto a la ventana, mientras la cría jugaba en el suelo, a sus pies. La sal que el viento traía del estuario había formado una capa neblinosa en los cristales y las gentes en la calle le parecían a Polly fantasmas que se deslizaban silenciosamente de aquí para allá.

Y entonces, el segundo o tercer día después de que yo me hubiese ido, Marcus subió del taller y, para su gran sorpresa, dio unos golpecitos a la puerta. Sus golpes eran tan suaves que le costó escucharlos con el estruendo del vendaval que soplabá fuera. Le traía una taza de té en una bandeja con un mantelito de encaje. Le preguntó a Polly por qué estaba sentada a oscuras, pero ella le contestó que aún no era de noche. «Deberías encender la luz», dijo él como si no la hubiera oído. Ella deseaba que la mirara, pero él no lo hizo. Ver el mantelito casi le hizo llorar. Él tenía grandes ojeras, parecía tan conmocionado como ella por esa cosa terrible que había irrumpido entre ellos, como las aguas pestilentes de un pozo contaminado. Permaneció de pie junto a la ventana. Tenía que inclinarse hacia delante para mirar afuera, ya que la ventana era baja y estaba en un nicho. Puso el brazo contra el cristal, apoyó la frente en el antebrazo y suspiró. Ella aspiró aquel olor familiar al aceite de relojero que él utilizaba en el trabajo, un olor que continuaba en sus dedos incluso por la mañana, antes de que se sentara en su banco. No percibió en él ninguna calidez, ni una actitud más flexible, ni comprensión. ¿Por qué había subido entonces? La Pequeña Pip estaba en su cuna, junto al fuego, tumbada boca arriba y jugando con los dedos de los pies como le gustaba hacer mientras gorjeaba. Marcus no le prestó ninguna atención; tal vez también ella había caído en desgracia. Él suspiró de nuevo. «No sé por qué volví aquí», dijo en voz baja y en un tono como si estuviera cansado. Siguió allí inclinado mirando la calle, o simulando mirar.

«¿Quién?», preguntó ella, aunque conocía la respuesta. Él no contestó, no la miró, solo esbozó su fría y tenue sonrisita. Así que lo sabía. Durante un segundo el corazón de Polly se aligeró.

—Me pregunté si te habría visto, si habría tropezado contigo en alguna parte y tú habías admitido la verdad y era así como lo había averiguado.

Le daba igual que lo supiera, continuó, no le importaba. Lo único que a ella le importaba era la sencilla, trascendental, abrumadora posibilidad de que si él me había visto, si había hablado conmigo, entonces podía saber adónde había huido yo, dónde me hallaba. Pero no, por su expresión supo que no me había encontrado, que no había hablado conmigo, que lo había adivinado, eso era todo, que en el instante en que escapé, él sencillamente adivinó que yo era el amante secreto de su mujer. Ahora fue ella quien suspiró. ¿Esperaba él que lo negara, que insistiera en que se equivocaba, que dijese que eran imaginaciones suyas? Ella no fue capaz de hablar, de contarle más mentiras. Que él

supiera la verdad. Tal vez fuese mejor así; tal vez las cosas serían más fáciles. Pero ni siquiera entonces pudo confesárselo en voz alta, con palabras, no era capaz de pronunciar mi nombre. En cualquier caso, ya no necesitaba hacerlo. Ella sabía que él lo sabía.

Cuán furiosamente soplabla el viento, cuán velozmente descendía la oscuridad sobre ambos, allí, en aquella pequeña habitación.

Las cosas no mejoraron, dijo, no fueron más fáciles. Ella ya no creía que fueran a cambiar, así que le dijo a él, no, no, nada sobre mí, nunca pronunciaría mi nombre ante él, le dijo sin rodeos que iba a dejarle. Él no mostró sorpresa ni consternación, simplemente la miró con aquella expresión solemne que solía poner en los viejos tiempos cuando ella se enfadaba con él, y presionó con un dedo el puente de sus anticuadas gafas de montura redonda, otro de esos pequeños y encantadores gestos suyos a la defensiva, los cuales yo conocía bien, tan bien como ella, me atrevo a decir. ¿Aún le queríamos ella y yo, aunque solo fuese un poco, a pesar de todo? La idea revoloteó en mi cabeza como un pajarito que alza el vuelo hacia un árbol sin hacer ruido.

Debía de haber presentido su decisión, dijo Polly, debía de haber adivinado también eso, debía de haber adivinado que ella iba a dejarle.

En aquel instante, dijo ella, sucedió algo muy extraño. Ella estaba en la mecedora y Marcus en la ventana cuando, de repente, supo adónde había huido, dónde me escondía. Por supuesto, era el sitio más obvio, dijo. No entendía cómo no se le había ocurrido antes. Y aquí estaba.

—¿Estás diciéndome que has dejado a Marcus hoy, justo antes de venir aquí? — pregunté despacio. Ella asintió con presteza, sonriendo con los ojos muy abiertos y cerrando con fuerza los labios, jubilosa como una niña que se ha escapado de la escuela —. ¿Y qué vas a hacer?

—Me voy a casa —contestó.

—¿A casa?

—Sí —se ruborizó levemente—. Venga, riéte —prosiguió, desviando la vista—. Es lo que hacen las esposas cuando se meten en líos, vuelven corriendo a casa de sus madres. Aunque no creo que mi madre vaya a serme de mucha ayuda —añadió con una triste risa. Se quedó callada y en su rostro apareció una expresión que presagiaba algo tan profundo y serio que me sentí amedrentado: ¿qué nueva prueba había pensado para mí?, ¿qué nuevo aro iba a alzar ante mí para que lo atravesara?—. Quiero que me llesves. Quiero que vengas conmigo. ¿Lo harás? ¿Me llevarás a casa?

Había venido en el viejo Humber de Marcus. Me sorprendió, incluso me impresionó. Era seguro que Marcus no le había permitido cogerlo, ya que él adoraba aquel coche y lo cuidaba como si fuese una amada mascota. ¿Se había montado Polly y se lo había llevado? Pensé que era más sabio no preguntar; en el socavón donde permanecía atrapado veía el obús sin explotar, la cabeza puntiaguda estaba hundida en el barro y los flancos peligrosamente suaves centelleaban dorados, listo para estallar al menor

movimiento que yo realizase. Observé a Polly al volante. Era una faceta de ella que no conocía, brusca, veloz, con gesto de determinación; se requiere una catástrofe inmensa para espabilar a una mujer tan tranquila como ella, o como había sido ella hasta entonces. Con aquella Polly desconocida me sentía receloso, lo admito, cuando no claramente asustado.

Había preparado una maleta con sus cosas y había metido las de la niña en una vieja bolsa de críquet que había pertenecido a su padre. Daba la sensación de que había cogido y guardado todo con atormentada y furiosa prisa. Era una mujer en plena huida. Reconozco que, a pesar de mis negros presentimientos, encontraba la situación excitante a su manera.

El gran coche oscilaba y se balanceaba por las estrechas carreteras, más lento que nunca, como si avanzase hundido bajo el peso de los problemas que transportaba. La lluvia se había transformado en aguanieve y se arremolinaba y deslizaba por el parabrisas como escupitajos. Sobre nosotros, los árboles se cernían oscuros y las nubes se rasgaban en estrechas hendiduras que atravesaban haces de blanca luz, deslumbradora en el aire grisáceo, aunque el viento las sellaba con rapidez. Entre el olor acre de los gases de escape del coche, yo percibía el rastro que entraba de fuera a hierba empapada, a marga, a hojas mohosas, los olores del otoño y de mi infancia. Me fijé en las manos de Polly sobre el volante, una de ellas con el pulgar vendado, y advertí con cierta sorpresa que aún llevaba puesta la alianza. ¿Por qué me sorprendía? Estaba seguro de que ella no creía que su matrimonio con Marcus hubiese acabado; al menos, a esa esperanza me aferraba yo. Pero ¿qué pensaba ella? Me removí inquieto en el asiento. La cría dormía atrás atada a su sillita, la cabeza caída a un lado y un hilo de baba plateada colgando de su labio inferior. No me había pasado por alto que Polly ya no la llamaba la Pequeña Pip, sino Pip a secas; otra costumbre desaparecida, otro fragmento desechado de la antigua vida. Por cierto, ese no puede ser su nombre verdadero, Pip no puede ser su nombre completo. Qué extraño, las cosas que uno no sabe, las cosas que uno nunca se ha molestado en averiguar. ¿Puede ser una abreviación de Philippa? Pero ¿quién llamaría a una niña Philippa, un nombre que ni siquiera estoy seguro de cómo pronunciar? Aunque existen Philippas, que en algún momento fueron niñas, igual que existen Olivias. Ese tipo de pensamientos ociosos desfilaban por mi cabeza, si acaso se les puede llamar pensamientos, mientras avanzábamos por la carretera lluviosa. En mi desesperación, yo buscaba cualquier medio imaginable para distanciarme de todo, al menos mentalmente: de Polly, de la cría en el asiento de atrás, del coche bamboleante, incluso de mí mismo, de mi inseguro y cada vez más temeroso yo. Polly fugitiva era un fenómeno por completo desconocido y mucho más incontrolable de lo que había sido ella hasta entonces. Los antiguos maestros de la apología tenían razón: el imperativo de supervivencia es mucho más fuerte que el instinto de procreación y todo lo que impone y conlleva. Pobre amor, qué frágil y trémula flor.

Pregunté a Polly si su padre la esperaba.

—Por supuesto —dijo, sin apartar los ojos de la carretera y con un leve y desdeñoso movimiento de cabeza—. ¿Crees que aparecería sin avisar para que a mi madre le entrara

una de sus lloreras?

Desairado, ya no dije nada más y me limité a mirar por la ventana. Los árboles sacudían con furia sus copas bajo el viento y las hojas caían al azar, moteando el aire de amarillo con manchas de verde jade, de ámbar quemado, del rojo de la cera para suelos. Vetas de lluvia destellaban en los campos inundados y una bandada de pequeños pájaros oscuros, luchando contra el viento, parecía volar denodadamente hacia atrás contra un cielo de peltre veteado. Me había frenado para no preguntar a Polly por qué quería que fuese yo, yo entre todas las personas posibles, quien la acompañara en esa importante, y también desesperada, vuelta al lugar donde nació y pasó su juventud: su casa, como ella había dicho. De hecho, apenas le había preguntado nada. Tiendo a asumir que todo es sencillo y obvio y que el único que no comprende lo que sucede soy yo, así que prefiero no decir nada, no preguntar nada y permanecer callado, por temor a que se rían de mí como si fuese un zoquete. Por mi forma de ser busco pasar inadvertido para que los perros de caza pasen de largo con gran algarabía. Esa prudente política solía funcionar bien; ay, pero ya no.

El hogar ancestral de los Plomer —Plomer es el apellido de soltera de Polly, otra suave y agradable consonante implosiva— recibe el nombre de Grange Hall, aunque todo el mundo lo conoce como la Grange. Aunque era mi primera visita, había oído hablar sobre el lugar a Polly a menudo —tan a menudo, estoy seguro, como ella aseguraba que me había oído a mí hablar de mi viejo hogar; con qué fuerza se aferra a nosotros el pasado, rastrillándonos amorosamente con sus tiernas garras—. Las puertas de hierro que daban acceso al estrecho camino de entrada estaban abiertas, como debían de llevar décadas, y pendían de las bisagras con aire abatido; la herrumbre había dibujado una escueta filigrana sobre los barrotes, y grama y ortigas crecían entre los inferiores. Mientras girábamos para entrar, algo dentro de mí pareció dar un vuelco y resbalar y durante un instante sentí náuseas y el pánico se deslizó por mi columna en forma de una gota caliente. ¿Quedaría atrapado yo también allí como aquellas puertas de la cancela, atrapado y retenido? ¿Dónde me estaba metiendo? ¿Qué me esperaba en medio de aquellas tierras desoladas, en una casa desconocida donde una pareja inverosímil, el padre temblequeante de Polly y su pobre madre chiflada, pasaba el tiempo que les quedaba de vida? Poco a poco la náusea dejó paso a una sensación asfixiante, como si hubiesen colocado una invisible y ceñida capucha sobre mi cabeza y mis hombros. Pero enseguida despertó la niña y el mareo desapareció.

—Hemos llegado —dijo Polly.

Su tono me pareció tontamente alegre y sentí una súbita irritación. ¿Qué hacía allí junto a aquella mujer desesperada y sus insoportables tribulaciones? Yo habría sido un penoso caballero andante, con el velo de mi dama, convertido en una enseña andrajosa y embarrada, colgando míseramente de mi lanza torcida.

La casa era de granito, sólida y sencilla hasta el punto de resultar severa, salvo por la arqueada puerta de entrada, de un falso gótico, que daba un aire eclesiástico al conjunto. Numerosas chimeneas altas se dibujaban contra el cielo, voluminosas y arrogantes; un

veloz humo blanco salía de una de ellas, como en una proclamación papal, pero tan pronto asomaba era presa del viento, que lo deshacía en jirones. La gravilla escaseaba frente a los peldaños de entrada y dejaba ver parches de brillante marga húmeda. Un viejo golden, que debió de ser rubio en el pasado y ahora tenía el color del heno mojado, se aproximó a recibir el coche.

—¡Es Barney! —exclamó Polly con apenada alegría.

El perro tenía artritis y caminaba con pasos flojos e inconexos, como si sus miembros estuviesen unidos a un mecanismo interno de cables aflojados, ganchos y gomas de plástico. Movi6 su pesado rabo y lanzó un voluntarioso y alegre ladrido que se entendió claramente: ¡*Guaau!*

Polly, rezongando por el esfuerzo, sacó a la cría del asiento de atrás, mientras yo vaciaba el maletero. Me increpó por dejar la bolsa de críquet en el suelo, la parte de abajo se mojaría. Malhumorado, pensé que podríamos haber sido una pareja corriente de mediana edad, unidos en un matrimonio sin escapatoria, pasando de la irritación a la discusión o a la indiferencia mientras estábamos juntos. Cuando cerré la puerta del maletero y me enderecé, me quedé paralizado por el asombro. El cielo se veía inmenso e intensamente luminoso, como si hubiesen levantado de repente una tapa. Qué extraordinario parece lo ordinario en algunas ocasiones: el tictac del motor del Humber mientras se enfriaba, los grajos volando en círculos sobre los árboles, la anticuada casona con su extravagante puerta parroquial y Polly, con su hija en brazos y una expresión irritada y ausente mientras se apartaba un mechón de los ojos.

—¡Dios santo! Ahí llega mamá —musitó.

La señora Plomer se acercó trastabillando sobre la gravilla. Era alta y huesuda, con una mata de alborotado pelo gris que le daba un aspecto como si acabaran de someterla a un electroshock. Vestía un impermeable Mackintosh de un pardo ratonil, una falda de tweed torcida y unas botas Wellington verdes que eran cuatro o cinco números más grandes que sus pies.

—Qué bien, habéis traído a la pequeña Polly —dijo con energía cuando llegó hasta nosotros, sonriendo a la niña. Luego, sin dejar de sonreír, frunció perpleja el ceño y preguntó con dulzura a su hija—: ¿Quién eres tú, querida? ¿Cómo es que tienes a nuestro bebé?

Cuando pienso en la posibilidad —o tal vez debería decir en la perspectiva— de la condenación eterna, no imagino mi atribulada alma sumergida en un lago hirviente o hundida hasta las axilas en una llanura ilimitada de permafrost. No, mi infierno será algo irreprochablemente normal y corriente, dotado del equipamiento convencional de la vida: calles, casas, gente de camino a sus quehaceres habituales, pájaros volando, perros ladrando, ratones royendo el revestimiento de las paredes. A pesar de su aspecto cotidiano, existe un gran misterio, uno del que solo yo soy consciente y que solo me concierne a mí. Porque aunque no hay nada llamativo en mi presencia y todos aquellos

con los que me cruzo parecen conocerme, yo no conozco a nadie, no reconozco nada, no sé dónde me hallo ni cómo he llegado hasta allí. No se trata de que haya perdido la memoria o de que esté sufriendo algún trauma de desplazamiento y alienación. Soy tan normal como todos los demás y todo lo demás y precisamente por esa razón me corresponde mantener un aspecto insulso y despreocupado y dar la impresión de que encajo a la perfección. Pero no encajo en absoluto. Soy un extraño en ese lugar donde me encuentro atrapado, siempre seré un extraño, aunque les resulte familiar a los demás, a todos los demás excepto a mí mismo. Y así será durante toda la eternidad: un infierno viviente, si puedo referirme a él como viviente.

Lo primero fue la merienda cena. Teteras de un brebaje del color de la turba fueron preparadas, las rebanadas de pan fueron colocadas como fichas caídas de dominó, el fiambre fue dispuesto en brillantes y sudorosas tajadas. Había galletas y panecillos, mermelada casera en un platito pringoso y, como culmen, un imponente bizcocho casero, de aspecto bastante rancio y con una cereza confitada en la parte superior, que fue sacado con gesto de prestidigitador de una gran lata lacada de estilo japonés con brillantes abolladuras. Janey, la cocinera-gobernanta-doncella, de edad indefinida y aspecto salvaje, con una maraña de pelo canoso y rizado que recordaba la terrorífica peluca de la señora Plomer y que dejaba entrever su cráneo rosado, trajo todo de la cocina en una enorme bandeja en tres o cuatro tambaleantes viajes, los codos abiertos a ambos lados y la punta húmeda de la lengua grisácea entre los labios. La señora Plomer, que no se había quitado las botas de agua, entraba y salía por distintas puertas, sonriendo a todos y a todo con remota benevolencia, mientras su marido aguardaba frotándose las manos y canturreando con alegre nerviosismo. Aunque el día estaba a punto de finalizar, una refulgente luz dorada llenaba las ventanas orientadas a poniente y proyectaba sombras de un castaño grisáceo en el interior. La vajilla de porcelana estaba desaparejada, la jarra de la leche estaba craquelada. Janey cogió la cucharilla de té de Polly, la utilizó para tomar un sorbo de leche de la jarra y comprobar si no estaba pasada y, a continuación, la dejó caer con estrépito en el té de Polly, provocando que salpicara. Observaba a la cría con expresión sombría.

—¿De verdad das de comer a esa niña? —le preguntó—. La veo famélica.

Sentado en el centro de aquella parodia de rústica domesticidad, yo me sentía como un cuco recién salido del huevo, gigantesco y ridículo, en torno al cual los pollos legítimos del nido se esfuerzan en hacerse un sitio, agitando sus pequeñas alas y gorjeando apenas. Polly me había presentado del modo más ambiguo posible: había dicho que era un amigo de Marcus que la había acompañado para ayudarla con la cría y las maletas; de Marcus, de su paradero o de cómo se hallaba, no había soltado una sola palabra. Janey, ataviada con su delantal, me ignoraba ostentosamente y sus ojos resbalaban sobre mí como si fuese transparente; estoy seguro de que me había calado. Igual que el padre de Polly, debo decir, aunque él era demasiado educado para mostrarlo.

—Orme, Orme —dijo, llevándose un dedo a la frente apergaminada mientras miraba con gesto reflexivo el techo—. ¿Usted no será el pintor que vive en la ciudad, en

la vieja casa del doctor Barragry?

Le dije que sí, que efectivamente vivía en Fairmount, pero que había dejado de pintar.

—Ah —dijo, mientras asentía y me contemplaba con vacía cordialidad.

Era un hombre pulcro, de pequeña estatura, con un elegante perfil, las mejillas hundidas y unos ojos de un pálido gris, los ojos de Polly. Tenía un aspecto deteriorado y seco, como si le hubiesen dejado al aire libre durante un largo tiempo para que le curtieran los elementos. Su escaso cabello debía de haber sido sorprendentemente pelirrojo y aún tenía un tono rubio rojizo, y su prominente y poderosa nariz podría haber sido tallada en un tablón de madera a la deriva y descolorida por el sol. Vestía un tres piezas de tweed verdoso y un venerable par de zapatos marrones troquelados que habían sido encerados con esmero. Aunque su tez era pálida, en la parte inferior de cada pómulos tenía una mancha irregular rosada, formada por finas venas. Estaba un poco sordo y cuando le hablaban se inclinaba con presteza hacia delante, la cabeza ladeada y los ojos fijos en los labios de su interlocutor con la misma atención que un pájaro. Al principio me pareció demasiado mayor para ser el padre de Polly. Su madre, como pronto me enteraría, había tenido sus rarezas desde niña y cuando la familia empezó a buscar a alguien con quien casarla se fijaron en su primo Herbert, el último, según se suponía, de los Plomer de Grange Hall. Herbert, el mismo señor Plomer que estaba sentado frente a mí, era entonces un soltero de mediana edad, despistado, fácil de convencer y dueño de una excelente casa antigua y de unos cientos de hectáreas de buena tierra. Todo parecía demasiado plausible, como una historia romántica del siglo XIX, y durante un instante de locura pensé que tal vez todo lo que veía —la vieja mansión de piedra, el anciano padre y la madre chiflada, la criada gruñona con las bandejas cargadas de comida, incluso la hierba bajo la cancela y los grajos que volaban en círculos— se había dispuesto para hacerme creer que yo era Ichabod Crane, que había acudido a pedir la mano de la bella Katrina y a hacerse con las riquezas de Sleepy Hollow. ¿Habría también un jinete sin cabeza?

Mientras bisbiseaba y echaba humo por las orejas, Janey pasaba alrededor con indiferente premura platos de pan con mantequilla, jamón y encurtidos, como si estuviese repartiendo las cartas grasientas de una baraja. Hacía mucho tiempo que no comía una cebolleta en vinagre. Tenía un sabor metálico intensamente familiar. Es increíble cómo nuestras bocas recuerdan con semejante nitidez aunque hayan transcurrido eones.

Pip, que para mí será siempre la Pequeña Pip, estaba sentada en una trona, una reliquia de la infancia de Polly. La madre de Polly observaba a la cría con breves miradas de reojo, parpadeando con gesto receloso. Al principio de la merienda, su marido le había asegurado, hablando alto y lento, que la joven sentada en el extremo de la mesa era su hija Polly, que ya había crecido y había sido madre, como demostraba la cría sentada en la trona, pero era evidente que la pobre mujer se preguntaba cómo podía ser cierta tal cosa, pues Polly, todavía un bebé, estaba allí, golpeando la mesa con su cuchara y

babeando el babero. Debía de ser muy desconcertante para una mente tan fragmentada como la suya. Polly había sido la única hija de la pareja, su llegada fue una sorpresa — por no decir una conmoción— para todos, incluida su madre, que estoy seguro de que no debía de comprender muy bien cómo había sucedido. La afección que sufría la señora Plomer, según me explicaron, era un tipo de demencia temprana, leve y por lo general tranquila, aunque a veces, cuando algo la asustaba o la enojaba, entraba en un estado de severa agitación que podía durar días. El señor Plomer había decidido aceptar la dolencia de su mujer como si se tratase simplemente de una forma de encantadora y crónica excentricidad y acogía todas sus manifestaciones con un elaborado despliegue de asombro y entristecido regocijo.

—Pero, querida —exclamaba—, has dejado mis pantalones en la despensa. ¿En qué estarías pensando?

Y se volvía entonces hacia quien fuera que estuviese presente, sonriendo con indulgencia y moviendo la cabeza, como si se tratase de una ocurrencia, como si el betún de las botas no hubiese aparecido en la mantequillera en otras ocasiones o la escobilla del váter en la mesa del comedor.

La cría en su trona lanzó un chillido y, con gesto de sorpresa, miró alrededor de la mesa para ver cómo reaccionábamos a su súbita intervención. Sí, sí, los niños son muy misteriosos, no hay duda. ¿Será porque las cosas que a nosotros nos resultan familiares son para ellos una novedad? No puede ser eso. Como dice Adler en su excelente ensayo sobre el tema, el misterio surge cuando un objeto conocido se presenta ante nosotros de un modo diferente. Por tanto, si los niños perciben todo como nuevo entonces bla, bla, bla, etcétera, etcétera, etcétera. Podéis seguir solos mi razonamiento. No obstante, ¿existe un ellos y un nosotros? ¿Podemos hacer tal distinción? Decimos: los jóvenes y los viejos, el pasado y el presente, los vivos y los muertos, como si nosotros nos hallásemos fuera del proceso temporal y aplicáramos a él la palanca de Arquímedes. La vida, según afirmaba un filósofo, no es más que una categoría de la muerte, y una categoría muy rara. Es obvio entonces que los jóvenes no son más que una versión temprana de los viejos y no deberían ser tratados como categorías distintas y no serían así tratados si no nos pareciesen tan extraños. Contemplé a la Pequeña Pip y me pregunté qué le estaría pasando por la cabeza. Aún no poseía palabras, solo imágenes presumiblemente, y con ellas intentaría comprender el significado de lo que la rodeaba. Ahí parecía haber una lección para mí, el antiguo pintor; esa intuición se alzó de mis vacilantes pensamientos, brilló con aire tentador un instante y se desvaneció. Ya no consigo pensar de esa manera: frotando conceptos uno contra otro para conseguir chispas iluminadoras. He perdido la habilidad, o la voluntad, o lo que sea. Sí, mi musa, esa vieja gallina, ha escapado del corral.

La madre de Polly frunció el ceño y levantó la cabeza como si hubiese escuchado algo, un tenue sonido lejano, una llamada secreta. Se puso en pie y, con el ceño todavía fruncido, salió de la habitación llevándose la servilleta, olvidada en su mano.

Me volví hacia Polly, pero ella rehuía mirarme; debía de sentir una tensión terrible al

encontrarse en el seno marchito de su familia y tenerme sentado frente a ella, como si yo fuese algo que había traído por error y de lo que ahora no sabía cómo desembarazarse. Una vez más se había transformado. Como si de camino allí se hubiese quitado un vestido de fiesta y se hubiera puesto una bata de estar por casa o incluso el uniforme del colegio. Ahora era por completo una hija, poco atractiva, obediente, exasperada, con los labios fruncidos en hosco resentimiento y lista para saltar enfurecida en cualquier momento. Resultaba difícil reconocer en ella a la criatura exultante y lasciva que una tarde no muy lejana, sobre el viejo sofá verde de mi estudio, había gritado en mis brazos y clavado sus uñas en mis omoplatos y explorado con su boca ávida, dulce súcubo, la profundidad deliciosamente estremecida de mi garganta. Mientras estaba allí sentado, contemplándola con su jersey beis pálido, con el cabello tirante recogido y el rostro limpio de maquillaje y devastado por las tensiones y penalidades del largo día, tuve una revelación que solo puedo calificar de pasmosa, literalmente, ya que fue una revelación y me causó gran pasmo. Comprendí, con rotunda claridad, que no existe tal cosa llamada mujer. La mujer, caí, es una leyenda, un fantasma que sobrevuela el mundo, posándose aquí y allá, en este o en aquel desprevenido ser femenino al que transforma, de forma breve pero decisiva, en un objeto de deseo, veneración y terror. Me imagino asaltado por el nuevo y pasmoso hallazgo, hundido en la silla con la boca abierta, los brazos colgando a ambos lados y las piernas abiertas con descuido ante mí —hablo de manera figurada, por supuesto—, en la atónita pose de alguien que ha sufrido una repentina y devastadora iluminación.

Lo sé, lo sé, estáis moviendo la cabeza y riéndoos de mí por lo bajo y tenéis razón: soy un tonto sin remedio. La revelación supuestamente extraordinaria que tuve en la mesa no era, en realidad, más que un trocito de la sabiduría popular que comparten todas las mujeres, y quizá también la mayoría de los hombres, desde que Eva mordió la manzana. He de confesar que tampoco tuvo ningún importante efecto inspirador en mí; por desgracia la luz que acompaña semejantes visiones se apaga con rapidez. Ninguna venda cayó de mis ojos. No contemplé a Polly con repentino escepticismo, considerándola tan solo humana y concluyendo que no era digna de mi pasión. Por el contrario, sentí una súbita y renovada ternura hacia ella, pero de un tipo prosaico y desapasionado. Sin embargo, a pesar de que la magia había desaparecido, creo que nunca la valoré tanto como aquella tarde, más incluso que durante nuestras primeras y eufóricas semanas, cuando ella subía corriendo las escaleras interminables hacia el estudio, se lanzaba a mí en un torbellino de exclamaciones y besos y me empujaba, de espaldas, al sofá, luchando con mis botones, riendo y jadeando con ardor en mi oído. Ahora era yo quien deseaba cogerla en mis brazos y llevarla en volandas por las escaleras hasta su habitación y su cama, con su ropa de lana y su falda que recordaba a las de hockey, para perderme en su adorada carne de un rosado brumoso y su textura de plastilina, cálida como un pan recién horneado. Pero habría acariciado a Polly, a Polly sin más, pues por fin ella había roto la cubierta que mi fantasía había moldeado en torno a ella y me había mostrado al fin, al fin me había mostrado... ¿qué? ¿Su verdadero ser? No puedo afirmar tal cosa. Se

supone que no creo que exista un ser verdadero. Entonces, ¿qué? ¿Una fantasía menos fantástica? Sí, dejémoslo así. Creo que es lo máximo que se puede esperar, lo máximo que se puede pedir. O, esperad, esperad, pongámoslo mejor así: yo le perdoné por todo aquello que no era. Ya he dicho esto en otra parte. No importa. Y de igual modo, ella debió de perdonarme hacía mucho tiempo. ¿Cómo suena esto? ¿Tiene sentido? No es insignificante el perdón que pueden otorgarse dos seres humanos. Yo debería saberlo.

Y sin embargo. Y sin embargo. Lo que comprendo ahora, en este instante, y no comprendí entonces es que esa etapa última de crisálida de Polly, su eclosión, era el principio del fin, el verdadero principio del verdadero final de mi, de mi... —vamos, ¿qué otro nombre puedo darle?—, de mi amor por ella.

En efecto, subimos a su dormitorio. Una vez dentro, dejé en el suelo su maleta y la bolsa de críquet con las cosas de la niña y me quedé inmóvil junto a la puerta, presa de una súbita timidez. Procuré no mirar con demasiada atención, con demasiada curiosidad los objetos que había en el cuarto. Me sentía como un intruso, que es lo que era en realidad. Polly echó un vistazo alrededor e hinchando los carrillos lanzó un suspiro. Aquel había sido su dormitorio desde que era niña hasta que abandonó la casa para casarse con Marcus. La cama, alta y estrecha, parecía demasiado pequeña para un adulto y al mirarla experimenté una aguda punzada de compasión y dulce pesar. Qué encantadora parecía, qué conmovedora, aquella inmóvil y vacía cuna que la había acogido y amparado durante tantas noches. Me la imaginé dormida allí, insensible a la luna que aparece en el cielo, al vuelo de los murciélagos, a la furtiva y creciente claridad del alba, su suave respiración alterando apenas la oscuridad. Sentí ganas de llorar, no miento. ¡Qué confuso era todo!

La chimenea tenía azulejos a ambos lados con un dibujo de flores rosas bajo el esmalte. Habían prendido la leña, pero el fuego no agarraba, pues los troncos estaban húmedos y las pálidas llamas los lamían en vano.

—Esa chimenea siempre humea. Me sorprende que yo no haya muerto asfixiada —dijo Polly.

Frente a la cama, la pequeña ventana cuadrada con cuatro paneles de vidrio daba a un patio adoquinado y a una hilera de cuadras abandonadas. Un poco más lejos se alzaba una tímida colina coronada por un grupo de árboles, robles, creo, aunque la mayoría de los árboles me parecen robles, sus ramas casi desnudas se dibujaban nítidas y negras como la tinta contra un cielo bajo y nublado, de un frío malva entreverado con vetas plateadas. Dentro de la habitación empezaban a aparecer las sombras del crepúsculo y se congregaban en las esquinas del techo como espesas telarañas. Oí a Janey, abajo en la cocina, lavar mientras silbaba. Me esforcé en adivinar qué melodía era. Polly estaba sentada en el borde de la cama, con las manos unidas en el regazo. Sus ojos permanecían fijos en la ventana. Un postrero y débil rayo de luz se aferraba a los adoquines del patio. «The Rakes of Mallow», esa era la canción que Janey silbaba. Absurdamente satisfecho por haberla identificado, me volví sonriendo hacia Polly —¿qué me disponía a hacer?, ¿tarareársela?— pero en ese mismo instante, sin previo aviso, ella enterró el rostro en las

manos y empezó a sollozar. Me contuve, horrorizado, antes de aproximarme de puntillas. Debería haberla abrazado para consolarla, pero no sabía cómo hacerlo, tan informe parecía su silueta encogida sobre sí misma y con los hombros hundidos, y lo único que conseguí fue mover mis manos inútilmente alrededor de ella, como si estuviese modelándola en el aire.

—Dios —gimió ella—. Dios mío.

Me asustó la profunda desolación de su voz y me maldije por ello; me sentía como si hubiese manipulado algún pequeño mecanismo inerte, activándolo y provocando un estruendoso e imparable movimiento. Mis dedos rozaron por azar el edredón sobre el que estaba sentada y el tacto frío y quebradizo del raso me estremeció. Yo también invoqué a Dios, aunque en silencio, rogué a su inexistencia que me rescatara de aquel trance imposible; llegué a imaginarme impelido por arte de magia hacia la chimenea y absorbido con fuerza por la salida de humos, los brazos pegados a los costados y mis ojos alzados igual que si me elevara en un éxtasis del Greco, emergiendo un segundo después por la chimenea, como un payaso disparado por la boca de un cañón, y desapareciendo en una cúpula celeste del color azul intenso de las libélulas. Escapar, sí, escapar era mi único pensamiento. ¿Dónde estaba ahora la renovada ternura hacia mi joven amada que con tanta fuerza me había invadido en la mesa de comedor apenas media hora antes? ¿Dónde? Estaba paralizado. Una mujer llorando es una visión terrible. Me escuché decir el nombre de Polly una y otra vez en voz baja y urgente, como si estuviese llamándola desde las profundidades de una cueva, rocé su hombro con mucho cuidado y sentí un leve estremecimiento, idéntico al que me había producido el edredón. Ella no alzó la cabeza, solo movió la mano hacia un lado, apartándose.

—Déjame sola —gimió con un inmenso sollozo—. ¡No puedes hacer nada!

Vacilé unos instantes en agónica indecisión antes de darme la vuelta, salir a hurtadillas y cerrar la puerta tras de mí con espantado, con exquisito, con avergonzado tiento.

Encontré el camino para llegar al piso de abajo. Todo me parecía conocido de un extraño y remoto modo: el olor a moho del aire, la descolorida alfombra de las escaleras, los oscuros retratos de los antepasados acechando en las tinieblas, el perchero y las cornamentas enmarcadas en el vestíbulo; el reloj del abuelo colgado tras las sombras. Como si hubiera vivido allí hacía mucho tiempo, no en la infancia, sino en un ayer elaborado, en esa mansión enmohecida que habita en mi mente y que es el pasado, el inevitablemente ficticio pasado.

Tras abrir dos o tres puertas equivocadas encontré por fin el salón. En una alfombrilla frente a la chimenea, la cría jugaba con unos bloques de madera para hacer construcciones. Su abuelo estaba sentado en un sillón, inclinado hacia delante con los codos en los apoyabrazos y las manos entrelazadas frente al pecho, contemplándola con una sonrisa de perplejidad. La noche había caído con asombrosa rapidez, según me pareció, las cortinas estaban echadas y las lámparas con sus bombillas de cuarenta vatios proyectaban una trémula luz sobre el pesado y amenazador mobiliario y sobre el desvaído

empapelado a rayas de las paredes. No me pasaron por alto el gran espejo sobre la chimenea, con su ornado y desportillado marco, los descoloridos grabados de caza, el sofá tapizado de cretona vencido sobre las patas, como si estuviese exhausto tras largos años soportando que se le sentaran encima. Todo eso me resultaba conocido de alguna manera.

—Qué edad tan fascinante —dijo el señor Plomer, mirándonos con sus brillantes ojos acuosos a mí y a la niña—. Toda la vida ante ella.

Me invitó a sentarme, indicando un sillón situado en el lado opuesto de la chimenea.

—No dispone de un automóvil propio, ¿verdad? Debemos encontrarle una cama, ¿o ya se está encargando de ello Polly?

Aunque nada cambió en su afable mirada, creí percibir el destello de una clara y certera intuición. No era un necio, debía de haber adivinado lo que Polly era para mí y yo para ella, a pesar de las obvias disparidades entre nosotros, y la edad no era la más pequeña de ellas. No me habría sorprendido que él tuviese una idea más clara de nuestra relación que yo mismo. Un tronco ardiendo se derrumbó, lanzando una rociada de chispas. Dije que llamaría a un taxi, pero él movió la cabeza de un lado a otro.

—Ni hablar, ni hablar —dijo—. Debe quedarse, por supuesto. Lo único que hay que hacer es airear una habitación para usted. Se lo diré a Janey —sus ojos brillaron de nuevo—. No se preocupe por la pobre Janey. No es tan terrible como sus modales dan a entender.

Asentí. Me pesaban las piernas y me sentía sin fuerzas, como si estuviese en trance, medio hipnotizado por el afable, casi acariciador tono de voz del anciano. A nuestros pies, la cría había levantado una torre con los bloques y, con una risa eufórica, la derribó de un golpe.

—Debe de ser su hora de acostarse —murmuró el anciano, frunciendo el ceño—. ¿No sería buena idea que usted subiera y hablara con su madre?

Asentí de nuevo, pero permanecí inmóvil, despatarrado e inerme en el amplio e irresistible abrazo del sillón. Pensé en Polly, sentada en el borde de la cama, en su cabeza inclinada, en las sacudidas de sus hombros.

—¿Si no le he ofrecido nada para beber! —exclamó el señor Plomer. Se levantó con rigidez y gesto de dolor y se encaminó arrastrando los pies a un aparador que había en el otro extremo de la habitación—. Hay jerez —dijo girando la cabeza sobre el hombro, su voz se elevaba cavernosa en la penumbra—. O esto —alzó una botella y leyó en alto la etiqueta—. Schnapps, eso dice. Un regalo de mi amigo, el Príncipe..., el señor Hyland, quiero decir. ¿Lo conoce? No estoy muy seguro de qué es el schnapps, pero sospecho que es bastante fuerte.

Le dije que prefería jerez y volvió con dos vasos poco más grandes que un dedal. Se sentó de nuevo. Tomé un sorbo del dulce y empalagoso jarabe. Estaba agotado, muy agotado, un caminante detenido a medio trayecto de un inmenso y tortuoso viaje. Había tenido un sueño recientemente, no fue un sueño, en realidad, sino un fragmento. Estaba en una estación de tren en algún lugar del extranjero, no sabía dónde, y era incapaz de

distinguir en qué lengua hablaba la gente en torno a mí. La estación recordaba una iglesia bizantina o quizá un templo o incluso una mezquita con su abovedado techo dorado con pan de oro y los azulejos del suelo pintados con brillantes y sinuosos dibujos en azul, plata y rubí. Esperaba anhelante un tren que me llevaría a casa, aunque no estaba seguro de dónde se encontraba lo que yo llamaba casa. A través de las puertas abiertas de la estación se veía la luz refulgente del sol, nubes de polvo, un tráfico caótico con vehículos de carrocería desconocida y una multitud bullente de piel olivácea, mujeres ataviadas de negro con la cabeza cubierta y hombres de penetrantes ojos azul pálido y enormes mostachos. Miraba alrededor para localizar un reloj, pero no veía ninguno y entonces tenía la intuición de que mi tren, el único en el que podía viajar, el único para el que mi billete era válido, había partido hacía mucho tiempo dejándome abandonado allí, entre extraños.

—Estaba paseando por el muro del castillo durante una tormenta —dijo el señor Plomer.

Le miré con fatiga bajo los pesados párpados. En la mano izquierda sostenía un libro, un curioso y pequeño volumen encuadernado en una descolorida tela carmesí. Estaba abierto por una página que, según parecía, había leído o se disponía a leer. ¿De dónde lo había sacado? No le había visto levantarse para cogerlo. ¿Me había quedado traspuesto unos minutos? Entonces, el sueño del tren, ¿lo había recordado o lo había soñado de nuevo? ¿Y si era la primera vez que lo soñaba? El anciano me contemplaba con afable y jovial expresión.

—El poeta se alojaba en un castillo que era propiedad de una amiga, una princesa, y una tarde de tormenta salió a la muralla almenada y escuchó la voz de los ángeles. Así dice.

Con una sonrisa, alzó el libro, lo aproximó a sus ojos y empezó a leer en alto con voz suavemente aflautada y cantarina. Le escuché como escucharía un niño, extasiado y sin comprender nada. Aquel idioma, como no lo conocía, sonaba a mis oídos como una sucesión de carraspeos y balbuceos. Tras recitar unas cuantas líneas, se interrumpió azorado, encendidos los trazos rosados de sus mejillas.

—Duino era el paraje de aquel castillo en la costa —dijo—. De ahí el nombre de los poemas.

Cerró el libro y lo dejó sobre sus rodillas, con un dedo dentro para señalar la página. Con lengua de trapo, le pedí que me explicara el significado de lo que acababa de leer.

—Al ser un poema, gran parte del significado reside en la expresión, ya sabe, en el ritmo y la cadencia —hizo una pausa, emitiendo un sonido desde el fondo de la garganta igual que un zumbido, mientras alzaba la vista para contemplar las sombras del techo—. Habla de cómo la tierra, *Erde*, desea ser absorbida en nuestro interior —con voz cantarina recitó de nuevo un verso en alemán—: No es tu sueño, se pregunta él, pregunta a la tierra más bien, ser un día invisible. Invisible en nosotros, quiere decir él —sonrió amablemente—. El pensamiento es tal vez oscuro. No obstante, es imposible no admirar la pasión de esas líneas.

Con la vista fija en el blanco corazón del fuego, me parecía oír el pesado y lento tictac del gran reloj en el vestíbulo. El anciano se aclaró la garganta.

—El Príncipe, sé que no debería llamarle así, vendrá mañana. Si usted aún sigue aquí, tal vez los tres podríamos mantener una conversación.

Asentí con la cabeza, temeroso de que me fallara la voz. Pensaba de nuevo en el sueño, en el tren que ya había partido. Extraviado y confundido, un lugar desconocido, voces extranjeras resonando en mis oídos. El señor Plomer suspiró.

—Imagino que tendremos que invitarle a comer. Quizá Polly podría presidir la mesa. A mi esposa no le interesan los poetas —dijo con una sonrisa. Se giró y se dirigió a las sombras que se congregaban más allá de la chimenea—. ¿Qué piensas, querida? ¿Estarías dispuesta a sustituir a tu madre para recibir —sonrió de nuevo— a nuestro querido amigo Frederick?

En efecto debía de haberme quedado dormido un rato, pues vi que Polly estaba sentada en el sofá tapizado de cretona junto a la puerta, con la niña en su regazo. Con gran esfuerzo me enderecé en la silla, parpadeando. Polly vestía el mismo jersey y la misma falda que antes, pero se había cambiado los zapatos por un par de zapatillas de felpa gris con borlas o pompones o comoquiera que se llamen en la parte delantera. Incluso a la exigua luz de la lámpara distinguí sus párpados hinchados por el llanto y el borde suavemente enrojecido de las aletas de la nariz.

—¿Viene mañana? —preguntó ella—. Dos visitas seguidas... A Janey le va a dar un ataque.

Se rio con desgana, mientras su padre continuaba sonriendo. Polly evitaba mirarme. La niña estaba dormida. La desmoronada torre de bloques de madera yacía a mis pies.

De niño —ah, de niño—, era prudente y reservado. No hay muchos niños tan poco audaces como era yo en aquellos días lejanos. Me aferraba a mi madre como el bastión contra un mundo caótico e impredecible, seguíamos unidos por un rudimentario cordón umbilical, tan fino, delicado y resistente como el hilo de seda de una araña. Prudencia era mi consigna, y fuera del refugio de mi hogar no emprendía nada sin considerar sus potenciales peligros. Era una pequeña máquina de ordenar; alineaba sin descanso en cuidadosas hileras las cosas que encontraba en mi día a día y que eran aptas para aquella manía mía del orden. El desastre amenazaba por doquier, cada paso encerraba una eventual caída de culo, cada camino llevaba al borde del precipicio. Solo confiaba en mí mismo. El objetivo primordial del mundo, como yo bien sabía, un objetivo del que nunca se fatigaba, era eliminarme. Hasta el cielo me aterrorizaba.

No es que yo fuera ñoño, en absoluto. Era conocido por mi entereza, agresividad incluso, a pesar de mis nulas proezas físicas y de mis famosas inclinaciones artísticas, que tantas burlas suscitaban. Lo que no podía hacer con los puños lo conseguía con las palabras. Los matones del patio del colegio pronto empezaron a temer el látigo de mi sarcasmo. Sí, creo poder afirmar que yo era un gallito que escondía dentro de sí su

miedo, un pantano subterráneo y humeante donde flotaban panza arriba peces muertos y donde aves de hombros altos y picos como cimitarras gritaban y rebuscaban entre la basura. Esas pútridas *aigues-mortes* interiores siguen ahí, dentro de mí, lo bastante hondas como para ahogarme. Lo que ahora me asusta no es la malevolencia general de las cosas, aunque bien sabe el Cielo, y aún sabe mejor el Infierno, que debería asustarme, sino su artera verosimilitud. El mar en la mañana, una hermosa puesta de sol, una bandada de ruiseñores, hasta el amor maternal se conjuran para asegurarme que la vida es intachable y que la muerte es solo un rumor. Cuán persuasivo resulta, pero yo no estoy persuadido y nunca lo estuve. De muy niño en la tienda de mi padre, rodeado por aquellos grabados infames, ya era capaz de detectar hasta en la imagen más idílica —una escena de verano con árboles y vacas moteadas—, al risueño diablillo que me miraba desde el aparentemente inofensivo follaje. Y eso fue lo que decidí pintar, el chancro bajo el traje de terciopelo, la bestia tras el sofá. Hasta robar, acabo de darme cuenta ahora mismo, hasta robar era un intento de quebrar la superficie, de arrancar fragmentos del muro del mundo para acercar el ojo a los agujeros y ver qué se escondía detrás.

Pensad en aquella extraña tarde en Grange Hall con Polly y sus padres y las horas aún más extrañas que siguieron. Debería haberme despedido tras aquella espantosa merienda, en la que me sentí como si fuese, al mismo tiempo, Alicia, el Sombrerero Loco y la Liebre de Marzo, pero la atmósfera de Grange Hall me había dejado en una tenaz lasitud. Me ofrecieron uno de los cuartos abuhardillados de los sirvientes para pasar la noche. Era pequeño y estrecho de una manera singular. El techo, inclinado hasta tocar el suelo en uno de los lados, me obligaba a permanecer encogido incluso cuando estaba tumbado, lo que me causaba un terrible malestar físico. Era casi tan incómodo como la buhardilla de la rue Molière donde viví aquel remoto verano parisino. También es cierto que yo me siento descentrado en cualquier habitación, sea grande o pequeña. Había una cama de campaña baja e instalada sobre patas cruzadas de madera, que protestaba malhumorada cuando yo hacía el más mínimo movimiento. Janey había encendido un fuego de carbón en la diminuta chimenea —a Janey no se le escapaba una chimenea apagada—, que humeó durante horas. Al igual que Polly, yo también creí que moriría asfixiado, sobre todo porque la única ventana de la habitación estaba sellada por la pintura y no se podía abrir. Me desperté varias veces durante la noche con la sensación de que una pequeña criatura maligna llevaba horas sentada sobre mi pecho. ¿Tuve más sueños? ¿No dicen que soñamos todo el tiempo que permanecemos dormidos, si bien olvidamos la mayoría de los sueños? Imaginad la escena tal como la pintaría Fuseli: malestar, aire viciado, sueño intermitente, frecuentes desvelos y todo acompañado por el martilleo de una horrible jaqueca. Afuera la oscuridad todavía era densa cuando me desperté con una sed abrasadora. Supe que no volvería a dormirme aquella noche. Sentado en la cama, bajo la empinada inclinación del tejado, con la cabeza entre las manos y los dedos en los cabellos, podría haber sido de nuevo el niño insomne y temeroso de la oscuridad, esperando que acudiera mamá con una bebida caliente, estirara la manta hasta debajo de mi barbilla y durante un instante posara su fresca mano en mi frente calurosa.

Encendí la luz. La bombilla proyectó su resplandor amarillento sobre la cama y la alfombra pelada del suelo. Había una silla de mimbre y ese mueble de madera que hay en las viejas casas, no sé cómo se llama, con una palangana blanca y, dentro, una jarra a juego. ¿Cuántas criadas y sirvientes, muertos hacía ya mucho tiempo, se habrían inclinado temblando sobre el mueble para hacer sus míseras abluciones en mañanas desoladoras como aquella? Me levanté. No solo tenía sed, estaba desesperado por mear. La situación, con su distorsionada simetría, parecía del todo injusta. Me incliné para mirar bajo la cama con la esperanza de encontrar un orinal, pero no había nada. Me di cuenta de que temblaba y que estaba apretando los dientes; realmente hacía mucho frío. Cogí una manta de la cama y me la eché sobre los hombros. Olía a generaciones de durmientes, a su sudor. Salí al pasillo, al mismo tiempo aturdido y alerta. Sospecho que en esas situaciones uno nunca está tan despierto como imagina. No conseguí localizar el interruptor de la luz y dejé la puerta del dormitorio abierta para orientarme. Giré a la derecha y avancé arrastrando los pies con cautela. A medida que me alejaba del débil resplandor del hueco de la puerta a mi espalda, la oscuridad en la que me adentraba parecía amoldarse, fría y húmeda, a mi rostro, como una ajustada máscara de suave seda negra. Extendí los brazos y con la punta de los dedos toqué la pared y así fui guiándome. El papel que forraba las paredes era de aquel material pasado de moda —¿cómo se llama?—, Anaglypta, qué extraño nombre, debo investigarlo, con marcados relieves y de tacto ligeramente satinado. Tanto el piso de abajo como el piso de arriba de casa de mis padres estaban, y todavía están, empapelados con ese material entre el rodapié y el zócalo, esa es otra palabra peculiar, *zócalo*; hoy tengo el cerebro en ebullición, no cabe una palabra más. A mi izquierda había una puerta; giré el pomo, pero fue inútil, pues estaba cerrada con llave y en el ojo de la cerradura no había nada. Continué mi camino. La oscuridad ya era casi completa y me imaginé llevado en volandas como un ser de otro mundo, un fantasma incorpóreo envuelto en una manta húmeda que olía a moho. Vislumbré el marco de una ventana espectral. ¿Por qué cuando se hallan inmersas en una oscuridad semejante, las formas de los objetos parecen temblar, oscilar muy levemente como si estuviesen suspendidas en un medio líquido, viscoso y denso, atravesado por corrientes débiles, pero superrápidas? Oteé la noche en vano. Nada: ni el resplandor más tenue de una ventana lejana ni el destello de una sola estrella. ¿Cómo podían ser tan negras las tinieblas? No parecía normal.

Intenté levantar la parte inferior de la ventana de guillotina. Se alzó un par de centímetros, y luego, con dificultad, otro par y ahí se atascó. Vacilé al recordar lo que, en las novelas libertinas de siglos anteriores, sucede a menudo a los caballeros cuando de forma temeraria se exhiben en situaciones tan peligrosas, pero mi necesidad era grande —¿por qué una vejiga a punto de reventar hace que duelan las muelas?— y, dejando la prudencia de lado, avancé y empecé a orinar copiosamente en el corazón de la noche. Mientras permanecía allí, orinando y disfrutando de un modo tembloroso e infantil, con la afilada sensación del aire de la noche en mi carne más vulnerable —¿de qué extraña manera estamos hechos!—, me di cuenta de que no estaba solo. No escuché nada —el

estruendo como de una distante catarata que subía del patio adoquinado habría ahogado el sonido más potente—, pero sentí una presencia. Un escalofrío de terror me atravesó, cortando al instante la cascada. Giré la cabeza hacia la derecha y miré con atención, entrecerrando los ojos como si fuesen dos ranuras. Sí, allí había alguien de pie e inmóvil al final del pasillo. Habría aullado de pavor si la boca no se me hubiera secado en aquel mismo instante.

Me asusta la oscuridad, como habréis adivinado. Es otra de las debilidades de mi infancia que me avergüenzan, pero de las que no parezco capaz de curarme. Aunque haya otras personas conmigo, me siento como si me hallara solo en mi propia cámara estigia de los horrores. Simulo encontrarme bien, avanzo con firmeza en el ciego vacío y cuento chistes igual que los demás, pero al mismo tiempo estoy desesperado, luchando por mantener a raya al aterrorizado niño que se agita en mi interior. Podéis adivinar entonces cómo me sentía allí, en camiseta y calzoncillos, envuelto en una manta, con una parte esencial de mi persona asomada a la ventana, mudo de terror mientras miraba con ojos desorbitados a la espantosa aparición que se alzaba amenazadora ante mí en las casi impenetrables tinieblas. No me moví, no emití ningún sonido. ¿Lo estaría imaginando? ¿Sería una fantasmagoría lo que veía? Me aparté de la ventana y me envolví con ademán protector en la manta. ¿Debía aproximarme a la figura fantasmal? ¿Debía desafiarla? ¿*Quién eres tú que así usurpas este tiempo a la noche?* ¿O debería poner pies en polvorosa? Justo en aquel instante, una puerta se abrió en el piso de abajo y una luz se encendió, iluminando apenas una estrecha escalera a mi derecha, que yo no había visto antes.

—¿Quién está ahí? —preguntó quejumbrosa Polly. La sombra de su cabeza y de sus hombros se dibujaba en la pared, en el hueco de la escalera—. ¿Eres tú, madre?

Sí, era su madre, allí en la oscuridad, frente a mí.

—Baja, por favor.

Adiviné por el temblor de su voz que no tenía ninguna intención de aventurarse escaleras arriba, porque también ella teme la oscuridad, como bien sé, bendita sea.

—Por favor, mami —repitió, con un balbuceo infantil—, baja, por favor.

La señora Plomer me contemplaba con viva sospecha, el ceño levemente fruncido, pero con una sonrisa bailándole en la boca, como si yo fuese una criatura exótica y potencialmente fascinante que hubiera encontrado por sorpresa a altas horas de la noche en lo más alto de su propia casa. Supongo que, envuelto en la manta, descalzo y con las piernas peludas al aire, yo debía de tener cierta similitud con el más pequeño de los grandes simios, ataviado extravagantemente con camiseta, calzoncillos y una especie de capa, o quizá con un rey depuesto que, perdido el juicio, vagaba en la noche. ¿Por qué no dije nada? ¿Por qué no le hice saber a Polly que me encontraba allí? Tras unos momentos, su silueta se borró del muro y, al cerrarse la puerta del dormitorio, la luz desapareció.

Sé que no existen normas, aunque hablemos y vivamos como si las hubiera, pero en algunas raras ocasiones uno tiene la sensación de que se han excedido hasta los límites más extremos. Hallarse al lado de la madre demente de mi amante, en un compartido

silencio conspirador, en el pasillo de un ático oscuro como boca de lobo, en medio de una gélida noche de finales de otoño, en calzoncillos y encogido de miedo bajo una manta, cuenta sin duda como un caso de extralimitada verosimilitud. No obstante, a pesar de lo anómalo de la situación y de mi terror a la oscuridad, una oscuridad que parecía más profunda que nunca desde que Polly había cerrado la puerta y se había desvanecido la luz, me sentí casi alegre —¡sí, alegre!— y travieso como un colegial embarcado en una broma a medianoche. Resultaba curioso, casi excitante, estar en compañía de una loca que era inofensiva. Aunque no es exacto decir que estaba en compañía de la señora Plomer; de hecho, y ahí radicaba su interés, quien estaba allí era alguien y nadie al mismo tiempo. Esa curiosa situación me suscitó muchas preguntas, y aún lo hace. ¿Puede ser porque durante un breve intervalo tuve acceso al reino cautivador, aunque sombrío, de los desequilibrados? ¿O porque estaba regresando, una vez más, a la oscura cámara de ecos que es el pasado? Pues aquel momento poseía definitivamente algo de la infancia: la tranquila y ciega aceptación de la infancia ante la inconmensurabilidad de las cosas, y el asombroso, aunque olvidado, descubrimiento que, al igual que los demás, yo debí hacer en mi infancia, en el primer albor de la conciencia, el descubrimiento de que yo no era el único en el mundo, de que había otros en grandes números, incontables e injustificables, una nutrida tropa de extraños.

Solo entonces, cuando mis ojos se ajustaron de nuevo a la oscuridad y volví a distinguirla, advertí el atuendo de la señora Plomer. Llevaba sus botas Wellington, por supuesto, y un largo y grueso cárdigan con los bolsillos descolgados sobre una anticuada camisa masculina de rayas y sin cuello. Lo más llamativo era, sin embargo, la falda, que no era en realidad una falda, sino algo que parecía un cono, ensamblado o más bien articulado con numerosas enaguas solapadas de tul rígido, el tipo de prenda que en mi juventud llevaban las chicas bajo los vestidos de verano ceñidos con un cinturón y que, en la pista de baile, se hinchaba, alzándose tanto en algunas ocasiones, cuando hacíamos girar a la chica con suficiente velocidad, que nos brindaba una fugaz y emocionada visión de sus bombachos con volantes. Con su variopinto atavío, la señora Plomer no me recordaba tanto a las chicas de verano de mi juventud como a una de esas figuras de los relojes que hay en las torres medievales, inmóvil en la oscuridad, aguardando que la rueda de trinquete empezase a girar y activase el mecanismo que la impulsaría hacia el exterior para gozar de otro de sus circuitos semiesféricos que repetía cada cuarto de hora ante los ojos maravillados del mundo. Aún me observaba; podía ver el brillo de sus ojos, astutos y vigilantes. No había mostrado ningún signo de haber oído a Polly cuando la llamó por la escalera; tal vez sí la había oído, pero sospechó que era parte de una treta, de la que yo era cómplice, para atraparla y sacarla de su escondite y por eso la ignoró sin vacilar. Yo tenía la impresión de que ella creía estar escondiéndose, aunque no podía adivinar de quién o de qué. Tampoco ella, probablemente. ¿Qué debía hacer? Empezaba a parecer que permanecería allí toda la noche, retenido por aquella silenciosa y perturbada aparición con sus botas de goma y su improvisado tutú. Al final fue ella quien dio el paso. Se removió apenas y avanzó con un vivo y exasperado suspiro —estaba claro

que pensaba que yo, tan ridículamente indeciso, tan patentemente inepto, no era nadie a quien temer, aun en el caso de que fuese un conspirador— y pasó junto a mí con un frufú de tul, empujándome a un lado. La contemplé mientras bajaba las escaleras; la encorvada espalda de su cárdigan parecía expresar su desdén hacia mí y todo lo que yo representaba. Aguardé un instante y de nuevo escuché a Polly abrir su puerta y de nuevo, a su espalda, la luz de la habitación proyectó un ángulo de claridad en la pared y surgió la sombra de su cabeza como uno de los estilizados y alargados óvalos de Arp.

Bajé las escaleras detrás de la señora Plomer. En conciencia —¡menuda frase!— no podía seguir escondido más tiempo. Polly me vio tras los hombros de su madre y abrió los ojos con sorpresa.

—¡Eres tú! ¡Menudo susto me has dado! —musitó en un ronco susurro.

No dije nada. Más que asustada, daba la sensación de estar haciendo un esfuerzo para no estallar en carcajadas. Llevaba una bata de gruesa lana y, como yo, estaba descalza. Cerré la manta en torno a mí aún con más fuerza y la miré con lo que pretendía ser, y probablemente no fue, una expresión feroz y altanera. Debía de parecerme a Lear cuando regresa tras vagar por el páramo, avergonzado de no haber muerto de dolor.

—Vamos, tienes que meterte en la cama o vas a morirte de frío —dijo Polly a su madre.

Se alejó con ella, mientras miraba hacia atrás y ladeando la cabeza me indicaba que entrara en su dormitorio y la esperara allí.

Dentro de la habitación el aire estaba cargado por el sueño. El fuego en la chimenea se había apagado, dejando un acre tufo resinoso. A la luz de la lámpara las sábanas parecían haber sido retiradas de manera artística, como si alguien igual que yo —alguien como quien yo había sido, quiero decir— las hubiese preparado para la modelo que ahora se desvestía tras el biombo y que aparecería en unos instantes y se tumbaría sobre ellas como una Olimpia demasiado madura. ¿Veis, veis lo que anhela mi corazón culpable? Los viejos tiempos canallas del *demi-monde*, de sombreros de seda y perlada carnosidad, de crápulas y libertinas en los bulevares, de atardeceres de fauno en el atelier y noches salvajes en la centelleante ciudad. ¿Es esa la verdadera, la vergonzosa razón que me llevó a convertirme en pintor? ¿Para ser el Manet, de nuevo él, o el Lautrec o hasta el Sickert de una época posterior? Polly regresó en ese momento, no Olimpia sino una criatura reconfortantemente mortal, y la habitación volvió a ser una mera habitación y la cama deshecha, el lugar donde ella había estado durmiendo en un sueño inocente hasta que dos desesperados vagabundos nocturnos la despertaron.

Se quitó la bata con un airado movimiento de hombros y, con el frío metido en el cuerpo tras llevar a su madre adondequiera que fuese, trepó apresuradamente a la cama en pijama —de franela, así creo que se llama ese tejido, otra palabra singular— y de un tirón subió la manta hasta su barbilla y se tumbó de lado con las piernas dobladas y las rodillas contra el pecho, temblando ligeramente e ignorándome, tal como había hecho su madre cuando se alejó de mí para bajar las escaleras. ¿Saben las mujeres lo alarmantes que resultan cuando mantienen un silencio hermético semejante? Sospecho que sí, sospecho

que saben muy bien el efecto que causan, aunque de ser así, ¿por qué no lo usan más a menudo como arma? Me senté a su lado con precaución, como si la cama fuese un bote y yo temiese volcarlo, y ajusté la manta en torno a mis hombros. ¿He dicho ya el inmenso frío que tenía a pesar de la afelpada calidez de la habitación? Contemplé la mejilla de Polly, que solía arder con tanta pasión cuando en otro tiempo yacía conmigo en el sofá del estudio. La luz de la lámpara daba a su piel una textura granulada, apergaminada. Tenía los ojos cerrados, pero yo sabía que no dormía. Palpé el edredón —aquel satén chisporroteante me puso la piel de gallina de nuevo— hasta que encontré el contorno de uno de sus pies y lo apreté con la mano. Sin abrir los ojos, ella dijo algo que no entendí; se aclaró la garganta y lo repitió:

—¡Menudo disfraz llevaba mi madre! No sé qué le pasa por la cabeza.

No parecía esperar respuesta, así que callé; en lo que a mí concernía, hablar de la señora Plomer no tenía ningún sentido. Noté que el calor volvía al pie de Polly. Hubo un tiempo en el que me habría arrastrado en el polvo ante aquella joven para conseguir el privilegio de meter uno de sus pequeños dedos rosados en mi boca y chuparlo. Ah, sí, yo tenía mis momentos de adoración y abyección. ¿Y ahora? Ahora, el antiguo deseo se había visto reemplazado por una clase distinta de doloroso anhelo, un anhelo que no encontraría alivio entre sus brazos, si tan siquiera podía ser aliviado. ¿Qué era aquello, aquel afán que corroía mi corazón igual que en tiempos pasados otros afanes bien diferentes habían corroído otro órgano muy distinto? Allí sentado, cavilando sobre tales cuestiones, me vino a la cabeza, para gran consternación mía, la idea de que la persona que yacía a mi lado bajo las sábanas, con las rodillas presionadas contra el pecho, podría ser... —vacilo en decirlo—, podría ser mi hija. Sí, mi hija desaparecida, que me había sido devuelta desde el país de los muertos por una poderosa magia, y a la que se le habían otorgado todos los atributos, ordinarios y extraordinarios, de la vida de los vivos. Era una idea muy extraña, incluso con los parámetros del tiempo turbulento e insólito que estaba atravesando. Solté su pie y me eché hacia atrás, vacilante y horrorizado. A veces pienso que todo lo que hago es una sustitución de otra cosa y que todas las aventuras en las que me embarco son un intento chapucero de enmendar algo que he hecho o he dejado sin hacer. No me pidáis que lo explique. Afuera, en la noche, empezó a llover de nuevo. Escuché el murmullo creciente, como el sonido lejano de numerosas voces hablando en susurros al mismo tiempo.

Ligeramente salados eran sus dedos cuando los lamía. Salados como lágrimas.

Se estremeció un poco, abrió los ojos y, colocando una mano bajo la mejilla, suspiró.

—¿Sabes qué es lo primero que me atrajo de Marcus? Su mala vista. ¿No es raro? El trabajo tan minucioso que tuvo que hacer durante muchos años cuando era un aprendiz le había afectado a los ojos. ¿Sabes que por eso es tan torpe y por eso se mueve tan despacio y con tanto cuidado? Era enternedor ver cómo tocaba las cosas, percibiendo su forma, como si solo de ese modo confiara en lo que estaba haciendo. Así me acariciaba a mí también, apenas un roce con la punta de los dedos —suspiró de nuevo.

Su cabello siempre desprendía un leve olor a galletas rancias; yo adoraba enterrar mi

rostro en él y aspirar aquella suave fragancia a cervatillo. Polly extendió las piernas bajo el edredón y, girándose, se quedó tumbada boca arriba y con una mano bajo la cabeza mientras me contemplaba con calma. En aquella posición, la comisura de sus ojos se hallaba ligeramente tensada y su rostro mostraba un curioso aire lacado oriental.

—Explícame por qué huiste.

Ni siquiera me molesté en contestar, solo me encogí de hombros y moví la cabeza de un lado a otro. Ella hizo una mueca con la boca.

—No puedes imaginar lo humillada que me sentí... Al menos espero que no se te pasara por la cabeza, porque si fue así, serías un monstruo peor de lo que pensé entonces.

Le dije que no sabía a qué se refería —claro que lo sabía—, y ella repitió aquel mohín.

—¿No lo sabes? Piensa en todo lo que tú eras, en todo lo que tenías, en todo lo que habías hecho y luego piensa en lo que era yo: la mujer del relojero, echando a perder su vida en un lugar de mala muerte.

Hablaba con tal aspereza que me desconcertó, a mí, que para entonces me sentía tan desconcertado que parecía difícil estarlo aún más. Asentí, simulando que la comprendía, que me hacía cargo. Asentir era una manera, muy conveniente en aquella situación, de bajar una y otra vez la cabeza. Aun así, hasta en los momentos de mayor bochorno la sensación de vergüenza resulta siempre ajena, como si en ella hubiese escrita una cláusula de sigilosa huida. Aunque quizá eso solo me sucede a mí, quizá soy incapaz de sentirme verdaderamente avergonzado. Al fin y al cabo, soy incapaz de tantas cosas. Polly me observaba con gesto de resignado escepticismo, casi sonriendo.

—Para mí eras un dios.

Fue oírla e inmediatamente me vino a la cabeza Dionisos, compadeciéndose de la pobre Ariadna abandonada, sacándola de Naxos y convirtiéndola en inmortal, quisiera ella o no. Los poderosos del monte Olimpo siempre sentían debilidad por las jovencitas sufrientes. Pero todos esos dioses habían desaparecido en el ocaso. Y yo, querida Polly, no era ningún dios; apenas era un hombre.

Ahora mismo, mientras mi pluma emborrona ásperamente estas páginas fútiles, afuera, en Hangman's Hill, canta un pájaro solitario. Escucho su canción apasionada, diáfana y vivaz. ¿Aún cantan los pájaros en esta época tardía del año? Tal vez en su especie haya bardos, rapsodas, poetas solitarios de la desolación y el lamento, indiferentes a las estaciones. El día declina, la noche se acerca, pronto tendré que encender la lámpara. Pero ahora me basta con estar sentado aquí, en el crepúsculo de octubre, dando vueltas a mis amores, mis pérdidas, mis miserables pecados. ¿Qué va a ser de mí, de mi seco y marchito corazón? Por qué lo pregunto, me preguntáis. ¿No habéis comprendido aún, siquiera ahora, que yo no comprendo nada? Mirad cómo avanzo a tientas, igual que un ciego en una casa donde todas las luces están encendidas.

El día declina.

Mientras permanezco aquí sentado, batiendo mis falsas alas, me tienta la idea de escribir el título *Tratado sobre el amor* y colocar a continuación un puñado de páginas en blanco.

Hablamos durante la mitad de lo que quedaba de noche, o más bien fue Polly quien habló mientras yo me esforzaba por escuchar. ¿De qué hablaba? De lo esperado, tan triste y tormentoso. Se había incorporado para sentarse y así atacarme mejor, y como su pijama era demasiado ligero para el frío, se envolvió en el edredón. En el tipi de luz que proyectaba la lámpara, debíamos de parecer dos pieles rojas reunidos en una interminable, rencorosa y unilateral asamblea. Sentí la tentación de acercarme a ella para abrazarla con su pijama de franela, pero sabía que me rechazaría. Es otra de mis versiones del Infierno: quedarme sentado durante toda la eternidad en un gélido dormitorio bajo una delgada manta mientras me increpan por carecer de la más mínima compasión, por mi indiferencia hacia el sufrimiento ajeno y mi rechazo a ofrecer la más pequeña migaja de consuelo, por mi insensibilidad, mi negligencia, mis despiadadas traiciones... En una palabra, por mi incapacidad para amar. Todo lo que Polly decía era cierto, lo admito, pero al mismo tiempo todo era erróneo, todo era falso. Mas ¿qué sentido tenía discutir? El problema es que en estos asuntos las discusiones no tienen fin y por muy lejos que lleguen los que polemizan siempre quedan cuestiones pendientes. Cuando se trata de casuística, no hay nada comparable a una pareja de amantes enfrentados y a punto de separarse discutiendo a quién le corresponde la mayor culpa. Aunque aquella noche no hubo mucha controversia. De hecho, mi silencio, que yo creía humilde, solo consiguió irritar a Polly.

—Santo Dios, eres imposible. ¡Es igual que hablar a una pared! —exclamó.

Aun así, la cosa acabó en una tregua no del todo insatisfactoria cuando Polly, exhausta por su propia retórica y por la madeja, cada vez más deshilachada, de acusaciones que me había estado lanzando, claudicó, apagó la luz y se tumbó de nuevo. Incluso me permitió que me tumbara junto a ella, no bajo el edredón, no, sino encima, bien envuelto en el áspero capullo de mi manta como una oruga. De esa guisa, unidos de alguna manera en su cama asombrosamente estrecha, escuchamos caer la lluvia sobre el mundo. Noté que Polly se dormía y poco después me dormí yo. No pasó, sin embargo, mucho tiempo antes de que el frío y la humedad me despertaran de nuevo. Había dejado de llover y todo estaba en silencio salvo por el rítmico susurro de la respiración de Polly. Debía de tener una pesadilla —es difícil que soñara algo agradable tras lo sucedido durante la noche—, pues de vez en cuando un suave gemido escapaba de sus labios, igual que un niño que llora mientras duerme. Las cortinas estaban abiertas y vi que había clareado y vi asimismo las estrellas, nítidas y temblorosas como si cada una colgara de un fino hilo invisible. Dicen que la oscuridad que precede al alba es la hora más triste del

día, pero yo adoro ese momento y adoro estar despierto entonces. El mundo está inmóvil y expectante, aguardando el gran rugido del sol. Polly estaba pegada a mí y, a pesar del grueso edredón, yo percibía los latidos de su corazón y también su aliento en mi mejilla, ligeramente rancio, familiar, humano. Vi una estrella fugaz y, casi en el mismo instante, en rápida sucesión, dos más. Fium, fium, fium. Con majestuoso sigilo apareció un dirigible elevándose inclinado desde el este, su tenue azul agrisado contra el denso y oscuro violáceo del cielo, la cabina curvada en la parte inferior igual que un bote salvavidas con las ventanas iluminadas. Surcaba el aire a una altura moderada, tan ridículo con aquella forma de salchicha y sin embargo maravilloso a mis ojos, un navío frágil y silencioso viajando hacia el oeste con su cargamento de vidas.

Oh, Polly. Oh, Gloria.

¡Oh, Poloria!

Durante la mañana hubo una nueva sesión de escenas cómicas, sin que se oyera una sola risa. Por el bien de todos será mejor que pase de largo sobre el desayuno, excepto para comentar que el plato principal fue una cacerola de unas gachas de avena negras como el hollín y que Barney, el perro, que se había encariñado conmigo, apareció y se echó a mis pies, bajo la mesa, o más bien sobre mis pies, y a intervalos se tiró una serie de pedos silenciosos cuya peste era tal que tuve que esforzarme para reprimir las arcadas y no atragantarme con las gachas. Tan pronto terminamos, me encerré durante media hora en el baño que no había sido capaz de encontrar la noche anterior, posiblemente porque era el cuarto vecino a ese en el que yo había dormido. Era estrecho y con forma de cuña; la única y angosta ventana estaba en el extremo en ángulo. Había una bañera de asiento, cuya porcelana estaba amarillenta y desconchada, y un gran y majestuoso retrete con un asiento de madera como el yugo de un caballo de tiro, donde permanecí sentado haciendo de vientre durante largo tiempo, con los codos en las rodillas y la mirada perdida en el vasto y aletargado vacío. Cuando me aproximé al lavabo, comprobé que la ventana tenía la misma vista de cuerdas, colina y árboles que había contemplado desde el dormitorio de Polly, en el piso inferior. El cielo estaba despejado y la aguada luz del sol inundaba el patio. No había traído nada conmigo y tuve que afeitarme lo mejor que pude con una navaja de afeitar con el mango nacarado que encontré al fondo de un armario que había junto a la bañera. Una grieta cruzaba en diagonal el espejo, colgado de un clavo en la pared, y mientras me rasuraba —por desgracia, aunque probablemente más bien por fortuna, la cuchilla estaba roma— observé mi reflejo como si fuese una de las señoritas de Avignon, tal vez la odalisca que sobresale en el centro con un alegre moño alto. Qué triste resulta mi excentricidad, qué excéntrica mi tristeza.

En algún punto cercano, en los establos probablemente, empezó a rebuznar un burro. No oía rebuznar un burro desde..., no sé cuánto tiempo hacía. ¿Qué creería que estaba diciendo? Cuando proferimos un grito semejante, la gran mayoría de las criaturas de la tierra solo tenemos una cosa en la cabeza, pero ¿aquellos bramidos que salían de la

glotis, un sonido verdaderamente asombroso, podían ser un grito de amor y deseo? Y si así era, ¿qué pensaba la damisela del burro al escucharlo? Por lo que yo imaginaba, sonarían a sus orejas puntiagudas como la canción más tierna de su trovador. ¡Qué mundo, Dios santo, qué mundo! ¡Y qué soy yo, sino el viejo burro que rebuzna!

Pasé el resto de la mañana merodeando por la casa, inquieto ante la posibilidad de encontrarme de nuevo con la madre loca de Polly, incluso a la luz del día. No me inquietaba menos encontrarme con su padre, pues temía que me condujera con suavidad, pero firmeza, a una esquina para preguntarme con sus pudorosos modales cuáles eran exactamente mis intenciones con su hija, que era una mujer casada y a quien yo llevaba, y no era cuestión baladí, casi veinte años. Intenciones, ¿acaso tenía yo intenciones? Si las tenía, ya no sabía cuáles eran, en caso de que lo hubiera sabido alguna vez. Pensaba que había roto amarras con Polly, pensaba que había saltado a la barca y remado con ímpetu en la oscuridad tan solo para descubrir con la primera luz del día que seguía navegando sin remedio en su estela, la amarra enredada en el timón de mi frágil barco, las ligaduras hinchadas por el agua de mar y tan duras como los nudos del roble de los pantanos. ¿Por qué cuando se quedó dormida no me levanté de su cama y me fui del mismo modo que antes me había ido, igual que un ladrón, un auténtico ladrón, en la noche? ¿Por qué seguía allí? ¿Qué me retenía? ¿Qué nudo correoso no podía deshacer? En cuanto a Polly, apenas me prestó atención a lo largo de la mañana, enfrentada a la difícil tarea de ser al mismo tiempo una madre y una hija. Cuando, de tanto en tanto y sin poderlo evitar, nos cruzábamos, me miraba con semblante preocupado y me apartaba para pasar, mientras murmuraba con impaciencia en voz baja. El efecto que todo esto tuvo en mí es que empecé a sentirme extrañamente ajeno, no solo a Grange Hall y sus habitantes, sino también a mí mismo. Como si me hubiesen empujado y me esforzara en mantener el equilibrio agitando los brazos en el aire para no caer. Qué extraña sensación. En este mismo instante acaba de venirme a la cabeza la imagen de otro burro desde mi lejana y desaparecida infancia. Una franja de playa del color del hormigón, un día nublado con un resplandor blanquecino, hay un bullicio intenso de voces de niños en la arena y de gritos felices de los bañistas adentrándose en las olas. El nombre del burro es Neddy; está escrito en un cartón. Lleva un sombrero de paja con dos agujeros por los que salen sus disparatadas orejas. Permanece imperturbable sobre sus pequeñas y primorosas pezuñas, rumiando algo. Sus ojos, inmensos y brillantes, me fascinan; pienso que ha de ser capaz de ver prácticamente todo el horizonte circular. Su actitud hacia lo que lo rodea es de absoluta indiferencia. Me niego a montar, tengo miedo. A mí no me engañan los animales con su fingida pasividad; percibo en sus ojos lo que intentan en vano ocultar: todos saben de mí algo que yo desconozco. Mi padre, bufando, me agarra con brusquedad de los hombros y me ordena que me coloque junto a Neddy; que al menos haga eso para que pueda sacarme una foto. Mi madre me aprieta sigilosamente la mano; ambos somos cómplices. Cuando mi quisquilloso padre pulsa por fin el disparador y el diafragma hace *clic*, Neddy remueve sus pesadas ancas y, al hacerlo, se arrima a mí o, más bien, se apoya en mí; siento su peso sólido y compacto y huelo el seco aroma pardusco de

su pellejo y, durante un instante, me descoloca, como si el mundo, como si la Naturaleza, como si el mismísimo y grandioso dios Pan me hubiese dado un codazo, dejándome torcido. Así era como me sentía aquella mañana en Grange Hall mientras vagaba por la casa en busca de mi propio ser descolocado.

Había otra razón más inmediata y prosaica para que yo me sintiese dejado de lado. Aunque el padre de Polly conocía desde hacía años al Príncipe, tal como lo llamaba, era la primera vez que su señoría iba a visitarlos y la familia, emocionadísima, era presa de los nervios. Janey había tomado como una ofensa que le sugirieran qué comida debía preparar y se había encerrado enfurruñada en la cocina. Papá Plomer, aunque a simple vista despistado y ausente como era costumbre, tarareaba un agudo e incesante canturreo y ya debía de haberse despellejado las manos de tanto frotárselas. Su esposa era la única de la familia que flotaba sobre la excitación general, serena tras una sonrisa de secreta suficiencia.

La llegada principesca fue anunciada por el sonido de unos neumáticos sobre la grava y una ráfaga de graves ladridos de Barney. Polly y su padre acudieron a la entrada principal para dar la bienvenida al noble visitante, mientras yo me quedaba atrás, en el vestíbulo, como si fuese un asesino que aguardara hoscamente con una bomba calentita bajo el abrigo. Freddie conducía, según pude ver, lo que antes se conocía como *shooting-brake*, un anticuado vehículo bastante alto que más parecía un tractor bien equipado que un coche. Bajó al suelo desde el asiento del conductor y avanzó por la gravilla con su triste y afectada sonrisa mientras se quitaba los mitones de piel. Iba ataviado con un abrigo de lana de un verde alga con una esclavina de tweed, una gorra con visera y unos chanclos de goma que protegían unos zapatos de charol tan delicados como zapatillas de bailarina. Al menos he de reconocer que viste acorde a su papel principesco.

—Buenos días, buenos días —murmuró, quitándose la gorra.

Con solemnidad, sujetó la mano de Polly y luego la de su padre, inclinando su largo y estrecho rostro en cada ocasión y mostrando los dientes levemente grisáceos en una mueca equina. Al mirar hacia la casa, me vio, el mismísimo Gavrilo Princip, al acecho en las sombras. Llevábamos sin coincidir desde nuestro encuentro a la puerta de los urinarios aquel lejano día de las fiestas en Hyland Heights, cuando, sin darse cuenta, emitió una aguda crítica sobre mis dibujos; una vez más, comprobé que había olvidado quién era yo. Polly nos presentó. Barney pasaba entre nuestras piernas, jadeando y observándonos con expresión amistosa. Seguidos por el perro, los cuatro atravesamos el vestíbulo. Nadie dijo nada, presos todos de pánico ante el abismo social. Qué extraño artificio es un grupo humano.

La comida se sirvió bajo la elevada cúpula marrón del comedor en una larga mesa marrón. La superficie de madera estaba arañada y picoteada por los años y no pude dejar de acariciarla suavemente para sentir su tacto bruñido y sedoso. Me gustan los objetos cuando el tiempo los ha alisado y suavizado. Todo lo que poseemos son superficies, superficies y la enclenque interioridad del yo; es un hecho que tanto yo como el resto olvidamos demasiado a menudo y con demasiada facilidad. A través de dos altas ventanas

veía el cielo, donde el viento empujaba las nuevas y algodonosas nubes delante de sí igual que si fuesen un rebaño. Qué extraño tener el ojo y la necesidad de pintar y no ser capaz de hacerlo. Permanezco encorvado ante el mundo como un viejo febril que contemplara impotente a una joven desnuda y descaradamente disponible. Remordimientos y reumatismo son el sino de este pobre maleante y afligido pintor.

La conversación, creo poder asegurar sin equivocarme, no fluía. El clima y sus vaguedades nos mantuvieron entretenidos durante un rato; o más bien debería decir que les mantuvieron entretenidos, ya que la mayor parte del tiempo yo fui una presencia silenciosa en la mesa. Soy una persona adusta, como ya os habréis dado cuenta, es otro de mis desagradables rasgos. El padre de Polly y el Príncipe conversaban sin gran entusiasmo sobre oscuros poetas que llevaban largo tiempo muertos; oscuros para mí, al menos. En su trona, Pip daba golpes y hacía gorgoritos —es increíble el estruendo que puede armar una criatura tan pequeña—, mientras miraba feliz a su alrededor, encantada de que nos hubiésemos congregado allí para escuchar su recital musical. Sí, no faltaba mucho tiempo para que su conciencia se diera de bruces con la dura realidad de que no era el centro del mundo. La nueva ciencia enseña, si lo he comprendido bien, que cada partícula, por minúscula que sea, se comporta como si fuese —y en cierto sentido es— el centro de la creación. Bienvenida a la especie humana, pequeña espécimen.

¡Menudo personaje, el viejo y encantador Freddie! A duras penas conseguía quitarle los ojos de encima, con su elegante traje, confeccionado sin duda por enanos que trabajan en cautividad en algún taller subterráneo de la alta Alpinia, con su corbata de seda de color azul real, su discreto alfiler de solapa que señala su pertenencia a los Caballeros de la Rosa Cruz o a la Hermandad de Wotan o a alguna otra selecta y secreta fraternidad de ese tipo. Añadid a todo eso las mejillas descoloridas y la constitución tísica, la curvatura agotada de la espalda y la infinita tristeza de su mirada, y qué tenéis sino la verdadera estampa de una estirpe moribunda. ¿Cómo le retrataría si se me pidiera? Un casco de hierro torcido sobre un palo pintado. He notado que tiene caspa; hay siempre escamas harinosas esparcidas sobre el cuello de la camisa. Es como si estuviera desprendiéndose de sí mismo, sigilosa y regularmente, a través de esa caída incesante de pequeñas partículas de un blanco cerúleo. Aunque toda su atención estaba puesta en los Plomer, *Vater und Tochter*, de vez en cuando deslizaba los ojos hacia mí con vacilante conjetura. La madre de Polly también mostraba un súbito interés por mí y me observaba con expresión pensativa, igual que el visitante de un museo que da vueltas alrededor de una pieza especialmente enigmática para observarla desde todos los ángulos. Sin duda, en algún rincón de la caverna laberíntica que era su conciencia aún flotaba la imagen reciente de una tenue figura envuelta en una manta, haciendo algo altamente sospechoso junto a una ventana negra como boca de lobo. Polly parecía hallarse tan distante de mí como su madre y por primera vez en mucho tiempo añoré a Gloria. Bueno, no a Gloria exactamente o no solo a ella, sino todo lo que ella representaba: el calor del hogar, en otras palabras, mi vieja vida, que no habría sido un baño de rosas, pero que tan cómoda me había resultado durante muchos años. Cuando era un colegial malhumorado, hacía

pellas a menudo y en cada ocasión tenía el presentimiento de que en determinado instante, por lo general en torno al mediodía, decaería la excitación de estar libre mientras los otros permanecían cautivos y, a pesar de mí mismo, echaría de menos la clase con su olor a cerrado, las motas de tiza en el aire, la esfera inmisericorde del gran reloj colgado en la pared e incluso la triste y monótona cantinela del profesor y, al final, regresaría lentamente a casa, donde mi madre, consciente de por dónde había andado, dejaría que le mintiera. Ese es mi retrato: sin entereza, sin tenacidad, sin coraje.

Gloria. Y una vez más me pregunté, como aún me pregunto, por qué no había ido a buscarme a casa de mis padres. Ni siquiera ella habría adivinado dónde había acabado yo al final, allí, con los Plomer y su Príncipe.

—¡Ah! —exclamó Freddie de repente, y todos dimos un leve respingo, hasta la madre de Polly, que alzó las cejas y parpadeó. Freddie me observaba con una expresión que, en su caso, había de ser entendida como animada—. Sé quién eres. Te ruego que me disculpes, estaba intentando hacer memoria. Eres el pintor, Oliver.

—Orme —murmuré—. Oliver es mi nombre de...

—Sí, claro, Orme.

Muy satisfecho consigo mismo por haber conseguido recordar quién era yo, se echó hacia atrás con las manos abiertas sobre la mesa y una radiante sonrisa.

El señor Plomer se aclaró la garganta emitiendo un sonido que semejaba un grave y sostenido trino.

—El señor Orme es un gran admirador de los poetas —dijo en un tono demasiado alto, como si fuésemos nosotros los que éramos duros de oído. Se giró hacia mí expectante, como si me estuviese concediendo la palabra—. ¿No es así, señor Orme?

¿Qué se esperaba que dijera yo? Imaginad la boca impotente de un pez y un ojo girando enloquecido. Quizá confundiendo la leve tensión del momento con un silencioso reproche hacia ella, Pip estalló en llanto.

—Polly necesita que le cambien los pañales —anunció la señora Plomer, mirando complacida el rostro congestionado del bebé.

—Vamos, vamos —dijo el señor Plomer, inclinándose sobre la mesa en dirección a su nieta con una sonrisa desesperada que dejaba al aire su dentadura postiza.

Es extraordinario el efecto que produce el llanto de un niño en una habitación. Se parece a ese instante en la jaula de los monos cuando uno de los grandes machos lanza un grito, mientras se inclina hacia delante apoyado en los nudillos y proyecta hacia fuera los labios, y los animales que hay en las demás jaulas de alrededor comienzan a farfullar y dar alaridos. Mientras Pip chillaba, todos, salvo la madre de Polly, empezamos a movernos o a hablar o levantamos las manos en un alarmado gesto de impotencia. Incluso Janey apareció; se asomó por la puerta con una cuchara de madera en el puño, como la diosa del castigo haciendo manifiesta su hostil presencia. Polly se levantó exasperada de su silla, igual que un gran pez que saltara fuera del agua, prácticamente se abalanzó sobre la cría, la sacó de la trona y, con ella en brazos, salió a toda prisa de la habitación. Trastabillando, fui tras ella; Jack persiguiendo a Jill.^[3]

Acaba de ocurrírseme, quién sabe por qué razón, que Freddie es probablemente más joven que yo. Resulta algo perturbador y puedo explicarlo. El hecho es que siempre olvido la edad que tengo; no soy lo que se dice viejo viejo, pero tampoco soy el joven despreocupado que a menudo creo ser. ¿En qué pensaba al enamorarme de Polly a mi edad, echando todo a perder? Igual serviría preguntarse por qué robo —robaba, quiero decir— o por qué dejé de pintar o por qué, en realidad, empecé a pintar. Uno hace lo que hace y sale adelante como puede, sangrando y dando tumbos, igual que un elefante en una cacharrería.

Cuando llegué al vestíbulo, Polly había desaparecido. Guiándome por el sonido de los gritos de la cría, di con ellas en un curioso cubículo que conectaba dos espaciosas habitaciones. En el cuartito destacaban dos puertas blancas enfrentadas y en el espacio entre ambas había una alta ventana de guillotina que daba al césped y al camino que serpenteaba hacia las puertas de la verja y la carretera. Bajo la ventana había un asiento corrido con almohadones y allí se encontraba Polly con la cría sobre las rodillas. Madre e hija se hallaban en idéntico estado de congoja, ambas lloraban, con mayor o menor fuerza, y sus rostros estaban enrojecidos e hinchados. Polly me miró con odio y lanzó un ahogado sollozo de angustia e ira, los ojos brillantes de lágrimas y la boca, un rectángulo combado en los extremos. Uno comprende por qué Pablo, el muy bestia, se esforzaba tan a menudo en hacerlas llorar.

Antes de que yo pudiera proferir una sola palabra, Polly empezó a increparme con una violencia que me pareció innecesaria incluso en aquellas circunstancias. Comenzó preguntándome por qué había venido. Pensé que se refería a Grange Hall, pero cuando le dije que era ella quien había insistido en que la llevara a casa —esas fueron sus palabras, ¿recordáis?—, me cortó impaciente.

—¡No, *aquí!* —gritó—. ¡Me refiero a la ciudad! Podrías haberte ido a vivir a cualquier otro sitio, podrías haberte quedado en aquel lugar, Aigues-como-se-llame, con los flamencos y los caballos blancos y todo lo demás, pero no, tú tenías que volver aquí con nosotros y fastidiarlo todo.

Estaba tan agitada que, sin darse cuenta, columpiaba violentamente a la cría sobre su rodilla, arriba y abajo, como si fuese un salero gigante, mientras la pobre criatura movía los ojos de un lado para otro, sus sollozos reducidos a gargarismos y eructos. La sombra repentina de una nube cruzó la ventana, pero un instante después asomó de nuevo la pálida luz del sol. Por importante que sea lo que está sucediendo, uno de mis ojos siempre se vuelve hacia el mundo.

—Polly —empecé a decir, extendiendo suplicante las manos hacia ella—, adorada Polly...

—¡Cállate! —casi gritó—. ¡No me llames así, no me llames adorada! Me pone enferma.

La Pequeña Pip había parado de llorar y me miraba con indiferencia. Todos los niños tienen la mirada desapasionada del artista; eso, o viceversa.

El tono de Polly cambió de repente.

—¿Qué piensas de él? —me preguntó en tono casi coloquial.

Fruncí el ceño, desconcertado. ¿A quién se refería?

—¡El señor Hyland! —espetó con una sacudida de cabeza—. ¡El Príncipe, como le llamas tú!

Retrocedí un paso, no sabía qué decir. ¿Escondía una trampa la pregunta? ¿Era algún tipo de prueba? Avanzo por el mundo como un equilibrista, aunque parece que siempre me hallo a la mitad de la cuerda, donde está menos tensa, donde es más elástica.

—Es muy tímido —afirmó Polly.

¿Lo era?

—Sí —subrayó con agresividad Polly, mirándome como si yo hubiese dicho lo contrario.

Afuera, una vez más la luz del sol se había apagado con un silencioso *clic* y una vez más reapareció con cautela. En la lejanía, una hilera de árboles desnudos y gesticulantes inclinaban sus ramas en el viento.

Polly suspiró.

—¿Qué vamos a hacer? —su voz no sonaba enfadada, tan solo disgustada e impaciente.

La cría apretó la cabeza contra el pecho de su madre y se acurrucó allí posesivamente, mientras me lanzaba una mirada rencorosa y somnolienta. Lo repito: los niños saben más de lo que creen.

Le pregunté a Polly si tenía intención de volver con Marcus. Apenas acababa de decirlo cuando supe que no tenía que haberlo hecho. Aún más: ya sabía antes de preguntarlo que no debía hacerlo. Hay algo o alguien dentro de mí, una especie de imprudente gamberro que permanece al acecho en los intersticios de lo que pasa por ser mi personalidad —¿qué soy sino un cúmulo de sentimientos involuntarios?— y siempre tiene que meter el dedo en el avispero.

—¿Si voy a volver con él? —dijo Polly como si fuese una idea insólita, algo que no se le había ocurrido hasta entonces.

Desvió la vista hacia un lado con aspecto de hallarse indecisa más que cualquier otra cosa, y contestó que no lo sabía, que quizá lo hiciera, que en cualquier caso dudaba que él lo aceptara e incluso si lo hacía, ella no estaba segura de querer que sucediera de esa manera, como si ella fuese mercancía dañada devuelta a la tienda donde se compró. Era obvio que yo no figuraba en ningún sitio de sus cavilaciones. ¿Por qué debía figurar?

Me sentía agotado, inmensamente agotado, y Polly me dejó sitio a su lado en el asiento corrido. Me senté, inclinándome con laxitud hacia delante, las manos sobre las rodillas y los ojos clavados en el suelo sin ver nada. La cría se había dormido y Polly empezó a acunarla hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. El quejido del viento se colaba por una grieta del marco de la ventana; era una voz distante, inmemorial. Cuando llegue la hora de mi muerte, deseo que suceda en un momento de reposo como aquel, una fermata en la melodía del mundo, cuando todo queda en suspenso, olvidado de sí mismo. Qué suavemente me iré entonces, caeré al vacío sin un

murmullo.

Por qué regresé y destruí todo, me había interpelado ella. Qué pregunta.

Escuché pasos que se aproximaban y me levanté de un salto con aire de culpabilidad. ¿Por qué me sentía culpable? Es mi naturaleza. La Pequeña Pip, que seguía acurrucada contra el pecho de su madre, se removió y abrió los ojos. Otra peculiaridad de los niños: puedes disparar una pistola junto a sus orejas y continuarán durmiendo sin hacer el más mínimo movimiento, pero mete la pistola en su funda e intenta salir de su habitación de puntillas y de inmediato empezarán a gritar y a agitar los brazos como marineros de un barco que se hunde. Pip tenía un oído especialmente fino, como yo había descubierto en una desastrosa ocasión en que Polly la trajo al estudio e intentó que se quedara dormida mientras nosotros hacíamos el amor en silencio en el sofá. La cría se durmió, ovillada al sol, sobre un nido de sábanas polvorientas manchadas de pintura seca, hasta que Polly, con la garganta palpitante y los parpados agitados, dejó escapar el más tenue, insignificante gritito y, al girar la cabeza, sorprendí a la niña sentándose de repente, como impulsada por una cuerda, y mirando con severo asombro a aquella criatura única, desnuda y monstruosamente enlazada en la que se habían convertido su mamá y el travieso amigo de su mamá.

Los suaves e imprecisos pasos pertenecían al señor Plomer. Vaciló al vernos: yo, de pie, vigilante, como el pobre y viejo José en un vivac durante la huida a Egipto, y Polly, sentada, acunando a la cría, con la ventana y el ventoso día a su espalda. La Pequeña Pip extendió contenta los brazos hacia su abuelito, deseando que la cogiera. Él acarició su mejilla con aire ausente.

—Querida —le dijo a su hija—, me preguntaba si habrías visto el pequeño libro que te enseñé la pasada noche, el volumen de poemas. Me gustaría devolvérselo al señor Hyland, a quien pertenece, pero no consigo encontrarlo.

Por la tarde empezó a llover de verdad y decidí salir a dar un paseo. Sí, sí, sé lo que antes dije sobre los paseos y sobre salir a caminar, pero en aquella ocasión se estaba mejor fuera que dentro. Una búsqueda concienzuda se había puesto en marcha para encontrar el libro perdido de Freddie. Bajo las órdenes de Janey, otras dos doncellas se habían sumado a ella. Debían de haber permanecido hasta entonces confinadas en algún aposento situado en las profundidades de la casa, ya que yo no las había visto hasta que aparecieron, sonrojándose y entre risitas. Se llamaban Meg y Molly, una pareja apocada con los nudillos enrojecidos y el cabello recogido en un moño. Había gran estrépito de pasos por las escaleras y un bullicio de voces que se llamaban de habitación en habitación y numerosos volúmenes encuadernados en rojo fueron llevados ante el señor Plomer, pero en cada ocasión él movía la cabeza con tristeza.

—No consigo recordar qué hice con él —repetía en un tono cada vez más agitado—. No lo consigo.

Impacientado por todo aquel alboroto y encontrando en él una razón, si no una

excusa, para escapar, abordé a Janey en el vestíbulo y le pregunté si había algún impermeable que pudiera tomar prestado. Polly, enfadada de nuevo conmigo porque había declinado participar en la busca, me sorprendió en la puerta de entrada mientras me escabullía y me lanzó una mirada ofendida.

—Papá se encuentra terriblemente apurado —me dijo con tono acusador— y, encima, el señor Hyland se ha molestado y amenaza con marcharse porque no logramos encontrar su maldito libro y *tú* te vas a dar un paseo. Llévate a Pip, por lo menos.

Le dije que me encantaría llevar a la cría, por supuesto, por supuesto que me encantaría si no fuera porque está lloviendo, mira, y tras salir con premura hacia el húmedo escalón cerré la puerta a mi espalda y me largué.

Bajé por el camino, chapoteando alegremente bajo la lluvia mientras silbaba «The Rakes of Mallow». Escapar era lo único que anhelaba y lo demás era contingente, mero efecto de estar en libertad. Janey me había encontrado un espléndido sombrero, una especie de sueste con el ala ancha y caída por detrás y una cinta elástica para sujetar debajo de la barbilla, y un abrigo encerado que me llegaba casi hasta los tobillos. También me había dado un par de resistentes botas negras; me quedaban a la perfección y pensé que se trataba de una señal de aprobación por parte de las deidades domésticas cuya tarea era propiciar tales pequeños y felices acontecimientos. Cogí asimismo un bastón entre el abigarrado conjunto que sobresalía de una pata de elefante adaptada como bastonero que había en el vestíbulo. Vamos, Olly, me exhorté, da un paso adelante y haz tuya la libertad del camino.

La lluvia negaba cualquier aspecto utilitario que pudiera tener salir de paseo, así que yo era libre de mirar con gran interés a mi alrededor mientras avanzaba. Había un campo de repollos, cada hoja, tosca y coriácea, cubierta con temblorosas joyas de agua. Las ramas húmedas de los árboles parecían casi negras, aunque su parte inferior poseía un tono más claro, un gris oscuro. Cuando soplaba el viento racheado, dejaban caer con estrépito gotas enormes y aleatorias y recordé al sacerdote en el funeral de mi padre con aquel labrado objeto metálico corto y grueso, con un cabezal perforado, que introducía repetidamente en un recipiente de plata para, a continuación, rociar agua bendita sobre el ataúd y también sobre los deudos que estaban más próximos. Mis botas de vagabundo aplastaban y retorcían las hojas caídas. Tenía una fría gota temblorosa en la punta de la nariz y me la limpié, pero un minuto después ya se había formado otra. Todo me resultaba curiosamente agradable y alentador. En el fondo, no soy más que un ser sencillo con sencillos deseos que de manera insensata me empeño en complicar hasta que me conducen a situaciones imposibles.

Al final me alegré de que nuestro bebé fuese una niña. Es cierto que me había ilusionado con que fuese un niño. Sin embargo, hay algo absurdo y un tanto grotesco en el espectáculo de un padre y su hijo, sobre todo cuando el parecido es asombroso. Es como si el padre hubiese pretendido crear una criatura a su imagen y semejanza, una exacta copia a escala de sí mismo, pero por falta de destreza y torpeza general solo hubiera logrado la cómica parodia que es ese vacilante homúnculo. Sí, mi pequeña era

preciosa, no se parecía en nada a su pálido, pecoso y esferoide papá, al menos que yo pudiera apreciar. Me fascinaba especialmente su labio superior, que poseía la forma perfecta de una de esas estilizadas gaviotas que pintan con lápices los niños y tenía en el centro una pequeña ampolla de carne casi incolora, casi transparente de hecho, que me encantaba, no sabría decir por qué. Con qué detalle recuerdo su rostro, y qué insensata es semejante afirmación pues cualquier rostro, y en especial el de los niños, se halla en un incesante y gradual proceso de cambio y evolución, y lo que llevo en mi memoria solo puede ser una versión, una generalización de mi niña que he forjado para mí como un recuerdo evanescente. Hay fotografías de ella, por supuesto, pero las fotografías de los críos no son válidas. Creo que se debe a la ingenuidad con que miran a la cámara, sin ese destello de vanidad, de actitud defensiva, de agresividad, que resulta tan revelador en el retrato de un adulto.

Nunca la pinté, ni cuando estaba viva ni después. No obstante, me parece ver su huella en mi pintura, no un rasgo, no, sino cierto..., ¿cómo expresarlo? Una cierta suavidad evocadora de un matiz, una cierta ternura en el color o en la forma o en la sencilla inclinación de una línea o incluso una perspectiva desvaneciéndose en el infinito. Es tan leve la huella que dejan nuestros muertos; un suspiro en el aire y ya no están.

¿Qué pensaría mi padre de mí? ¿Qué sentía hacia mí, el último de sus hijos? ¿Amor? Esa difícil palabra de nuevo. Estoy seguro de que me quería, dejémoslo ahí, pero no es eso a lo que me refiero. ¿Qué esperaba él, en general, de la vida? Fuera lo que fuese, estoy convencido de que no se había personificado en mí o en cualquier otro, de hecho. Mucho tiempo después de que muriese, Gloria me contó que un día mi padre se había girado hacia ella sin previo aviso y sin ninguna razón y le había dicho con energía, airadamente incluso, que también él, al igual que yo, podría haber sido pintor si hubieran tenido medios para proporcionarle unos estudios y una formación. Aquello me sobrecogió. Si las demás personas son un enigma, los padres son un misterio insondable. Yo sobrepasé a los míos, más bien pasé por encima de ellos como si fuesen las piedras de un río, el profundo y crecido río que me separaba de la lejana orilla donde yo creía que estaba la vida real. Cómo lo dijo, le pregunté a Gloria, en qué tono, qué expresión tenía. La única respuesta que me dio fue una de sus sonrisas, amable, compasiva, no exenta de cariño.

Cuando llegué a las puertas de la verja, al final del camino, la lluvia había cesado y sentí cierta decepción. Había acariciado la idea de enfrentarme a los elementos, el viejo lobo de mar varado en tierra firme, con mi sueste y mis botas de siete leguas, indiferente a la lluvia y el vendaval. Tras dejar de pintar, observé que necesitaba confirmar una y otra vez mi existencia, necesitaba golpearme con los nudillos para verificar que aún era una persona o que, al menos, tenía alguna consistencia y, a menudo, cuando solo recibía como respuesta un sonido hueco, tendía a imaginar otro papel para mí, incluso otra identidad. El amante de Polly, por ejemplo, era algo que podía ser, del mismo modo que el hijo ingrato, el falso amigo, hasta el artista fracasado. Las alternativas que fantaseaba no requerían ser impresionantes, no requerían ser buenas o decentes, no requerían alimentar

mi autoestima, siempre que pareciesen reales, siempre que pudiesen pasar por ser reales e imagino que con tal término quiero decir auténticas. *Auténtico*: otra palabra que me inquieta. Lo más destacado en esta estrategia de crear nuevos yo es era que los resultados apenas diferían de cómo me iban las cosas en la época en que todavía era pintor y aún no dudaba de mi mismidad esencial, o no me daba cuenta de que dudaba. Es complicado ser yo. Pero sería complicado ser cualquier otra persona, estoy seguro.

En la verja, giré hacia la carretera y empecé a caminar por el borde empapado, perdido en mis pensamientos sobre todo y sobre nada. El asfalto mojado brillaba en la luz menguante. De vez en cuando, un pájaro, alertado por mis pasos, emergía del seto junto al que caminaba y alzaba el vuelo mientras lanzaba estridentes trinos de aviso. Nos hablan del enredo de mundos que nunca veremos, pero ¿y de los mundos que vemos: de los mundos de los pájaros y las bestias? ¿Acaso podría haber algo que nos fuese más ajeno? Y sin embargo, pertenecemos a esos mundos hace largo tiempo y retozamos en los felices prados, todos los indicios señalan que fue así, aunque resulta difícil de creer. Me siento más inclinado a pensar que aparecimos espontáneamente, quizá brotamos de las raíces de la mandrágora, configurados, a nuestro pesar, para vagar sobre la tierra, desconcertados y abrumados seres autóctonos.

Aunque no había tomado nada en la comida, no tenía hambre. El estómago sabe cuándo no va a ser alimentado y, como un perro viejo, se dispone a dormir. Así, creo, se confortan las criaturas para que sus necesidades les sean menos penosas; a veces, el Señor aprieta pero no ahoga.

Ahora llega lo más extraño, incluso hoy dudo qué pensar sobre ello, ni siquiera sé si llegó a ocurrir. Empecé a oír un batiburrillo de instrumentos musicales que se aproximaba e iba haciéndose más y más ruidoso hasta que de un recodo de la carretera surgió una pequeña tribu de lo que tomé por comerciantes o vendedores ambulantes o algo parecido ataviados con ropas orientales. Me detuve, me apreté contra el seto y contemplé cómo avanzaba a paso lento en la creciente oscuridad una procesión rodante de media docena de caravanas pintadas de azul y de un vivo rojo y con negros techos curvados, de las que tiraban pequeños y robustos caballos, como aquellos de metal que solían regalarnos en Navidad, con las aletas de los hocicos dilatadas y el blanco de los ojos reluciente. Hombres delgados y de piel oscura, vestidos con túnicas largas y ornamentadas sandalias —¿sandalias con aquel tiempo!—, caminaban junto a los caballos, con rítmicas y ligeras zancadas, sujetando las bridas mientras desde el umbrío interior de las caravanas sus rollizas y veladas mujeres miraban hacia fuera en silencio. Cerraba la caravana un grupo de chavales desharrapados que tocaban una música cacofónica y quejumbrosa con pífanos, pipas y pequeñas darbukas de vivos colores. Los observé mientras pasaban, los hombres tenían sus estrechos rostros marcados por cicatrices y las mujeres, lo poco que pude vislumbrar, eran enormes, con los ojos pintados de kohl y las manos tatuadas con henna dibujando intrincados arabescos. Ninguno me prestó atención, ni siquiera los niños me echaron una ojeada. Tal vez no me vieron, tal vez solo yo los vi. Y así pasó la tintineante y colorida compañía por la húmeda

y ensombrecida carretera. Los seguí con la mirada hasta que los perdí de vista. ¿Quiénes eran? ¿Qué eran? ¿Eran, al menos? ¿Había llegado yo por azar a uno de esos puntos donde se intersecan los universos? ¿Había irrumpido, aunque brevemente, en otro mundo, distante en el espacio y en el tiempo al nuestro? ¿O tan solo lo había imaginado? ¿Se trataba de una visión o de una ensoñación?

Continué andando, indiferente a la oscuridad invasora, desasosegado por aquel encuentro alucinante y, sin embargo, también extrañamente eufórico. El follaje a mi alrededor se iluminó de pronto por los faros de un coche que se aproximaba. Me detuve y retrocedí de nuevo al borde de la carretera, cubierto de hierba, pero en lugar de seguir de largo, el vehículo aminoró la velocidad hasta detenerse con una sacudida. Era el absurdo armatoste con el gran portón trasero de Freddie Hyland y era el propio Freddie quien me observaba desde el asiento del conductor.

—Pensé que eras tú —me dijo—. ¿Quieres que te acerque a alguna parte?

¿Cómo lo hace, cómo consigue esa grave sonoridad patricia que hace que hasta la cosa más simple dicha por él transmita el peso de generaciones? Después de todo, se trata del mismo Freddie Hyland a quien mis hermanos solían atemorizar en el patio del colegio; le quitaban la cartera y, a patadas, la lanzaban de un sitio a otro como si fuese un balón de fútbol. Me pregunto si él recuerda esa época.

Mi primer impulso fue agradecerle su amable proposición y rechazarla educadamente —¿acercarme adónde, además?—, pero me encontré cruzando por delante de aquella máquina palpitante, atravesando la luz deslumbradora de los faros y subiendo al asiento del copiloto. Freddie me ofreció una de sus pausadas y melancólicas sonrisas. Vestía su capa y su gorra con visera. Con dos resoplidos el coche se puso en marcha. El enorme volante estaba tumbado, como en un viejo autobús, así que Freddie tenía que inclinarse sobre él igual que un crupier haciendo girar la ruleta, mientras que al mismo tiempo trabajaba intensamente con los pedales. Conducía a escasa velocidad, con sosiego. La carretera parecía un túnel sin fin al que nosotros y nuestras luces éramos arrastrados de manera inexorable. Freddie me preguntó si era a la ciudad donde quería ir y, sin pensarlo, dije que sí. ¿Por qué no? Me venía tan bien ir allí como a cualquier otro lugar. De nuevo era un fugitivo.

Le pregunté a Freddie si, de camino, se había cruzado con la caravana oriental. No dijo nada, tan solo movió la cabeza y, sin separar los ojos de la carretera, sonrió de una forma que me pareció misteriosa.

—La ciudad es el lugar donde naciste, ¿no es cierto? —dijo tras un rato.

En el resplandor del salpicadero su rostro parecía una máscara alargada y verdosa, con las cuencas de los ojos vacías y un delgado tajo negro como boca. Le hablé de la casa de mis padres, que nos alquilaba su primo Urs, cuyo nombre concordaba tan bien con su aspecto de oso. Al oírme, tampoco hizo ningún comentario. Tal vez para él existe una clara línea, delimitada hace largo tiempo, y rehúsa conocer todo lo que cae fuera de la misma.

—No hay ningún sitio que yo considere mi hogar —dijo con aire pensativo—. Vivo

aquí, por supuesto, pero no soy de aquí. Sé que la gente se ríe de nosotros. Y, sin embargo, han pasado cien años desde que mi tío abuelo llegó, compró la tierra y construyó su casa. Siempre he pensado que no deberíamos habernos cambiado el apellido —frenó ante un zorro, que atravesó la carretera a toda velocidad con la cola baja y el negro y afilado hocico levantado—. ¿Conoces Alpinia? —preguntó mirándome de reojo—. Los pueblos, las regiones: Bavaria, la Engadina, Gorizia... Tal vez mi casa se encuentre allí.

El motor gruñía y traqueteaba mientras el coche cogía velocidad de nuevo. Me pareció sentir un soplo frío y cortante, como una ráfaga de aire que viniera de las alturas nevadas. Mi sombrero estaba en el suelo, entre mis pies; mi bastón de endrino, entre mis rodillas.

—Nuestra familia antaño era Regensburger, de la ciudad de Regensburg —dijo el Príncipe con su tono fatigado—. A menudo sueño con el lugar, con el río y el puente de piedra, con las extrañas torres moriscas y los nidos de las grullas sobre ellas. Tal vez algún día vuelva allí, al lugar de mis ancestros.

Miré los árboles, cómo emergían de repente ante la luz de los faros y cómo con la misma rapidez caían en la oscuridad cuando los dejábamos atrás. ¿Os acordáis de que solía haber ofertas gratuitas en la parte trasera de los paquetes de cereales en la época en que éramos niños y Alpinia aún era un caos de pueblos en guerra? Cortabas un determinado número de cupones y los enviabas a unas señas en el extranjero y unos días o unas semanas más tarde llegaba tu regalo por correo. Qué emocionante era imaginar a un extranjero, tal vez una chica con las uñas pintadas de rojo y el pelo con permanente, empuñando un abrecartas, sacando tu carta y sujetándola, es más, sujetándola entre sus uñas rojas, para leerla, para leer la carta que tú escribiste, doblaste y deslizaste crepitando, tan blanca y crujiente como lino almidonado, en un sobre con su olor tan evocador a celulosa y goma arábica. Y allí estaba el objeto mismo, el regalo, un juguete barato de plástico que se rompería al día siguiente o dos días después, pero que aun así era sagrado, un talismán convertido en mágico simplemente —¡simplemente!— por ser de otro país. Ningún adorador de los Cultos del Cargo habría sentido el mismo fervor místico que yo cuando mi valioso paquete llegaba dando tumbos desde el aire. Ya lo he dicho antes, pero voy a decirlo de nuevo: esa es la finalidad del robo, una vez robado el objeto más trivial es transfigurado en algo nuevo y espiritualmente valioso, algo que...

Sabía que llegaría al robo, ese tema nunca está muy lejos de mis pensamientos.

¡So!, me gritaréis, desmonta un instante de ese sofisticado caballo de juguete y explícanos lo siguiente: ¿cómo es posible que Polly Pettit, cuyo apellido de soltera era Plomer, que afanaste a su marido y que situaste en el firmamento, perdiera tan repentinamente su esplendor divino? Porque ese era tu empeño, todos lo sabemos: hacerla divina, nada menos. De acuerdo, lo admito, procuré llevar a cabo la tarea asignada a Eros —sí, Eros—, la tarea de conferir luz divina a lo vulgar. Pero no, no, mi empeño era aún mayor: la total transformación, la arcilla metamorfoseada en espíritu. El placer, el deleite, los arrebatos de la carne, ese tipo de cosas no significan nada,

prácticamente nada, para un hombre como yo. Trans-esto y trans-aquello, todos los trans-, eso era lo que yo perseguía, la conversión de las cosas, de todo sin excepción, mediante el poder de la concentración, que es, no os equivoquéis, el poder que está en la base de todo poder. El mundo sería de una forma tan absoluta el objeto de mi apasionada mirada que revelaría su ser y se sonrojaría violentamente ante dicha explosión de autoconciencia. Recuerdo cómo Polly se sobrecogía algunas veces y se cubría con las manos como Venus sobre su concha. «¡No me mires así!», decía con una sonrisa, pero frunciendo el ceño al mismo tiempo, presa del desasosiego que le causaba mi mirada devoradora. Tenía razón al sentirse nerviosa porque yo estaba decidido a consumirla por entero. ¿Cuál era el móvil secreto de tal impulso? ¿Los insaciables y enloquecidos requerimientos del amor? ¿El hambre furiosa del amante? Por supuesto que no, os lo aseguro, ¡por supuesto que no! Era una cuestión de estética, se trataba siempre de una pretensión estética. Eso es, Olly, continúa, levanta las manos y finge que nadie te comprende. No te gusta cuando el cuchillo se aproxima al hueso, ¿verdad? Pobre Polly, ¿intentar convertirla, aunque solo fuese a tus ojos, en algo que no era no es lo peor que podrías haberle hecho? Y mírate ahora, huyendo de ella una vez más, conchabado de alguna extraña manera con el Príncipe de los Hombros Nevados. Menudo farsante eres. Un farsante desvergonzado y necio.

Ah, sí, nada como el látigo de seda del autorreproche para aliviar una conciencia inteligente.

¿Dónde me encontraba? ¿Dónde nos encontrábamos? Rodando, sí, rodando Freddie y yo a través de las sombras crecientes de la tarde. Llegamos a la ciudad cuando las tiendas estaban echando el cierre. Es siempre una hora triste, especialmente en otoño. Freddie me preguntó dónde podía dejarme. No sabía qué contestar y le dije que en la estación de tren, el primer lugar que me vino a la cabeza. Pareció sorprenderse y me preguntó si me iba de viaje, si partía hacia algún sitio. Le dije que sí. No sé por qué mentí. Tal vez deseaba irme, haberme ido, librando así a los demás de la mosca, la mosca cojonera y su zumbido. Miró mi impermeable y mi bastón de endrino, pero no hizo ningún comentario. Noté, no obstante, que estaba pensando e incluso percibí un estremecimiento de inusitada animación en su comportamiento. ¿Cuál podía ser la razón de tal entusiasmo?

Cuando nos detuvimos ante la estación, era de noche. Me bajé de la cabina y Freddie se fue, el tubo de escape de su absurda máquina escupiendo bocanadas de un oscuro humo azulado.

¿Qué debía hacer? Caminé a lo largo del muelle, sujetando mi sombrero de pescador de arrastre. La noche era desapacible y ventosa; a mi izquierda, el agitado mar se veía tan negro y brillante como charol y, de vez en cuando, un pájaro blanco surcaba la oscuridad en fantasmal silencio. Ningún pensamiento cruzaba mi cabeza —tal vez sea esa la finalidad de los paseos, embotar la mente y detener sus incesantes especulaciones— y mis pies parecían marchar solos cuando me alejé del puerto y, con cierto asombro, me encontré detenido en la calle frente a la lavandería y la puerta de acceso a la empinada

escalera que conducía al estudio. Pensé que podría pasar allí la noche y dormir en el sofá, mi viejo y fiel compañero. Estaba rebuscando la llave en mis bolsillos cuando alguien salió de la oscuridad junto a la entrada de la lavandería. Retrocedí espantado y entonces me di cuenta de que era Polly. Vestía una boina y un amplio abrigo negro, demasiado grande para ser de su padre, que debía de haber pertenecido a algún corpulento campesino de la familia. Su repentina aparición me desconcertó. Le pregunté cómo había llegado hasta allí, sin poder ignorar el asustado gallo en mi voz. Pero ella hizo caso omiso de mi pregunta y me exigió que abriera de inmediato la puerta porque, según dijo, se estaba muriendo de frío. En silencio, subimos penosamente las escaleras y, como empezaba a ser costumbre, yo pensé en el patíbulo.

En el estudio, el ventanal del techo proyectaba en el suelo la luz de las estrellas, dibujando una extraña jaula. Encendí la luz. El frío parecía mayor allí dentro que fuera, aunque con aquellas botas prestadas yo sentía los pies desagradablemente calientes y sudados. Contemplé los objetos familiares: la ventana abuhardillada, la mesa con sus botes y pinceles, los cuadros apilados con el lienzo contra la pared. Me sentí más ajeno que nunca al lugar y curiosamente también a disgusto, como si hubiera irrumpido de manera necia en los asuntos de otro. Envuelta en su gigantesco abrigo, Polly se abrazaba a sí misma con los ojos fijos en el suelo. Se había quitado la boina y la arrojó a la mesa. Miré su cabello mientras recordaba cómo envolvía mi mano antes con un grueso mechón del mismo, tiraba de su cabeza hacia atrás y hundía mis dientes de vampiro en su pálida y suave garganta, excitantemente vulnerable. Le pregunté si le apetecía un brandy para entrar en calor y entonces recordé que Marcus y yo habíamos terminado la botella. Cohibido y cauteloso, le pregunté de nuevo cómo había llegado hasta allí.

—Conduciendo, por supuesto —dijo con altanero desprecio—. ¿No has visto el coche en la calle? No, por supuesto que no. Tú no prestas atención a nada que no seas tú mismo.

A menudo pienso con perplejidad y cierta consternación en esas pinturas mías, en su mayoría obras menores, que están repartidas en galerías por todo el mundo, desde Reikiavik hasta Nueva Gales del Sur, desde Novy Bug hasta las Portland —en la costa de Oregón y en Maine—, esas dos ciudades homónimas tristemente separadas. Esos cuadros tienen para mí una existencia suspendida, liminal. Son como objetos vislumbrados en un sueño, claros, pero sin consistencia. Sé que están relacionados conmigo, sé que soy su autor; sin embargo, no experimento ningún sentimiento existencial hacia ellos, no percibo su distante presencia. Eso mismo me sucedía con Polly. Sin saber cómo, ella había perdido algo esencial en mi percepción externa, pero aún más en mi percepción interna. ¿Qué era mayor misterio: que hubiese sido para mí lo que antes fue o que hubiese cesado de serlo? Allí estaba, ante mí, inapelablemente ella. Y ese era el asunto, que por fin era ella misma y no quien yo había inventado. Qué insulsas y deprimentes pueden llegar a ser esas repentinas revelaciones. Quizá sería mejor no tenerlas y aferrarse a la patanería primordial.

Iba a disculparme por haber huido de nuevo, pero apenas acababa de empezar

cuando ella se revolvió contra mí, furiosa.

—¿Cómo has sido capaz? —dijo con la barbilla hacia dentro, la mirada encendida y una furibunda y herida expresión—. ¿Cómo has sido capaz de insultarnos de esa manera?

¿Insultarnos? ¿Se refería a nosotros dos? ¿A ella y a mí? No parecía el caso, no, decididamente no. Sentí en mi interior un tañido de terror, como cuando pulsas con fuerza la cuerda de un violín. Dije que no sabía a qué se refería. Dije que había ido a dar un paseo, ella misma me había visto en la puerta cuando salía. Le hablé de mi encuentro con aquella gente de piel oscura y de cómo Freddie Hyland apareció y con sus modales principescos se ofreció a llevarme y cómo pensé en aprovechar la oportunidad para acercarme al estudio y comprobar si todo estaba en...

—¿Dónde está? —soltó de repente en voz muy alta, casi gritándome a la cara, y una gota de saliva aterrizó en mi muñeca. Es sorprendente lo rápido que se enfría la saliva al aire.

—¿Qué? —grazné asustado—. ¿Dónde está qué?

—Sabes muy bien qué: el libro..., su libro. El libro de poemas de como-se-llame. ¿Dónde está?

Dije de nuevo que no sabía a qué se refería, que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Me había quedado con un hilo de voz, llorosa y algo vacilante, la voz que siempre utilizan los culpables cuando claman su inocencia. A continuación, se produjo el inevitable vodevil con su rutina de acusaciones por un lado y negaciones por el otro. Yo me envalentoné y monté el número, pero al final ella se negó a escuchar un solo berrido más, negó con la cabeza y alzó una mano para silenciarme, entrecerrando ligeramente los ojos y arqueando las cejas.

—Tú lo cogiste —dijo—. Sé que lo hiciste. Devuélvemelo ya.

Ay, Dios. Ay, Dios mío. A menudo me parece que mi vida no es un movimiento hacia delante, como sucede cronológicamente, sino un constante retroceso. Me veo a mí mismo forzado a retroceder por una multitud de puños furiosos, con el labio sangrando y el abrigo desgarrado, trastabillando sobre adoquines destrozados y gimoteando con aire lastimero. Pero en esta ocasión lo que más me impresionó no fue la ira de Polly, su indignación, por impresionantes que fuesen, sino la clara y sencilla aversión que mostraba hacia mi persona, el mohín de desagrado que parecía sentir por el mero hecho de hallarse en mi presencia. En su gesto había el deseo de apartarse, como alguien que retrocede ante algo sucio. Eso era nuevo; eso era completamente nuevo.

—Venga, devuélvemelo —dijo con tono de policía duro y extendió la mano con la palma hacia arriba—. Sé que lo tienes.

Sí, comprendí que lo sabía y sentí que algo se contraía dentro de mí hasta adquirir el tamaño y la textura arrugada de un globo que aún no se ha desinflado del todo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, mientras, como el viejo ratón que era, buscaba una grieta por donde escapar.

—Me lo dijo Pip. Ella te vio cogerlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —grité—. ¡Pip ni siquiera habla todavía!

—Conmigo sí.

Yo estaba hecho un lío. ¿De verdad me había visto la niña coger el libro? ¿Había conseguido delatarme? Si lo había hecho, y debo creerlo o, al menos, aceptarlo, entonces el juego se había terminado. Metí la mano dentro del impermeable, saqué con torpeza el libro del bolsillo de mi chaqueta y se lo tendí a Polly.

—Solo lo cogí prestado —protesté, igual que un niño enfurruñado a quien han sorprendido robando los regalos en una fiesta de cumpleaños.

—¡Ja! Igual que cogiste prestadas todas las demás cosas, supongo —dijo ella con airado desdén.

La miré con esfuerzo. Mi corazón latía a un ritmo sincopado.

—¿Qué son todas las demás cosas?

—Todas las cosas que nos has quitado —bufó mientras inclinaba el cuello hacia atrás—. ¿Crees que no sabemos nada de tus robos? ¿Crees que estamos ciegos y que además somos idiotas? —abrió el libro y lo hojeó rápidamente—. Ni siquiera hablas alemán, ¿no? —y movió la cabeza con amargo desánimo.

Al final la hora de la verdad había llegado y había sucedido de forma completamente inesperada. Que yo supiera, nunca me habían pillado robando, nunca, en todos mis años de ladrón. Supongo que Gloria tendría sus sospechas —es muy difícil ocultarle algo a una esposa—, pero estaba convencido de que nunca me había visto afanando nada; y por alguna razón, incluso si me hubiera visto, en su caso no contaría. Pero que me hubiese descubierto Polly, es más, que hubiera estado al tanto de mis robos todo el tiempo era una gran conmoción y una gran humillación, aunque *conmoción* y *humillación* no sean los términos más apropiados para describir mi estado. Me sentía como si hubiese sufrido un ataque físico, como si me hubiesen metido un palo en las entrañas y lo hubieran removido con violencia, y durante un segundo creí que iba a vomitar. Me habían robado, era yo ahora quien había perdido algo secreto y valioso. El pequeño volumen entelado en carmesí, que había palpitado en mi bolsillo con una plenitud oscura y erótica, se convirtió en otro triste y pequeño balón con una fuga de aire cuando, inmóvil y agotado, se lo tendí a Polly.

Hay algo que puedo decir con certeza: no volveré a robar.

Todavía queda más, ¡sí, más! Polly sufrió una nueva transformación, la final, ante mis ojos. De pie, con aquel abrigo grande y tosco, sin maquillaje, el pelo despeinado por la boina, las pantorrillas desnudas y los pies, sin tacones, apoyados con firmeza en el suelo, podría haber sido una escultura, no sé, una figura en la base de un tótem, una efigie tribal a la que ya nadie adoraba. Como una deidad, la deidad de mi deseo, había sido perfectamente inteligible, mi pequeña Venus particular, reclinada en el hueco de mi brazo; ahora, tal como era en realidad, ella misma y nada más, una criatura humana hecha de carne, huesos y sangre, resultaba aterradora. Pero lo que me aterraba no eran su ira ni las recriminaciones que me lanzaba ni su boca curvada con desprecio. Lo que me conmovió con más intensidad fue la lisa y llana indiferencia que sentía en ella. Y fue entonces, al fin, al final de los finales, cuando supe que había salido de mi vida para

siempre.

¿Para mi fortuna? Para mi desgracia.

Aquello fue el final, si es posible hablar de finales en el continuo inquebrantable que es el mundo. Bueno, fue inevitable que prosiguieran en el estudio durante cierto tiempo los estallidos redoblados de ira, el torrente de lágrimas, las acusaciones y los desmentidos, los cómo-pudiste y los cómo-puedo, los no-me-toques y los no-te-atrevas, los gritos de angustia, las disculpas balbuceantes. Pero bajo todo eso yo podía ver que a ella ya le daba igual y cumplía con la situación, llevaba a cabo el necesario ritual, por una cuestión de forma. ¡Y pensar en qué alta consideración me tenía antes! Creía que era un dios, ya me lo había dicho, ¿lo recordaba? La primera vez que me vio en el taller de Marcus, el día que llevé a reparar el reloj de mi padre —lo tengo ahora delante de mí en la mesa mientras sus minutos pasan acusadoramente—, se dirigió a la biblioteca, según me contó más tarde, sacó un libro sobre mi trabajo —la monografía de Morden, imagino, un estudio ínfimo a pesar de su seria apariencia—, y se sentó junto a la ventana de su salón con el volumen abierto en el regazo, pasando los dedos sobre las reproducciones, imaginando que la superficie del fresco y satinado papel era yo, era mi piel.

—¿Te haces una idea de lo idiota que me siento al confesártelo? —me preguntó con suavidad y aire fatigado. Incliné la cabeza sin decir nada—. Y no eras más que un ladrón. Un ladrón. Y nunca me quisiste.

Permanecí en silencio. Hay ocasiones en que es una indecencia hablar, hasta yo lo sé. La luz de la lámpara brillaba en el suelo, a nuestros pies; la luz de las estrellas brillaba en la ventana, sobre nuestras cabezas. Noche, viento nocturno, jirones de nubes. Una verdadera tormenta, fuera y dentro. Oh, mundo. Oh, mundanal mundo, perdido casi en su totalidad para mí.

Cuando, por fin, Polly se quedó sin nada más que decir y, tras mover con tristeza la cabeza, se dirigió a la puerta, fui presa de un pánico tardío e intenté detenerla. Se frenó apenas un segundo, miró con leve disgusto mi mano sobre su brazo, distante como una heroína en el escenario, y entonces se apartó de mí y se fue. Permanecí inmóvil sin saber qué hacer, con el corazón desbocado y la sangre encendida. Me sentía como alguien que, en el último momento, mientras paseaba por el puerto al anochecer, decidió saltar a la cubierta de un barco que partía y ahora está en la popa, contemplando con desmayada incredulidad cómo se aleja la ciudad conocida, sus tejados y torres, sus serpenteantes carreteras, sus suaves acantilados y costas arenosas, y cómo todo se va haciendo pequeño y borroso, cada vez más borroso en la luz menguante del ocaso mientras a su espalda, en el horizonte lejano, nubes de un maligno azul casi negro avanzan retumbando.

III

Tuvimos un tiempo maravilloso para el funeral, sí, hizo un día verdaderamente espléndido. Qué cruel puede ser el mundo. Es una necedad decir tal cosa, por supuesto. El mundo es indiferente hacia nosotros —¿cuántas veces he de recordarme ese hecho?—, ni siquiera nos reconoce, salvo tal vez como un obstinado parásito, como los ácaros que infestaron el mirto de Gloria. Aunque estamos a finales de noviembre, el otoño ha vuelto, una luz densa y brillante como mermelada de albaricoque se extiende sobre los días, una fragancia embriagadora a humo y a viva descomposición flota en el aire y los colores azulados y ámbar oscuro resplandecen. Por la noche la temperatura cae en picado y al amanecer las rosas, todavía florecidas, muestran un encaje de escarcha y cuando el sol aparece, inclinan sus cabezas y lloran durante una hora. A pesar de las tormentas de principios de otoño, aún quedan hojas en los árboles. Basta el más leve céfiro para que los árboles susurren excitados, igual que chicas contoneándose con sus vestidos de seda. No obstante, hay una tenue oscuridad en las cosas, el mundo está ensombrecido, velado de algún modo por la muerte. Sobre el cementerio, la bóveda del cielo parecía más honda y poseía una intensidad mayor de la habitual —¿azul cerúleo?, ¿cian?, ¿azul aciano?— y la oblea transparente de la luna llena, el fantasma del sol, se hallaba justo encima de la copa afilada de un pino cárdeno. Nunca sé dónde colocarme en los funerales y siempre acabo pisando la última morada de algún pobre desgraciado. Aquel día me quedé bien atrás, escondido entre las lápidas. Me aseguré de tener una buena vista de las dos viudas —pues había dos, o bien podrían haberlo sido ambas—, aunque se encontraban en lados opuestos de la sepultura y evitaban mirarse. Con sus sombreros negros de ala caída, tenían un aire severo y dramático: Polly iba con la Pequeña Pip, que había dado un increíble estirón —¿cómo crecen los niños!— y se mostraba arrogante y enfadada —los críos odian los funerales—, mientras que Gloria permanecía de pie, con una mano colocada bajo el corazón, como no sé quién..., como la Victoria alada de Samotracia u otra imponente escultura semejante, dañada y magnífica. No había ataúd, solo una urna con las cenizas, pero aun así excavaron una sepultura ante la insistencia de Polly, según me dijeron. La urna me recordaba la lámpara mágica de Aladino. Alguien debería haberla frotado, nunca se sabe. Como veréis, no he perdido mi afición a las bromas de mal gusto, es algo irrefrenable. Enterraron la urna con las cenizas. Me pareció de mal gusto, la verdad.

Hay un constante tictac en mi cabeza. Soy mi propia bomba de relojería.

Tengo la impresión de que lo que siempre he hecho ha sido dejar que mi ojo vagara sobre el mundo igual que un fenómeno atmosférico, pensando que así lo hacía mío, es más, que así lo convertía en mí, cuando en realidad yo era tan anecdótico como el sol o la lluvia, la sombra de una nube. Lo mismo con el amor, por supuesto, esa obstinación mía en transformar, transfigurar, la carne hecha forma. Todo en vano. El mundo, las mujeres son lo que siempre han sido y siempre serán a pesar de mis esfuerzos más denodados.

Hemos vivido momentos muy intensos, muy intensos. Me muevo, cuando me muevo, en aturrido desconcierto. Es como si hubiese vivido siempre ante un espejo de cuerpo entero mirando pasar a la gente, por detrás y por delante de mí, hasta que alguien me cogió bruscamente de los hombros y me dio media vuelta y ¡mira! Ahí estaba el mundo no reflejado, la gente y las cosas, y a mí no se me veía en ningún lugar. Podría haber sido perfectamente el que ha muerto.

Sí, hemos vivido momentos muy intensos. No sé si mi corazón soportará que rememore todo o al menos todo lo que parece esencial. En términos de duración no es mucho, semanas como máximo, aunque parece que fue un siglo. Dar algún tipo de explicación, dejar algún tipo de testamento es algo que, supongo, debo hacer por nosotros, por los cuatro. Cuando era joven, apenas había cumplido los veinte aunque ya estaba poseído por una férrea ambición, tuve una experiencia inolvidable una noche; no sé muy bien cómo describirla y quizá no debería intentarlo. Aunque no había bebido, me sentía como si estuviese al menos medio borracho. Había empezado a trabajar con las primeras luces y no me detuve hasta bien pasada la medianoche. En aquella época trabajaba muy duro hasta llegar a un estado de sombrío y dolorido aturdimiento que resultaba, a veces, difícil distinguir de la desesperación. Era tremendamente arduo respetar las reglas —yo no era un iconoclasta, digan lo que digan— mientras que, al mismo tiempo, luchaba por escapar e ir más allá de ellas. La mitad de las veces no sabía qué estaba haciendo y tanto me habría valido pintar en la oscuridad. La oscuridad era el adversario, la oscuridad y la muerte, que son lo mismo cuando lo piensas, si bien es cierto que hablo de una cierta forma de oscuridad. Trabajaba a toda máquina, febrilmente, siempre con el terror de no vivir lo bastante para terminar lo que había empezado. Algunos días el rufián en la escalera entraba en la habitación^[4] y se quedaba a mi lado, junto al caballete, deslenguado e insolente, dándome golpecitos en el codo mientras me susurraba provocador a la oreja. Pero no era una alegoría, sino la misma muerte, la auténtica exterminadora que yo vaticinaba cada día. Yo era el más hipocondríaco de los hipocondríacos, acudía sin cesar al doctor por un dolor aquí, un bulto allá, convencido de ser un enfermo terminal. Me aseguraban una vez tras otra y con creciente exasperación que no me estaba muriendo, que estaba más sano que una manzana, que un cesto lleno de manzanas, pero, sospechando que me daban largas, yo consultaba una segunda, una tercera, una cuarta opinión en mi funesta búsqueda de la sentencia de muerte. ¿Qué había en el fondo de todo eso? ¿Qué creía que me iba a suceder? Tal vez no era la muerte lo que temía, sino el fracaso. Aunque eso me parece demasiado simple. Pero algo debía andar mal dentro de mí para que alimentara y cuidara tan mórbida obsesión.

Volvamos, en cualquier caso, a aquella noche, al exhausto final de un largo día de esfuerzo. Estaba trabajando en algo histórico. ¿Qué era?... Eso es, Heliogábalo, ya lo recuerdo, Heliogábalo, el niño bulboso. Durante meses me fascinó el personaje, con aquella cabeza extraordinaria igual que una granada madura a punto de estallar y proyectar sus semillas en todas direcciones. Al final lo convertí en un minotauro, quién sabe por qué. ¿Veis lo que quiero decir cuando hablo de oscuridad? ¿Dónde vivía entonces? ¿En el agujero infecto en Oxman Lane que alquilé a la madre de Buster Hogan? Convengamos en ello, qué más da. Eso sucedió tiempo antes de Gloria —¿he mencionado que es mucho más joven que yo?—, yo iba detrás de una chica que no quería saber nada de mí, una más del harén de Hogan, qué casualidad. Ya ha corrido mucha agua bajo ese puente, dejémoslo pasar. Ahí estaba yo, sintiendo un hormigueo en el brazo con el que pinto y con las piernas como dos troncos petrificados tras las largas horas pasadas ante la brillante cabeza de Helio, cuando súbitamente supe la verdadera naturaleza de mi vocación, si podemos llamarla así. Yo estaba llamado a ser un representante... No, no *un*, yo estaba llamado a ser *el* representante, el impar, el solo y único. Así se me anunció... Se me anunció, sí, ya que el mandamiento, la comisión, parecía provenir de otra parte. Al principio me quedé anonadado, esa es la palabra. La propia Virgen, sorprendida en sus oraciones por el joven genuflexo con alas del color del lino, no debió de sentirse más confundida que yo aquella noche. ¿Qué o a quién debía representar? ¿Y cómo? Entonces recordé las cuevas de Lascaux y las famosas huellas prehistóricas de manos en sus paredes. Ese era yo, esa era mi firma, la firma de todos nosotros, la estilizada marca de la tribu. No eran buenas noticias, debo decirlo. No eran buenas, ni malas. En cierto modo, ni siquiera tenían que ver conmigo, no directamente. Ciervos y uros surgirían de mi pincel y yo no tendría ni voz ni voto en el asunto. Sería tan solo el médium. Pero ¿por qué yo? ¿Qué me importaba a mí la tribu? ¿Qué le importaba yo a la tribu? Esa era la clave, imagino: yo no era nadie, sigo sin ser nadie. Solo el médium, el médium medio, *Niemand der Maler*.

Percibo los días, estos días, como el período de posguerra. La suerte de agotada calma que ha sobrevenido posee un persistente tufillo a cordita y quienes no han muerto tienen el aire pasmado de los supervivientes. Mi segundo regreso a casa, hace solo escasas semanas, fue una misión de paz. Así sucede conmigo. Soy como un artillero que cada cierto tiempo vislumbra a través de una abertura en el humo del cañón un paisaje devastado donde los heridos trastabillan a ciegas, tosiendo y gritando de dolor. Hay ocasiones en que debes rendirte, salir al campo de batalla con el pañuelo atado al cañón del mosquete. Al principio, me refiero al principio tras volver a casa, me sentía como una persona desplazada, casi podría decir que como un refugiado. Después de la debacle en Grange Hall y la espantosa confrontación con Polly que vino a continuación —una trifulca sangrienta por ambos lados—, permanecí escondido durante unos días en el estudio, acostándome como buenamente podía en aquel sofá con sus manchas amorosas, donde era imposible dormir y lo máximo que conseguía era un sueño intermitente. Ay, aquellos amaneceres cenicientos en que yacía bajo la ventana desnuda en el tejado,

incrustado en la felpa gastada como una polilla clavada con alfileres a una superficie acolchada, contemplando cómo caía la lluvia a ráfagas y cómo volaban en círculo las gaviotas y escuchando sus desesperados chillidos. Aún era peor cuando me giraba boca abajo, con la cabeza apretada contra el ajado terciopelo verde que tan intensamente olía a Polly.

¿La echaba de menos? Sí, pero de una peculiar manera que me desconcierta. Lo que sentía ante su pérdida, ante su marcha, no era la ardiente explosión de angustia que cabría esperar, sino una clase de dolorosa nostalgia extrañamente parecida a la que experimentaba cuando era niño y sentado junto a la ventana, digamos en una tarde de invierno, con la barbilla apoyada en el puño, contemplaba caer la lluvia en el asfalto igual que una compañía de diminutas bailarinas de ballet, cada gota dibujando una pirueta pasajera antes de representar la muerte del cisne y desaparecer. ¿Os acordáis? ¿Recordáis cómo eran esas horas junto a la ventana, las ensoñaciones junto al fuego al anochecer? Lo que yo añoraba nunca había existido. Con eso no pretendo negar lo que había sentido por Polly, lo que ella había significado para mí. Solo que ahora, cuando mi mente la busca no encuentra nada. Podría recordar, puedo recordar, cada mínimo detalle de ella con la mayor y más dolorosa viveza —el sabor de su aliento, el calor en la pequeña cavidad en la base de su columna, el húmedo brillo malva de sus párpados cuando duerme—, pero de su ser esencial solo persiste un fantasma, inasible como la mujer de un sueño. Lo que quiero decir es que la pérdida de mi amor por Polly, del amor de Polly por mí fue... Algo, algo, algo... Aguardad, estoy buscando. En vano, he perdido el hilo. De todos modos, ¿por qué sigo preocupándome por el amor, como un perro lamiéndose las heridas? El amor, en efecto.

Tratado sobre el amor. Versión reducida.

TODO AMOR ES AMOR A UNO MISMO.

¿Queda claro así?

No habría podido quedarme mucho tiempo en el estudio, saliendo a hurtadillas para comprar lo esencial para sobrevivir y regresando a toda velocidad, acurrucándome junto a la mesa abarrotada para beber leche directamente de la botella y mordisquear mendrugos de pan y trocitos de queso como el viejo Ratty, mi amigo y mascota durante la época que pasé en casa de mis padres. No había ninguna Maisie Kearney cerca para prepararme sándwiches clandestinos. Además, hacía mucho frío. La calefacción parecía haberse estropeado del todo y de no haber sido por el aire caliente que se filtraba a través de la tarima desde la lavandería que está en el piso inferior, podría haberme muerto. ¿Es posible morir de hipotermia cuando estás en un sitio cerrado? Tampoco había nada que hacer, salvo cavilar, rodeado de lo que semejabán los escombros de mi vida; se diría que hasta los lienzos amontonados contra las paredes habían vuelto la cabeza avergonzados para no mirarme. Las condiciones eran rudimentarias, como podéis imaginar. No me preguntéis por la higiene. Ni siquiera tenía un cepillo de dientes o un par de calcetines

limpios y por alguna razón nunca se me pasó por la cabeza comprarlos en mis apresuradas escapadas a las tiendas. La señora Bird, la mujer del lavadero, acudió amablemente en mi ayuda. Le pasaba mi ropa, se la dejaba en un fardo fuera de la puerta y ella la lavaba, secaba y planchaba mientras yo esperaba arriba, sentado y envuelto en una manta, suspirando y estornudando. Aquel fue un momento muy malo, diría que toqué fondo de no ser porque lo peor aún estaba por llegar.

En mi desesperación pensé en regresar a casa de mis padres y esconderme allí durante un tiempo, pero no es posible volver al escenario de tu infancia cuantas veces desees; el pasado se marchita, se agosta como todo lo demás.

Habían pasado tres o cuatro días de mi fuga cuando Gloria apareció. No sé cómo averiguó que estaba en el estudio; instinto de esposa, supongo. O tal vez la señora Bird le dijo que estaba allí. La señora Bird tenía experiencia en ese tipo de asuntos; el frívolo señor Bird era un célebre tenorio conocido por sus escapadas. Yo estaba limpiando pinceles que no necesitaban ninguna limpieza cuando sonó un golpe en la puerta. Me quedé paralizado y sorprendí mi imagen en el gran espejo que había junto a la puerta del baño, con los ojos muy abiertos por el pánico. Sabía que no podía ser la señora Bird; ella no aparecía sin avisar. Dios santo, ¿sería Polly, que volvía para cantarme de nuevo las cuarenta? ¿O tal vez el Príncipe, Freddie el de la triste mirada, que venía a lanzarme al rostro uno de sus guantes de conducir e increparme por hurtar su precioso libro? Me aproximé a la puerta de puntillas y puse la oreja contra la madera. ¿Qué esperaba oír? ¿A alguien echando humo, el crujido de unos nudillos, el taconeo impaciente de un pie? ¿O el golpeteo repetido de una porra contra una palma callosa? En lo más hondo de mí siempre me ha dado pánico la autoridad, especialmente la que llega dando golpes a tu puerta en medio de lo que hasta ese momento era una tarde sin incidentes.

Cuando Gloria no está a gusto y se siente impelida a mostrar de lo que es capaz, camina con una pose jactanciosa que siempre me resulta enternecedora y, al mismo tiempo, un poco triste, y he de confesar que algo embarazosa. Por supuesto, no dejo ver que sé lo que hay tras su actitud... Eso no se hace: para que la vida sea vivible debemos permitirnos nuestros pequeños subterfugios. Así que Gloria entró en el estudio contoneándose, con una mano apoyada con gesto despreocupado en la cadera —así la imagino siempre, con una mano en la cadera— y al pasar a mi lado me dedicó una de sus pequeñas sonrisas más irónicas, más sagaces, más mordaces. Hasta en el mejor de los momentos es una mujer de pocas palabras, un rasgo en el que difiere claramente de mí, como ya habréis notado. Esa reserva, ese aire de guardarse su propia opinión y de tener guardadas muchas opiniones, es una de las características que me atrajeron de ella cuando la conocí, hace mucho tiempo. Supongo que le daba cierto aire sibilino. Incluso ahora cuando estoy con ella siento que me hallo en presencia de un gran secreto meditadamente guardado. ¿He dicho eso antes? Todo me parece una repetición en estos días. Creo que también he dicho eso antes. Me gustaría saber cómo terminará todo: el pintor ratero en una celda acolchada con una camisa de fuerza y esposado a la cama, murmurando en tono monocorde una sola palabra una y otra vez, yo yo yo yo yo yo yo

yo yo yo *yo*.

Gloria se detuvo en mitad del estudio, dio media vuelta y, adoptando su pose de modelo de pasarela, la cabeza hacia atrás, la barbilla alzada, un pie delante, miró alrededor.

—Así que aquí es donde permaneces agazapado ahora —dijo.

¿Agazapado? ¿Agazapado? Estaba intentando provocarme. No me importó. Me sorprendió lo feliz que me sentía al verla a pesar de todo, y eso incluía la bofetada que iba a caerme en cualquier momento. Había algo casi lúdico en su actitud, algo incluso coqueto. Resultaba intrigante, pero me alegró aquel destello de calidez, viniera de donde viniera.

Sí, era allí donde estaba, dije con semblante ofendido, aferrándome a mi dignidad, a lo que quedaba de ella. Necesitaba tiempo para pensar, para considerar mis opciones, para decidir.

—Pensaba que vendrías a buscarme antes —dije.

Aquello provocó una ácida carcajada.

—¿Como tu mami recogíendote en el colegio para llevarte a casa?

Llevaba fuera poco más de una semana en total, primero en casa de mis padres, luego brevemente en Grange Hall y ahora allí. ¿Qué había estado haciendo ella durante ese tiempo? Por su gesto mordaz y su actitud irascible era obvio que no había estado esperándome en la ventana con una vela encendida.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que ella había venido al estudio y verla ahora allí era una extraña sensación. Vestía un amplio abrigo blanco de lana. No me gusta ese abrigo, tiene un cuello muy alto que parece una pantalla de lámpara y que resalta su cabeza como si hubiese sido separada del cuerpo limpiamente y sin derramamiento de sangre. Me contemplaba con descaro, todavía con una sonrisa de jocosos reproche que era poco más que un visaje en la comisura de la boca. Bueno, yo debía de tener un aspecto patético.

—¿Te estás dejando barba? —me preguntó.

—Una barba de tres días —contesté con ironía. Aquella mañana había notado con un escalofrío que el vello incipiente estaba entreverado de canas.

—Pareces un vagabundo.

Le dije que me sentía como un vagabundo. Me miró en silencio, mientras hacía girar uno de sus pies, apoyado en el tacón de aguja, en un semicírculo. Recordé la botella vacía de brandy que Marcus había tirado al suelo. ¿Qué habría sido de ella? No me acordaba de haberla recogido. Qué vida tan extraña y furtiva tienen algunos objetos.

—Perry ha vuelto a llamar. Amenaza con venir —entrecerró los ojos con complacido rencor.

Perry Percival, mi marchante, mi antiguo marchante. Estoy convencido de que fue ella quien le llamó para molestarme. Aunque es cierto que Perry tiene la costumbre de aparecer sin previo aviso, como caído del cielo literalmente, ya que pilota su propio avión, un pequeño y primoroso artefacto, ligero y veloz, con el fuselaje plateado y el

borde de las hélices pintado de rojo. Si era ella quien le había llamado, ¿qué esperaba de él? ¿Que se convirtiese en el sustituto volandero de mi musa alada? Gloria cree que mi incapacidad para pintar es un pretexto, una demostración de irresponsable autoindulgencia. Nunca debí casarme con una mujer más joven. Al principio no me importaba, pero cada vez importa más. Una brusquedad desdeñosa como la suya es difícil de soportar a mi edad.

Una suave lluvia caía en el cristal, sobre nuestras cabezas. Adoro esa clase de lluvia. Siento lástima por ella a mi manera sentimental, es como si estuviera intentando con todas sus fuerzas decir algo sin jamás conseguirlo.

Gloria sacó del bolsillo de su abrigo un delgado estuche de plata, con el pulgar lo abrió con un *clic*, escogió un cigarrillo y lo encendió con su pequeño mechero de oro. Es una criatura tan maravillosamente pasada de moda, al mismo tiempo fría y cálida, como una de esas mujeres fatales de las viejas películas.

Necesitaba con urgencia un trago y de nuevo me acordé con afligido deseo de la botella vacía de brandy.

Cuando enciende un cigarrillo, Gloria tiene un modo de aspirar con avidez el humo entre los dientes que suena como un pequeño grito de dolor. La última vez que habíamos hablado, aunque era difícil considerar aquello «hablar», fue el día que llamó por teléfono a casa de mis padres. ¿Habría hablado con Marcus desde entonces? Por supuesto. Me daba igual. ¿Existe asimismo en otras personas una árida planicie interior, un Espacio Vacío donde reina la fría indiferencia? A veces pienso que en mi caso esa región es el emplazamiento de lo que popularmente se llama corazón.

Marcus le habría contado todo. Casi podía oír a Gloria decírmelo, permitiendo que se ensanchara en su garganta antes de dejarlo salir con un histriónico sollozo: *Él me ha contado todo*.

Gloria se giró, se dirigió a la mesa y empezó a coger cosas y a volverlas a dejar: un pincel endurecido con pintura seca, un tubo de blanco zinc, un pequeño ratón de cristal. Mientras la observaba, percibí de un modo remoto pero preciso, como dicen que los pacientes se ven a veces a sí mismos sobre la mesa del quirófano, la verdadera dimensión del caos que yo había provocado, percibí todo su horror, el resultado fatal de la operación, el sudor del cirujano, el llanto de la enfermera, mientras yo flotaba en el techo con los brazos doblados y los tobillos cruzados, contemplando el desastre que acontecía debajo de mí e incapaz de sentir nada. Anestesia general, ese es el estado en el que siempre he deseado vivir.

Le pregunté si se encontraba bien. Al oírme, ella abrió aún más sus inmensos ojos azules.

—¿Si me encuentro bien? ¿Qué quieres decir?

—Simplemente eso. Hace días que no te veo.

Gloria bufó.

—¡Días! —su voz tembló.

—Gloria.

—¿Qué? —me observó antes de aplastar la colilla en una de mis paletas cubiertas de pintura seca mientras asentía con semblante airado, como si por fin acabara de confirmar algo.

Le dije que quería volver a casa. Al decirlo supe que era cierto, que así había sido desde el principio. Casa. ¡Oh, Dios mío!

Fue tan simple como eso: con el rabo entre las piernas, regresé a mi caseta. Parecía que nunca me hubiese ido. Aunque no, eso no es del todo cierto; de hecho, no es cierto en absoluto. Años atrás, Gloria y yo volvíamos una tarde en coche de algún sitio en el sur cuando nos sorprendió una monstruosa tormenta de verano, la cola de un huracán que, en contra de todas las predicciones meteorológicas, había atravesado el Atlántico como un látigo, derribando lo que encontraba a su paso y causando estragos en las carreteras. Había inundaciones y árboles arrancados, y tuvimos que coger cuatro o cinco intrincados desvíos que alargaron nuestro viaje varias horas. Cuando por fin llegamos a casa nos hallábamos en un estado de temblorosa euforia, como niños al final de una fiesta de cumpleaños donde no ha aparecido ningún adulto y que ha resultado un grandioso caos. La casa, aunque no había sufrido más desperfectos que un par de tejas de pizarra rotas, tenía asimismo un aire desaliñado y aturdido como si hubiese estado fuera, en medio de la tormenta al igual que nosotros, luchando contra el viento y la lluvia y, aunque había tornado a ser el refugio que antes era, nunca volvería a ser la misma tras aquella salvaje aventura. Así me pareció Fairmont cuando Gloria me trajo a casa al final de mi breve pero tempestuosa travesura.

Reanudamos nuestra vida lo mejor que pudimos, no la vida tal como había sido, según he explicado antes, sino algo que a los ojos de un extraño habría parecido muy similar. Yo no salía de casa. No sabía nada de Polly, por supuesto, y tampoco de Marcus, desde luego, ni me llegaron noticias de ellos. Sus nombres no se mencionaban en la casa. Me acordé del Príncipe y su libro de poesía y del fragmento que recitó el padre de Polly. ¡El mundo, invisible! Sentí que algo había sido revelado, que algo me había sido dado especialmente a mí. ¿No era eso por lo que yo siempre había luchado? ¿No era el loco proyecto al que había dedicado mi vida: invisibilizar el mundo?

Me había marchado del estudio y no regresé, por razones que no eran tan obvias como podía parecer.

Entonces, tal como había amenazado, se presentó el ineludible Perry Percival. Su avión aterrizó junto al estuario, en la abandonada carretera del hambre que el granjero al que pertenecen los campos que la rodean había transformado en una improvisada pista de aterrizaje, pensando en hacer fortuna en la época en que todo el mundo aún volaba. Era una mañana muy ventosa y la pequeña avioneta zumbaba mientras descendía desde una nube de un azul plomizo, corcoveando y balanceándose, sus hélices lanzando destellos de un rojo labial en la pálida luz. Aterrizó con tanta delicadeza como una polilla, se deslizó alegremente durante un buen tramo y se detuvo con una sacudida.

Gloria y yo aguardábamos dentro del hangar de madera que antes había sido un granero. Con su casco de cuero en la mano, Perry descendió con elegancia de la cabina. Los dos hijos del granjero Wright, muy canijos de tamaño y ataviados con monos del color del cartón, corrieron hacia el avión, uno de ellos llevaba colgando un juego de calzos, y comenzaron a zumbar alrededor, revisándolo y dándole pequeños golpes. Perry, la compacta crisálida, se iba despojando de su mono de piloto mientras avanzaba hacia nosotros, dejando al descubierto por etapas, de arriba abajo, como en un acto de magia, su corta y maciza persona, inmaculadamente trajeada en un color gris paloma, en toda su pulida gloria. Estoy convencido de que en las profundidades del Infierno, donde es probable que él y yo acabemos juntos, Perry se las apañará para encontrar un buen sastre. Vestía una camisa de seda azul y una corbata de seda de un azul eléctrico. No me pasaron por alto sus zapatos oscuros de ante; no le habría venido mal que Freddie Hyland le prestara un par de chanclos de goma.

Nos saludó dando voces y luego se aproximó y le plantó un rápido beso a Gloria, poniéndose de puntillas. A mí solo me dedicó un ceño reprobador y supuse que Gloria le habría contado al detalle mis últimas escapadas.

—Dispongo de... —alzó el puño de su camisa para mirar un reloj que era casi tan grande como su mano— pocas horas. Debo estar en París a las ocho para cenar con... Bueno, no importa con quién.

El proceder de Perry implica estar siempre de paso hacia otro sitio, un sitio mucho más importante que el actual. Cada vez que lo veo me impresiona el porte de altanera magnificencia que adopta. Tiene una edad indefinida, es muy bajo, de brazos y piernas achaparrados, como los míos, pero aún más cortos, y una panza con la forma de un gran huevo de Pascua cortado a lo largo. Su cabeza, desproporcionadamente grande, podría haber sido modelada con kilos y kilos de masilla bien trabajada, y tiene un rostro blando y alargado, un tanto enrojecido y siempre con una fina capa de sudor grisáceo. Posee unos ojos claros y saltones y cuando los cierra sus párpados parecen hacer un chasquido, como las pestañas metálicas de una bisagra. Sus modales son tan bruscos que parecen malhumorados y trata a todo el que encuentra como si fuese un incordio. Yo le tengo cariño, aunque él no deja pasar ocasión para vejarme.

Nos dirigimos al coche. Perry se situó entre Gloria y yo, con un brazo tras la espalda de cada uno, llevándonos consigo, aunque ligeramente por delante de él, como el director de una orquesta en la ovación final del concierto empujando a sus solistas hacia delante entre el aluvión de aplausos. Olía a lubricante de motor y a colonia cara. El viento que venía del estuario agitaba todo menos su cabello, que, me di cuenta, había empezado a teñirse. Lo llevaba engominado y pegado al cráneo, estirado y brillante, como si le hubiese aplicado con gran esmero una capa de laca.

—Los estúpidos controladores aéreos no querían dejarme que aterrizara aquí. Deben de estar pensando que me he estrellado, por supuesto, o que estoy en el fondo del mar —dijo.

Tenía un refinado y engolado acento con un leve eco escocés —su padre era alguien

importante en la Iglesia presbiteriana de Escocia en Canongate— y un casi imperceptible ceceo franco procedente de su madre merovingia. Ah, sí, Perry está muy orgulloso de sus ilustres orígenes.

A nuestra espalda, Orville y Wilbur hacían rodar la avioneta con gran esfuerzo hacia el granero, uno empujaba mientras el otro tiraba.

En el coche me acomodé en el asiento trasero, sintiéndome como un niño castigado por su mal comportamiento. El sol había desaparecido y una fina y luminosa llovizna caía en ángulo en las calles. Mientras avanzábamos, Perry, sentado de lado en el asiento delantero, movía su cabeza redonda de un lado a otro con horrorizada fascinación, sin dejar que nada se le escapara entre exclamaciones y suspiros.

—¿Es tu nombre el que acabo de ver en aquella tienda? —me preguntó.

Le conté que antes era la tienda de grabados de mi padre y que mi estudio estaba en el piso de arriba, el que había sido mi estudio, aunque eso no lo dije. Perry se giró hacia mí y me lanzó una larga mirada, mientras movía la cabeza con tristeza.

—Volviste a *casa*, Oliver. Nunca lo hubiera pensado de ti —dijo.

Gloria lanzó una ligera carcajada.

La primera vez que vi a Perry Percival fue en Arlés, creo. ¿O fue en Saint-Rémy? No, fue en Arlés. Yo era muy joven. Venía de París, era el final de aquel verano de pretendido aprendizaje y yo seguía malhumoradamente los pasos de los grandes, quienes, sentados ante sus caballetes en las laderas del Monte Parnaso, jamás me invitarían a unirme a ellos, creía con pesar. Había mercado y la ciudad bullía. Yo me divertía yendo de un café atiborrado a otro, afanando las propinas que los clientes dejaban sobre las mesas al marcharse. Me había convertido en un experto —luego hablan de los juegos de manos— y ni siquiera los camareros más observadores lograban sorprenderme mientras me movía entre ellos con un sordo tintineo revelador. Aunque estaba sin blanca, no robaba porque necesitara el dinero, de ser así habría intentado conseguirlo por otros medios. Me encontraba en el Café de la Paix —no sé cómo me ha venido el nombre a la cabeza—, metiéndome en el bolsillo un puñado de céntimos, cuando, al alzar la vista, sorprendí a través de la puerta abierta, al fondo de la pardusca oscuridad del interior, la brillante mirada de Perry clavada en mí. Todavía ignoro si se percató de lo que yo estaba haciendo; si lo vio, nunca me lo dijo, y por tanto he decidido que no llegó a verlo. Mi primer impulso fue huir —¿no es siempre mi primer impulso?—, pero en lugar de eso entré en el café, me acerqué a Perry y me presenté; ante la amenaza de ser descubierto no hay mejor defensa que el descaró, como os dirá cualquier ladrón. Yo no tenía la más mínima reputación en aquel momento, pero Perry debía de haber oído mi nombre porque aseguró conocer mi trabajo y, aunque era obviamente una mentira, yo decidí creerle. Él vestía el clásico atuendo de la gente del norte que veranea en el sur: camisa de algodón de manga corta, pantalones cortos caquis con unas perneras absurdas e indecentemente anchas, sandalias con los dedos al aire y, misericordioso sea el Señor, unos gruesos calcetines de lana; a pesar de todo eso, irradiaba un aire señorial. Su actitud decía: aunque me veas aquí mezclado con turistas y otra gentuza semejante, ahora,

mientras conversamos, mi mayordomo está preparando mi pajarita y mi frac en mi suite, en el Grand Hôtel des Bains. «Sí, claro, Orme, conozco tus cuadros, los he visto», dijo hablando con gran lentitud. Me invitó a sentarme con él y pidió un vaso de vino para cada uno. Y pensar que de ese encuentro casual surgiría una de las más importantes y... etcétera, etcétera.

Hago aquí una pausa para decir que nunca le cogí el tranquillo a ser un exiliado. No creo que nadie lo consiga, en realidad. Hay siempre algo petulante, una complaciente autoconsciencia en el expatriado, como gusta referirse a sí mismo, con su actitud arrogante, su ancha chaqueta de lino, su maltratado sombrero de paja y su fibrosa esposa de rubio cabello quemado por el sol. No obstante, una vez que sales de tu país y permaneces fuera durante un tiempo suficientemente largo, jamás regresas del todo. Esa es, al menos, mi experiencia. Cuando me marché del sur y regresé aquí, al lugar donde nací y donde debería percibir mi identidad con mayor fuerza, algo, una confusa pero intrínseca parte de mí, faltaba. Como si hubiese dejado mi sombra atrás.

¿Es Perry un impostor? Desde luego lo parece por su apariencia y su forma de hablar, pero si observas a cualquiera con suficiente atención, enseguida notas las grietas. Puede que en el fondo sea un granuja, pero tiene ojo. Sitúale delante de una pintura, en especial de una pintura aún sin terminar, y él se fijará en una línea o en una mancha de color, moverá la cabeza y chasqueará repetidamente la lengua. «Ahí está el corazón de la obra —dirá, señalando—, pero no late». Nunca se equivoca y son muchos los lienzos banales que, llevado por sus críticas, he rasgado con el extremo afilado del pincel. Él siempre me gritaba después por haber echado por la borda todo aquel trabajo, argumentando con franqueza que no habría sido la primera obra fallida mía que él, o en realidad yo, ponía a la venta. Dardos como ese se clavaban bien adentro, os lo aseguro. Bueno, si yo soy el cazo, él es la sartén.

—¿Cómo se encuentra tu amigo? No recuerdo su nombre. ¿Jimmy? ¿Johnny? —le dijo Gloria.

—Jackie —contestó Perry—. Jackie el Jockey. Murió. Fue horrible, no preguntes —movió los ojos con tristeza y se quedó pensativo unos instantes—. Todos estos nuevos gérmenes nocivos vienen del espacio sideral, ¿lo sabías?

Gloria sonreía a la lluvia a través del parabrisas.

—¿Quién dice eso, Perry? —preguntó, mientras me lanzaba una mirada por el espejo retrovisor.

Perry se encogió de hombros, arqueó las cejas y bajó las comisuras de su ancha boca y, por un instante, fue la viva estampa de la reina Victoria durante sus últimos años.

—Los científicos —contestó, moviendo la mano con ademán despectivo—. Los médicos. Todos los que saben —resopló—. Qué más da de dónde vinieron los gérmenes, se apoderaron de Jackie y murió.

Pobre Jackie, yo me acordaba de él. Joven, moreno, guapo de una manera devastada. Ojos inmensos, siempre ligeramente febriles, y una mata de rizos, negros como el carbón, que le caían sobre la frente; imaginad al joven y enfermo Baco de Caravaggio, aunque

menos robusto. No era jockey, no sé de dónde venía su apodo, aunque puedo aventurarlo. Era un ratero como yo, pero a diferencia de mí, él robaba para obtener una ganancia. Perry y él estuvieron juntos durante años, formaban una pareja extrañísima. Debo decir que además de una sucesión de sodomitas, de los que Jackie fue el último que yo conocí, Perry tenía, y tiene, una esposa. Se llama Penélope, aunque todos la llaman Penny, un diminutivo sorprendente dado su aspecto: es una mujer grande, musculosa, despiadada, y a mí siempre me ha atemorizado un poco. Por extraño que parezca, Gloria acudió a Perry y a su tremenda esposa en busca de refugio y socorro cuando perdimos a nuestra hija. Nunca llegué a entenderlo. Estuvo con ellos durante algo más de un mes, haciendo no se sabe qué, llorando, imagino, mientras yo me cocía en mi propia salsa en Cedar Street, leyendo un vasto estudio sobre Cézanne y bebiendo por la noche hasta caer inconsciente.

Por cierto, Cézanne siempre ha sido la manzana de la discordia entre Perry y yo, aunque a estas alturas ya no deberían quedar ni las semillas. Perry le considera el maestro indiscutible de Aix, sospecho que por los motivos equivocados, mientras que a mí siempre me ha desagradado. Admito su grandeza, pero no me gustan sus obras. Confieso que estoy de acuerdo con el viejo en ciertas cuestiones, como su insistencia en que la emoción, o lo que sea, no puede expresarse directamente en la obra, sino que debe destilar como una fragancia de la forma en su máxima pureza. Ahí coincidí completamente con él, mirad mis propias obras desde el inicio y a través de los años. Me acusaban de frialdad porque eran demasiado cortos de entendederas para sentir su calor.

Cuando llegamos a casa, Perry dejó su casco de cuero en la mesa de la entrada, donde poco a poco se hundió como un balón de fútbol deshinchado, colocó su mono de piloto en el respaldo de una silla y se encerró durante largo tiempo en el baño del piso inferior, del que empezó a escapar un hedor intenso y punzante, que permaneció flotando en el aire durante un buen cuarto de hora. Salió alegre y renovado y entró con gran animación en la cocina, donde Gloria estaba preparando la infusión que le había pedido. Acercó una silla y se sentó lo más cerca que pudo de la estufa, frotándose sus limpias y blancas manitas.

—Estoy helado —se quejó—. Tengo la sangre muy líquida. Han empezado a hacerme transfusiones con regularidad, ¿os lo había dicho? Voy a un sitio en Chur.

Gloria se rio mientras vertía el agua hirviendo en la tetera.

—¡Perry, te has convertido en un vampiro! —exclamó, divertida.

—Muy gracioso —replicó, envarado, Perry.

Mientras bebía su *tisane* habló de esto y de aquello, de quién vendía, quién compraba, cómo se comportaba el mercado... A mí tanto me daba que cotilleara sobre las últimas transacciones en el Rialto o que evaluara el estado del comercio de la seda en la antigua Catay. En un momento de su chismorreó, se detuvo y me miró con severidad.

—El mundo está pendiente de ti, Oliver —dijo, moviendo un dedo.

¿Ah, sí? Pues podía seguir pendiente.

Gloria preparó una tortilla, descartando las yemas de los huevos y utilizando solo las

claras a petición de Perry. Su último capricho era comer únicamente alimentos sin color: pechuga de pollo, rebanadas de pan, pudín de leche y cosas similares. Tampoco bebía nada que no fuese té. Realmente, es un *tipo* maravilloso, *tipo* pronunciado a la francesa, como a él le gusta, con un leve chasquido de la lengua y una tenue explosión de los labios. Para mí ahora representa el auténtico espíritu de un mundo perdido al que he renunciado, un lugar distante y pintoresco, como un trasfondo de Fragonard o una de las oscuras ensoñaciones de Vaublín, un lugar que conozco bien, pero al que felizmente sé que jamás regresaré.

—¿Cómo va el trabajo? —me preguntó, directo al grano.

Estaba sentado a la cabecera de la mesa con la servilleta remetida en el cuello de su exquisita camisa de un iridiscente azul libélula. Miró mi rostro inexpresivo y suspiró.

—Colijo que te hallas inmerso en la creación de una nueva y excepcional obra maestra, de ahí tu prolongado silencio —habla así, no bromeo—. No otra es la razón de mi visita, ver el estado del edificio.

Desmoronándose en la base, Perry, desmoronándose en la base.

—Olly continúa de reposo sabático —dijo Gloria—. Del trabajo y de la vida.

Le lancé una mirada herida, pero ¿acaso no tenía razón en lo que decía sobre mí y la vida y la forma de vivirla? La verdad es que nunca he vivido. Siempre he estado a punto. Cuando era niño me decía que la vida empezaría cuando creciera. A continuación, anhelé en secreto la muerte de mis padres, pensando que significaría mi nacimiento, el descubrimiento de mi verdadero ser. Después le tocó el turno al amor, el amor era sin duda el quid de la cuestión; una mujer, cualquier mujer, aparecería y me haría un hombre. El éxito, la riqueza, sacos llenos de billetes, los elogios del mundo... Serían modos de vivir, de estar por fin intensamente vivo. Así que aguardé año tras año, etapa tras etapa, que la gran pieza teatral comenzara. Hasta que llegó un día en que comprendí que ese momento nunca llegaría y ya no esperé más.

Acabo de acordarme: anoche volví a soñar que era una serpiente gigante que intentaba tragarse el mundo y se ahogaba en el empeño. ¿Qué puede significar? Como si no lo supiera. Siempre esta falsa pose mía.

Perry miró de nuevo su reloj y frunció el ceño: Francia le esperaba, Francia y ese compañero de cena demasiado importante para mencionar su nombre.

Después de la comida, fuimos andando al estudio. Él no había estado allí antes, ya me había asegurado yo de mantenerle lejos. ¿Por qué le llevaba ahora? ¿Qué tenía para mostrarle sino elaborados fracasos? Tuve que prestarle un abrigo, que le daba un aire cómico pues las mangas eran demasiado largas para sus cortos brazos. Había dejado de llover, el cielo estaba cubierto y las calles tenían un brillo aguado. Con las manos perdidas dentro de las mangas del abrigo, Perry miraba alrededor despectivamente, asimilando de nuevo el miserable escenario. Las casas y las tiendas y hasta las calles parecían encogerse a su paso.

—¿Sabes lo ridículo que resultas, agazapado en este sitio irrisorio, fingiendo que no puedes pintar?

Agazapar: de nuevo aquel término propio de los conejos. No contesté, ¿qué podía decirle?

Cuando entramos en el estudio, se dejó caer en una esquina del infausto sofá, quejándose otra vez del frío.

—Bueno, enséñame algo —pidió malhumorado.

—No, no voy a enseñarte nada.

Me miró con expresión afligida.

—¿Después de haber venido volando hasta aquí?

Le dije que yo no le había pedido que viniera.

Se puso en pie con gesto temperamental y empezó a fisgonear por la habitación. Le observé mientras se aproximaba a los lienzos amontonados contra la pared. Podría jurar que su pequeña y pálida nariz temblaba. La actitud que adopta en su negocio es una calculada combinación de desdén y sufrida impaciencia. Contempla todo lo que se le muestra, todo, con un primer gesto de hastío, como si dijera: ¿qué es esta obra deprimente que no vale nada? A mí no me engaña, siempre anda ojo avizor para conseguir una pieza. Acababa de sacar aquel gran cuadro sin terminar, mi última tentativa antes de sumirme en el silencio —¿esto es silencio?, os preguntaréis—, y lo sujetó ante sus ojos, mientras echaba la cabeza hacia atrás y contraía la cara con una mueca como si percibiera un mal olor.

—Mmm, esto es nuevo —dijo.

—Todo lo contrario.

—Me refiero a que supone un nuevo rumbo.

—En absoluto, es el final del camino.

—No seas absurdo —llevó el lienzo hasta la ventana y lo colocó bajo la luz directa—. ¿Vas a acabarlo?

Es más bien al contrario, le dije, eso ha acabado conmigo. No me escuchaba.

—Da igual —resopló—. Puedo venderlo tal como está.

Salté del sofá y corrí hacia él, pero Perry vio mi intención y retiró el lienzo a un lado, mirándome con gesto mohíno por encima del hombro. Intenté sujetarlo, pero él se alejó para ponerse fuera de mi alcance; me aproximé aún más y lo agarré. Nos enzarzamos en una pelea indecorosa con numerosos bufidos y gruñidos ahogados. Al final, Perry cedió. Le arrebaté el lienzo y lo alcé por encima de la cabeza para estrellarlo contra lo que fuese. Pero como bien sabe cualquier persona que haya intentado colgar un cuadro, son objetos muy poco manejables, tan grandes, planos y frágiles, y tuve que contentarme con arrojarlo a una esquina donde aterrizó con un satisfactorio y estruendoso crujido igual que el sonido de los huesos al romperse.

—¡Por Dios santo! —gritó Perry, jadeando—. ¿Te has vuelto loco?

A mi cabeza vuelve ese sueño, con el mundo atascado en mi garganta. Dicen que un niño que berrea por su biberón destruiría toda la creación si pudiera. Había hecho trizas mi pintura. ¿Qué era yo ahora? ¿Un hacedor o un destructor? ¿Acaso me importaba?

—Mírame —dijo Perry, impostando un tono fraternal—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no

me lo cuentas?

Me reí, una especie de salvaje ¡híaaa! ¡Hermano burro! Perry no estaba dispuesto a cambiar de tema.

—¿Tiene que ver con alguna mujer? —prosiguió, intentando no mostrar su incredulidad—. He oído que tienes un *affaire*, o que lo has tenido. ¿Ese es el problema? Dime que no.

Una de las cosas que echo profundamente de menos de mi época de pintor es cierta cualidad del silencio. A medida que avanzaba el día, mientras trabajaba y me iba hundiendo más y más en la profundidad de la superficie pintada, la cháchara del mundo se apagaba como la marea menguante, dejándome en el centro de una gran y hueca quietud. Era más que una ausencia de sonido; era como si un nuevo medio hubiese surgido y me envolviera, algo denso y luminoso, un aire menos penetrable que el aire, una luz que era más que luz. Yo parecía hallarme suspendido, al mismo tiempo hechizado y con una viva lucidez, atento al más leve matiz, al más sutil efecto de un pigmento, de un trazo, de una forma. ¿Vivo? ¿Al final era eso la vida y no me di cuenta? Sí, un tipo de vida, pero no vida suficiente para que yo pudiera decir que estaba vivo.

Deseé que Perry se marchara en aquel mismo instante, que desapareciera, que fuera llevado en volandas y me dejara allí, solo y en silencio. ¡Qué cansado estaba! Estoy.

Perry deslizó con cautela la punta del zapato hacia los restos de mi pobre pintura. Allí estaba, en la esquina, un bulto, un caos de madera y lienzo desgarrado, mi última obra maestra. Me recordó la cometa gigante que Joe Kent, el zapatero jorobado, me construyó cuando yo era pequeño por encargo de mi madre con listones y papel de estraza en la covacha de su taller, en Lazarus Lane. Resultó ser demasiado pesada y, cuando se negó a volar, la arrojé a la hierba y la pisoteé con rabia. Sí, destrozar las cosas ha sido para mí uno de los pequeños consuelos de la vida —tal vez no tan pequeños—, ahora lo comprendo con claridad.

—¿De verdad que no tienes nada para enseñarme? —dijo Perry, y su voz sonaba al mismo tiempo irritada y quejumbrosa, mientras miraba de nuevo los lienzos polvorientos amontonados contra la pared.

No, le dije, no tengo nada. Veía cómo se iba desanimando; era igual que contemplar cómo descende el indicador de mercurio en su surco dentro del termómetro. Miró de nuevo su reloj, con mayor ostentación esta vez.

—¡Qué lástima destrozar una pintura! —dijo.

El placer de adquirir es bien conocido —habla el ladrón, el antiguo ladrón—, pero ¿alguna vez se menciona la callada alegría de abandonar las cosas? Habría pisoteado con entusiasmo todos los chapuceros intentos que allí se amontonaban, igual que tiempo atrás había pisoteado la fallida cometa de Joe Kent. Cuando Perry se marchara, con él se iría mi derecho a considerarme un pintor —no es que yo reclame tal derecho, ya entendéis qué quiero decir—, sería otra bolsa de lastre lanzada por la borda. Con estos tropos metafóricos, ¿veis cómo se vuelca mi imaginación en pensamientos de ascenso y excitantes vuelos? Es más, una hora más tarde, cuando Gloria nos condujo a Perry y a mí

hasta el campo de Wright, y una vez Perry se abrochó el cinturón de seguridad dentro de su pequeño y bonito avión y echó a rodar por la pista herbosa, sentí el repentino impulso de correr tras él en el crepúsculo, asir un ala y columpiarme para subir al asiento que había a su espalda y hacer que me llevara a Francia. Nos imaginé allá arriba, atravesando la noche con un zumbido regular, suspendidos en la profunda oscuridad gris azulada, y bajo nosotros las nubes como gruesas e inmóviles capas de humo y sobre nuestras cabezas el firmamento estrellado. Desaparecer. Haber desaparecido.

Gloria y yo permanecemos junto al hangar y contemplamos cómo el avión ascendía en el aire sombrío hasta esconderse dentro de una nube, quizá la misma de la que lo habíamos visto descender aquella mañana. El manto de silencio que cayó sobre los campos oscurecidos parecía hablar de desiertas distancias, de tristezas olvidadas. Al fondo del hangar había una bombilla desnuda encendida y uno de los chicos Wright martilleaba con cuidado, produciendo un melancólico y metálico tintineo. La noche se cerró en torno a nosotros. Empecé a temblar y Gloria enlazó mi brazo con el suyo, presionando mi codo contra sus costillas. ¿Habría sentido mi desolación y era consuelo lo que me ofrecía? Nos alejamos caminando. Me vino a la cabeza la imagen de Perry cuando salió del baño antes de marcharse, frotándose las manos húmedas mientras me miraba con semblante de desilusionada reprobación. Sí, conmigo se había lavado las manos. No tendría que haberse molestado: yo ya me había lavado las manos respecto a mi hipotética persona.

Un día, en uno de mis erráticos vagabundeos por la ciudad —sí, a mi pesar me había convertido en un gran paseante—, me acerqué a ver a mi hermana. Se llama Olive. Ya sé, esto de nuestros nombres es ridículo. No suelo tener ningún motivo para verla y tampoco lo tenía aquel día. Vive en una casita en Malthouse Street. La estrecha calle, poco más que un callejón, desciende por ambos extremos, pero en el centro hay una elevación donde se levanta su casa y tal circunstancia, junto al hecho de que la acera en ese lado está muy alta, no sé muy bien por qué, siempre me da la sensación de que llegar hasta la casa conlleva trepar denodadamente, como si se tratase de un santuario, un legendario y remoto enclave cuyo arduo acceso ha sido diseñado así con toda intención. Al final de la calle está el almacén de malta, cerrado desde hace mucho tiempo, un edificio achaparrado de granito rosado con ventanas bajas y enrejadas y oxidadas abrazaderas de hierro en forma de medallón incrustadas en las paredes. Cuando yo era pequeño, era un sitio que evitábamos. Había siempre un agrio y desagradable olor a cebada para maltear, que picaba al meterse en la nariz, y se escuchaba un sonido de desplazamientos y correteos en el interior, donde las ratas, me contaba Olive con deleite, nadaban tan contentas como nutrias en el grano almacenado que cubría hasta la rodilla.

La diminuta casa parece aún más diminuta dada la gran estatura de Olive. Es mucho más alta que yo, cosa que no resulta difícil, y camina un poco encorvada, cerniéndose amenazadora en el umbral de las puertas o al pie de las escaleras, con la cabeza proyectada

hacia delante y los brazos colgando a la espalda de tal manera que al avanzar parece siempre que esté a punto de caerse. De los cuatro hijos es la que más se parece a mi padre y, a medida que pasan los años y sus escasos rasgos femeninos se difuminan aún más, el parecido se hace más y más notable. Su apodo en la escuela era Olive Olivo, por supuesto. Qué contraste tan alegórico debíamos producir ella y yo en aquella época: el cetro y el orbe, el hueso de la suerte y el hueso del muslo de pollo, la peonza y la cuerda. Cuando era joven, tenía fama de escandalosa y rebelde —vestía con chaqueta y corbata, igual que un hombre, y durante una época fumó en pipa—, pero con el tiempo todo quedó reducido a mera excentricidad. La ciudad posee un buen surtido de Olive, de todos los géneros y variedades.

—Vaya, vaya, el mismísimo genio de la familia en persona —dijo.

Yo había llamado con los nudillos, ella había asomado la cabeza con cautela por la puerta entreabierta y ahora me observaba con aquellos ojos de mi madre —que también yo he heredado— inmensos, azules y, en el caso de Olive, incongruentemente hermosos. Llevaba un delantal sobre la rebeca marrón y la falda le colgaba retorcida de los protuberantes huesos de las caderas. Alguien debería presentarle a la madre de Polly, ambas harían juego igual que las bellas damiselas de porcelana de Miss Vandeleur, pero justo el par contrario.

—¿Qué te trae desde las alturas a mezclarte con el vulgo? —nuestra Olive siempre tuvo una lengua muy afilada—. Pasa, a Dodo le encantará verte —lanzó una risa carrasposa y, tras darse media vuelta, avanzó por el vestíbulo mientras movía una mano del tamaño de un remo a su espalda para indicarme que la siguiera.

Dentro, la casa olía a madera recién cortada y a barniz. El último pasatiempo de mi hermana, como pronto descubriría, era cortar y montar crucifijos en miniatura.

En la cocina, una estufa de madera ardía con un sordo rugido y el aire, viciado, estaba saturado de calor. Allí, donde el aire parecía haber sido usado muchas veces, olía a una mezcla de té cocido, cera de suelo y un tufo a alquitrán que salía de la estufa, y el olor me golpeó como si surgiera de mi infancia. Una mesa cuadrada cubierta con un hule estampado ocupaba casi todo el espacio: anclada sobre sus cuatro patas cuadradas, testaruda como una mula, te obligaba a moverte alrededor de ella de forma torpe y cuidadosa, ya que sus esquinas puntiagudas podían propinarte un doloroso pinchazo. Ollas abolladas y sartenes ennegrecidas colgaban de clavos sobre la cocina y en el alféizar de la ventana había un bote de mermelada con flores que, aunque eran de plástico, parecían estar marchitándose. El techo era bajo y también la ventana con marco metálico, que daba a un patio de cemento y a un miserable y estrecho jardín cubierto de malas hierbas. Las ventanas siempre me resultan extrañas, como si fuesen una concesión hecha en el último instante a los encarcelados, y si me quedo mirándolas durante suficiente tiempo, me parece distinguir la huella de los barrotes desaparecidos.

—Mira quién ha venido, Dodo —dijo Olive, o más bien lo gritó—. ¡El hermano pródigo!

Dodo, cuyo nombre completo he olvidado o quizá nunca he sabido —Dorothy algo,

supongo—, es la compañera de mi hermana desde hace muchos años. Es una persona rechoncha y compacta, con el rostro diminuto y afilado de un camachuelo y una perturbadora y penetrante mirada. Un batiburrillo de encrespado y resplandeciente pelo blanco se alza con orgullo sobre su diminuta cabeza, un halo modelado a imagen del algodón de azúcar. La saludé con cautela. El rechazo que siente hacia mí es profundo, amargo y permanente por razones que solo puedo conjeturar. Imagino que aquellos ojos suyos ven en el fondo de mi alma. Trabajaba como conductora de autobús hasta que la obligaron a jubilarse por algo relacionado con vueltas incorrectas en el precio de los billetes, según creo recordar que me confesó Olive en un ataque de sinceridad poco habitual.

Olive cogió una silla de la mesa y me la acercó, arrastrándola sobre el desnivelado suelo de baldosas rojas, y de nuevo el pasado me guiñó un ojo. Es raro que Olive se siente; no para de moverse, como una encorvada criatura de los árboles, larga y delgada. Sacó un paquete de cigarrillos de alguna parte de su vestimenta, encendió uno, aspiró una bocanada e, inclinándose hacia delante con una mano apoyada en la mesa, se entregó a un largo, penoso y, al final, aparentemente satisfactorio ataque de tos.

—Mírate, menudo aspecto tienes —consiguió decir con un jadeo, mientras se giraba hacia mí con ojos llorosos y el borde de los párpados inferiores colgando enrojecido—. ¿Qué has estado haciendo?

Decidido a mantener la calma, le dije con voz neutra que me encontraba muy bien, gracias.

—Pues no lo parece —replicó con un áspero bufido.

Dodo, encajada en un sillón de respaldo vertical junto a la estufa, me observaba con rencor; está un poco sorda y siempre piensa que están hablando de ella. Años de permanecer de pie en estaciones de autobuses le han dejado unas piernas enormemente hinchadas y ya casi no puede moverse por sí misma y necesita ayuda para ir de un sitio a otro. Es un misterio cómo Olive, cuyas propias piernas tienen tan poca carne como las de una garza y cuyas articulaciones son igual de complicadas, consigue sacar a su amiga de la silla y llevarla por los estrechos pasillos de aquella casa de caramelo. Hace tiempo le ofrecí que se mudaran a una casa más espaciosa, que yo pagaría de mi propio bolsillo —por aquel entonces, muy bien surtido—, pero la única respuesta que recibí fue un semblante airado, con los ojos llameantes y los labios blancos. Olive trabajó durante muchos años como oficinista para Hyland & Co. en la fábrica de madera, hasta que cerró. Sospecho que Dodo tiene unos pequeños ahorros —aquellas famosas vueltas, sin duda—. De alguna manera, se las arreglan. Olive protege con fiereza lo que ella considera con orgullo su independencia.

—Y tu mujercita, ¿cómo está? —me preguntó, reanudando el ataque.

Gloria también estaba bien, le contesté, estaba muy bien. Al escucharme, Olive dijo «Ah», y miró de reojo a Dodo con una sonrisita e incluso me pareció ver un rápido guiño. Por lo visto las malas lenguas habían estado muy ocupadas en la ciudad.

—No viene nunca por aquí —dijo Dodo en voz muy alta, dirigiéndose a mí—. No,

por aquí no viene.

¿He mencionado ya que Dodo es, o era, una chica de Lancashire? No me preguntéis cómo acabó aquí.

—Ni siquiera estoy segura de si reconocería a la famosa señora Orme si la viera — gritó con un tono aún más ofendido.

—Ya, ya, Dodo —la reconvino Olive, aunque había en su voz cierta complacencia, como si hablara a una hija predilecta, consentida y maleducada—. Para, para ya.

Me senté en la silla, ladeado respecto a la mesa atiborrada, con las manos sobre las rodillas, separadas para acomodar el blando y colgante melón que es mi vientre. No me gusta estar gordo, no me viene bien en absoluto, pero haga lo que haga no consigo perder peso. Tampoco es que me esfuerce mucho en adelgazar. Tal vez debería probar la dieta incolora de Perry Percival. Mi padre se divertía llamándome Jack Sprat, por más que yo le repitiera, con helado desprecio pero con voz temblorosa, que Jack Sprat era el que no comía grasa y por tanto debía ser delgado y que la obesa era su esposa. Aquellos crueles ataques repentinos de mi padre eran raros y aún más raros teniendo en cuenta su carácter; en algunas ocasiones conseguía hacerme llorar. Quizá no era su intención ser cruel. Mi madre nunca le recriminó por sus bromas, lo que me hace pensar que lo hacía sin malicia. Estoy convencido de que era un ser cándido y no creo equivocarme.

—Un pícnic al aire libre con este tiempo —vociferó Dodo todavía más alto, como si fuese un pregonero—. ¡Por favor!

Qué extraño resulta pensar que nunca me veré por detrás. Tanto mejor probablemente —imaginad estos andares de pato—, pero aun así me gustaría. Podría solucionarlo colocando estratégicamente unos espejos, pero sería un engaño. En cualquier caso, sería consciente de estar mirándome y ser consciente de sí mismo, ese tipo de conciencia, conduce a falsear o, al menos, a hacerse una idea equivocada. ¿Es cierto? En este contexto, sí, en el contexto de mirarse a sí mismo. El hecho es que nunca me veré a mí mismo, ni por detrás ni por delante, nunca veré mi circunferencia, por decirlo de alguna manera —que es *la* manera, en mi caso—, y desde luego nunca me veré como me ven los demás. No consigo ser natural delante de un espejo; no consigo ser natural en ningún sitio, pero en esa situación todavía menos. Me aproximo a mi reflejo como un actor saliendo al escenario. ¿No nos sucede a todos? Es cierto, en algunas ocasiones, de manera casual, en una espontánea ojeada me sorprende en el escaparate de las tiendas en días soleados o en un espejo en sombras en el rellano de una escalera o incluso en mi propio espejo de aumento cuando me afeito por la mañana, atontado por el sueño o aún ebrio de la noche anterior. Qué inquieto parezco entonces, qué receloso, como alguien sorprendido mientras comete un acto vil y bochornoso. Pero estos encuentros de refilón tampoco sirven: el yo espontáneo no resulta más convincente que el otro. La conclusión inevitable de mi lectura del caso es que no existe un yo —ya lo he dicho antes y también lo han dicho otros, no soy el único—; el yo en el que pienso, esa llama derecha y categórica que arde a perpetuidad dentro de mí, es una quimera, un fuego fatuo. Lo que queda, pues, de mí es poco más que una sucesión de poses, una concatenación de

actitudes. No me malinterpretéis: me parece reconfortante esta idea. ¿Por qué? En primer lugar porque me multiplica, me sitúa en una infinidad de universos propios donde puedo ser lo que la ocasión y la circunstancia requieran, un auténtico Proteo a quien nadie podrá retener suficiente tiempo como para hacerle confesar. ¿Confesar qué, exactamente? El porqué de todas las acciones viles y bochornosas de las que soy culpable, por supuesto.

En una ocasión, cuando estaba inmerso en un ataque especialmente virulento de culpa y autoflagelación, Polly me dijo, no sin cierta impaciencia, que no era tan canalla como pensaba. Podría haber replicado, aunque no lo hice, que lo que aquello en verdad significaba era que Polly pensaba que yo no era tan canalla como ella creía. No hay límites para la afilada potencia de la Navaja de Orme. Gloria, involuntaria sofista, me dijo un día: «Al menos, sé honesto y admite que eres un mentiroso». Le estuve dando vueltas durante días, todavía le doy vueltas.

Miré alrededor. El borde del fregadero estaba desconchado, los grifos de latón, moteados de verde. Contemplé un hervidor de agua ennegrecido, una tetera deslustrada, el aparador con sus tazas y platos —el chinero, solíamos llamarlo— y, sin quererlo, consternado y con lastimosa complacencia, me sentí en casa.

Olive me preguntó si me apetecía una taza de té. Contesté que prefería un trago. Era consciente de la torva vigilancia de Dodo y me estaba poniendo nervioso.

—No creo que tengamos nada de alcohol —dijo Olive, frunciendo el ceño.

Daba la sensación de que yo había pedido una dosis de láudano o una pizca de moly. Rebuscó en los aparadores con gran estruendo.

—Hay una botella de cerveza negra —dijo, con aire dubitativo—. Quién sabe cuánto tiempo lleva ahí.

La observé mientras vertía el oscuro líquido marrón en un vaso empañado por completo con la mugre de los años. Espuma amarilla como la del mar, un sabor a ajeno. Pensé al instante en mi padre, a quien le gustaba tomar una pinta al anochecer, solo una. A veces, el yo, el famoso e inexistente yo, absorbe por decisión propia todas las penas sin hacer el más leve ruido.

Apoiada en el fregadero, Olive me contemplaba mientras bebía. Estaba fumando otro cigarrillo, con un brazo doblado sobre su pecho cóncavo.

—¿Te acuerdas de cuando te preparaba un huevo pasado por agua? El huevo mezclado con migas de pan y mantequilla en una taza. ¿Te acuerdas? Seguro que no, seguro que lo has olvidado. Te conozco, tú solo te acuerdas de lo que te interesa.

Lo dijo con irónica condescendencia, que es como ella suele comportarse conmigo. Yo creo que me considera una especie de ingenuo charlatán, que aprendió cuando era joven una serie de trucos simples pero vistosos con los que triunfa desde entonces, engañando a todo el mundo menos a ella, sin dejar de ser, al mismo tiempo, básicamente un ingenuo, igual que mi padre antes que yo, o más bien un tipo sin muchas luces.

—Claro, has olvidado quién te cuidaba cuando eras pequeño y nuestra mami estaba por ahí de pendoneo —se rio al ver mi expresión. Unos dos centímetros de ceniza se desprendieron sobre su delantal; siempre pienso que cuando la ceniza cae así debería

escucharse un sonido como el acelerado retumbar y desplome de una lejana avalancha—. ¿No sabías nada sobre mamá y sus amiguitos? Hay muchas cosas que desconocías entonces y que desconoces ahora, aunque te creas don sabelotodo.

Se inclinó, abrió la estufa y arrojó un tronco al repentino infierno de su boca; luego cerró la puerta de hierro de una patada con la pantufla que cubría su enorme pie.

Dodo no separaba de mí sus brillantes ojitos negros de pájaro.

—Y él no se entera de nada —dijo, desdeñosa e indignada, antes de cerrar la boca con ceñudo desafío, mientras deslizaba su mirada de Olive a mí y de nuevo a Olive.

Olive la ignoró en esta ocasión.

—Vamos fuera, que quiero enseñarte mi taller —me dijo, tirándome de la manga.

Arrojó la colilla al fregadero, donde se apagó con un siseo que sonó a mis oídos como una burla.

Empezamos a caminar a través del jardín. Bajo un triste árbol raquítico y atrofiado, una nube de mosquitas, doradas bajo la fría luz del sol, revoloteaban con energía arriba y abajo, como veloces piezas de una compleja maquinaria hecha de aire. Maravillosas criaturas diminutas, tan ajetreadas en el exterior en esa época tardía del año. ¿Adónde irían cuando llegase el auténtico frío? Las imaginé dejando que la maquinaria fuera deteniéndose mientras se posaban en el escaso refugio de la hierba invernal, donde permanecerían, pequeñas y dispersas motas de mortecino oro, aguardando el retorno de la primavera. Pura fantasía, lo sé; simplemente morirían.

—¿Sigues con tus historias? —preguntó Olive.

El sendero era irregular y estaba cubierto de barro; yo tenía los ojos clavados en el suelo para evitar caerme en un charco o dar un traspié.

—¿Historias? ¿A qué te refieres con historias? Yo pinto cuadros... Pintaba. Soy un pintor. Era.

—Ah, pensaba que escribías.

—No, no escribo. No escribía.

Asintió con gesto pensativo.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Por qué lo has dejado? Pintar cuadros o lo que sea.

—No lo sé.

—Bueno, en cualquier caso da lo mismo.

Aquello era una típica conversación entre mi hermana y yo. No sé si ella malinterpreta las cosas a propósito para molestarme o si realmente se confunde por la edad... Me lleva al menos diez años. Y, desde luego, vivir con Dodo no debe de favorecer la agilidad mental.

Me pregunto qué pensará de la vida mi larguirucha y poco agraciada hermana, en caso de que piense algo. Debe de tener alguna idea, alguna opinión de lo que significa ser un ente sintiente y activo sobre la superficie de la Tierra. Es algo que me pregunto a menudo acerca de los demás, no solo con Olive. Cuando era joven, tendría diecisiete

años o algo así, le gustaba un chico a quien no le gustaba ella. No recuerdo su nombre, un gamberro sonriente con los dientes torcidos y un tupé, eso sí lo recuerdo. Todavía la veo llorando el día que aceptó, por fin, que él no quería saber nada de ella. Era mediados de verano. Olive estaba en el salón. En el saliente del ventanal había un asiento, poco más que un banco empotrado, en realidad, duro e incómodo, tapizado de falso cuero, que despedía un desagradable olor algo fecal que, sin embargo, resultaba extrañamente tranquilizador, como el olor de una vieja mascota. Olive se encontraba derrumbada sobre él en una extraña pose: sentada de frente, con sus gigantescos pies, calzados con unas sandalias rosas —recuerdo de sobra esas sandalias—, plantados en el suelo uno al lado del otro, mientras su torso, girado bruscamente desde la cintura, estaba tendido sobre el banco tapizado en cuero. Sollozaba con el rostro vuelto hacia abajo y la frente apoyada en los brazos doblados. Mi madre también estaba allí, arrodillada a su lado, acariciando con una mano la enredada y áspera pelambreira de su hija, donde ya se veían prematuros mechones grises, mientras su otra mano descansaba en los hombros hundidos de la joven. A través de la ventana, el sol caía de lleno sobre ellas, sumergiéndolas en una colosal y violenta llamarada. Recuerdo la expresión de mi madre, de aterrorizada impotencia casi. Incluso a mis ojos infantiles, la escena —matrona absorta consolando a doncella llorosa— parecía anticuada y excesiva y con un colorido demasiado vivo, como una pintura de Rossetti o de Burne-Jones. No obstante, escondido tras la puerta entreabierta, yo miraba con emocionada fascinación e inmenso miedo. Nunca había visto a nadie llorar con tal vehemencia, con tal abandono, sin pudor alguno; mi hermana se había transfigurado de repente en una criatura de misteriosos augurios, una víctima sacrificial tendida sobre el altar, esperando al alto sacerdote y su cuchillo. Durante largo tiempo después me persiguió la sensación de haber sorprendido con gran torpeza un secreto ritual que mi presencia había contaminado de forma suma. Hasta un niño, o en especial un niño, percibe lo numinoso; de esos instantes de transgresión y terror sagrado nacieron los dioses en la infancia del mundo. Pobre Olive. Aquel día debió de suponer el final de las esperanzas que pudiera haber tenido de una vida medianamente feliz. La pipa de tabaco, la chaqueta y la corbata, el andar masculino fueron a partir de entonces las formas que encontró de escupirle al mundo.

Su taller era una especie de cobertizo de pino apoyado contra el muro al fondo del jardín. Tenía un tejado inclinado y una puerta combada con una ventana cuadrada a cada lado. Había un banco de carpintero de madera, tan macizo como una tabla de cortar de carnicero, con un enorme tornillo de hierro, ennegrecido de aceite, ajustado al mismo. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de virutas de madera que crujían agradablemente bajo los pies. Sus herramientas estaban colgadas en un tablón clavado a la pared del fondo y ordenadas de forma pulcra por tamaño y uso. En la mesa de trabajo estaban sus cajas de ingletes, sus sierras y martillos en miniatura, sus lijadoras, los tubos de pegamento y los botes de barniz.

—Todo esto era de tu padre —dijo señalando alrededor—, las herramientas y lo demás.

Siempre habla de nuestro padre como si solo fuese mío, sacándose ella así de la ecuación familiar. Dije que desconocía que le gustara trabajar la madera. Negó con la cabeza como si no supiese qué hacer conmigo.

—Estaba siempre en el cobertizo, aserrando y martillando. Era su manera de escapar de ella.

Estaba claro que se refería a mi madre, a nuestra madre. Con el ceño fruncido, cogí una caja de ingletes y toqueteé su contenido.

—Supongo que también habrás olvidado que yo hacía los marcos de madera para los lienzos que pintabas.

Los bastidores. ¿Hacía bastidores para mí? Si recordaba aquello, ¿por qué fingía que yo escribía historias? Mi hermana tenía una arraigada vena maliciosa.

—Le ahorré a mamá una fortuna, sí —dijo—, teniendo en cuenta que no había nada que tú no consiguieras tener, por caro que fuese.

Examiné la caja de ingletes con mayor atención aún.

—También te preparaba los lienzos, con cola de empapelar las paredes y una gran brocha. Todo ese trabajo que hice para ti ¿se ha esfumado?, ¿lo has olvidado todo? Tienes suerte. Ojalá yo tuviera una memoria como la tuya.

Delgadas tiras de madera noble estaban apiladas en una esquina, y a lo largo del banco de trabajo, en la parte delantera, había más de una docena de cristos idénticos, sujetos por un diminuto clavo que les atravesaba la palma de una mano de tal manera que todos colgaban torcidos, como una hilera de bañistas a punto de ahogarse que alzarán una mano con desesperación pidiendo ayuda. Estaban hechos de plástico duro y exhibían el brillo húmedo y ceroso de las bolas de naftalina. Cada uno tenía una corona de espinas también de plástico y un toque de brillante rojo pintado en el lado izquierdo del pecho, justo debajo de las costillas. Que yo sepa, Olive no es muy religiosa; en otra época probablemente la hubiesen quemado en la hoguera. Me la imaginé en su madriguera de bruja al anochecer, clavando esos muñecos de vudú a las cruces de madera y riéndose entre dientes.

—He encargado pintura reflectante para los ojos —me dijo de pasada mientras apretaba los labios y se retiraba un mechón de cabello.

Era obvio que pensaba que se trataba de una idea genial. Le pregunté qué hacía con los crucifijos cuando los terminaba. Su actitud cambió.

—Los vendo, claro —con gesto despectivo, alzó un hombro huesudo y lo dejó caer y, a continuación, pareció enfrascarse en elegir otro cigarrillo y encenderlo.

Contemplé cómo tiraba la cerilla con la diminuta brasa aún prendida sobre las virutas que había a nuestros pies. Le pregunté a quién se los vendía, mi curiosidad era sincera. Empezó a toser de nuevo, inclinándose sobre la mesa con los hombros encorvados y golpeando suavemente el suelo con un pie. Cuando el ataque pasó, permaneció en pie con la cabeza erguida, emitiendo una especie de mugido mientras se presionaba el pecho con una mano.

—Hay una tienda que compra cosas así —jadeó.

Era claramente una trola. Sospecho que los tira o los utiliza para encender la estufa de la cocina. Inhaló una larga calada de su cigarrillo y lanzó el humo hacia la ventana, donde se convirtió en una blanda nube, como una calabaza aplastada; hay tantas cosas en el mundo que son amorfas, aunque parezcan sólidas. Podía ver cómo Olive cavilaba con premura la forma de cambiar de tema.

—¿Cómo está tu amigo? El tipo que arregla relojes —dijo.

—¿Marcus Pettit?

—¿Marcus Pettit? —repitió con un graznido imitándome, puso cara de idiota y negó con la cabeza, lo que le dio un aire a la Alicia que dibujó Tenniel, con su largo cuello tras comer la seta mágica que le dio la oruga—. ¿Cuántos relojeros crees que hay en esta gran metrópoli?

Dejé en la mesa la caja de ingleses y carraspeé para aclararme la garganta.

—Hace tiempo que no veo a Marcus —contesté, mirándome las manos.

—Eso pensaba yo —se rio con voz ronca—. Bonito juego os traéis entre todos vosotros —me ardía la nuca. Uno nunca es demasiado viejo para sentirse como un niño al que regañan—. Supongo que tampoco ves a su señora *desde hace tiempo*.

Iba a darle no sé qué tipo de respuesta cuando, de repente, Olive alzó una mano y ladeó la cabeza sobre la pértiga de su cuello, mientras escuchaba algún sonido que procedía de la casa y que solo ella parecía oír.

—Ay, es ella —dijo con fastidio y, al instante, ya había salido del cobertizo y atravesaba el jardín a toda prisa en dirección a la puerta de atrás.

La seguí a un ritmo más pausado. Creo que todavía estaba ruborizado.

Dodo, en su sillón, estaba en pleno ataque de angustia: con el pequeño rostro contraído, profería chillidos como un pájaro y aleteaba con las manos y los pies mientras unos lagrimones infantiles le llenaban los ojos. Inclínada sobre ella y haciendo ruiditos consoladores, Olive giró la cabeza para lanzarme una sombría mirada por encima de su hombro.

—No es nada —dijo con un susurro teatral—, solo problemas con las aguas menores —se giró hacia Dodo—. Solo es eso, ¿verdad, Dodie? —gritó—, solo las aguas menores, no lo otro, ¿verdad? —se inclinó aún más, olfateó y luego se volvió de nuevo hacia mí—. Nada grave, solo un poco de humedad, no es algo peor —se estiró y me agarró del brazo—. Ve al vestíbulo y espera —se había levantado un súbito viento; gemía en la chimenea y alzaba la tapa de la estufa. Dodo, turbada y con la ropa desvergonzadamente desabrochada, lloraba ahora sin pudor—. ¡Vete, vete! —gruñó Olive, echándome fuera.

Hacía frío en el oscuro vestíbulo. Un tenue rayo rosado que caía del cristal rubí del montante, sobre la puerta de entrada, me recordó la hilera de cristos a medio crucificar que colgaban torcidos en el cobertizo. Cuando era pequeño siempre me aterrorizaban las estatuas de la iglesia, su presencia que no llegaba a ser de tamaño natural, los ojos melancólicos mirando hacia abajo y las delgadas manos tendidas, implorando fatigadas algo cuya naturaleza yo no podía adivinar y que incluso ellas parecían haber olvidado hacía mucho tiempo. La lámpara del sagrario también me inquietaba, roja como el cristal

de la media luna sobre la puerta y siempre encendida, vigilándome sin descanso, a mí y mis actos pecaminosos. Algunas veces, me despierto por la noche y tiemblo al recordar que ese ojo siempre vigilante está allí, palpitando en el vasto y resonante vacío de la iglesia.

En el vestíbulo un sinfín de recuerdos del pasado flotaban a mi alrededor, estaban allí y no estaban, como una palabra en la punta de la lengua.

Ahogados sonidos de forcejeos y quejidos llegaban de la cocina, donde debían estar cambiando la ropa sucia a Dodo. Distinguía los gritos llorosos de la gorda mujercita y las bruscas palabras de consuelo de Olive. Después de todo, así era el amor: frágil y menesteroso por un lado, claramente pragmático por otro. No estaba hecho para mí: demasiado simple y prosaico, demasiado mundano, en una palabra.

¿Por qué no me marché de la casa en aquel momento? ¿Por qué no salí sin hacer ruido y me fugué a la libertad de la tarde? Es probable que a Olive no le hubiese importado, seguramente ni siquiera se habría dado cuenta de que me había ido, mientras que la pobre Dodo se habría alegrado sin duda de haber perdido de vista al testigo de su humillación. ¿Qué me retenía en el vestíbulo? ¿Qué dedos, provenientes de un mundo perdido, me acariciaban y me sujetaban? Aquel olor a sintasol, a viejo papel de las paredes, a cretona polvorienta, y aquel rayo de morboso y santo resplandor que me iluminaba. Noté con asombro cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. ¿Por qué o por quién lloraba? Por mí mismo, por supuesto. ¿Por quién más iba a llorar?

En ese momento me llamaron para que regresara a la cocina. Todo parecía igual que antes, salvo el intenso olor a amoníaco, el color encendido de Dodo y su mirada baja. Me senté de nuevo a la mesa. El viento golpeaba ahora la casa, sacudía las ventanas, hacía crujir las vigas y provocaba que la estufa escupiera borbotones de humo a través de diminutas grietas de la puerta y por los bordes de la tapa incandescente. Allí sentado me dejé llevar por el lánguido ritmo de la habitación. Olive, que preparaba otra tetera, hacía caso omiso de mi presencia y, al pasar a mi lado, me sorteaba como si yo fuese un estorbo algo incómodo, uno que siempre había estado allí.

Sin ninguna razón aparente, me vino a la cabeza una vez más el mirto plantado en un tiesto de Gloria, el que casi muere. Persisto en llamarlo mirto, aunque no estoy seguro de que sea tal. Preocupada por la posibilidad de que los parásitos regresaran, Gloria decidió un día cortarle todas las hojas. Realizó la tarea con una inusitada fiereza, casi bíblica a mis ojos, la mandíbula tensa, sin mostrar la más mínima compasión, hasta que desaparecieron incluso los brotes más pequeños y tiernos. Cuando acabó, tenía un aire saciado, aunque temblores de iracunda rectitud parecían agitar aún su interior. No pude evitar simpatizar con el pobre arbusto, que así despojado parecía desoladoramente consciente y apenado por sí mismo. Tengo la sospecha de que Gloria me considera responsable de alguna manera de aquel trance, como si yo hubiese introducido los parásitos en la casa, no como portador, sino como su progenitor, una pálida y gigantesca larva con una hinchada bolsa que un día reventó, esparciendo innumerables crías sobre su indefensa y diminuta mascota verde. A lo largo del otoño, el mirto permaneció sin

hojas y en apariencia muerto hasta que hace una semana renació y de pronto empezó a retoñar a gran velocidad, casi se podía ver cómo salían los brotes. No sé qué puede significar esa exuberancia tan poco natural cuando estamos rozando el invierno. Tal vez no deba buscarle ningún significado. Gloria no ha hecho alusión alguna a la resurrección de la planta, aunque a mí me parece ver un destello triunfante en sus ojos, como si se sintiera justificada o se hubiese vengado de algo o de alguien. Está de un humor muy extraño y excitable que no puedo descifrar. Resulta muy inquietante. Temo que en cualquier momento comience a vibrar el aire y la tierra se mueva bajo mis pies, aunque confiaba en que ya se habrían acabado los terremotos después de todos los que hemos padecido en los últimos tiempos.

Me incliné sobre la mesa y bebí el resto tibio y jabonoso de la cerveza negra, dejé el vaso y dije que era hora de irse. Para evitar mirarme, Dodo tenía la vista clavada en la estufa y, con los hombros encorvados, mascullaba con furia alguna palabra suelta de vez en cuando. De hecho, ella y la estufa hacían una buena pareja y con sus figuras rechonchas incluso se parecían un poco: ambas ardían por dentro, hablaban en murmullos consigo mismas e irradiaban airadas descargas de calor y humo... Yo soy el auténtico antropomorfista.

Olive me acompañó a la puerta y permanecimos un rato bajo la densa luz dorada del final de la tarde. El viento había desaparecido tan rápidamente como había empezado. Grandes hojas leonadas estaban esparcidas sobre la acera y en un árbol un viejo cuervo tosía con voz ronca entre maldiciones. Qué memoria tengo, capaz de retener tantas cosas y con tanta nitidez. Creo que más bien debo de imaginarlas. Con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, miré alrededor con los ojos entrecerrados. Sombríos pensamientos en la estación moribunda. Para mi inmensa sorpresa, me escuché preguntar si podía regresar otro día a visitarlas; no sé qué me sucedía. En lugar de contestar, mi hermana sonrió y desvió la mirada mientras movía la mandíbula inferior de un lado a otro como si masticara, un gesto que hace siempre que algo le divierte.

—Nunca te diste cuenta de cuánto fuiste amado, ¿verdad? —dijo—, nunca en todos estos años, y mírate ahora.

Iba a preguntarle —cuánto fui amado, por quién—, pero ella movió la cabeza con aquella triste y resabiada sonrisa. Me puso una mano en el codo y me empujó sin aspereza.

—Vete a casa, Olly. Vuelve con tu esposa.

¿Se refería a Gloria o lo que dijo fue «tus cosas»? ¿Dijo «tus cosas» en lugar de «tu esposa»? En cualquier caso, me fui.

Apenas había caminado unos pasos cuando escuché que me llamaba y, al girarme, vi a Olive que corría hacia mí con algo en la mano. Mientras trotaba por la elevada acera con su delantal, su rebeca y sus viejas pantuflas de felpa, advertí con asombro cómo se parecía a toda la familia: mis padres estaban allí, mi madre tanto como mi padre, y mi difunto hermano y yo, yo también estaba allí, así como mi niña muerta, mi pequeña hija desaparecida, y una multitud de personas a quienes yo conocía, pero solo reconocía a

medias. Así regresan los muertos, llevados por los vivos para arremolinarse en torno a nosotros, pálidos espectros de ellos y de nosotros mismos.

—Toma —me dio Olive, jadeando—, un regalo para ti —me arrojó un crucifijo de madera a la mano—. Tal vez te dé suerte, y te ahorrará tener que birlar uno —y se rio.

La idea de un final, me refiero a la posibilidad de que haya un final, siempre me ha fascinado. Debe de ser la mortalidad, la nuestra, la que se halla en la raíz de tal concepto. Yo moriré, también tú, hay un final, nos decimos. Pero ni siquiera eso es cierto. Después de todo, a pesar de lo que nos aseguran los curas, ningún hombre, ningún fantasma, ha regresado de ese infame confín para contarnos qué delicias, o lo contrario, nos aguardan, y tampoco es probable que suceda. Mientras tanto, en nuestro postrado y finito mundo nada de lo que nos proponemos hacer o construir llega a ser finalizado, tan solo interrumpido, abandonado. ¿Qué se entendería por estar finalizado? Siempre queda algo, otro paso que aventurar, otra palabra que proferir, otra pincelada que añadir. El conjunto de todos los conjuntos es a su vez un conjunto. Pero aguardad un instante. No habíamos pensado en el bucle. Une los extremos y el asunto puede continuar hasta el infinito, dando vueltas y más vueltas. Eso, sin duda, constituye una suerte de final. Es cierto que no hay un punto final como tal, no hay toperas que detengan la circulación del tren. Pero fuera del bucle no hay nada. Por supuesto que hay, hay muchas cosas, casi todo, pero nada que afecte al asunto que da vueltas y más vueltas, pues está completo en sí mismo, en una infinita rueda propia.

Es maravilloso cómo una inyección de pura especulación —olvidaos de su cuestionable lógica—, gélida e incolora como una dosis de opio, mitiga aunque sea brevemente la peor aflicción. Brevemente.

En cualquier caso, el pretexto para el sucinto intervalo de gimnasia mental de hoy era el pensamiento de que en cualquiera de sus finales, en cualquiera de los extremos del particular bucle que he estado enrollando entre mis dedos y entre los vuestros —en realidad, más que un bucle es un embrollo—, se está celebrando un pícnic. Sí, un pícnic, es más, pícnics; no uno, sino dos. Intentad recordar cuando os mencioné, ay, hace siglos, que la primera vez que, según recordaba, nos reunimos los cuatro, es decir, Polly, Marcus, Gloria y yo, fue en una pequeña excursión conjunta a un parque en no sé dónde en una tarde de verano en la que llovió intermitentemente. Entonces lo describí como una versión de *Le Déjeuner sur l'herbe*, pero el tiempo, y me refiero a los acontecimientos recientes, lo ha matizado hasta convertirlo en algo menos audaz. Imaginadlo ahora como una escena de Vaublín, *mon semblable*, mejor dicho, mi gemelo. Ya no sucede en verano sino en otra estación más sombría, el parque se muestra crepuscular con su denso volumen castaño rojizo de árboles bajo grandes cúmulos de nubes vespertinas de color albaricoque oscuro, dorado y blanco gesso, y en un claro, ¿veis?, está el pequeño y luminoso grupo dispuesto sobre la hierba: uno rasganea ociosamente una mandolina, otra mira pensativa con un dedo presionado contra el hoyuelo de la mejilla —Polly tenía

hoyuelos en aquellos días—, en primer plano hay una bella rubia con un moño y ataviada con lustrosa seda, mientras que, muy cerca, otra persona, adivinad quién, se inclina para dar un beso. De manera deliberada, he eliminado la lluvia, los mosquitos, la avispa que encontré batiendo desesperada las alas dentro de mi vino. Ese pequeño grupo de excursionistas allí reunidos lucen tan decorosos como pueda imaginarse, ¿no es cierto? No obstante, hay algo desacorde en la imagen, igual que una cuerda desafinada de esa mandolina barrigona.

Por cierto, os habéis equivocado al conjeturar quién era el hombre escondido que se inclinaba para dar un beso. Con toda sinceridad, *pas moi!*, y lo digo a la francesa para mantener el espíritu que parece haber prendido entre nosotros, debido probablemente a la repentina aparición de Vaublin.

Los celos. He ahí un tema apropiado para otra de esas disertaciones mías, de las que estoy seguro ya os habéis agotado. Pero los celos son algo que desconocía hasta hace unas semanas y aún constituyen una novedad, si se me permite expresarlo así. El corazón convulso, la sangre encendida, cristales en los huesos, elegid la fórmula que más os guste. En lo que a mí respecta, os haré un relato sin adornos. Bueno, será inevitable que haya una mano de barniz, pero intentaré que sea una capa lo más fina posible. Como siempre sucede en estos asuntos —*le mot juste!*—, nunca se llega a averiguar toda la verdad. Siempre se prescinde de algo, se pasa por alto, se elimina, hay una fecha hábilmente cambiada, una cita contada como algo que no fue, una conversación telefónica que no pudiste evitar escuchar, pero que se interrumpió de golpe dejando una frase a medias. En cualquier caso, aun si te ofrecieran la verdad sin adornos no la creerías, pues tras el primer pellizco de sospecha todo queda teñido de incertidumbre, bañado en un resplandor del verde color de la bilis. No supe el significado de la palabra *obsceno*, no sentí su abrumadora y augusta majestad hasta que me vi obligado a imaginar a mi amada, a una de mis amadas —¡a mis dos amadas!—, con su carne sudorosa entrelazada con otra carne que no era la mía. Sí, una vez que ese bellaco alzó su fea cabeza con su brillante casco, no hubo manera de evitar su terrible y regocijado ojo.

Fue Dodo, entre todas las personas posibles, quien plantó la primera leve sospecha. Su mención a un pícnic, que entonces me pareció un comentario necio, prendió en mi cabeza como una pequeña, dura y resistente semilla de la que pronto brotó un sinuoso zarcillo, que al retoñar dio paso a una exuberante, vistosa y dañina floración. Marché con pesados andares por las calles secundarias de la ciudad, las manos cogidas a la espalda de mi largo abrigo —imaginad a Bonaparte en Elba—, rumiando, especulando, calculando, hurgando en mi memoria en busca de claves que alimentaran mi creciente convicción de que estaban sucediendo cosas de las que hasta aquel momento no sabía nada o que, cuando menos, no había querido ver. ¿Qué había sucedido? ¿Qué sucedió en realidad entre nosotros cuatro aquel día lejano en el parque, bajo el sol y la lluvia? ¿Había estado tan pendiente de Polly, envolviéndola en mis redes para el futuro, igual que una araña — ¡Dios!— envuelve una mosca de un verde pavo real y maravillosamente brillante, como para no advertir que la misma situación vergonzosa se repetía muy cerca? El problema de

pensar en lo que ya sucedió, intentando desenmarañar el enmarañado pasado, es que todo se desacopla —¡ja!—, cuando la mitad del esfuerzo que debo hacer se reduce sencillamente a ajustar el paso conmigo mismo y dirigirme sin más dilación a donde no quiero llegar. Hasta los hilos de mi sintaxis empiezan a liarse.

—Podría decirse —dijo Gloria, eligiendo cada palabra con gran deliberación— que llegamos a un acuerdo. Ninguno de nosotros lo mencionó aquel día, el día del pícnic, y tampoco durante el largo tiempo que siguió, durante años, y solo lo hicimos ante la debida provocación.

—¿La debida provocación? —balbuceé indignado—. ¿Qué significa eso en lenguaje normal?

¡Adónde me lleva mi fantasía! La aparición súbita de Bonaparte un par de párrafos atrás me hace imaginarme durante esa trascendental confrontación con Gloria, de pie, ataviado con una casaca con faldones, pantalones estrechos blancos y un chaleco de lona cruzado aún más estrecho que se abomba sobre mi vientre hinchado y da a mis mejillas un brillo de apoplejía, mientras camino pavoneándome de un lado a otro ante mi esposa, que muestra una tranquilidad extraordinaria, con un tirabuzón grasiento cayendo sobre mi frente abultada y con la Gran Armada apelotonada ante mi puerta, empujando y riéndose. De hecho, la puerta era de cristal y no había nadie fuera. Estábamos en el Jardín de Invierno, ese inmenso y presuntuoso invernadero construido para deleite del público por uno de los filantrópicos ancestros de Freddie Hyland en la cima de otra de las numerosas colinas bajas de la ciudad. Desde allí arriba, mirando hacia el este, más allá de un batiburrillo de tejados que se extendían a lo largo de casi dos kilómetros, se veía el sol de invierno preparándose para ponerse, refulgiendo con tenacidad en las ventanas de nuestra casa en Fairmount. El Jardín de Invierno nos brindaba la soledad necesaria para la clase de conversación que estábamos manteniendo, ya que siempre se hallaba desierto. Desde el primer momento, en la ciudad pensaron que era un disparate ridículo y además nocivo para la salud en aquellos tiempos de tuberculosis, debido a la humedad y al aire frío de su interior. En la época de supremacía de los Hyland, las noticias de los despidos el viernes por la noche en uno u otro de los molinos y fábricas de la familia se propagaban por la ciudad como fuego aventado y tan pronto oscurecía, bandas de trabajadores que acababan de quedarse sin trabajo subían en airada turba por Haddon's Hill, rodeaban aquella indefensa extravagancia y destrozaban la mitad de los paneles de vidrio, que los Hyland, con su habitual y hastiada entereza, hacían reemplazar el sábado por la mañana, pagando a las mismas cuadrillas de trabajadores que los habían roto la noche anterior.

—No tienes remedio —dijo mi mujer, mirándome. En su rostro, carente de hostilidad, flotaba la sombra de una sonrisa—. Lo sabes, ¿no? O deberías saberlo.

Era un día frío, y allí dentro el vaho agrisaba las paredes de cristal; brillantes riachuelos de humedad las atravesaban deslizándose hacia abajo sin descanso, de tal manera que parecía que nos encontrábamos en un vestíbulo de altos techos de cuyas paredes pendían grandes colgaduras hechas con cortinas de relucientes cuentas plateadas.

Arriba, en las riostras de la estructura de madera, había viejos quemadores de gas. Mucho tiempo atrás alguien había grabado la leyenda «A la horca con los teutones» en uno de los paneles de cristal, sin duda con el diamante de un anillo, y, al instante, me imaginé a Freddie Hyland balanceándose cómicamente sobre nosotros desde una de las riostras de metal, con los ojos a punto de salirse de las órbitas y la lengua azul asomada.

Le dije a Gloria que no sabía de qué estaba hablando y que sospechaba que tampoco ella. ¿Me estaba diciendo que durante años, años y más años, desde el día de aquel pícnic en el parque, Marcus y ella habían sido...? Habían sido ¿qué? ¿Amantes secretos?

—Ay, no seas ridículo —replicó ella, alzando la barbilla y riéndose.

Hacía poco que había notado la nueva risa de Gloria: un sonido fresco y metálico, como el carillón de una campana distante que llega a través de los campos en un día escarchado; ahora que lo pienso, debe de ser el equivalente de aquella fría y pequeña sonrisa de Marcus que Polly me describió de forma inolvidable. Empecé a sudar, y no por causa del húmedo calor de aquel lugar. Los imaginé juntos, a mi mujer y a mi amigo de otros tiempos, hablando de mí, él sonriendo y ella con su reciente y tintineante risa, y sentí una puñalada de pura e intensa angustia, tan pura e intensa que durante un segundo me dejó sin respiración. Siempre hay un sufrimiento desconocido esperándote.

—Y, además, menuda cara tienes, sermoneándome sobre amantes secretos —dijo Gloria.

Habíamos llegado a la Casa de las Palmeras, un nombre imponente para lo que tan solo era el final del edificio, separado por mamparas de cristal. Es un espacio claustal y triste, habitado por vástagos colosales que más parecen animales que plantas, con hojas coriáceas del tamaño de las orejas de los elefantes y matas de un velludo y grueso material en torno a la base que dan la sensación de que se les han caído los calcetines. Gloria estaba sentada en un banco bajo de piedra, fumando un cigarrillo e inclinada ligeramente hacia delante, con las piernas cruzadas y un codo apoyado en la rodilla. Yo no conseguía entender cómo podía estar tan tranquila, o parecerlo. Vestía su holgado abrigo blanco, ese que no me gusta, con el cuello en forma de cono. En aquel lugar húmedo, caliente y fétido, me sentía como si hubiese caído desde una ventana alta y, por alguna razón, me hallase suspendido en una poderosa corriente ascendente y, en cualquier momento, fuera a producirse la larga caída hacia el suelo, el aire aullando en mis oídos y la tierra girando hacia mí a una velocidad vertiginosa y cada vez más rápida. Aun así, tenía un deseo enloquecido y atormentado de reír.

—Deberías habérmelo contado —repliqué. Estoy seguro de que estaba retorciéndome las manos.

—Contarte, ¿qué?

—Sobre el pícnic. Sobre tú y... —pensé que me ahogaría al decirlo—. Sobre tú y Marcus.

Al oírme, ella lanzó de nuevo su risita.

—No había nada que contarte entonces. Además, ese día, ese día de hace años, me di cuenta de cómo te comías con los ojos a Polly, intentando mirar por debajo de su

vestido.

—¿Qué estás diciendo? —protesté. Sí, protesté mucho aquel día—. Te lo estás imaginando todo.

Sentía aquellas criaturas de orejas gigantescas a mi espalda, aquellos árboles elefantiásicos; no olvidarían nada de lo que estaban escuchando, las nuevas, al fin, de mi perdición.

—Mira, lo único que sucedió —dijo Gloria con paciencia, como si se dispusiera a intentar explicar de nuevo algo complicado a un simplón— es que Marcus y yo nos dimos cuenta de que éramos almas gemelas.

Sentí como si algo pesado y blando hubiese caído dentro de mí con un chapoteo.

—¿Cómo? —grité con voz quebrada—. ¿Tú y ese don nadie? —a ese nivel de insultos había llegado, no había tardado mucho—. ¿Almas gemelas? ¿Tú sabes cuánto desprecio ese tipo de expresiones? —dije con un escalofrío de asco.

—Sí, lo sé —contestó, mirándome con naturalidad.

Me alejé de ella y, con el lateral del puño, abrí un círculo en el cristal empañado de la pared. Afuera, el cielo blanquecino y, en el horizonte, una franja de nubes de un rosa plomizo, que recordaban un relleno que se hubiese salido. Hasta en los días más despejados parece haber nubes como esas; siempre está lloviendo en alguna parte. Me giré para hablar con mi mujer, sentada de espaldas a mí, pero no fui capaz y permanecí inmóvil e impotente, mirando con ojos muy abiertos el pálido fulgor de su inclinado cuello desnudo. Ella volvió la cabeza y me miró por encima del hombro.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó.

—¿Qué?

—El pícnic, por llamarlo así.

—¿Cuál?

Su rostro se tensó.

—Es obvio que no me refiero a ese en el que estuvimos los cuatro.

Le dije que alguien les debía de haber visto juntos, a ella y a Marcus.

—Claro —dijo, divertida—, es lógico teniendo en cuenta cómo es este lugar —me miró con más atención y frunció el ceño con semblante súbitamente preocupado—. Pobre... Ven, ven aquí a sentarte —golpeó con la palma de la mano el espacio vacío a su lado en el banco.

Las cosas solo son inevitables en los sueños; en el mundo de la vigilia no hay nada que no pueda evitarse, salvo la famosa excepción. Esa había sido mi experiencia hasta aquel momento. Pero la manera en que ella hizo aquello, dar unos golpecitos en el banco con la palma de la mano y llamarme «pobre», anunciaba una inevitabilidad de la que no habría escapatoria.

—Cuéntame la verdad —le dije, derrumbándome a su lado.

—Te he contado todo lo que hay —arrojó la colilla a sus pies y la apagó con destreza con el tacón del zapato—. Quien fuera que nos vio no pudo ver gran cosa. Yo llevé una de tus botellas de vino y Marcus, unos sándwiches horribles que había comprado.

Fuimos al Ferry Point y aparqué en aquel sitio sobre el puente. Hablamos durante horas. Me quedé helada de frío. Tendrías que haber visto mis nudillos, lo rojos que se pusieron. Debería haber visto sus nudillos.

—¿Cuándo sucedió eso? —pregunté, hundiéndome más y más hondo, casi agradablemente, en aquella recién estrenada tristeza.

—Justo después de tu huida y de que Marcus se diera cuenta de lo que había sucedido —dijo con la voz endurecida—. Yo lo sabía desde hacía siglos.

—¿Cómo siglos?

—Creo que lo supe desde el principio.

—¿Y no te importó?

Se inclinó hacia delante y pensó durante unos segundos mientras movía la puntera de uno de sus zapatos.

—Claro que me importó, pero derramé todas las lágrimas que tenía cuando murió la niña y no me quedaba ninguna para ti. Lo siento.

Asentí con la mirada fija en mis manos. Parecían las de un extraño: nudosas, con gruesas venas, descoloridas.

—Si lo sabías, ¿por qué no se lo dijiste?

—¿A Marcus?

—Sí, a Marcus. ¿No erais almas gemelas?

Ella se removió con indignación dentro de su abrigo.

—Pensaba que lo sabía. Nunca hablábamos de ti o de Polly, no hasta que huiste.

—¿Y entonces? ¿Hablasteis de nosotros entonces?

—No mucho.

Mis ojos se fijaron en una palmera gigantesca que se elevaba sobre nosotros como un verde y congelado surtidor, mostrando toda su barroca y pesada grandeza. Las apretadas hojas, tan anchas en su extremo más amplio como canoas indígenas, brillaban cubiertas de cicatrices en su parte más inclinada con los jeroglíficos de antiguos grafitis. Un ser tan compacto, con aquella aparente pose doliente, pero ingrávulo al mismo tiempo. La tensión de las cosas: esa era la cualidad que me resultaba más difícil de aprehender, sin importar el medio que utilizara. Todo resiste el empuje del mundo, luchando por alzarse, pero atado a la tierra. Un violín siempre es más ligero de lo que aparenta, encordado con tremenda tensión, pero cuando lo coges sientes como si quisiera escapar de tus manos. Pensad en el arco de un arquero en el instante posterior al tiro, pensad en la vibración de la cuerda, el pequeño brinco del arco, el estremecimiento y la vibración que recorren su curvada y templada longitud. ¿Atrapé en alguna ocasión algo de aquella flexibilidad, de aquella aspiración a elevarse? No, no lo creo. Mis pinturas eran siempre grávidas, cargadas con el peso excesivo de mis expectativas.

—Polly no lo sabe, ¿verdad? —pregunté. Mi voz era la de alguien que se ha arruinado y pregunta tristemente si al menos le han dejado la puerta de entrada.

—No sabe ¿qué?

—Nada del supuesto segundo pícnic que tuvisteis Marcus y tú.

—No sé lo que sabe Polly —dijo y lanzó una especie de carcajada—. Polly está ocupada, ya le ha echado las redes a otro.

¿Las redes? ¿Qué otro? No pregunté, no. No quería saber más. Existía un límite para el número de guantazos que podía llevarme en esa paliza concreta.

Le dije que lo que había existido entre Polly y yo había terminado; en realidad, no había sido gran cosa comparado con la dimensión global de todo el asunto.

—Sí —asintió Gloria—. Y lo que hubo entre Marcus y yo, fuera algo o no fuera nada, ha acabado también.

Me levanté y me aproximé de nuevo al cristal y de nuevo miré hacia fuera. El sol que vemos ponerse no es el sol mismo, sino una imagen tardía, refractada por la lente de la atmósfera de la Tierra. Sacad vuestra conclusión si lo deseáis, a mí no me quedan fuerzas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Nada —respondió mi mujer, ciñéndose más estrechamente el abrigo a pesar del húmedo calor que nos envolvía—. No hay nada que podamos hacer.

Tenía razón. Todo ya había sido hecho, aunque dudo que ni siquiera ella supiera entonces lo que ese todo traería consigo. ¿Por qué las sorpresas de la vida son casi siempre desagradables y, en buena medida, poseen un cariz desagradablemente cómico?

Hace poco anduve hasta Ferry Point y ascendí la empinada ladera de la colina, atravesando tojos, todavía floridos, y erizados pasajes de tallos de helechos muertos, muy cortantes y traicioneros. Me caí a menudo, desgarrándome los pantalones, rasguñándome las rodillas y destrozando mis absurdos zapatos, completamente inadecuados para el paseo. ¿Qué habría sucedido con las botas que tomé prestadas de Janey en Grange Hall? Cuando llegué a la cima me sentía como Billy Bunter, dolorido y contusionado tras otro de sus infortunados líos. Pobre Billy, todos se ríen de él, aunque yo no logro entender por qué, a mí me parece un personaje muy triste. En la cima, la colina es plana, como si hubiesen seccionado con limpieza la parte superior, dejando un ancho círculo de terreno arcilloso donde apenas crece nada, incluso en verano, salvo hierbajos y cardos y, aquí y allá, alguna amapola solitaria, consciente de sí misma y sonrojada. Es un paraje muy frecuentado por lo que antes se llamaban parejitas de novios. Vienen en coche durante la noche y aparcan frente a la famosa vista, aunque no es el paisaje lo que ocupa sus pensamientos y, en cualquier caso, es difícil que puedan vislumbrar nada en la oscuridad. He llegado a ver hasta media docena de coches aparcados en hilera, como focas tumbadas al sol, con las ventanillas empañadas; en general, ningún sonido sale de ellos, excepto cuando, en un momento dado, alguno empieza a balancearse sobre los amortiguadores, suavemente al principio y luego con creciente furia. Los solitarios también acuden aquí a veces. Aparcan alejados de los otros y sus coches parecen inmersos en una oscuridad más intensa. Sus parabrisas miran a ciegas la noche, con muda desesperación, mientras en la negrura tras el brillante cristal la brasa de un cigarrillo solitario se enciende y se apaga, se enciende y se apaga.

La vista es magnífica, os lo aseguro. El estuario, una ancha sábana de plata punteada, se extiende hasta el horizonte, con bosques de avellanos a ambos lados donde nadie se aventura excepto algún cazador ocasional, y sobre ellos las colinas se despliegan con esmero a orillas del cielo. Aquí, en esta altura decapitada, queda el muñón de una torre derruida, igual que un dedo cortado que señalara con furiosa recriminación el cielo. En tiempos de los normandos, debió de ser una torre de vigilancia sobre el estrecho vado abajo en el río, que ahora prolonga el viejo puente de hierro que se desplomará cualquier día de estos, visto su desvencijado aspecto. Allí fue donde me recogió el granjero con su camión aquella noche de tormenta y huida, ¿hace cuántos meses ya? No más de tres... ¡Es increíble! Marcus evitó ese puente al caer.

Sin resuello y jadeante, me senté sobre una roca cubierta de musgo junto a la pared lateral de la torre. ¿Qué me había llevado hasta allí? Era un sitio importante no por uno, sino por varios motivos. Allí era donde Marcus y mi mujercita tuvieron su primera cita, en aquel segundo pícnic en el que se bebieron mi vino y comieron los horribles sándwiches de Marcus. ¿Sería de día o de noche? De día, sin duda; ni siquiera los amantes secretos harían un pícnic por la noche. Imaginé los nudillos de Gloria, rojos por el frío. La imaginé alzando el rostro, sonriendo, con los ojos cerrados. Imaginé un mechón de cabello de Marcus cayendo hacia delante, agitado por su aliento. Imaginé el coche balanceándose sobre los amortiguadores.

Yo también cerré los ojos y sentí la tenue calidez del sol de noviembre en los párpados.

En el gran mundo todo continúa saliendo mal. ¡Qué patético contrasentido! Las tormentas de sol no muestran signos de amainar. Espirales de fuego y de gas salen despedidas al espacio por las fisuras de la llameante corteza estelar, algunas de ellas a millones de kilómetros de altura, según cuentan. Las tiendas venden un artilugio para contemplar esas perturbaciones titánicas: un antifaz de cartón con algún tipo de filtro especial en las ranuras para los ojos. Uno se tropieza con niños, y no solo niños, detenidos de pie en la calle con su antifaz, mirando hacia arriba igual que si estuviesen hechizados, como de hecho lo están, ya que el sol es el más antiguo y poderoso de los dioses. Hay asimismo llamativas lluvias de meteoritos, un espectáculo gratuito de fuegos artificiales al anochecer tan puntual como solía ser el reloj universal. Un día sí y otro no llegan noticias de nuevos desastres. Mareas terribles arrasan los archipiélagos, llevándose todo por delante y ahogando a decenas de miles de gentes morenas y menudas; trozos de continentes se quiebran y caen al mar, mientras que los volcanes escupen toneladas de polvo que oscurecen los cielos alrededor del mundo. Y mientras tanto nuestra pobre y lisiada Tierra recorre pesadamente su excéntrico circuito, bamboleándose como una peonza al final de sus giros. El viejo mundo está regresando, una retrógrada progresión en plena actividad, dentro de nada todo será como antes fue. Es lo que anuncian los arúspices y los pronosticadores. Las iglesias están atestadas; se escuchan las voces corales de los fieles en su interior alzarse en trémulos cantos, lamentándose e implorando.

Debo de haberme quedado dormido un rato al sol, sentado sobre la roca bajo la roma

pared de la torre. Me sucede cada vez con más frecuencia en estos días; según parece, una leve narcolepsia es una de las consecuencias de un atormentado y maltrecho corazón. Al escuchar que me llamaban, me he despertado. Era un anciano encorvado y flaco, con barba de varios días y ojos legañosos. Durante un segundo creí que era el viejo granjero, el del camión que me contó aquella historia espeluznante y —quién lo iba a decir— profética del hombre que murió ahogado. Si lo pienso bien, tal vez fuese él. Un hombre mayor en ese estado de decrepitud podría pasar por cualquiera. Sus pantalones, increíblemente sucios, eran tan grandes que habrían cabido dos personas dentro y se movían sin encontrar obstáculo por sus caderas y alrededor de sus escuálidas piernas, sujetos por un par de tirantes. La camisa no tenía cuello, el abrigo sin botones era largo y sus botas, sin cordones, eran, al igual que sus pantalones, varios números más grandes que su pie.

—¿Tienes un cigarrillo, tío? —graznó.

Le dije que no, que no tenía tabaco y en ese mismo instante, no sé por qué —a no ser que algo en los ojos blanquecinos del viejo despertara mi memoria—, recordé cómo solía subir hasta allí cuando era niño con un amigo del colegio que me gustaba mucho. Su nombre, aunque no lo creáis, era Oliver. Digo que me gustaba mucho, pero por supuesto estoy utilizando esa palabra en su sentido más inocente. No se nos habría ocurrido ni a Oliver ni a mí ni tan siquiera rozarnos. Durante gran parte de un año fuimos inseparables. Éramos los dos Ollys: uno, bajo y gordo, y el otro, alto y delgado. Nunca lo dije, pero me sentía inmensamente orgulloso de que me viesen con él, como si yo fuera un explorador y él, una impresionante, vistosa y noble criatura, un jefe indio o un príncipe azteca, que yo había traído conmigo tras largos años de viajes. Al final, un triste septiembre, se mudó con su familia a una ciudad lejana, y me dejó solo. Prometimos seguir en contacto y creo que incluso nos escribimos una o dos veces, pero después el vínculo desapareció.

Uno de los atractivos de mi amigo, y no el menor, era el hecho de que tenía un ojo de cristal. No es frecuente ver ojos de cristal en estos tiempos, a no ser que los fabricantes hayan perfeccionado tanto su técnica que ahora parezcan ojos reales. Oliver había perdido el suyo en un accidente —aunque él insistía, sombrío, en que no había sido un accidente—, cuando su hermano le disparó con un rifle de aire comprimido. Era muy susceptible sobre su desfiguración y creo que estaba persuadido de que los demás no se daban cuenta a no ser que alguien se lo hiciera notar. Era reactivo a sacarse el ojo, como yo deseaba con todas mis fuerzas. ¿Quién no habría querido ver lo que había detrás del artilugio: las serpenteantes venas moradas, la maraña de pequeños conductos, esas diminutas bocas con ventosas al final? El día que finalmente aceptó —las cosas que un amigo hace por otro a esa edad—, sufrí una enorme decepción. Se inclinó hacia delante y con los dedos juntos de una mano hizo un rápido movimiento rotatorio y allí apareció en su palma, más grande que una gran canica, brillante, húmedo por todas partes y con la capacidad de expresar, de algún modo, indignación y asombro al mismo tiempo. Como he dicho, no era el ojo lo que más me interesaba, sino la cuenca. Pero cuando levantó la

cabeza y me miró con una curiosa, casi femenina, timidez, no vi la enorme caverna que esperaba, tan solo un agujero arrugado y rosáceo con una rendija negra donde los párpados no conseguían cerrarse.

—Volvérselo a meter es lo complicado —me dijo Oliver con un tono ligeramente ofendido, ligeramente acusador.

El viejo se había alejado y vagaba arrastrando los pies por la cima de la colina, rascándose y tosiendo como una cabra. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué esperaba encontrar? El lugar está sembrado de paquetes estrujados de cigarrillos y colillas pisadas, botellas pequeñas de alcohol, pedazos de papel con manchas que es mejor no investigar, condones sucios de barro. ¿Qué hacíamos aquí el otro Olly y yo? Sentarnos junto a la pared de la torre, igual que yo ahora, y hablar con ardor durante horas sobre la vida y otros asuntos parecidos. Ay, éramos una pareja muy seria. Mi amigo tenía una mirada asombrosamente tranquila y, a pesar de o quizá debido a su ojo de cristal, especialmente penetrante. A mí me parecía muy sofisticado y, en efecto, era más inteligente y mucho más culto de lo que yo nunca llegaría a ser. Sabía todo acerca del Postulado de Brahma, ahora tristemente famoso, antes de que yo hubiera oído siquiera hablar de él y era capaz de exponer la teoría de los infinitos hasta aburrir a las ovejas. Según me dijo, su padre había solicitado una plaza para él en el Godley Institute of Technology, ese centro de genios tecnológicos al que Oliver se refería, con familiaridad e impresionante despreocupación, como el Viejo GIT. Yo era demasiado vergonzoso para contarle mis planes de ser pintor. Al recordar ese tiempo, sospecho que yo no le interesaba gran cosa a pesar de lo grandes amigos que se suponía que éramos. Incluso entre los niños siempre hay uno que es querido y otro que quiere. Me pregunto qué habrá sido de él. Trabajaré en algo aburrido en alguna parte, supongo, tal vez de adjunto al director en algún banco de provincias. Los tipos de verdad inteligentes rara vez consiguen en la vida estar a la altura de lo que prometían, mientras que muchos de los que parecían amodorrados se despiertan en algún momento y brillan. Yo hice el camino opuesto, brillé al principio y luego me apagué.

Gloria va a tener un bebé. No es mío, no hace falta que lo diga. Ella no sabe qué hacer al respecto y yo tampoco. De nada sirve hablar de rabia, de celos otra vez, de amargo arrepentimiento; se dan por supuestos. Ambos, ella y yo, somos conscientes del aspecto un tanto grotesco de nuestro aprieto. Estamos avergonzados y no sabemos qué hacer. Podríamos fingir que yo soy el padre, nada más fácil, pero no creo que lo hagamos. Gloria podría irse con discreción, como hacían en otros tiempos las damas cuando se encontraban inoportunamente en estado interesante. Está la casa que sigue buscando en Aigues-Mortes; podría retirarse allí hasta que llegara a término —cómo me gustan esos elegantes y antiguos eufemismos—, pero ¿de qué serviría eso? En algún momento tendrá que regresar con su robusto e inesperado bebé a remolque. Ya no tiene intención de dejarme. No lo ha dicho con tantas palabras, pero yo sé que es así. Tiene motivos para irse y supongo que yo técnicamente también tengo motivos para pedirle que se vaya, pero ¿desde cuándo los motivos son motivo para hacer nada? No es una

cuestión de proteger nuestra reputación —creo que a Gloria ni siquiera le importa lo que Polly piense de ella—, sino de hacer lo correcto. Parecerá extraño, lo sé, y no estoy seguro de qué significa, pero significa algo. En cuestión de moral o de costumbres, no creo en gran cosa, pero estoy convencido de que el desorden puede ser, no ordenado, pero sí organizado de una forma no carente de armonía. Es cuestión de estética, una vez más. En esto asimismo creo que cuento con el acuerdo tácito de Gloria.

Todo es confuso, desde luego, todo está patas arriba. Estoy pensando en convocar a una reunión a las partes interesadas —no a Olive y, por supuesto, no a Dodo, aunque sé que estarían más que interesadas— para explicar que se ha cometido un error y que, en justicia, yo no debería ser quien pague el pato de todo este conflicto y sufrimiento. Bueno, tal vez yo no debería hablar de justicia. No pretendo ser la única parte damnificada, todos estamos en tiempo de descuento. Yo soy el que roba —soy el que robaba—, no a quien robaron. En efecto, quiero dejar claro que aquello que me quitaron no me fue quitado, ya que yo había renunciado a ello. Soy el único responsable de mi desgracia.

El viejo regresó de su búsqueda con las manos vacías, tomó asiento a mi lado en la roca y dispuso las holgadas perneras de sus pantalones alrededor de sus rodillas, igual que una mujer colocando con recato su falda. La roca era lo bastante amplia para acogernos a los dos de manera que estábamos juntos, pero no pegados. Me alegré de que nos encontráramos al aire libre, pues su hedor era muy intenso incluso para ser un vagabundo: pellejo putrefacto de animal con un matiz de gas doméstico y notas de queso maduro.

—Tú eras colega del tipo, ¿no?

Yo contemplaba una pequeña nube naranja translúcida que se desplazaba con inocencia sobre el borde de una de aquellas colinas bajas y se disponía a atravesar el estuario. Pensé en Oliver, quiero decir Marcus, ovillado en su mesa de trabajo, la lente de joyero incrustada en la cuenca del ojo, toqueteando con delicadeza las entrañas del reloj Elgin de mi padre.

—Yo le vi aquel día en aquel coche grande, mientras caía al agua. Ocurrió allí —señaló con una uña sucia—. Las marcas del resbalón están todavía en la hierba si quieres verlas —se rascó con fiereza, suspiró, negó con la cabeza y, para que no faltara nada, escupió—. No deberías culparte por algo así —dijo.

O eso creo que dijo, a menos que mi oído me engañara, cosa que le complace en ocasiones, en ocasiones difíciles. La pequeña nube iba dejando el reflejo de una mancha rosada en la superficie del agua. Allí abajo.

Tic, tac.

Tic.

Tac.

La Navidad, con sus campanas y adornos, ha terminado por fin. La de este año ha

sido especialmente horrible; no es extraño dadas las circunstancias. Gloria y yo pasamos el día solos y tranquilos, apartados del mundo y, sobre todo, el uno del otro. Tomamos una copa de vino juntos al mediodía y, a continuación, nos retiramos a nuestros cuartos separados, cada uno con una bandeja, una botella y un libro. Muy civilizado. Aguardamos el año nuevo con vaga inquietud. ¿Qué será de nosotros? Nos esperan acontecimientos fatídicos, más de uno. Gloria permanecerá aquí, eso parece decidido —no ha vuelto a mencionar Aigues-Mortes—, por lo menos hasta que nazca el bebé. Estoy pensando en sugerirle que intentemos convertirlo en algo positivo para los tres, Papi, Mami y la Pequeña Sorpresa de Mami. Una fantasía estrafalaria, estoy de acuerdo. Creo que el bebé no será una niña. Eso espero, sinceramente, la última no tuvo mucha suerte. No, me gusta pensar que hay otro Marcus el Relojero ahí dentro, esperando su momento.

Hice un registro de mis escondites secretos, aquí y en la casa de mis padres —una experiencia inquietante esa última visita, me sentía como si fuese mi propio fantasma— y tiré un buen número de tesoros de los viejos y malos tiempos. La estrella de esos tesoros era la dama de porcelana vestida de verde de Miss Vandeleur, que saqué de la aún fragante caja de puros y desempolvé con cariño; también estaba la navaja con mango de nácar que afané hace muchos años a mi querido amigo Oliver, el del ojo de cristal; y un platillo de cristal del que me apropié —lástima, esta será la última aparición de esa palabra que tanto me recuerda a Polly— en un palazzo veneciano en un día de tiempos inmemoriales que aún parece rielar en el agua. Todo desaparecido en una bolsa en el fondo de un cubo de basura. Como podéis ver soy una persona reformada. Mmm, ¿os oigo murmurar?

Cómo disfruto de estos últimos días, los últimos del año, con sus densos matices azul, carbón y miel y sus fondos de alargadas sombras como los de De Chirico. El sol continúa agitado y, gracias a sus llamaradas, persiste este falso veranillo en pleno invierno. Reina un gran silencio, como si el mundo estuviese agazapado conteniendo el aliento. ¿Qué esperamos? Me siento recluso bajo tierra, asomando el hocico de vez en cuando para olfatear el aire. Sí, miradme, el viejo Tejón en su madriguera, esperando y vigilando sin saber qué, con un hormigueo en la piel al intuir la aparición inminente de algo terrible.

Hace poco me llamó Polly para citarme en el estudio. Era una citación, tenía ese tono imperioso. Sin rechistar, subí la empinada y crujiente escalera y la vi arriba, esperándome en la puerta como tantas veces antes, si bien todo era diferente ahora. Vestía un ligero abrigo largo y tacones altos —¡tacones altos!— y llevaba el pelo de otra manera, corto y de una elegante severidad. Un rayo de luz caía sobre ella desde un ventanuco alto en el rellano, dándole una apariencia de escultura, como si representara alguna vaga y firme virtud, la Fortaleza Femenina, el Espíritu de la Viudedad, algo de ese estilo. Me saludó de modo formal; tenía un aire preocupado, como si se hubiese detenido allí de camino hacia otro compromiso más apremiante, la alargada sombra de Perry Percival. No sacó las manos de los bolsillos de su elegante abrigo, como si quisiera

dejarme claro que no iba a abrazarme en caso de que yo contemplara tal posibilidad. Pasé a su lado para abrir la puerta y, en el mismo instante, me vi como si estuviese representado en una serie de cartas que mi memoria estuviese barajando, inclinado de la misma manera, un poco torcido, un poco desequilibrado, al igual que innumerables veces en el pasado.

Dentro, el estudio tenía el mismo aspecto familiar y desconocido que tienen las aulas el primer día después de las vacaciones de verano. Todo estaba excesivamente iluminado y parecía demasiado intenso. El olor, por supuesto, despertó mi memoria y mi corazón; nada es tan poderoso como el olor. Polly lanzó una mirada indiferente alrededor, sus ojos ni siquiera se detuvieron al deslizarse sobre el sofá.

—¿Cómo te encuentras? —ladeó la cabeza y me examinó, podría haber estado mirando con expresión juiciosa no a mí, sino mi retrato, sin preocuparse demasiado de lo que veía—. No tienes muy buen aspecto.

Le dije que estaba seguro de que tenía razón porque, efectivamente, no me sentía nada bien. Le dije que ella, sin embargo, tenía un aspecto, un aspecto... No encontré la palabra adecuada: tal adjetivo no existe.

Esbozó una ligera sonrisa y arqueó una ceja y, durante un momento, tuvo una pasmosa semejanza con mi mujer. Con aquellos tacones me sacaba media cabeza. Estaba de pie bajo la luz del ventanal inclinado del techo, bajo el cual habíamos yacido juntos tantas veces, observando felices la lenta mudanza del cielo, la majestuosa procesión de nubes, las gaviotas de un blanco lechoso volando en círculos y lanzándose en picado. Se desabotonó el abrigo. Vestía un conjunto de falda y corpiño que me recordó sospechosamente a un *dirndl*, aunque es probable que eso lo piense ahora en retrospectiva. La falda era de vuelo y llegaba hasta media pantorrilla y el corpiño parecía tan impenetrable e imponente como un traje de malla; sin importarme, me abalancé hacia ella con los brazos abiertos como si Polly fuese, como si yo pensara que ella fuera a caer entre ellos. Polly retrocedió un paso, arqueando aún más la ceja; no hizo falta nada más para detenerme en seco. Dejé caer los brazos a los costados y ambos desviamos la vista al mismo tiempo. Hubo un carraspeo. Polly se alejó a pasos deliberadamente lentos, se detuvo en la mesa de forma inevitable y, de forma inevitable, cogió el pequeño ratón de cristal con el extremo de la cola roto y lo hizo girar entre los dedos con el ceño fruncido.

—Siempre estuvo aquí —dije.

Continuó examinando el ratón.

—¿Cómo siempre?

—Siempre que nosotros estábamos aquí.

—Y nunca me di cuenta —asintió con una mueca que no significaba nada. Su cabeza estaba muy lejos, del ratón, de mí, del cuarto, del momento. Ella era otra. Me acordé de Marcus diciéndome aquel día en el Fisher King que ya no reconocía a su mujer. ¡Qué lecciones negativas nos enseña el amor! Polly se separó de la mesa y metió las manos en los bolsillos del abrigo—. Y Gloria, ¿cómo está? —preguntó en un tono más cortante,

más suspicaz, a no ser que fueran imaginaciones mías.

—Está bien, ya sabes.

Ardía en deseos de preguntarle por qué me había citado allí y qué era lo que tenía que decirme; la simple curiosidad me parece uno de los apetitos más irresistibles. Se detuvo ante el sofá y bajó los ojos hacia él con rostro pensativo, sin verlo, como bien veía yo. Entonces me miró de reojo con los ojos entrecerrados.

—¿Y te quedarás con el niño? Quiero decir, ¿fingirías ser el padre?

Me dio la sensación de que estaba a punto de reír. No dije nada, tan solo alcé las manos con gesto impotente; debía de tener un aire a uno de los cristos a medio crucificar de Olive.

Comenzó a caminar mientras rompía a hablar del accidente de Marcus, esas fueron las palabras que utilizó: su accidente. Hablaba con lentitud, al compás de sus lentos pasos. Parecía estar dictando, poniendo por escrito una declaración que luego tendría que jurar. Intenté evocar, intenté recordar las tardes que habíamos pasado juntos allí, girando abrazados, pero aquella pareja de amantes me resultaba tan irreconocible como lo era la nueva Polly, más alta, más seria, inalcanzablemente remota, que caminaba de un lado a otro delante de mí. Marcus siempre había sido descuidado, decía Polly, o tal vez era mejor decir despreocupado, pues no se ocupaba de aquel viejo e inútil coche, a pesar de su amor por él. Pobre Marcus, dijo moviendo la cabeza. ¿Esa era la razón por la que estábamos allí? ¿Para que ella pudiera dictar su atestado ante mí y yo lo incluyera en el sumario y archivara las pruebas? Cuando la gente habla, como seguirán haciéndolo, de cómo Marcus se precipitó accidentalmente, una tarde de otoño, por la ladera de la colina en Ferry Point y se hundió en el mar en calma, yo siento un zumbido en la cabeza, una rápida y monótona vibración que se convierte en un suplicio y me obliga a entrecerrar los ojos con dolor. Sospecho que se trata de un grito ahogado. No obstante, mientras escuchaba a Polly y, en su caminar, la veía entrar y salir del pálido paralelogramo de luz que se dibujaba en el suelo bajo la ventana, solo sentía un tierna tristeza, compasión casi.

Me di cuenta de que había dejado de hablar de Marcus —tal vez ni siquiera había hablado de él; tal vez la había entendido mal o lo había imaginado— y estaba hablando de otro, otro que nada tenía en común con su difunto marido. De hecho, el tema, asombrosamente, era su próximo marido.

—Por supuesto no nos quedaremos aquí, es imposible después de lo sucedido —se detuvo y me miró a los ojos con una clara e inocente expresión inquisitiva, en la que me pareció percibir, no obstante, un débil destello implorante—. Es así, ¿no es cierto? No podríamos quedarnos.

Confuso, le pregunté, para hacer tiempo, dónde, dónde pensaba irse.

—A Regensburg —no lo pronunció correctamente, advertí, tendría que trabajar para dominar la erre teutónica—. Freddie aún tiene allí una casa de la familia —lanzó una leve carcajada—. En realidad, es un castillo, creo. Va a ser un gran cambio —y frunció el ceño.

Ella estaba ya muy lejos y nada de lo que yo pudiese decir o hacer la traería de vuelta.

Me senté en el sofá, con las manos hacia arriba, posadas sin fuerza sobre los muslos. Seguro que mi boca también estaba abierta, la mandíbula descolgada, el labio enrojecido haciendo un puchero, el aire entrando y saliendo en hondas y lentas sacudidas. ¡Regensburg! Ratisbona... Por alguna razón yo había presentido que un día aquel lugar cobraría relevancia en la lastimosa catástrofe que es mi vida. Vi toda la escena claramente, como si estuviese expuesta en una página de un libro de horas: el príncipe Federico el Grande, con aspecto severo y estúpido, ataviado con un abrigo ribeteado de piel y un sombrero puntiagudo, recibe un lirio, símbolo de esto o de aquello, de su noble esposa, vestida con un traje de un azul de Limbourg; a él le acompaña su paje, Matty Myler; y a ella, las hermanas Hyland, sus damas de compañía; todos están rodeados de alegres unicornios; y en la lejanía se ve una ciudad en miniatura, con sus agujas y gallardetes, sus torres y sus nidos de grullas, y en lo alto, muy alto, dominando la escena, enmarcado en un arco dorado, el gran orbe solar lanza sus bendiciones a los cuatro vientos.

Freddie Hyland. Ah, Freddie, con tu pañuelo de seda y tu caspa y tu tarta-ta-ta-tamudeo. Así que, durante todo este tiempo, eras tú el lobo merodeando en aquel diáfano paisaje. ¿Por qué no advertí cómo contenías la respiración? No tuve la inteligencia de tomarte en serio. Fue tan sencillito, y tan sencillamente habitual, como eso. He aprendido la siguiente lección, entre otras muchas: nunca subestimes a nadie, ni siquiera a Freddie Hyland. Podría haber insistido para que Polly me diese detalles, fechas, ocasiones, lugares, pues estaba en mi derecho de escucharlo, pero no lo hice. Sospecho que ella deseaba contármelo, no movida por la crueldad ni con ánimo de venganza — nunca fue vengativa, nunca fue cruel, ni siquiera entonces, al final—, sino simplemente para escucharse contar en voz alta aquel extraordinario cuento de hadas que había conseguido levantar a partir de lo que solo parecía un cúmulo de detritos. Era difícil poner objeciones, ¿no merecía ser feliz? Pues lo que ella deseaba era ser feliz: eso traslucía en cada renglón de su nuevo y asumido comportamiento. Pero ¿y Marcus, fallecido hacía tan escaso tiempo? Lo último que haría yo sería mencionar su nombre y esperaba que ella tampoco hablara de él. Temía escuchar una lista de justificaciones moderadas y razonadas, numeradas con los dedos, de esta desconocida versión, alta y desconcertantemente serena, de la Polly con quien yo solía yacer de tan amorosa manera en el viejo sofá verde, ahora tan deprimente.

Se estaba preparando para marcharse. Noté cómo intentaba apiadarse de mí o, al menos, aparentar que se apiadaba. Yo debía de ofrecer un espectáculo deplorable: derrumbado en el sofá, colapsado. Ya no encajaba en el mundo que ella conocía: tenía la forma equivocada, todas las esquinas romas, los costados resbaladizos, voluminoso y tan poco manejable como un piano atascado en una puerta. Además, ¿por qué iba a quererme a mí, el grueso sapo, cuando ya tenía a su príncipe?

Se había abrochado el abrigo y se dirigía lentamente hacia la puerta. Me dijo que se había detenido allí de camino a casa de sus padres. Su padre estaba enfermo —pensaban que podía ser neumonía— y su madre estaba en uno de sus «estados». Dejarlos, dijo, era lo más duro para ella. Volvería a menudo para verlos, por supuesto, pero eso no era lo

mismo que vivir aquí para poder estar pendiente de ellos. Yo seguía desplomado ante ella, mirándola con aire confuso y sin decir una palabra. Polly había sacado de alguna parte un par de guantes oscuros de fina cabritilla y se los estaba poniendo, introduciendo con energía los dedos. Me fijé en que no llevaba anillo; no obstante, supuse que tenía uno, una reliquia familiar de los tiempos de la Férrea Mag con el escudo de armas de los Hohengrund grabado en un diamante, y que se lo habría quitado y lo habría escondido mientras me esperaba en el rellano de la escalera. En los primeros y arrebatados días de nuestro amor, yo había querido que ella llevase un anillo. La idea había hecho reír a Polly, ¿cómo iba a explicárselo a Marcus? Le dije que había maneras de que lo tuviera sin que se viera, podía llevarlo colgado de una cadena o cosido dentro de alguna prenda, le dije, excitado al pensar en la delgada banda de oro caldeándose en el plateado crepúsculo entre sus pechos o centelleando en la oscuridad por debajo del interior de sus muslos. Pero ella no aceptó ninguna de mis sugerencias y, aunque no lo mostré, yo me sentí decepcionado y abatido.

—Eso me recuerda algo —comentó Polly, aunque estaba claro por su actitud decidida aunque ausente, deseosa de irse, pero detenida por una última tarea, que lo que fuese a decir lo tenía en la cabeza desde el principio—. ¿Sería posible que te quedaras con el perro, con Barney? —dijo, mientras flexionaba una mano y contemplaba con el ceño fruncido la tensa piel en el dorso de su guante—. Ya no pueden hacerse cargo de él y sospecho que Janey le arrea patadas cuando nadie la ve —dio un paso hacia mí con una tímida y luminosa sonrisa de súplica, una sonrisa que nunca pensé que fuese capaz de esbozar—. No digas que no, Olly.

Es la última vez que la escucho decir mi nombre, recuerdo que pensé. Dio un nuevo paso con la intención de suavizar aún más la luz en el gris opalino de sus ojos y aumentar su brillo.

—¿Te puedes quedar con el pobre animal? —dijo con voz de bebé—. Por favor.

Intenté levantarme, dándome impulso contra los viejos muelles desvencijados, y conseguí ponerme en pie con un fuerte gruñido y me quedé ante ella con un leve balanceo. Debí de asentir, o ella pensó que yo había asentido, porque aplaudió con alegría y me lo agradeció en un apresurado susurro y avanzó un nuevo paso, radiante ahora e incluso frunciendo los labios para darme lo que sin duda habría sido un besito agradecido en la mejilla. Retrocedí presa del pánico hasta que sentí la presión del borde de los cojines del sofá en los gemelos. Creo que habría bastado que me tocara, incluso con uno de sus dedos enguantados, para que me hubiese desintegrado en una miríada de diminutos fragmentos, como una copa de vino hecha añicos por los gorjeos frenéticos de una soprano. Apenas un segundo después, ella se había ido, oí la agitación de sus pasos descendiendo la escalera y escuché cerrarse la puerta de entrada. La imaginé cruzando la calle a la carrera, de esa forma patizamba que tenía, y el abrigo flotando tras ella. Avancé arrastrando los pies hasta la parcela de aire donde había estado, alcé la cabeza y respiré una lenta y honda inhalación. Ella podría cambiar todo de sí misma, menos el olor, esa débil fragancia a mantequilla y lilas. Dicen que un olor no puede ser recordado, se

equivocan.

Me acerqué a la mesa y cogí el pequeño ratón de cristal y lo apreté con tanta fuerza que la cola rota me rasguñó la palma hasta hacerla sangrar. ¡Un estigma! Solo uno, pero era suficiente de momento para seguir adelante.

De modo que así están las cosas. Gloria tendrá un bebé, Polly tiene un príncipe y yo tengo un perro moribundo. Coincidiréis conmigo en que no parece un desenlace desafortunado. Barney, el pobre y decrepito animal, está ahora mismo a mis pies o más bien sobre ellos, como de costumbre. Pesa mucho, lleva sobre sí la carga de la mortalidad. Su respiración, rápida y ronca, recuerda el sonido de la maquinaria de un reloj, ligeramente oxidada y con un pistón defectuoso, que se apresura hacia ese momento en el que se detendrá de golpe con un breve suspiro final. A intervalos, la maquinaria interrumpe su funcionamiento, pero solo para facilitar el lanzamiento de uno de esos pedos engañosamente silenciosos cuyo hedor tiñe de verde el aire, un *memento mori* horrible y nauseabundo y, sin embargo, entrañable. He aprendido a distinguir esa amenazadora cesura y, sin dilación, desalojé el cuarto antes de que se produzca lo que ya sé. Mientras me precipito hacia la puerta, el perro alza su cabezota cuadrada y me lanza una mirada de cansado desdén. El señor Plomer, el padre de Polly, me lo entregó en la ornamentada puerta de entrada a Grange Hall una tarde de enero mientras se ponía el sol; me dio las gracias una y otra vez, con una sonrisa desesperada y sin que aparentara darse cuenta de las lágrimas que llenaban sus ojos y caían como rápidas gotas de mercurio en la luz crepuscular, esparciendo oscuras manchas del tamaño de una moneda de seis peniques sobre la manga de su viejo abrigo de tweed. La señora P. no dio señales de vida, hecho que agradecí.

Pensé que Gloria no estaría de acuerdo en que me hiciera cargo del perro, pero, al contrario, encuentra enormemente divertido que me hayan cargado con él y cada vez que su mirada tropieza con el animal sonrío, se muerde el labio y mueve la cabeza maravillada.

—Deberías alegrarte, al menos, de que no te haya dejado a Pip —dice.

Su incipiente barriga apenas se nota todavía. Aún no hemos decidido qué hacer. Imagino que no haremos nada, como siempre nos sucede y como sospecho que sucede a todo el mundo; todas las decisiones se toman en retrospectiva. Si Gloria me pide que me marche, algo que es posible si no me comporto bien, podría irme a vivir con Olive y Dodo. Podría cortar la madera, sacar el agua y ser un perfecto Calibán. En cuanto a Olive y a su amiga, dudo que llegaran a reparar en que yo estaba allí, trabajando duro en el jardín o sentado tranquilamente junto a la estufa por la tarde, tostándome las espinillas, bebiendo cerveza negra y reflexionando sobre las desvanecidas glorias de lo que antes era mi vida.

He estado haciendo cálculos. Los números son siempre una distracción, incluso un consuelo, en tiempos difíciles. Está aquel primer pícnic en el parque, cuando sin darme

cuenta enfoqué mis hambrientos ojos de araña en Polly y cuando Marcus y mi mujer se convirtieron, tal como diría Gloria, en almas gemelas, lo que sea que eso requiera e implique. Pasaron los años, cuatro por lo menos, hasta que en los Relojeros, una rutilante noche de diciembre, caí rendidamente enamorado de Polly. Llamémoslo amor. A continuación, ella y yo estuvimos juntos durante... ¿cuánto tiempo?, ¿nueve meses?, ¿algo más? Sí, fue en el ulterior septiembre cuando estalló la tormenta y yo escapé. Debí de ser entonces, justo entonces, cuando Marcus y Gloria dejaron a un lado sus almas y se convirtieron en gemelos en el sentido más fiel, e infiel, de la palabra; de ahí, la condición creciente de mi mujer. Pero lo que yo deseo saber es en qué exacto momento Freddie Hyland me sustituyó en el centro de la telaraña y colocó sus pegajosas antenas sobre mi preciosa Polly. No tengo ningún derecho a preguntarlo, lo sé, y tampoco hay nadie para contármelo, en cualquier caso. Dudo que las propias Olive y Dodo conozcan la respuesta a esa pregunta.

Echo de menos a Marcus. Un poco. Murió en los últimos días de noviembre, no recuerdo la fecha, no quiero recordarla. Había perdido a Polly, había perdido a Gloria, me había perdido a mí. Dudo que yo fuese una gran pérdida para él, pero nunca se sabe. Yo le echo de menos, ¿por qué no me iba a echar de menos él a mí? El día después de que sacaran el coche del agua, pensé en acercarme a Ferry Point y arrojar el reloj de mi padre como una manera de marcar el triste suceso, pero no fui capaz de hacerlo.

En mis merodeos por la casa, mientras preparo mi auto de fe por los objetos adquiridos de manera ilícita, encontré por casualidad la carpeta de arpillera que hizo mi padre para guardar, como una reliquia sagrada, el retrato que dibujé de mi madre cuando se estaba muriendo. La lona de la tapa estaba mohosa y el papel Fabriano había amarilleado y sus bordes estaban arrugados, pero el dibujo me pareció tan reciente como el día que lo hice. Qué hermosa era mi pobre madre, incluso moribunda. Acucillado en el ático, mientras cavilaba llevado por su imagen, con un suave olor a humedad en la nariz y rodeado por los escombros del pasado, pensé que tal vez mi tarea ahora debería ser adentrarme en el pasado y empezar a aprender de nuevo todo lo que creía saber y no sabía. Sí, quizá me embarque en una gran instauración. No es una conducta muy original, lo sé, pero ¿por qué debería permitir que eso me detenga? Nunca aspiré a la originalidad y siempre estuve satisfecho, incluso durante mi miserable apogeo, siguiendo los caminos trazados. Quién sabe, el viejo y terco, y ratero, pintor quizá aprenda a pintar de nuevo o, simplemente, aprenda a pintar por primera vez y al fin. Podría esbozar un retrato de grupo de nosotros cuatro, unidos de la mano bailando en corro. O quizá yo me retire y deje que sea Freddie Hyland quien complete el cuarteto mientras yo permanezco a un lado, con mi vestido de Pierrot, rasgueando melancólicos acordes en una guitarra azul.

¿Por qué robe todos esos objetos? El que yo era me parece irreal ahora.

Pensaréis que la contemplación de la imagen de mi madre, retratada hacía tantos años por mi joven mano, solo despertaría en mí dulces recuerdos de ella, pero en lugar de eso fue en mi padre en quien me encontré pensando. Un invierno, cuando era muy

pequeño, no tendría más de cinco o seis años, contraje una de esas misteriosas enfermedades infantiles cuyos efectos son tan vagos y generales que nadie se molesta en darles nombre. Durante días permanecí en cama, medio delirando, en una habitación en penumbra, agitándome y gimiendo en un voluptuoso sufrimiento. Por órdenes del médico, a mis hermanos los habían desterrado a dormir en otro lugar de la casa —puede que los metieran en el cuarto de la pobre Olive— y me dejaron en maravillosa soledad con mis sueños febriles. Las sábanas de mi cama tenían que cambiarse a diario y recuerdo cómo me fascinaba el olor de mi propio sudor, un tufo apestoso, viciado y denso, no del todo desagradable, para mí al menos. Mi madre debía de estar muy angustiada —la polio se extendía incontrolada en aquel tiempo— y no se separaba de mi lado, alimentándome con caldo de pollo y extracto de malta y aliviando mi frente ardiente con un paño húmedo. No obstante, era mi padre quien cada noche, antes de que cayera dormido, me traía un momento, especial e intenso, de tierna tregua. Tras deslizarse dentro de mi cuarto, colocaba su mano bajo mi cabeza y la levantaba apenas para, con destreza y asombrosa celeridad, girar la empapada, caliente y apestosa almohada hacia el lado fresco. Estoy seguro de que él sabía que estaba despierto, pero por tácito acuerdo se entendía que yo me hallaba profundamente dormido y que, por tanto, no me daba cuenta del pequeño favor que me hacía. Por supuesto, yo no me dormía hasta que él había venido y se había ido. Qué extraña emoción sentía, medio de felicidad, medio de feliz terror, cuando se abría la puerta, proyectando un abanico de luz sobre el suelo del dormitorio, y la alta y desgarbada figura avanzaba con sigilo hacia mí, como el gigante bueno de un cuento infantil. Qué rara parecía asimismo su mano, no como la mano de alguien conocido, de hecho no parecía una mano en absoluto sino algo procedente de otro mundo que venía a mí, y mi cabeza aparentaba entonces no pesar nada, todo mi cuerpo parecía ingrávido y, durante un instante, yo flotaba libre, liberado de la cama, del cuarto, de mí mismo y como una paja, una hoja, una pluma permanecía a la deriva y en paz en la suave y protectora oscuridad.

Nota de la traductora

A los lectores de John Banville no les extrañará que en *La guitarra azul*, una novela cuyo protagonista es un pintor, resuenen ecos de tantos poetas como pintores. Hay versos de Emily Brontë, de John Keats, de Wallace Stevens, de Lord Byron, de Rainer Maria Rilke... que se cuelan en el texto como un guiño a veces y otras, la mayoría, como un destello que proyecta una luz sutil sobre la novela. Los versos, desnudos de cursivas y referencias, se unen a la narración como parte de la misma, se entreveran con la historia. Hay asimismo alusiones a teorías científicas y a otras novelas e incluso a personajes del propio Banville, como el pintor ficticio Jean Vaublin. La literatura se alimenta de sí misma para crear nuevas ficciones. Únicamente en tres casos (notas 2, 3 y 4) —un verso y las alusiones a una novela y a una obra de teatro— me ha parecido necesario citar su origen para evitar la confusión que podrían causar en el lector.

Reseñas

El gran John Banville, Príncipe de Asturias de las Letras, en su continua búsqueda de la perfección, se desafía a sí mismo y a los lectores: su novela más esperada.

«Cuando se trata de la primera vez, el robo y el amor tienen mucho en común».

Esta es la historia de un hombre que se enamoró de una mujer con forma de chelo. Y la robó.

Abandonado por su musa, Oliver Orme ha dejado de pintar. Quizá ya no sea un pintor, pero siempre será un ladrón. No roba por dinero, sino por el placer casi erótico de quitarle algo a otro. Posesiones como la irresistible Polly, la mujer de su gran amigo Marcus. Cuando este robo sale a la luz, con consecuencias irreparables para Marcus, Polly, Orme y su mujer Gloria, el culpable se refugia temporalmente en el hogar de su infancia. Un viaje que le obligará a enfrentarse a sí mismo en busca de la redención.

Mordaz, ingeniosa, emotiva y demoledora, *La guitarra azul* disecciona la naturaleza de los celos y las relaciones humanas.

- «La elocuencia de Banville te transporta a otro mundo... Esta novela es una verdadera obra de arte, una recompensa». Sameer Rahim, *The Telegraph*
- «John Banville genera una profunda satisfacción estética... *La guitarra azul* se seguirá leyendo —y seguirá cautivando— mucho después de que todas esas novelas tan cacareadas a bombo y platillo hayan acabado en la papelera de la historia de la literatura». Andrew Riemer, *The Sydney Morning Herald*
- «Un logro notable: la obra de un autor que no es un simple conocedor del dolor y de la elocuencia, sino del consuelo de aprender a pensar, a mirar y a escuchar». Matthew Adams, *The National*
- «Banville sitúa las palabras al trasluz con la meticulosidad de un relojero o un poeta... Se revela, una vez más, como uno de los mejores y más expertos testigos de la literatura contemporánea». Kate Kellaway, *The Guardian*
- «Tal vez sea la más divertida y accesible de las numerosas novelas de Banville... Bella y desgarradora». Jon Michaud, *The Washington Post*
- «*La guitarra azul* prolonga la investigación en la que Banville se encuentra inmerso, un estudio de la naturaleza de la representación y el ritmo, de principio a fin, con un corazón filosófico». Stephanie Bishop, *The Australian*
- «Como siempre, Banville traza el recorrido de este viaje de autodescubrimiento con el característico lenguaje que él domina con tanto donaire: preciso y sin embargo evocador, clarividente y con los pies en la tierra, mas con los destellos de la

mutabilidad y el misterio del arte». Wendy Smith, *Boston Globe*

- «John Banville retorna al mundo del arte en esta referencial cajita de compartimentos secretos, que te atrapa sin hacer ruido». Val Nolan, *Irish Examiner*

Sobre el autor

John Banville (Wexford, Irlanda, 1945) ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra destacan también *El intocable* (Alfaguara, 2015), *Los infinitos* y la *Trilogía Cleave*, ciclo de novelas que incluye *Eclipse* (Alfaguara, 2014), *Imposturas* (Alfaguara, 2015) y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012), uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013) y *Órdenes sagradas* (2015)—, y *La rubia de ojos negros* (2014), en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucitaba al mítico detective Philip Marlowe. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas». *La guitarra azul* es su última novela.



JOHN BANVILLE (Wexford, Irlanda, 1945). Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (1989) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo finalmente en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Eclipse*, *Imposturas*, *Los infinitos* y *Antigua luz*, uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012) y *Venganza* (2013) —, y *La rubia de ojos negros* (2014), en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe.

En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel; en 2012 Javier Marías lo nombró duque del Reino de Redonda, un reconocimiento personal a sus escritores admirados; en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».

Notas

[1] El símbolo de las casas de empeños en numerosos países son tres esferas colgadas de una barra curva. <<

[2] Referencia a un personaje, Ramón Fernández, del poema «The Idea of Order at Key West», de Wallace Stevens. <<

[3] Personajes de la novela juvenil *Jack y Jill*, de Louisa May Alcott. <<

[4] Referencia a la obra de teatro *El rufián en la escalera*, del dramaturgo británico Joe Orton. <<